

CRIMEN & CIA.

**Thomas T.
Noguchi**

**CAUSAS NO
NATURALES**



Cuando el cuerpo de John Duffy, un famoso cómico de la televisión, aparece ahogado en la playa, el veterano doctor Eric Parker no puede sospechar que tras este hecho se esconde un funesto entramado delictivo en el que están implicadas numerosas personalidades. Sin embargo, las presiones de la comunidad de Hollywood y de las autoridades para que cierre el caso lo más rápidamente posible comienzan a despertar en él la duda sobre las verdaderas causas de la muerte del actor.



Thomas T. Noguchi

Causas no naturales

Crimen & Cia. #48

ePub r1.1

Titivillus 20.11.2016

Título original: *Unnatural Causes*
Thomas T. Noguchi, 1988
Traducción: Esperanza Pérez Moreno

Editor digital: Titivillus
ePub base r1.2



Queremos expresar nuestro agradecimiento a las siguientes personas, cuya cooperación y asesoramiento facilitaron la escritura de este libro: Tom Ardies, Bill Mc Mullin, Dr. Stephen Kopp, Dr. David Gura, Dr. Noel Lustig y Bob Dambacher.

A mi sobrino Eric Noguchi, y a los miembros de la Academia Americana de Ciencias Forenses, cuyos incansables esfuerzos han dado como fruto grandes contribuciones a la justicia criminal y civil.

Prólogo

La cosa cayó sobre él sin previo aviso. Hacía un momento, Duffy estaba haciendo el muerto más allá del rompiente, descansando para poder volver a nado a su casa de la playa de Malibú y temiendo, sólo de pensarlo, tener que pronunciar las indigestas líneas inútiles que los escritores habrían conseguido meter en el guión del día. Un instante después, el agua se lo estaba tragando, oscura y tenebrosa, y el pánico le arrastraba como si se tratara de una piedra.

Sus manos se agitaron intentado agarrarse a algo sólido, a cualquier cosa, pero se cerraban sólo en torno a agua. ¡Dios mío!, pensó, me estoy ahogando.

Abrió la boca para gritar y un torrente de agua salada inundó su garganta. Ahogándose y con arcadas, movió las piernas desesperadamente, intentando detener su descenso, pero el peso repentino alrededor de su cintura seguía empujándole hacia abajo. Intentó en vano agarrar aquella cosa, pero ésta se negaba a soltarle.

El miedo había consumido la mayor parte del oxígeno de sus pulmones y sentía el pecho como si le fuese a estallar. El dolor de los oídos era agudísimo. Es inútil —pensó—, voy a morir; entonces el pie tocó algo, la solidez arenosa del fondo, y le inundó una oleada de esperanza.

Duffy dobló las rodillas cuanto pudo, encogiéndose, y se dio un impulso con todas sus fuerzas, levantando una nube de arena. La luz de la superficie estaba unos metros por encima suyo, exactamente por encima de las puntas de sus dedos, pero le parecía estar aún muy lejos. Se estiró intentando alcanzarla, pero el peso era excesivo y comenzó a hundirse de nuevo.

¡Maldita sea! Esto no me puede suceder a mí, pensó. ¡Soy una estrella! Ese pensamiento pareció encender en él la llama de un último esfuerzo. Se debatió intentando alcanzar la luz

frenéticamente, luego su visión le ofrecía las cosas algo empañadas y sus pensamientos se volvieron como el agua, arremolinados, tenebrosos, desenfocados, antes de disolverse en la negra oscuridad.

Sus ojos seguían abiertos, pero ya sin visión. Su cuerpo se movía con las ondulantes hebras de las algas y se balanceaba suave, graciosamente, al compás de las rítmicas y sedantes olas del rompiente.

1

Durante sus seis años como primer *coroner* del condado de Los Ángeles, nunca había dejado de asombrar al doctor Eric Parker lo rápidas que corrían las noticias. Por muy lejos que estuviese el lugar, parecían materializarse de la nada, como cristalizaciones de la curiosidad malsana del hombre. Debía de haber un centenar de ellos reunidos ya alrededor de la casa: papanatas. Y, por supuesto, la prensa. Ésta, especialmente, atraída por el olor de la muerte.

Los dos agentes uniformados que hacían guardia en el camino de la casa hicieron señas a Parker para que se detuviese y la multitud, como una ameba humana, rodeó inmediatamente el coche. Con gesto rápido mostró su distintivo a uno de los agentes e intentó ignorar los micrófonos que le metían en la cara y la enmarañada guerra de preguntas con que le acosaban.

—Doctor Parker, ¿puede usted decirnos qué ocurre?

—¿Es Duffy?

—¿Está muerto? ¿Qué pasó?

Los agentes empujaron hacia atrás a la multitud y Parker mostrando agradecimiento aceleró el coche al atravesar la verja. El patio de ladrillo situado delante de la casa estaba atestado de coches en blanco y negro y sin distintivo. Parker detuvo el Chevy detrás de la furgoneta negra del forense y al bajar del coche observó que Mike Steenbargen salía, cartera en mano, por la puerta principal de la casa cuya fachada estaba cubierta de mosaico.

—Jefe —saludó Steenbargen a Parker, e hizo un gesto hacia la calle—. Parece que esto se está convirtiendo en un verdadero carnaval.

—Sí —reconoció Parker, mirando hacia la multitud que se agolpaba.

Dejando aparte el hecho de que ambos hombres eran altos y estaban mediando la cuarentena, los dos eran un compendio de

contrastes. Parker era todavía fuerte, un atleta que había ganado condecoraciones en tres deportes en sus días de universidad. Parecía más joven de lo que era, con el pelo castaño oscuro y muy pocas canas, y su rostro, inteligente, tenía un redondo y suave aire juvenil. Steenbargen era fuerte y grueso; el pelo y el bigote completamente grises. Mientras Parker llevaba unos pantalones caqui arrugados, sin americana y sin corbata, con las mangas de la camisa rosa subidas hasta los codos, Steenbargen iba pulcramente vestido con una americana gris de tweed, pantalones grises muy replanchados, camisa blanca y corbata a rayas grises y rojas.

De algún modo, su forma de vestir reflejaba sus estilos tan claramente distintos. Parker era inquieto, estaba en constante movimiento, propenso a dar saltos intuitivos. El inspector jefe era firme como una roca, conservador y metódico, realista en sus planteamientos.

Durante sus tres años de asociación, Parker consideraba que sus diferentes estilos, más que chocar, se complementaban el uno al otro. Steenbargen era a Parker lo que la tierra al fuego. En la escena de un crimen, no había nadie tan absolutamente meticuloso como Steenbargen, y Parker se alegraba de que el inspector hubiese llegado primero para coordinar el asunto. Parker repitió la pregunta de los periodistas:

—¿Es Duffy?

Steenbargen asintió.

—Garantizada la primera página.

Parker lanzó una mirada aprensiva hacia el camino. John Duffy, comediante polifacético, actor, escritor y cantante, había sido lanzado a la fama, primero como cómico de a pie en espectáculos de entrevistas televisivas a última hora de la noche, luego a través de varios papeles de cómico loco en películas de gran éxito del género «fiesta de confraternidad» y más recientemente como protagonista en la serie televisiva de éxito *La vida es dura*. Su humor era salvaje, totalmente irreverente y, a propósito o no, esa imagen había sido acrecentada por las proezas de su vida real, como en la última fiesta de Todos los Santos, cuando acudió a la fiesta de disfraces del gobernador vestido de bolsita de té (completamente desnudo debajo de una bolsa de papel llena de té auténtico) y se tiró a la bañera de hidromasaje. Esos trucos habían convertido al

comediante, en cuatro cortos años, en el héroe de la generación que no había cumplido los treinta. Sus hazañas ahora solamente se contarían y habría un poco menos de risa en el mundo.

—¿Cuál ha podido ser la causa?

—Ahogamiento.

—¿Accidental?

—No veo nada que indique lo contrario —dijo Steenbargen—. No hay signos externos de violencia. Ninguno que no hubiera podido causar el rompiente, en todo caso.

Dudó un segundo, como si intentase pensar en un modo fácil de dar la noticia y luego dijo:

—Hay restos de un polvo blanco en un espejo sobre la mesilla de noche del dormitorio, y también un frasco vacío de Elavil.

Si la noticia preocupaba a Parker, no lo dio a entender.

—¿Cuándo fue encontrado el cuerpo?

—Sobre las nueve cuarenta y cinco.

Steenbargen dejó la cartera en el suelo y sacó rápidamente una pequeña libreta de anillas del bolsillo interior de la americana. La abrió bruscamente y leyó:

—El vecino de la puerta de al lado, John Spitzer, estaba tomando café en el porche y le vio en el rompiente. Llamó a los médicos de urgencia. Llegaron a las diez cero dos y le hicieron un electro. Dio plano.

—¿Intentaron reanimarle?

—Intentaron desfibrilar, pero ya había muerto.

—¿Hay algún testigo del suceso?

El inspector se encogió de hombros.

—Supongo que no.

—¿Qué hay de los parientes cercanos?

—Estoy trabajando en eso ahora.

Dejó la libreta y sacó una pequeña agenda negra del bolsillo de la chaqueta.

—También encontré esto al lado del teléfono de la cocina, pero aún no he podido examinarlo. Apparently el tipo tenía mujer e hijo. Encontré algunas fotos en la habitación, pero no parece que hayan estado viviendo aquí. Hay ropa de mujer en el armario, pero no la suficiente para una esposa que viva ahí todo el tiempo. Y la casa está desordenada.

—¿Quién es el encargado de la investigación?

—Kuttner.

—¿Kuttner? ¿Qué está haciendo aquí?

—La mitad de la Metro está aquí, junto con la subcomisaría de Malibú al completo.

Aunque los presuntos homicidios eran raramente llevados por los inspectores locales, a Parker no le sorprendió escuchar que un capitán como Kuttner había hecho todo el camino desde el centro para encargarse de éste. Para un caso como aquél saldrían todos, especialmente si había posibilidad de salir en las noticias de las seis.

Parker se frotó el cuello, suspiró, y comenzó a andar hacia la casa.

El espacioso salón bullía de agentes uniformados y de inspectores de paisano. El arquitecto había hecho todo lo posible para llevar el exterior al interior de la casa; y lo había conseguido bastante bien. La luz del sol penetraba a raudales por las claraboyas del techo abovedado y a través de las paredes de cristal que daban al mar. El suelo era de pizarra negra y unas rocas enormes, como las del montículo que acababa en la playa, habían sido utilizadas para modelar los pies de varias de las mesas de cristal de la sala. Las superficies de las mesas estaban llenas de una colección de botellas de cerveza, periódicos y cajas abiertas de galletitas. En un pequeño trozo de pared entre ventanas había una enorme chimenea con la parte delantera de madera envejecida y una garza asimétrica en forma de ola encrespada. El mobiliario estaba atiborrado de bejuco.

—No está mal el despliegue —comentó Steenbargen al pasar por una serie de puertas correderas de vidrio hasta un patio a dos niveles con piscina, pegado vacilantemente a la ladera de la colina.

Unas escaleras de madera bajaban por la colina hasta una pequeña cala en forma de herradura, protegida por un promontorio alto y rocoso a cada lado. Debido a la privacidad de la playa, sólo los propietarios de las casas de por encima tendrían el privilegio de vislumbrar aquel cadáver y unos cuantos de ellos estaban reunidos detrás de la barrera de cinta amarilla que los agentes habían dispuesto a unos cuarenta metros alrededor del cuerpo. Parker pudo oír cómo su nombre corría por entre el público cuando se agachó por debajo de la cinta y se dirigió hacia el grupo de agentes y de sus propios hombres vestidos con monos marrones, caminando

pesadamente por la blanda arena. La fresca brisa olía a sal y a algas que se descomponían bajo el sol de la mañana.

Kuttner saludó a Parker con una deferente inclinación de cabeza. Era un hombre rollizo, de cuello grueso, cara roja y una nariz amoratada de bebedor, como un puño magullado. A Parker le gustaba la mayoría de los oficiales de policía con los que tenía que tratar, pero no Kuttner, que era propenso a ser obtuso y quien, de hecho, no tenía razón alguna para estar allí. Era un administrador, su trabajo estaba en alguna oficina, y se encontraba allí solamente por la publicidad.

Kuttner se apartó y un silencio expectante cayó sobre el grupo mientras Parker se ponía en cucullas y retiraba la envoltura blanca de plástico.

El cuerpo estaba sobre su espalda, la boca y los ojos parcialmente abiertos y llenos de tierra. La cara cianótica, la piel de gallina y amoratada, y la nariz y la boca exudaban una espuma blanca y esponjosa, característica de los casos de ahogamiento. Las mejillas y la barbilla con hoyuelo estaban cubiertas de una barba de dos o tres días. A pesar de la espuma y de la barba, y a pesar del hecho de que Parker no veía mucha televisión, especialmente comedias tontas de situación como en la que había figurado Duffy como estrella, enormemente popular, reconoció el rostro. Le levantó un párpado, luego el otro. Ligeros signos de hemorragia petequiral.

Las almohadillas del electrocardiograma seguían aún en el pecho y había marcas circulares sobre el corazón, donde los médicos habían intentado desfibrilar.

Parker reparó en la pequeña incisión en el cuadrante superior del hígado donde había sido insertado el termómetro.

—¿Cuál era su temperatura?

—Treinta y cuatro seis —respondió Steenbargen.

—¿Y el agua?

—Dieciséis seis.

Dio la vuelta al cuerpo para ponerlo sobre el estómago. No había señales de lividez donde el cuerpo se había apoyado, posiblemente debido a la acción agitadora del rompiente. El cuerpo tenía la piel de gallina y bastante arañada por haber sido arrastrado a lo largo del fondo del océano. La mayor parte de las abrasiones iban del rosáceo claro al blanco (*post mortem*), pero algunas de ellas

mostraban una clara reacción vital, probablemente causadas por él mismo como resultado de la convulsiva lucha del hombre por el aire. Diez o doce centímetros por encima del bañador, Parker vio también una doble línea recta de abrasión roja, lo que significaba que había ocurrido antes de la muerte. Le dio de nuevo la vuelta al cuerpo. Las líneas rojas de piel irritada aparecían también en el abdomen.

Parker cogió la mano derecha e inspeccionó las yemas de los dedos. Estaban arrugadas, signo inequívoco de que el hombre estaba vivo cuando entró en el agua. Por debajo de las uñas había una sustancia oscura: sangre y suciedad. Probablemente suya, pensó Parker. El clásico hombre agarrándose a un clavo ardiendo, a cualquier cosa que estuviese a mano, incluyéndose a sí mismo.

—Envuélvele las manos —le dijo a Steenbargen, y se levantó. Miró hacia el mar sobre el que el sol reverberaba y en el que la vela naranja de una barca escoraba por la brisa.

—¿Y el viento y la corriente?

Steenbargen consultó su libreta.

—Tres nudos dirección noreste. Las olas son de unos sesenta centímetros y el viento de unos nueve kilómetros. Hay una ligera corriente, pero nada que un nadador medio decente no hubiera sido capaz de dominar.

Hizo una pausa.

—Ya lo he hecho.

Parker le miró con curiosidad.

—¿Qué cosa?

Steenbargen dio unos golpes al lado de su cartera.

—Cogí una muestra del agua.

Parker sonrió. Demasiados inspectores cometían el error de dedicarle demasiada atención al cuerpo en el escenario de la muerte. Steenbargen, mejor que nadie que Parker conociese, comprendía la importancia que el entorno podía jugar en proporcionar las piezas concluyentes que faltaban del rompecabezas. Si lo había.

—¿Qué le parece? —preguntó Kuttner, intentando no parecer preocupado.

Parker miró al capitán a los ojos y supo al momento lo que el hombre quería oír. Muerte accidental. Sin juego sucio, sin

complicaciones, sin investigación. Con una celebridad como aquélla sería una situación explosiva, con todo el mundo y con su hermano clamando por saber lo que se estaba haciendo al respecto. Parker no podía culparle; eso era lo que él también deseaba.

—No veo nada que no concuerde con un ahogamiento accidental —dijo Parker sinceramente—. Quiero ver la casa.

—Claro, claro —dijo Kuttner sonriendo aliviado.

—Ya he terminado —dijo Parker a los ayudantes del forense vestidos con mono—. Pueden llevarlo dentro.

Kuttner siguió a Parker y a Steenbargen escaleras arriba hacia la casa. Cuando llegaron arriba, la cara de Kuttner estaba rojísima y respiraba pesadamente. Coronaria en unos dos años, conjeturó Parker, pero no lo dijo. De todos modos, Kuttner nunca escucharía su opinión.

El dormitorio estaba en la parte noroeste de la casa, también era acristalado en su mayor parte, y reverberaba con el rítmico embate de las olas. Algunos del gabinete de identificación e inspectores de paisano estaban examinando el enorme armario y los cajones del escritorio de bejuco. La inmensa cama estaba por hacer y el cubrecama acolchado color púrpura estaba amontonado a los pies de la cama. Las sábanas parecían no haber sido cambiadas en tres semanas por lo menos.

Parker se dirigió hacia la mesilla de noche que había al lado de la cama. Encima de ella, delante de una fotografía de color enmarcada, había un espejo de mano espolvoreado con restos de polvo blanco, una hoja de afeitar y una pajita roja de bar. Al lado, había un frasco marrón destapado, que llevaba pegada una receta. Parker lo cogió y miró la etiqueta: «John Duffy. Elavil, 25 mg. Uno al día para la ansiedad. No rellenar». El doctor que lo había prescrito era L. Somers.

—¿Qué es eso? —preguntó Kuttner con inquietud entre resuellos.

—Elavil. Amitriptilina. Un antidepresivo.

Parker se inclinó y miró la fotografía 8x10 enmarcada. En ella, Duffy y una mujer bastante corriente de pelo negro de unos veintitantos años estaban junto a un pony Shetland de doradas crines en el que estaba montado un niño de pelo rubio de quizás unos cuatro años. Las oscuras y bien parecidas facciones de Duffy se

veían alegres y sus ojos oscuros centelleaban con juvenil malicia, como si acabara de pensar en alguna extravagante diablura. Su sonrisa era electrizante, salvaje, y hacía que la sonrisa de la mujer pareciese desvaída e insegura.

Mientras miraba la fotografía, algo que había sobre la almohada atraído la mirada de Parker. Alargó la mano y lo cogió cuidadosamente con dos dedos. Era un cabello humano de unos treinta centímetros de largo. Lo levantó y lo inspeccionó más de cerca, a la luz de la ventana.

—Quizás me equivoqué en lo de que su esposa no vivía aquí —dijo Steenbargen.

—No si su esposa es la de la fotografía —respondió Parker—. Este cabello es rubio. Al menos en su mayor parte. ¿Tienes un sobre?

Steenbargen sacó un sobre pequeño de papel de manila de su cartera y Parker metió el cabello en él. Mientras el detective sellaba y etiquetaba la prueba, Parker abrió completamente el cajón de la mesilla de noche.

—¡Uf! —dijo Parker desconsolado—. Aquí hay problemas.

Steenbargen y Kuttner se acercaron. Al descubierto, sin ningún intento para ocultarla, había una pequeña bolsita de plástico conteniendo lo que parecía ser, quizás, unos quince gramos de cocaína.

—Es el mundo del espectáculo —dijo Steenbargen, intentando, sin conseguirlo, dar una nota frívola.

—Dejémoslo a un lado —ordenó Parker. Miró a Kuttner—. Y no lo mencionemos a nadie hasta que sepamos lo que tenemos ahí. No quiero que nadie actúe precipitadamente.

Kuttner le lanzó una mirada, pero asintió gruñendo.

El resto de las cosas que había en el cajón eran un bolígrafo y una libreta de espirales amarilla. Con su propia pluma, Parker abrió la tapa de la libreta. En la primera página, con garabatos descuidados e inclinados hacia la izquierda, había una pequeña lista de chistes cortos. Uno de ellos parecía destacarse en la página.

«El suicidio es una forma tardía de estar de acuerdo con la madre de tu mujer».

Parker notó que Kuttner miraba por encima de su hombro.

—¿Qué deduce usted de esto? —preguntó el capitán.

—No lo sé —respondió Parker.

Pasó más páginas, pero no había ya más anotaciones. Cerró el cajón y fue al cuarto de baño, seguido resueltamente por la brigada de policía.

Las paredes del cuarto de baño eran de baldosas azules, el espejo de encima del lavabo grande y las pequeñas luces redondas de su borde iluminaban todas las manchas y motas de pasta de dientes seca de su sucia superficie. El lavabo también sucio, y la imitación de mármol de la encimera a cada lado estaba llena de frascos de desodorante, un tubo medio gastado de dentífrico y una maquinilla de afeitar eléctrica.

Parker corrió la puerta de espejo del botiquín e hizo inventario del contenido. Los estantes hubieran hecho feliz a una farmacia durante un mes: Methaqualone, Xanax, Darvon, Percodet, Benzedrine, más Elavil. Una pastilla para cada estado de ánimo, o para la falta del mismo.

—Quiero que todo lo que hay aquí sea llevado a la ciudad —dijo Parker a su detective—, Y quiero que se llame a cada uno de los doctores que figura en estos frascos. Quiero saber exactamente de qué estaba siendo tratado Duffy.

Volvió de nuevo al dormitorio y preguntó a Kuttner:

—¿Dónde está la cocina?

Kuttner levantó una inquisidora ceja, pero tuvo una idea mejor que la de decirlo. Se frotó la nuca y le dijo a Parker que le siguiese.

La cocina se encontraba al otro lado de la casa y estaba hecha un asco. Platos y vasos sucios atestaban el fregadero y los escurreplatos de cerámica, además de una botella vacía de Stonegate Chardonnay, varias botellas de Lite y una botella casi vacía de vodka Smirnoff. La bolsa de basuras del armario de debajo del fregadero estaba llena y olía como si hiciera varios días que no la hubieran vaciado.

Kuttner y dos de los inspectores miraban con curiosidad desde el dormitorio cómo Parker abría y cerraba las puertas de los armarios. Los estantes estaban escasamente surtidos, con bolsas de Cheetos, Doritos, patatas fritas, una caja de Frosted Flakes, latas de estofado de buey Dinty Moore y spaghetti franco-americanos. Siguió con la nevera.

—¿Qué espera usted encontrar ahí? —preguntó Kuttner.

Parker no respondió. La nevera, como los armarios, estaba poco abastecida. Un paquete de seis Lite, algunas comidas congeladas Stouffer, una barra de mantequilla medio gastada, medio kilo de requesón y un litro de leche descremada, ambos pasados de fecha, un tarro de mayonesa Best Foods, y una botella de plástico de Gulden, con la boquilla incrustada con mostaza seca.

Parker cerró la puerta, satisfecho.

—Liga.

—¿Qué es lo que liga? —preguntó Kuttner, perplejo.

—Esta cocina. La barba de su rostro. El desorden de la casa. El Elavil —dijo Parker, como si fuera evidente—. Todo lo que este tipo tenía en la casa eran porquerías para comer y comida rápida, cosas que no necesitasen preparación. Ésta es la cocina de un hombre deprimido.

Kuttner se puso rígido.

—A mí me gustan los Cheetos y no estoy deprimido.

—Le pueden gustar —dijo Parker—, pero no vive usted a base de Cheetos.

El tono de Kuttner tomó un aire combativo.

—¿Por qué iba a estar deprimido un tipo como Duffy? Estaba en la cumbre.

Parker se encogió de hombros.

—No sabría decirlo, pero a menos que tirase el contenido del frasco de Elavil por la taza del water debió de ser algo, porque a juzgar por la fecha, se había tomado cuatro veces la dosis prescrita. Visto en ese contexto, aquella nota podría tener sentido.

—¿Suicidio? —preguntó Kuttner, frunciendo oscuramente el entrecejo.

—Quizás se fue adentrando en el océano —repuso servicialmente un inspector rubio con bigote, cuyo cuerpo estaba desarrollado como para un anuncio de Jack La Lanne—. Como el tipo de *Ha nacido una estrella*.

—El chico de *Ha nacido una estrella* no se metía en el océano, subnormal —le espetó Kuttner quien, obviamente, no quería ninguna ayuda—. Se estrelló con el Ferrari.

—Kristofferson no —replicó el culturista—. James Masón. En la versión original.

Kuttner le miró malévolamente. Tenía una lista de antipatías

personales, que incluían a los perros y a los niños. Los polis que le corregían, especialmente si eran diez años más jóvenes que él, estaban en el primer lugar.

—James Masón hacía la versión nueva —corrigió Parker al poli joven—, Fredric March, la versión original.

Kuttner, parcialmente compensado, hizo un gesto con la cabeza mientras le decía al subordinado:

—Eso es.

Parker dejó a Siskel y a Ebert y salió al patio para ver cómo subían el cuerpo.

—¿Cómo puede uno deprimirse con una vista como ésta? —dijo Steenbargen apareciendo de repente a su lado.

Millones de rayos solares bailaban en la superficie azul del océano según se extendía hacia el infinito. De haber un Dios, era un impresionista francés, resolvió Parker.

—Creo que podría encontrar la felicidad aquí —dijo Steenbargen.

—Al menos hasta el primer pago de la hipoteca.

—Así es —estuvo de acuerdo Steenbargen—. ¿Cuánto crees que puede costar una casita pequeña como ésta?

Parker se volvió.

—¿Aquí? Millón y medio, quizás dos millones. Pero kilómetro y medio tierra adentro, quizás medio millón.

—Ya, pero fíjate qué es lo que compras aquí. No comprarías sólo una casa, también tendrías tu propio yate de lujo, y con los milagros modernos de la tecnología, pronto navegaría hacia San Francisco.

Parker sonrió sin alegría. Su personal y él hacían a menudo bromas sobre «El Grande», el terremoto que todos los expertos decían que iba a venir, pero la risa era más nerviosa que auténtica. La inevitabilidad de ese sombrío suceso era, de hecho, una de las constantes pesadillas de Parker.

Había intentado compartir su pesadilla: una ciudad en ruinas, dieciséis mil muertos previstos; pero los poderes políticos del momento no querían escuchar. Decían que esa charlatanería de juicio final era sólo otra estratagema para conseguir fondos adicionales. Pero sin embargo, se le echarían rápidamente encima por esta muerte. Diles que toda una ciudad está viviendo un tiempo

prestado y estarán sordos y mudos, pero dales una estrella de la televisión muerta y se movilizarán todos, y querrán saber qué se está haciendo para aclararlo.

—Acabo de hablar con Wolfe —dijo Steenbargen, interrumpiendo sus pensamientos—. El vecino de enfrente vio detenerse un Porsche rojo en el camino de Duffy a las seis y cuarto, aproximadamente. Quienquiera que fuese el que conducía se quedó por allí unos cinco minutos y luego salió corriendo como un demonio.

Parker le miró con interés.

—Eso sería cuando Duffy estaba nadando.

—Así es.

Por un momento, ninguno de los dos dijo nada, pero el pensamiento de ambos quedó silenciosamente suspendido. Finalmente Steenbargen dijo:

—Estarán esperando un error en este caso.

Parker asintió.

—Por eso voy a hacer yo mismo el trabajo. Llévalo todo al laboratorio en cuanto puedas, ¿lo harás Mike? Incluida esa libreta. Quiero saber si ésa era la letra de Duffy.

Steenbargen examinó la cara de su jefe y amigo.

—¿Crees que era una premonición?

Parker se encogió de hombros y miró hacia otra parte.

—Si lo era, acertó de lleno.

2

Parker introdujo su tarjeta en la ranura de al lado del ascensor y apretó el botón del piso de seguridad del Centro de Ciencia Forense. Estrictamente controlado, el piso de seguridad estaba abierto las veinticuatro horas del día para hacerse cargo de las más de cinco mil autopsias que se realizaban allí anualmente.

El código de la sección 27491 del Gobierno de California establecía que el deber de la oficina del *coroner* del condado era el de investigar y determinar las circunstancias, el modo y la causa de todas las muertes del condado «distintas a las naturales». Además de las muertes debidas a accidentes, suicidios y asesinatos, esa amplia clasificación incluía también todas las muertes de las residencias de ancianos y las producidas por enfermedad que no hubiese sido tratada por un médico durante al menos veinte días. De las cincuenta mil muertes anuales en el condado de Los Ángeles, el servicio del médico forense investigaba aproximadamente una de cada tres. Eso normalmente originaba que la plantilla de mil quinientas personas tuviese unos días muy ocupados, y los lunes eran siempre los días de más ajetreo.

Cuando salió del ascensor, Parker vio que aquel lunes no iba a ser una excepción. Una procesión de camillas se alineaba contra la pared del pasillo fuera de la sala de autopsias, con su cargamento envuelto en sábanas esperando turno, con una paciencia que sólo los muertos podían tener. Parker nunca había creído en aquel viejo mito de que la luna llena saca a relucir a los locos. Luna llena, luna nueva, no importaba. Llegaban a la fiesta cada sábado por la noche, sin considerar la fase lunar.

Se detuvo en el tablón de asignaciones y estaba comprobando las autopsias programadas para la mañana, cuando el doctor Jim Phillips, primer oficial de operaciones, llegó con una tablilla y un sujetapapeles.

—Buenos días, jefe.

—Hola Jim. Acaban de traer un cuerpo, el de John Duffy.

Phillips enarcó una ceja.

—¿La estrella de televisión?

—Sí. Yo mismo haré la autopsia en cuanto terminen de tomar las huellas digitales y las radiografías. Tenía que ayudar a Petronelli. Vuelve a asignar el suyo de las once, ¿quieres?

Phillips comprobó el tablón.

—De acuerdo. Se lo traspasaré a Schaffer.

Parker le miró dudando.

—Ya tiene tres para hoy...

Phillips se encogió de hombros.

—Lo hará. Haría seis si se lo pidieran.

Schaffer era uno de los patólogos jóvenes más prometedores de Parker. Llevaba sólo un año en el departamento, pero ya había aprendido más de lo que la mayoría aprendían en tres. Ambicioso, brillante e impaciente, Parker se recordaba a sí mismo cuando comenzó. Parker señaló el pasillo con un ademán.

—¿Un fin de semana cargado?

Phillips asintió y consultó su tablilla.

—Homicidios, veintitrés. Suicidios, quince. Por accidente, veintinueve. Probables muertes naturales, cuarenta y siete. Sin determinar, cinco. Veinticuatro de las naturales las he hecho pasar al depósito sin autopsia. Diecisiete muestran complicaciones suficientes como para ponerlas en la lista de espera.

Hizo una pausa y luego dijo:

—Hazme un favor, habla con Kubuchek.

—¿Cuál es el problema?

—Tengo certificados de defunción parados en doce casos porque no puedo conseguir los resultados del laboratorio de toxicología. Cada vez que intento hablar con él se enfada y empieza a gritar que tiene pocos ayudantes. ¡Por Dios, todos estamos mal de ayudantes!

Todo lo que Parker pudo decir fue:

—Hablaré con él.

La escasez de personal se había agudizado mucho en los últimos tres meses. Necesitaban desesperadamente dos patólogos y tres toxicólogos, pero las solicitudes de Parker habían caído en saco roto y el trabajo extra había empezado a cobrarse su peaje. Las

conversaciones se habían vuelto tensas y cortantes. Los ánimos se habían acalorado. Incluso con los horarios de trabajo ajustados, se iban quedando cada vez más atrás. Se tenía que hacer algo, rápido, pero Parker no sabía qué.

Se culpaba a sí mismo de la situación. Nunca había destacado por su habilidad política. Su intolerancia hacia la mentalidad burocrática, más su fiera protección del departamento, habían llevado en parte a la presente crisis. Cuando Harry Brewster, el oficial administrativo del condado, se hizo el remolón con las demandas de Parker de fondos adicionales, éste cometió el error de dirigirse a la Junta de Inspectores pasando por encima de él. Brewster interpretó el hecho como un intento deliberado de ponerle en un aprieto políticamente y utilizó su larga alianza con el inspector Tartunian para asegurarse de que las solicitudes fueran desestimadas. Ahora todos sufrían por ello.

Antes de subir, Parker se detuvo en la sala de autopsias. Las seis mesas de acero inoxidable estaban todas ocupadas y Parker experimentó un intenso sentimiento de orgullo al mirar a su personal vestido para la intervención e inmerso en su trabajo. Para alguien de fuera aquello hubiera podido parecer extraño, pero para Parker aquella sala era la razón y el logro de su vida.

En la escuela de medicina de la Universidad del estado de San Francisco, todos los compañeros de Parker creyeron que le había dado una locura temporal, a causa de estudiar demasiado, cuando anunció su decisión de especializarse en patología forense. Le supusieron cinco años de aprendizaje en anatomía y patología clínica y otro año más de patología forense, antes de que pudiera ser apto para el examen de la Junta de Patología Americana; ninguno de sus amigos pudo comprender que un estudiante de sus posibilidades perdiese tanto tiempo, o el resto de su vida, de hecho, especializándose en un campo que ofrecía tan poco en cuanto a retribución o a prestigio.

Lo que no podían comprender era que a Parker le había atraído por la misma razón por la que a ellos no. Ya que los estudiantes de más talento se orientaban naturalmente hacia especialidades médicas más lucrativas, tales como psiquiatría, cirugía y cardiología, Parker vio en la medicina legal un campo libre para correr, un campo en el que un hombre con habilidad, con visión,

podría llegar rápidamente a la cumbre de su profesión. Y en aquellos tiempos Parker tenía prisa.

La verdad era que Eric Parker era un hombre de acción. Desde que podía recordar, siempre había querido ser el mejor en lo que hiciera, tanto si era en los estudios, como en el fútbol, como en gastar las bromas más pesadas de la facultad. Su ambición, que a veces le había causado problemas, también había sido el fuego que le había mantenido e inflamado su determinación. En patología forense había visto un campo en el que un hombre podía ser capaz de diferenciarse.

Después de acabar medicina, Parker volvió a su casa, a Los Ángeles, y después de estar durante un año como médico residente en el Centro Médico del USC, pasó a trabajar para el servicio médico forense de Los Ángeles, dirigido entonces por el legendario Milton Ebenstein.

Una figura distante y severa, Ebenstein, rechoncho, bajito y masticador de puros, dirigía a su personal con mano de hierro. Viudo y sin hijos, el gran hombre había sido traído de Nueva York seis años antes con la promesa de un nuevo Centro de Ciencia Forense con todos los adelantos, cuya construcción había supervisado y que, por consiguiente, se había convertido en su hijo. El jefe, muy a menudo, no se iba del centro en varios días y su desconcertante costumbre de aparecer de repente a cualquier hora del día o de la noche dio pie a que se creyera el rumor de que el hombre nunca dormía y lo supervisaba todo, rumor que el mismo Ebenstein no hizo nada para disipar.

—No soy Dios —decía a los miembros de su personal que no le gustaban—, pero estoy lo bastante cerca de ustedes como para que sea mejor que no me hagan enfadar.

Parker había sido un hombre con prisas y en aquellos primeros dos años se había dedicado de lleno a su trabajo con pasión, ofreciéndose de buena gana a trabajar por las noches, horas extra, domingos y en aquellos desagradables casos de cuerpos descompuestos, que la mayoría de los patólogos aborrecía. Fue en uno de aquellos días, después de que todo el mundo se hubiera ido a casa, cuando Parker, que daba fin a la autopsia de un joven traficante de drogas al que habían disparado y enterrado en una tumba poco profunda por el cañón Topanga, sintió una presencia a

su espalda y se volvió para encontrar al Gran Hombre mascando pensativamente la colilla de su puro, mirándole. A pesar de la ventilación suplementaria de la sala, que estaba destinada específicamente a los casos de descomposición, el hedor de la putrefacción del cadáver era casi sofocante; sin embargo, Ebenstein parecía impertérrito indicándole con gestos a Parker que acabase.

Una vez Parker se hubo duchado y cambiado, encontró a Ebenstein esperándole en el pasillo.

—Quiero verle en mi oficina —le dijo.

Ebenstein raramente recibía visitantes en su santuario privado y, cuando entró, Parker se sintió privilegiado, aunque un poco nervioso. Era por la tarde, pero la enorme oficina estaba completamente cerrada y oscura, a excepción del riel de luces que iluminaban directamente la enorme mesa de despacho que parecía un sarcófago. Ebenstein había concebido ex profeso este efecto para dar a los visitantes la sensación de que estaban en presencia de la divinidad, y esa impresión también la recibió Parker, al sentarse en un sofá fuera del círculo de luz, mirando cómo el anciano llenaba dos vasos de plástico con Remy Martin. Ebenstein alargó a Parker uno de los vasos y dijo:

—La mayoría de los patólogos se precipitaría en un trabajo como el que acaba usted de hacer para acabar pronto.

Parker bebió afectadamente un sorbito de brandy, intentando matar el olor y el gusto del hombre muerto que persistía en su nariz y en su garganta.

—Yo creo que hay que emplear el doble de tiempo en un caso de descomposición. La putrefacción puede encubrir un montón de cosas.

—Obviamente —dijo Ebenstein, sonriendo.

Y luego añadió:

—Tiene usted mucho que aprender, Parker.

—Sí, señor.

El anciano dio unos golpecitos en el borde del cenicero con la ceniza de su puro.

—Y le voy a enseñar.

A partir de aquel día, Parker estuvo bajo el ala del Gran Hombre. Asimiló su técnica, su forma de pensar, su pasión por la verdad. Cuando Shirlee Cummings, la rubia y exuberante diosa del

sexo de la pantalla, fue encontrada muerta en el salón de su mansión de Beverly Hills, rodeada de un misterioso despliegue ritual de velas votivas y flores de funeral, Ebenstein designó a Parker para que practicara la autopsia.

Algunas fuentes que alegaban haber sido íntimos de la estrella especularon en la prensa sobre la posibilidad de un asesinato, diciendo que la rubia sexy se había dedicado a la «magia negra» y a la «adoración del diablo», y cuando el veredicto de Parker se hizo público: «Probable suicidio resultante de una intoxicación aguda debida a una sobredosis de barbitúricos y de alcohol», el grito de «encubrimiento» surgió inmediatamente.

De hecho, había habido un encubrimiento, pero no de la clase de conspiración que los entusiastas difundían. Parece ser que la atractiva estrella, queriendo que su escena final fuese la más inolvidablemente hermosa, había encargado ella misma las flores y las velas, se había puesto un camisón de lame plateado, y después de tragarse cincuenta Seconales con un cuarto de litro de vodka, se había estirado en el centro del altar que ella misma había adornado para esperar la muerte.

Desgraciadamente, las pastillas y el alcohol no le sentaron bien. Shirlee se vomitó encima, luego corrió hacia el cuarto de baño, vomitando por todo el camino. Por las huellas encontradas por la policía y por los forenses encargados de la investigación, se dedujo que resbaló sobre el suelo vomitado, justo a la puerta del cuarto de baño, se había caído de cabeza al water, y allí fue encontrada a la mañana siguiente por su doncella.

La fiel sirvienta, en un intento de salvar algo de la dignidad de su señora, había llevado el cuerpo al lugar de descanso proyectado, pero fue interrumpida por la llegada del agente de la señorita Cummings, antes de que pudiese hacer una limpieza adecuada.

Puesto que los detalles no tenían que ver con la causa de la muerte, el servicio forense y la policía de Beverly Hills no vieron la necesidad de hacer pública la información. Pero la persistente aparición de rumores, más otras ruidosas acusaciones de uno de los ex maridos de la señorita Cummings, que estaba escribiendo un libro sobre el pretendido encubrimiento, produjeron la suficiente presión pública para que se reabriera el caso un año más tarde. Aunque una junta de investigación apoyaba el fallo de Parker, cedió

ante las presiones de la colonia del cine para mantener el resto de la historia en secreto y más tarde la nube de misterio siguió flotando sobre la muerte de Shirlee Cummings.

Fue el caso Cummings el que hizo famoso el nombre de Parker a escala nacional. También fue el caso Cummings el que hizo que Parker se jurase a sí mismo que nunca más intentaría ocultar los hechos de una muerte. Después del caso Cummings, Parker siguió recibiendo publicidad a nivel nacional. Su trabajo siguió destacándose en los procesos de varios sensacionales casos de asesinato, siendo el más espectacular la muerte a cuchilladas del rico industrial Paul Cavendish. Con una nueva técnica inventada por Parker se hizo un molde negativo de las heridas provocadas por el cuchillo, inyectándoles una sustancia cargada de mercurio llamada metal de Wood. Cuando la sustancia se hubo solidificado, se extrajo y proporcionó una réplica en tres dimensiones de la hoja del cuchillo. Una pequeña mella en la punta del molde donde el cuchillo había golpeado el hueso encajaba perfectamente con un cuchillo encontrado en posesión del hijo ilegítimo de Cavendish, Jonathan Dodson. Consiguió la condena del descontento y desheredado joven y también el que la prensa le pusiera a Parker la etiqueta de «El joven fenómeno de la patología forense».

Cuando Ebenstein anunció su retiro en 1980, no sorprendió a nadie que recomendara a Parker ante la Junta de Inspectores del condado para que le sucediera. A la edad de treinta y nueve años, Eric Parker se convirtió en el *coroner* más joven de la historia de Los Ángeles, y durante los seis años en los que había ocupado el cargo, había buscado infatigablemente a los doctores y técnicos jóvenes más prometedores y había procurado conseguir el equipo más moderno, asegurando así la reputación del Centro de Ciencia Forense como uno de los mejores departamentos de investigación médica del país.

Ahora, unos cuantos políticos obstinados, amenazaban con destruir aquello que Parker había construido con tanto trabajo, y todo por motivos mezquinos. No se lo permitiría. No les podía permitir eso. Atravesaría de alguna forma esa barricada, siempre lo había hecho. Había intentado pasar una vez rodeando a Brewster; esta vez, si hiciera falta, pasaría a través suyo.

Parker se dio una vuelta por la sala, parándose brevemente para

inspeccionar el trabajo de cada doctor. Se detuvo para mirar cómo Dwayne Brown, la última adquisición de su personal, sacaba el corazón y los pulmones del cuerpo de un varón oriental de edad. La técnica del joven era chapucera. Demasiada sangre. Parker tomó nota mental para hablar con él más tarde. Una cosa que Parker intentaba inculcar a sus estudiantes era la importancia de la pulcritud. Demasiado a menudo, la actitud de los estudiantes de patología era de descuido; el paciente estaba muerto, luego, ¿qué importancia tenía eso?; pero, al igual que en cirugía, demasiada sangre podía encubrir pruebas evidentes y hacer que un patólogo diagnosticara erróneamente.

Parker había jugado a menudo con la idea de pedir a los alumnos de su clase semanal que se vistieran de esmoquin para practicar una autopsia. Si tuvieran que pagar sus propias cuentas de tintorería, quizá tendrían menos propensión a la chapuza. Parker sonrió para sus adentros. ¿Y por qué no? Hablaría de eso con Tom Barnes, del USC.

El doctor Ron Schaffer levantó la vista de la mesa cuando pasó Parker y le dijo a través de la mascarilla:

—¿Puede usted concederme un minuto, jefe? Me gustaría que me diera su opinión sobre algo.

Sobre la mesa había un hombre caucásico de unos treinta y cinco años. Le habían quitado la parte superior del cráneo y el cerebro. Parker vio el agujero redondo de la frente, justo por encima del puente de la nariz.

—¿Herida de pistola?

Schaffer asintió.

—Sólo que no hay bala. He seccionado cada centímetro del cerebro. No hay fragmentos, nada. Ni tampoco hay orificio de salida.

Parker miró al doctor con curiosidad, luego se inclinó y examinó la herida de la frente con una lupa. Era idéntica a cientos de heridas de bala de las que él había visto a lo largo de su carrera, hasta el anillo dentado de abrasión alrededor de los bordes de la herida por donde había entrado la bala. Se irguió y señaló los rasguños sangrientos que se advertían en las mejillas y en el cuello del hombre muerto.

—Parece como si hubiera luchado con su asesino.

—Y quienquiera que fuese, tenía buenas uñas.

—¿Dónde lo encontraron?

—En su coche, aparcado en una calle residencial a la salida de Santa Mónica —respondió un hombre que estaba al lado.

Parker no reconoció la voz, y el rostro estaba oculto detrás de la mascarilla.

—Es el Sargento Burke, jefe. Agente de homicidios. Es su caso.

Con el temor al SIDA, incluso a los policías que observaban se les pedía que llevasen vestimenta quirúrgica en la sala de autopsias, por precaución.

—¿Cuándo lo encontraron? —preguntó Parker al inspector.

—Ayer noche, alrededor de las doce.

—Calculo que murió unas dos horas antes —dijo Schaffer.

Parker asintió.

—¿Quién es el finado? ¿Se sabe algo de él?

—Se llama Denhom —dijo Burke—. Era un corredor de bolsa de Beverly Hills. Casado, con dos hijos. Me imagino que recogió a una puta en Santa Mónica, hay muchas trabajando en aquel barrio, y siguió calle abajo imaginando que le harían una *fellatio* rápida de vuelta a casa. Estaba sentado tras el volante del coche con los pantalones bajados hasta las rodillas.

—Había marcas de pintalabios alrededor de sus genitales —comentó Schaffer.

—La fulana debió esperar hasta que el tipo se hubo bajado los pantalones para que no la pudiera pillar tan fácilmente, y luego debió echar mano a la cartera. Sólo que él la cogió. En la lucha por huir debió entrarle pánico, sacó un arma del bolso y le disparó. Le faltaba la cartera.

—Sólo que, ¿dónde está la bala? —dijo Schaffer inesperadamente.

—Tiene que haber una bala —replicó Burke—, Se le ha debido pasar por alto.

—No se me ha pasado —insistió Schaffer testarudamente.

El policía reflexionó un momento y luego dijo:

—¿Y qué me dicen de una bala de hielo?

—¿Una qué? —preguntó Parker.

Burke asintió.

—Una vez vi un programa de televisión en el que el chico

mataba a otro tipo con un carámbano. Se le rompió dentro y se deshizo y nadie pudo encontrar el arma homicida.

Parker movió la cabeza. Hubiera creído que lo mejor de la ciudad tenía suficientes problemas reales a los que hacer frente, como para no tener necesidad de soñar con putas homicidas dando vueltas por las calles, llevando máquinas de hacer balas de hielo portátiles en los bolsos. Pero la imagen del carámbano le dio una idea.

—¿Alguien del vecindario oyó un disparo?

—No.

—¿Buscó usted por los alrededores?

—Por supuesto —replicó el inspector—. No había ningún arma.

—¿Y qué me dice de un zapato?

Por encima de la mascarilla, las pobladas cejas de Burke se fruncieron.

—¿Eh?

—Un zapato de mujer de tacón alto y delgado.

Schaffer miró a Parker con atónita admiración.

—Nunca hubiera pensado en eso.

—Un momento —interrumpió Burke—, ¿Me está usted diciendo que una mujer tendría fuerza suficiente para atravesar el cráneo de un tipo con un tacón alto, de esa manera?

—Probablemente no —dijo Parker.

—Bueno, un zapato de tacón alto no es precisamente un arma de hombre —dijo el policía. Luego sus ojos se abrieron al comprender—, ¡Un travestido!

—O un transexual —dijo Parker—. Sólo es una idea.

—Y muy buena —dijo Burke—. Seguiré esa pista. Gracias doctor.

3

Cuando Parker entró por la puerta, Cindy levantó la vista de su Selectric, con los ojos azules cómicamente agrandados detrás de los gruesos cristales de sus gafas de concha de carey. Parker notó que había algo distinto en ella, y luego recordó. Era lunes. Cindy se cambiaba el color del pelo cada fin de semana. En la última versión era oscuro, casi negro, con reflejos brillantes.

—Me gusta su pelo —comentó Parker, siguiendo la rutina—. ¿Algún recado?

—¿Bromea? El teléfono no ha dejado de sonar desde que llegué. Es terrible lo de John Duffy.

—Ahora está en rayos X si quiere usted echarle la última mirada —le dijo Parker.

—Ya lo veré bastante en las reposiciones —dijo moviendo su renovada cabeza—. Pero es una pena. ¡Era tan atractivo!

Cogió dos montones de recados y le dio uno de ellos, dando unas palmadas al montón que se había quedado.

—He separado la prensa.

Parker asintió.

—Páseselos a Charles. Dígale que anuncie una conferencia de prensa para las dos.

—¿De esta tarde? —preguntó sorprendida.

—Sí.

—¿No es ir un poco deprisa?

—No se puede evitar. El público querrá respuestas —abrió la puerta de su despacho—. Si llama alguien más, estoy ocupado hasta después de comer.

El despacho, revestido de roble, era espacioso y los estantes de las paredes estaban llenos de gruesos textos de medicina. En la pared, junto a la enorme mesa de caoba, una hilera de pantallas de circuito cerrado de televisión seguía las actividades de los puntos

neurálgicos del Centro de Ciencia. La luz del sol entraba oblicuamente a través de las persianas de detrás de la mesa y caía en forma de rectángulo a rayas sobre la hoja de trabajo que había sobre su vade. Se sentó en la silla giratoria de respaldo alto y echó un vistazo a los mensajes.

Jan Bukowski, presidente del gran jurado de acusación: llamada de cortesía.

Miles Novak: estará hoy por la noche a las nueve.

Doctor Jonas Silverman: volverá a llamar.

Alan Nakamoto: referente a la conferencia, Comité para la Preparación del Desastre. 555-9091.

Eve: 555-7611.

Parker se preguntó qué querría Eve. Si sería acerca de Ricky, si algo iba mal, si el fin de semana seguiría como estaba previsto.

Por favor, el fin de semana que viene no, pensó Parker. Tenía verdaderas ganas de ver a su hijo.

Según el acuerdo de divorcio, Parker tenía derecho a ver a su hijo un fin de semana sí y otro no, pero el año pasado una media docena de veces la madre de Eve se había puesto misteriosamente «enferma», siempre unos cuantos días antes de los fines de semana que le tocaban a él, y requería los cuidados inmediatos de Eve en Palm Spring. Invariablemente, se llevaba con ella a Ricky, y volvía a Los Ángeles el domingo por la noche después de que la extraña dolencia de su madre hubiese desaparecido.

Eve había pasado una época muy dura, emocional y financieramente, desde que se divorciaran hacía seis años, y en gran parte ella culpaba a Parker. En cierto modo, él también se culpaba a sí mismo. De niña, el traumático divorcio de sus padres la había dejado con un profundo temor al abandono, que las largas horas de Parker en el Centro de Ciencia Forense habían exacerbado. A ella podría no haberle importado tanto si él hubiese sido un cirujano ausente; siempre le había reprochado la carrera que había escogido, pero no había sido capaz de comprender cómo alguien podía trabajar tantas horas para llevar tan poco a casa.

Parker pensaba que las heridas emocionales se curarían con el tiempo, pero no había sido así. Sólo esperaba que su resentimiento no se manifestase aquel fin de semana. Otras dos semanas le parecerían una eternidad.

Otra posibilidad que cruzó la mente de Parker le hizo estremecer. Quizás hubiera cambiado de parecer sobre Boomer. Boomer era un cachorro de Labrador dorado, la gran sorpresa para el cumpleaños de Ricky. Ricky había estado pidiendo un perro durante un año, y Eve y Parker habían estado discutiéndolo, a veces acaloradamente. Ella estaba en contra, con toda la razón, Parker tenía que admitirlo, pero finalmente y a regañadientes había consentido. Sin embargo, no había ninguna garantía de que fuese a mantener la decisión, y ese pensamiento le atemorizaba. Boomer y él habían sido compañeros de piso durante cuatro días y Parker ya había limpiado el cupo de caca de perro de toda una vida.

Iba a coger el teléfono cuando la línea uno se encendió y Cindy se la pasó. Cogió el teléfono y dijo:

—Le he dicho que no me pase las llamadas...

—Es Alex Tartunian —dijo como pidiendo disculpas—. Creí que querría cogerlo.

—De acuerdo —dijo, y apretó el botón—. Dígame, inspector.

—Me he enterado de que John Duffy ha sido encontrado muerto esta mañana —dijo Tartunian ásperamente, sin ni siquiera saludarle.

—Así es.

—¿Cómo murió?

—Todavía no lo sé. Parece un ahogamiento, pero no lo sabré hasta que no haga la autopsia.

—¿Había drogas de por medio?

—No, que yo sepa —dijo Parker eludiendo el compromiso, sabiendo lo sensible que era el hombre al respecto.

—Acabo de recibir una llamada de Byron Fenady. ¿Sabe usted quién es?

Parker confesó que no.

—Es uno de los productores de una de las mayores televisiones independientes. Es el productor del show de Duffy.

Parker permaneció en silencio, esperando.

—Quería que le asegurara que el asunto se llevará con discreción. Está preocupado por la publicidad desfavorable. No le puedo culpar, considerando la forma en que ha tratado usted esos asuntos en el pasado.

Esperó a que Parker contestase a la repulsa y cuando no lo hizo,

preguntó:

—¿Cuándo espera usted saber algo?

—He convocado una rueda de prensa para las dos de esta tarde.

—No quiero una repetición del caso DeWitt —dijo el inspector, terminante—, ¿Queda claro?

—Perfectamente —respondió Parker, intentando no traspasar a su voz la amargura que sentía.

—Llámeme cuando tenga los resultados —dijo Tartunian con aspereza—. Antes de la conferencia.

El inspector colgó sin decir adiós.

Las maneras autoritarias de Tartunian y el que mencionase a DeWitt enojaron a Parker y al mismo tiempo le crearon cierta aprensión. El hombre ejercía mucho poder. Más que cualquier otro miembro de la junta, Tartunian había sido el responsable del nombramiento de Parker como *coroner*. Desde entonces, las relaciones entre los dos hombres se habían deteriorado radicalmente.

Tartunian siempre había tenido lazos importantes con la industria cinematográfica; iba a las fiestas de las estrellas y de los magnates, asistía a sus funciones de caridad, aceptaba agradecido las generosas contribuciones a los fondos de su campaña, y esos lazos habían sido claramente probados por su pública condena de la forma en que Parker había llevado el caso DeWitt.

Cuando Alan DeWitt, guapo seductor y galán romántico en más de cincuenta películas importantes, fue encontrado muerto en el suelo embaldosado de su salón hacía un año y medio, sus admiradoras de todo el mundo le lloraron. La causa de la muerte fue una hemorragia cerebral, resultante de una caída y de un golpe en la cabeza con el borde de una mesita de mármol para café. El cuerpo permaneció allí durante cuatro días antes de ser descubierto por un amigo preocupado. En una conferencia de prensa, Parker consideró que la muerte del actor estaba «relacionada con el alcohol» (el alcohol en la sangre de DeWitt en el momento de su muerte era de 21), y se armó una tormentosa controversia, porque la colonia del cine se adhirió a la causa de la estrella caída.

En su propia conferencia de prensa, el gremio de actores de la pantalla, a través de su presidente, un amigo del inspector Tartunian, denunció a Parker por «asesinato del personaje», al

describir a DeWitt como un «borracho solitario». Tartunian se hizo eco del sentir y publicó una declaración en la que acusaba a Parker de hacer un mal uso de la tragedia para sus propósitos de auto-exaltación y luego citó el asunto para apoyar a Brewster en su pelea por el presupuesto con el *coroner*.

Pero detrás del apoyo de Tartunian al ataque, había habido más que su mera amistad con miembros de la industria del cine. El resentimiento era mucho más profundo que todo eso.

Cuatro años después del nombramiento de Parker como *coroner*, el hijo de Tartunian, de dieciséis años, fue encontrado ahogado en la piscina familiar. La autopsia reveló que el chico había ingerido una gran dosis de LSD poco antes de su muerte, hecho que llevó a Parker a la conclusión de que se había caído a la piscina y que, en su estado de desorientación, se había ahogado. Cuando Parker se negó a suprimir las alusiones a la droga en su informe, el inspector se enfureció, y desde entonces, su relación había pasado de fría a abiertamente hostil.

Del mismo modo que Tartunian había utilizado el caso DeWitt para reunir a los enemigos de Parker, también el caso Duffy podría convertirse en una bomba política, que podía estallar en la cara de Parker si no tenía cuidado.

Intentó apartar este pensamiento de su mente mientras marcaba el número de la agencia de publicidad y pedía la extensión de Eve.

—Sólo quería estar segura de que podrías quedarte con Ricky —le dijo sorprendiéndole—. Me voy fuera el fin de semana y no volveré hasta última hora del domingo.

—¿Te vas a Palm Springs?

—No. Me voy a San Francisco. Con Matt.

Matt era Matthew Brautigan, el presidente de la agencia de publicidad en la que trabajaba Eve, de cincuenta y dos años. Se habían estado viendo bastante durante los últimos seis meses, según Ricky. ¿Y por qué no? A sus treinta y ocho años Eve era todavía una mujer condenadamente atractiva y Brautigan le podía ofrecer seguridad financiera, algo que Parker nunca había podido hacer. Se merecía encontrar seguridad en algún aspecto de su vida.

—¿Vais en serio? —le preguntó Parker.

—Eso —le contestó ella glacialmente— no es de tu incumbencia.

Parker se dio cuenta, por el tono, de que sería mejor dejar el

tema.

—¿Y el perro?

—¿Qué pasa con el perro?

—¿Es conforme, verdad?

—¿Por qué no habría de serlo?

Se dijeron adiós y Parker colgó, tranquilizado. Tardó unos treinta segundos en nublársele el pensamiento. Últimamente, Brautigan había comenzado a aparecer cada vez más en las conversaciones de Ricky. Parker se empezó a preguntar lo serio que sería realmente el asunto. El no veía a Ricky lo bastante a menudo, pero con otro hombre en la película, con toda probabilidad le vería incluso menos. Parker había visto al hombre varias veces y parecía bastante agradable, pero, ¡verse suplantado en la figura del padre por alguien que creaba campañas de anuncios de cereales para desayunar con nombres como Conde Chocula...! Parker sintió una punzada y tomó nota mentalmente de que tenía que enterarse de algo más sobre aquel hombre.

Antes de bajar, Parker le devolvió la llamada al doctor Jonas Silverman del Westbrook Hospital. Tenía la incómoda impresión de saber de lo que se trataba, pero no podía eludir a su viejo amigo. Era mejor averiguarlo ya.

—Jonas, ¿cómo estás? —preguntó Parker cuando Silverman se puso al teléfono.

—A decir verdad, Eric, podría estar mejor. Esta mañana hablé con tu doctor Roberts. Me informó sobre el informe de la autopsia de McCullough. Me gustaría hablarte de eso.

—No sé qué es lo que hay que hablar...

—Te lo estoy pidiendo como un favor personal —dijo Silverman.

Parker tenía aquel día bastantes cosas a las que hacer frente sin tener que añadir a la agenda el alegato de defensa del Westbrook de Silverman, pero hacía demasiado tiempo que conocía y respetaba al hombre como para negarse a aquella petición.

—¿Qué te parece a las cuatro y media en mi oficina?

Silverman dijo que allí estaría, y colgó.

Parker garabateó una nota y salió. Al salir le dio el memorandum a Cindy.

—Llama a Tom Barnes al USC y dile que así es como quiero que sus estudiantes se vistan para la autopsia de la próxima semana.

Leyó la nota y le lanzó una mirada inquisitiva.

—¿Con esmoquin?

—Y asegúrate de que se enteren de que tendrán que pagar los gastos de tintorería de su bolsillo.

Cindy miró a Parker con incredulidad, intentando ver si le estaba tomando el pelo.

—¿Vienen a una autopsia o a la entrega de premios de la Academia?

Por toda respuesta Parker sonrió, y se dirigió hacia la puerta.

4

—El cuerpo sin embalsamar es el de un varón caucásico bien desarrollado y bien nutrido; la edad declarada, treinta y cuatro años, mide un metro y ochenta centímetros de alto y pesa ochenta kilos —iba diciendo Parker monótonamente frente al micrófono suspendido sobre la mesa de autopsias—. Su pelo es castaño oscuro y los ojos son marrones. El rostro presenta cianosis azul rojiza y la piel tiene apariencia de piel de gallina, especialmente en ambas extremidades.

Observó la presencia de lividez en las partes posteriores y de *rigor mortis* en la parte superior del cuerpo. Las piernas presentaban muy poco rigor. La temperatura del hígado a las 10.57 era de 33.6. Le levantó los párpados y vio unos cuantos puntitos de hemorragias petequiales en su parte interior; luego miró en cada una de las ventanas de la nariz con un otoscopio. Las membranas mucosas de la nariz estaban severamente ulceradas, posiblemente por algún irritante como la cocaína. Parker presionó sobre el tórax y una espesa espuma blanca exudó libremente de las narices y de la boca.

Despacio, metódicamente, Parker examinó el cuerpo, palmo a palmo, con una lupa, recitando marcas identificadoras y cicatrices. La espalda y la parte posterior de los hombros presentaban numerosas abrasiones lineales poco profundas, pero su apariencia blanco rosácea indicaba a Parker que eran *post mortem*. La contusión roja e inflamada del segundo nudillo de la mano derecha, eso era otra historia.

—Ésta es ante mortem —le dijo Parker a Petronelli, que asintió con la cabeza.

Cogió la mano y la inspeccionó cuidadosamente, observando las arrugas de las yemas y la materia marrón oscura debajo de las uñas. Con un par de tijeras quirúrgicas recortó cada una de ellas y las colocó en su propio sobre de pruebas, marcándolo claramente con

el número de identificación del finado. Firmó cada sobre, anotó el tiempo, y el nombre de Petronelli como testigo.

Una vez hecho eso, Parker prosiguió con su inspección del dorso, observando varias abrasiones *post mortem* más. A la derecha de la mitad del abdomen se detuvo.

—Abrasiones lineales rojo oscuro con equimosis —comentó— cinco centímetros por encima del ombligo, que se extienden desde el costado derecho hasta la línea axilar posterior, hacia el lado izquierdo del abdomen. La región lumbar también muestra líneas de abrasión rojo oscuro similares, que van de izquierda a derecha.

Se inclinó para verlo más de cerca. La piel estaba roja e inflamada; indudablemente un tipo de quemadura por fricción. Se dirigió a Petronelli:

—¿Qué cree usted que puede haber ocasionado esto?

El bajo y calvo patólogo se inclinó sobre el cuerpo, mirando a través de la lupa. Petronelli era uno de los especialistas forenses más capacitados, y era por eso que Parker había querido que le ayudara en aquel caso. Petronelli se incorporó y sacudió la cabeza con indecisión.

—Algunas de estas heridas parecen indudablemente arañazos de uñas. Esta otra, no lo sé. La piel está irritada. Es una clara reacción histamínica. ¿Qué llevaba puesto?

—Sólo el bañador —dijo Parker—. Los trazos de abrasión estaban casi unos diez centímetros por encima de su bañador.

Petronelli movió la cabeza.

—¿Hay rocas en la zona en la que se ahogó? —preguntó.

—No lo sé. No sabemos lo lejos que fue, ni siquiera dónde.

El ayudante intentó restarle importancia.

—¿Está usted seguro de que esto sucedió mientras se ahogaba? Quizás lo que lo causó ocurrió antes de que se metiese en el agua.

—Quizás —reconoció Parker. Pero seguía preocupado.

Continuó, terminando el examen externo con la observación de una contusión rectangular *ante mortem*, en la pantorrilla derecha. En el dibujo estándar de la parte anterior y posterior de un cuerpo sin facciones y sin cabello, Parker dibujó las zonas de las lesiones *ante mortem*, intentando darles la forma aproximada, luego, con su propia Nikon de 35 mm, tomó un par de fotos de primer plano de las abrasiones de los costados y de la contusión de la pantorrilla.

Verificó los oídos con un otoscopio.

—Edema hemorrágico, oído medio, tímpano izquierdo fracturado, edema hemorrágico, senos petrosos.

No le sorprendió encontrar agua en los senos esfenoidales, y extrajo una muestra con una jeringa.

—Supongo que ya estamos listos para pasar al interior —dijo Parker seleccionando un escalpelo de la colección de instrumentos de la bandeja.

Comenzó la incisión en el hombro izquierdo, haciendo un arco perfecto a través de los músculos pectorales y terminando en el mismo lugar exacto en el hombro contrario. Terminó la tradicional Y biseccionando el arco con un profundo corte vertical hacia la sínfisis púbica. Unos cuantos cortes más dejaron al descubierto los órganos del cuello y la caja torácica.

Con un par de tijeras de costillas, Parker cortó el cartílago del esternón y levantó la placa pectoral como si fuese la pieza de un rompecabezas. Los potentes extractores acoplados a la mesa luchaban contra los gases que habían comenzado a formarse desde el mismo momento en que la vida había cesado, pero el olor seguía allí, un olor como ningún otro, el húmedo y empalagoso perfume de la descomposición.

Parker examinó los órganos al descubierto. La Fortuna no tenía favoritos allí. Ésta era la forma en la que todas las vidas terminaban, tanto las de los ricos y famosos como las de los pobres y oscuros, un inventario impersonal bajo la dura luz de los fluorescentes.

Después de extraer 200 ml de sangre del corazón con una jeringa y de enviarla con el toxicólogo al laboratorio para su inmediato examen, Parker extrajo la lengua, la laringe y la tráquea y observó si tenían alguna lesión. No encontró ninguna. A continuación sacó los pulmones y los colocó en el platillo de acero inoxidable de la balanza que había a los pies de la mesa. Observó su apariencia esponjosa y su peso, el derecho pesaba 800 gramos, el izquierdo 750; y luego los abrió. Encontró la presencia de un edema pulmonar agudo y una gran cantidad de agua. Ahí no había sorpresas.

Parker utilizó jeringas para extraer muestras de sangre de los ventrículos derecho e izquierdo del corazón. No estaba coagulada y

tenía un color rojo oscuro. Dio las muestras a Petronelli y le pidió que comprobase el nivel de magnesio (una notable diferencia entre los ventrículos podría ser una indicación bien fundada de ahogamiento en agua de mar). Luego siguió trabajando con el escalpelo. Unos cuantos movimientos hábiles más y el órgano estuvo en su mano.

La parte derecha del corazón estaba dilatada y se notaba fofa, un hecho que confirmó la balanza: 320 gramos. Lo lavó y comenzó a diseccionarlo, como un mecánico hábil que examinara un carburador. Las arterias coronarias y pulmonares, los ventrículos, las válvulas y la aorta aparecían todos ellos normales, con pocas señales de cambio aterosclerótico.

Siguió con el sistema gastrointestinal. La misma mucosidad parecida al merengue estaba presente en el esófago, y también vómitos y trozos de material similar a las algas. El estómago y el duodeno estaban distendidos y contenían una cantidad de agua considerable, pero no alimentos, lo que significaba que Duffy no había comido al menos dos horas antes de haber ido a nadar.

Los contenidos del estómago ayudaban a veces a establecer el momento de la muerte, pero en este caso no sería necesario. La ausencia de lividez, el principio de *rigor mortis* y la temperatura del cuerpo con relación a la temperatura del océano indicaban que Duffy no había escogido aquella mañana en particular para alterar su rutina acuática. Parker tomó una muestra de agua del estómago antes de continuar con los intestinos grueso y delgado, que no presentaban nada extraordinario.

El hígado aparecía ligeramente graso y con congestión aguda, al igual que el bazo, el páncreas, los riñones y la vesícula biliar. Duffy tenía aún su apéndice. Mientras Petronelli sacaba muestras líquidas de esos órganos, Parker terminaba el sistema nervioso central. Con una precisión rápida hizo la incisión biauricular, moviendo el escalpelo a través de la parte superior de la cabeza de oreja a oreja. Unas incisiones más a cada lado de la cabeza y se desprendió toda la cara, permitiendo bajarla por delante del cráneo, como una máscara elástica. Cualquier falso rostro que un hombre mostrase al mundo, con la muerte se le enfrentaba cara a cara.

Después de inspeccionar cuidadosamente los huesos faciales en busca de fracturas, Parker utilizó una sierra eléctrica para hacer un

corte alrededor de la cabeza, justo por encima de las orejas; luego levantó la parte superior del cráneo como si fuera un kipá. Cortó metódicamente las membranas y las arterias que mantenían el cerebro en su lugar y luego, con cuidado, liberó el órgano entero con los dedos, trabajándolo hasta que lo sacó con las manos. Seccionó el órgano que, justo la semana anterior, con la ayuda de unos cuantos voltios de electricidad, había hecho reír a la gente de costa a costa, y lo examinó para ver si había hemorragias o lesiones. El órgano se veía perfectamente normal y sano.

Parker se quitó los guantes quirúrgicos y dijo para el informe:

—Salvo otros hallazgos, mi veredicto preliminar es que el sujeto John Hamilton Duffy murió de asfixia como resultado de un ahogamiento accidental. No hay evidencia de trauma significativo ni de engaño. Muestras de sangre, orina, bilis y de los contenidos del estómago y los pulmones han sido tomadas para el análisis toxicológico. Eric C. Parker, Primer médico forense, 12 h. 14' del 20 de abril de 1987.

Parker se volvió a Petronelli, quien mostró su acuerdo con el informe con un gesto de cabeza.

—Lleve usted mismo esas muestras a toxicología —le dijo Parker a Petronelli—. Quiero estar seguro de que mantenemos la cadena de evidencias.

—Bien.

—Y díles que quiero resultados preliminares para la una y media.

Petronelli enarcó una ceja.

—A Kubuchek no le van a conmovir las prisas.

—Si Kubuchek te lo discute, dile que me llame —le respondió Parker.

Steenbargen estaba apoyado contra la pared del pasillo, esperando, cuando Parker salió del vestuario ajustándose el nudo de la corbata.

—¿Cómo ha ido?

—Bien —le respondió Parker alisándose las solapas de la chaqueta.

—¿Algo sospechoso?

Dudó, pensando en aquellas curiosas abrasiones, y luego negó con la cabeza.

—No, a menos que toxicología se presente con algo. ¿Y tú?

—Pss. Pero Kuttner telefoneó; lo que había en el sobre era cocaína. Unos quince gramos, de gran pureza.

Parker había estado seguro todo el tiempo de que sería cocaína pero, con todo, hizo una mueca. Aún hacía más difícil el caso.

—¿Por qué no dejamos que toxicología decida la importancia de la cocaína? Quizás eso le mató.

—Quizás —dijo Steenbargen amablemente—. Pero no lo creo. Kuttner dijo que había una serie de huellas en el sobre. Lo que ocurre es que... no eran de Duffy.

Parker le lanzó una mirada.

—¿Lo cual quería decir que Duffy no la utilizó?

Steenbargen sonrió y esquivó la trampa.

—No necesariamente. Alguien pudo haber llevado el sobre, sacado unas cuantas líneas para él y luego haberlo guardado en el cajón. Pero yo voto porque él no lo utilizó. A: había exactamente quince gramos, B: si el sobre fuera de Duffy, si él lo hubiera comprado, entonces normalmente hubiese sido él quien lo hubiera manipulado.

—¿Estás sugiriendo que podían haberlo depositado después de que él se fuera a dar un baño? ¿Que él personalmente nunca recogió la entrega?

Steenbargen se encogió de hombros.

—¿Y qué puedo decir... salvo que sus huellas no están en el sobre?

Parker decidió que era otra buena razón para no hacer pública mención de la droga hasta que tuviesen una idea mejor de lo que entrañaba todo aquello.

—Esperemos un poco.

Steenbargen asintió con la cabeza y los dos hombres empezaron a andar. Parecían no darse cuenta de las camillas que llenaban el corredor, algunas con cargas preparadas para ser desarmadas, otras, ejemplos del producto terminado, ojos vidriosos, con suturas, cáscaras vacías. Algunas de las caras, serenamente apacibles; otras estaban grotescamente contorsionadas con expresiones de dolor y sufrimiento, como los rostros de los santos mártires de los cuadros medievales.

—Me puse en contacto con la viuda de Duffy —dijo Steenbargen

—, En este momento está en tu oficina.

Parker asintió. No le gustaba tratar con esposas repentinamente convertidas en viudas. Su incapacidad para tratar su dolor, para aliviarlo, siempre le hacía sentir incómodamente inútil, impotente.

—¿Cómo se lo ha tomado?

—Bien —respondió el inspector—. Creo que ella y Duffy estaban separados. Ella ha estado viviendo en su casa de Beverly Hills. La casa de la playa era de alquiler.

—¿Y los médicos de las recetas?

—He conseguido hablar con tres de ellos. La receta de Quaalude era de hacía cuatro años. Las píldoras habían sido vendidas sin receta. El doctor que las había recetado al principio, Kinsey, es un médico de cabecera de Beverly Hills. La última vez que vio a Duffy fue hace tres años. Le hizo la receta de Methaqualone, pero se negó a renovarla cuando Duffy volvió a por más. Dice que el tipo era un adicto a las pastillas y que intentaba tomarle el pelo.

—El doctor que recetó el Elavil, Somers, es un psiquiatra. Confirmó la prescripción y dice que estaba tratando a Duffy de una depresión aguda. Al principio no quería aclararlo, invocando la prerrogativa de un buen doctor con su paciente. Pero mi persuasiva elocuencia finalmente le convenció. Ahora voy a hablar con él.

Cerca del ascensor, un joven inspector con un corte de pelo militar de la patrulla GABAF, Grupo de Asalto de la Brigada Afro-Mejicana, estaba intentando ganar puntos con una ayudante atractiva y pelirroja, y a juzgar por la mirada fascinada de sus grandes ojos verdes y por su risita intermitente, lo estaba logrando. Ella se detuvo tímidamente cuando vio a Parker, pero el poli siguió con la historia.

—Entonces entro yo en la habitación, pistola en mano —iba diciendo el policía— y allí había dos negros sentados a una mesa con hamburguesas, sólo que uno de ellos, éste de aquí... —se apartó e hizo una seña hacia el hombre negro que había en una camilla a su lado. Le faltaba el ojo derecho y parte del cráneo y las sábanas estaban manchadas de sangre y de sustancia gris— no estaba comiendo. El otro comía tranquilamente y vi la botella de dos litros que había sobre la mesa frente a él, y mi compañero y yo nos tiramos encima suyo. El tío se pone a gritar que tengamos calma, y después de haberle esposado y haberle leído sus derechos, dice que

claro que conoce al muerto, que es su hermano y efectivamente, cuando miro, los tipos son gemelos idénticos. Así que le hago la lógica pregunta a continuación, que por qué lo hizo y me mira como si yo fuera un subnormal total y dice, ¿es que no lo ves?, ¡mira su hamburguesa!

La pelirroja miró al jefe con nerviosismo, pero Parker sólo hizo un gesto con la cabeza.

—Entonces miro la hamburguesa del tipo muerto y no veo nada raro y el tipo me grita: ¡El panecillo no, la hamburguesa! ¡Mira la hamburguesa! Entonces abro el panecillo y sigo sin ver nada raro y el tipo dice chillando: ¡Es más grande que la mía! ¡Siempre se quedaba con la más grande! ¡Le dije que era mejor que esta vez me la diera a mí! ¡Nunca más volverá a coger la hamburguesa más grande! Y yo le dije: Amigo, tú tampoco vas a tener ninguna hamburguesa durante mucho tiempo —el poli se rió y luego preguntó—: ¿Puedes imaginarlo?

Parker sabía que, de todos modos, él nunca podría imaginar el «porqué». Afortunadamente no tenía que hacerlo. Para él, el asesinato era, normalmente, lo que parecía: muerte por disparo, por golpes, por apuñalamiento o por estrangulamiento. Habitualmente había en ello muy poco misterio. Pero el «porqué» era otro asunto.

La vida estaba llena de días de hamburguesas pequeñas y grandes, pensó, y eso estaba demasiado cerca como para que alguien llegase nunca a dar una explicación. ¿Por qué dos parejas de jóvenes inteligentes y atractivos se subían en el asiento trasero de un coche con una caja de seis botellas y una manguera que bombeaba monóxido de carbono, dejando sólo una nota que decía: «No podíamos seguir»? ¿Por qué un estudiante de matrícula de honor consecutiva, un «muchacho tranquilo y educado» según sus padres, decide durante la semana de los exámenes finales llevar el 38 de su padre a clase y empezar a disparar sobre sus confiados compañeros? ¿Por qué una madre escucha a su bebé llorar durante un año y luego, de repente, le pega hasta matarlo con un rodillo, diciendo: «No podía soportarlo más»? ¿Qué significaba aquello, en el análisis definitivo? ¿Qué no podía soportar? El hecho era que nadie sabía por qué, o en qué momento, él o ella atravesarían aquella línea irrevocable y no querrían aceptar la hamburguesa pequeña.

5

Una versión más frágil de la mujer de la fotografía de casa de Duffy, y con los ojos enrojecidos, estaba esperando, sentada en el sofá en la oficina exterior de Parker. Steenbargen presentó a Parker y Joan Duffy intentó esbozar una sonrisa que no le llegó a los ojos y se desvaneció rápidamente.

Era pequeña y pálida, hasta el punto de parecer anémica, y llevaba el cabello, negro y largo, hasta los hombros, con el estilo rizado e informal de moda. Tenía los ojos grandes, de color verde grisáceo, la boca era pequeña y la nariz y la barbilla muy puntiagudas. Llevaba un traje bermellón con una blusa color marfil y zapatos de tacón a juego con el traje.

Parker la invitó a pasar a la oficina y le puso una silla delante de la mesa.

—¿Puedo ofrecerle algo? ¿Café?

—No, gracias.

Parker se dirigió hacia la parte de atrás de su mesa y Steenbargen se sentó en una silla, al lado de la ventana. Ella llevaba un pañuelo en la mano, y empezó a retorcerlo.

—Acabo de terminar la autopsia de su difunto esposo —comenzó Parker.

Ella pareció sorprendida.

—¿Ya?

—Sí.

—¿Está usted absolutamente seguro de que es John? ¿No hay ningún error?

—Estamos seguros.

—¿No tengo que identificar su... cuerpo?

La gran influencia de la televisión, pensó Parker.

—No es necesario, señora Duffy. Le identificamos por sus huellas dactilares.

Esperaba que no le pidiera ver el cuerpo. O tocarlo. A veces alguien lo hacía, para asegurarse de la realidad de lo ocurrido, como el pellizcarse para estar seguro de que no era sólo una pesadilla.

—¿Qué sucedió? —preguntó—. ¿Cómo murió?

—La causa oficial de la muerte es ahogamiento. El cómo es otra cosa. Sabemos por sus vecinos que su esposo era un buen nadador.

—Sí. Muy bueno.

—Y que nadaba con regularidad cada mañana, a las seis.

—Nadaba antes de ir al estudio. Normalmente, alrededor de las seis o las seis y media.

—Por eso es por lo que no sé por qué se ahogó, señora Duffy. Las condiciones del oleaje eran normales y no pude encontrar en él nada físicamente anormal. Por supuesto, no tendremos todos los datos hasta que tengamos los resultados de toxicología.

Joan Duffy secó las lágrimas que se le formaban en los ojos con el pañuelo arrugado. Sus ojos eran su mejor rasgo, pensó Parker. Eran suaves y expresivos y tristemente bellos. Sin embargo, la tristeza le venía de lejos, de más allá de los sucesos de la mañana. Se necesitaban años de acondicionamiento para adquirir aquella mirada.

—Encontramos una gran variedad de medicamentos en la casa, señora Duffy. Junto con algunas Quaaludes y unos restos de cocaína.

—John estaba bajo una gran presión. La presión de su trabajo, la presión de la fama, la presión de sí mismo —se detuvo ahí, como si eso lo explicara.

—¿Qué clase de drogas tomaba?

Su mirada evitó la de Parker.

—No lo sé exactamente.

Hizo una pausa y luego preguntó ansiosamente:

—¿Tuvieron algo que ver las drogas con la muerte de John?

—No lo sabremos hasta que lleguen las pruebas del laboratorio.

Abrió el bolso.

—¿Le importa que fume?

—No, hágalo.

Sacó un paquete de Benson & Hedges bajo en nicotina, extrajo un cigarrillo con dedos temblorosos y, como un prestidigitador,

Steenbargen hizo aparecer un encendedor con gesto caballeroso. Encendió el cigarrillo y ella le dio una profunda chupada exhalando después el humo.

—¿Utilizaba cocaína de forma considerable?

Su tono se volvió defensivo.

—No más que cualquier otro de la profesión.

—No sé lo que eso significa —dijo Parker.

—No estaba informada de lo que John hacía —dijo con acidez—. Lo que hacía no me lo decía. Él sabía que yo desaprobaba esa clase de cosas.

Parker jugueteó con el bolígrafo de la mesa, dándole vueltas despacio, hasta que apuntó a la mujer.

—¿Cuánto tiempo ha estado usted casada, señora Duffy?

—Cinco años —dijo, cruzando sus delgadas piernas—, Pero antes habíamos vivido juntos durante dos años.

A Parker le pareció que la mujer no tendría más de veintiocho o veintinueve años.

—Debía usted ser muy joven cuando se conocieron.

De repente ella se inclinó hacia adelante y aplastó el cigarrillo apenas comenzado en el cenicero de cerámica que había en el brazo de la silla y empezó a pasarse la mano por la frente pensativamente.

—Yo era una estudiante de segundo de la Universidad de Illinois. John estaba actuando con Second City. Le fui a ver una vez y me enamoré. Era tan salvaje y tan loco en el escenario, tan fuera de control. Algunos amigos me llevaron entre bastidores y nos presentaron, y fue química instantánea. Al cabo de cinco minutos me pedía que saliéramos y tres semanas más tarde me mudaba a su apartamento.

Parker intentó analizar qué clase de «química instantánea» podía despedir aquella mujer. Obviamente, lo que había atraído a Duffy no había sido físico o sexual, al menos algo que Parker pudiera ver. Debía de haber satisfecho necesidades psicológicas y emocionales más profundas en aquel hombre. Parker se preguntaba cuáles serían.

Su mirada se hizo distante y dijo en un tono que parecía amargo:

—Dejé mi educación por John. Lo dejé todo.

—Tengo entendido que ustedes vivían separados.

Ella asintió.

—Sí.

—¿Desde hacía cuánto tiempo?

—Dos meses.

Parker le mostró la libreta que habían encontrado en casa de Duffy.

—¿Es esa la escritura de su esposo?

La miró fijamente por un momento.

—Sí.

—¿Escribía su marido chistes de esta clase?

Ella asintió.

—A veces. Si escuchaba algo que le gustaba y quería recordarlo.

¿Por qué?

—Está en la primera página de una libreta nueva —le dijo Parker—. Creí que podría darnos alguna idea de su estado de ánimo de aquella última noche.

Ella le estaba mirando.

—Probablemente no sea nada —dijo Parker—. Sólo otro chiste de suegras: «El suicidio es una forma tardía de estar de acuerdo con la madre de tu mujer».

—Tiene usted razón. Probablemente no sea nada.

Parker recogió la libreta.

—Lo siento. Tengo que hacerle estas preguntas. ¿Estaba deprimido... insatisfecho con su trabajo?

Ella vaciló.

—A John le parecía como si su talento se estuviera malgastando en *La vida es dura*. Quería hacer otras cosas. Películas. Teatro. Algo más desafiante.

Parker asintió con la cabeza.

—¿Cuándo habló usted con él por última vez?

—La penúltima noche.

—¿Cómo le encontró?

—Preocupado.

—¿Le dijo por qué?

Su rostro se inquietó. Dudó y luego dijo:

—Yo quería pedir el divorcio. John quería hablarme de ello. Quería que volviéramos juntos —cruzó sus brazos sobre el cuerpo protectoramente—. No veo cómo mis asuntos personales tengan

algo que ver con su trabajo, doctor Parker.

Parker ofreció a la mujer una sonrisa paliativa para suavizar lo que estaba a punto de decir.

—En algunos casos, señora Duffy, hacemos lo que se llama una autopsia psicológica para determinar el estado de ánimo del difunto anterior al tiempo de su muerte —hizo una pausa—. Para eliminar la posibilidad de un suicidio.

La espalda de la mujer se puso rígida y la suavidad abandonó sus ojos.

—¡John no se suicidó!

—Probablemente no, pero teniendo en cuenta la evidencia, me temo que es una posibilidad que hemos de considerar.

—¿Evidencia? —saltó Joan Duffy—, ¿Qué evidencia?

—El psiquiatra que trataba a su marido dice que estaba deprimido. Lo suficiente como para darle una medicación antidepresiva. Está esta nota...

Ella ondeó la libreta en el aire y la cerró de golpe sobre la mesa de Parker.

—Esto no significa nada, ya se lo he dicho. Y no me importa lo que estuviera tomando. ¡John no se mató!

—Lo siento, señora Duffy, pero éstas son preguntas que tengo que hacer. Me doy cuenta de que debe ser un momento duro para usted.

La reacción de la mujer ante la sugerencia de un suicidio había sido fuerte, pero no poco común. La aceptación de la posibilidad de un suicidio venía a menudo acompañada de la aceptación de, al menos, una responsabilidad parcial por aquel acto definitivo e irrevocable. Parker mantuvo la voz suave, para calmarla.

—No estoy intentando curiosear, créame, y puedo asegurarle que cualquier cosa que usted diga será guardada en el más absoluto secreto. ¿Puedo preguntarle qué le hizo decidirse a divorciarse de su esposo?

Su disposición había mejorado algo, pero su tono seguía siendo precavido.

—John había cambiado. No era el hombre con el que me casé. Acostumbraba a ser amable, considerado. Desde que llegó a esta ciudad, se había vuelto cruel.

Parker pensó en el cabello rubio sobre la almohada de Duffy. No

quería destruir la imagen que ella tuviera de su difunto esposo, pero tenía una sensación incierta con aquel caso, como si fuera a necesitar toda la ayuda que pudiera obtener. Y la fuente principal estaba sentada justo frente a la mesa.

—¿Había otra mujer?

Se llevó la mano a la garganta. Parker temió que pudiera explotar, pero sólo preguntó:

—¿Por qué me hace usted esa pregunta?

—Porque hay pruebas de que había una mujer en la casa de la playa ayer noche.

—El muy hijo de puta —murmuró, apartando rápidamente la vista. De nuevo se formaron lágrimas en sus ojos. Se echó hacia atrás en la silla como un boxeador cuyos excesivos movimientos le hubieran dejado demasiado exhausto para seguir—. El estrellato puede hacerle cosas a un hombre. Toda la atención de admiradoras que le adoran. Cada día recibía cartas por correo, ofrecimientos de mujeres mucho más bonitas que yo. Me gusta pensar que intentó resistirse. Estoy seguro de que era duro para él. A pesar de la apariencia de macho que le gustaba dar, era muy inseguro. Necesitaba confianza en ese sentido, sentirse querido. Durante mucho tiempo, hice ver que no lo veía. Mientras no fuese algo serio, mientras volviese a casa después del trabajo, no decía nada. Pero luego empezó a estar fuera de casa toda la noche. Y luego recibí aquella nota. Aquello fue la última gota.

—¿Qué nota? —preguntó Parker.

Sacó otro cigarrillo y Steenbargen repitió su actuación de mago con el encendedor. Su mano temblaba violentamente mientras él se lo encendía.

—Era un corazón con una flecha que lo atravesaba. En el corazón estaba escrito: «Duffy + Mia».

—¿Mia?

—Mia Stockton. La actriz que compartía los honores con John en *La vida es dura*.

—¿Averiguó usted quién envió la nota?

Ella negó con la cabeza.

—Estaba firmado: «Un amigo». Eso es todo. Enfrenté a John con eso y él intentó negarlo. Dijo que él y Mia eran sólo amigos, pero yo sabía que mentía. Hice algunas averiguaciones y supe que llevaba

más de un año con ese pequeño romance de camarín. Estaba desolada. Me sentí totalmente traicionada. Fue entonces cuando le dije que se fuera.

Cruzó de nuevo las piernas y se repantigó aún más en el asiento. Parecía estar encogiéndose, como si se sintiese más pequeña después de admitir los pecadillos de su esposo.

Parker anotó el nombre de Mia Stockton sobre el taco que tenía delante y escribió al lado: «¿La otra mujer?».

—¿De qué color tiene el pelo Mia Stockton?

—Rubio.

Y rápidamente añadió:

—Pero es teñido.

Parker y Steenbargen intercambiaron miradas.

—¿Quién más era íntimo de su esposo, señora Duffy? Alguien con quien él haya podido hablar en los últimos días.

—Harvey Brock.

—¿Quién es?

—El mejor amigo de John —su tono se volvió fríamente hostil—. Al menos eso creía John.

—Obviamente, usted no.

—No, yo no lo creía. Las drogas que John pudiera estar tomando procedían probablemente de Harvey. Intenté prevenir a John, pero no quiso escucharme. Harvey era su buen compañero. Después de todo lo que John había hecho por él, no podía darse cuenta de que Harvey quería que se diera de bruces.

—¿Y por qué iba a querer eso?

Le dio una chupada al cigarrillo y se inclinó hacia adelante para sacudir la ceniza en el cenicero de la mesa.

—Por celos. John triunfó y Harvey no. Los dos comenzaron juntos con Second City. Cuando John se tomó un descanso en *La vida es dura*, mandó llamar a Harvey. Incluso creó para él un personaje a tiempo parcial para que actuase en el espectáculo: Kowolski, el mecánico.

—Ah, sí —terció Steenbargen—. El chico tartamudo que siempre parece como si se hubiese revolcado sobre el aceite del cárter.

—Ése es —dijo Joan Duffy.

Parker arqueó una ceja mirando a su inspector jefe, que se encogió de hombros. Luego prosiguió:

—¿Y dice usted que el tal Brock era la conexión de su esposo con las drogas?

Ella asintió.

—Le pillé un día pasándole un gramo a John en el escenario. Le reñí por eso. Le dije que no le estaba haciendo a John ningún favor dándole droga, pero él ya lo sabía. Le dije que se apartara de nosotros.

—¿Cuándo fue eso?

—Hará unos cuatro meses.

—¿Dónde le puedo encontrar?

Le dio una última chupada al cigarrillo y luego lo apagó, aplastándolo.

—Probablemente puedan hablar con él en el Comedy Store de Hollywood. Creo que está actuando allí ahora, en la sala pequeña. Es un humorista.

Parker asintió y lo anotó también.

—¿Quién más?

—Sol Grossman, el agente de John y su empresario. Ha sido como un padre para John durante los últimos seis años.

—¿Alguien más?

Pensó por un momento.

—Quizás el productor del show, Byron Fenady.

Parker intentó no reaccionar a la mención del nombre de Fenady. Tomó los números que ella le dio de los dos hombres, y luego sonrió y se puso en pie. Le pidió de nuevo disculpas por hacerle pasar por todo aquello y los ojos de ella empezaron a empañarse una vez más.

—Es curioso —dijo ella, lloriqueando—. Ayer me había hecho perfectamente a la idea de que John estaba fuera de mi vida, era todo lo que deseaba. Y ahora...

Parker le cogió el brazo con simpatía y la acompañó hasta la puerta. Cuando la abrió, ella le preguntó:

—¿Cuándo sabrá usted los resultados de las pruebas del laboratorio?

—Dentro de unas horas.

—Me gustaría saberlo.

Parker le prometió que la llamaría en cuanto lo supiera y le preguntó:

—Una pregunta más, señora Duffy. ¿A quién conocía su esposo que conduzca un Porsche rojo?

—A Harvey Brock. ¿Por qué?

—Uno de los vecinos vio un Porsche rojo en la zona esta mañana, eso es todo.

Y pidió a Steenbargen que acompañase a la mujer hasta la salida.

El teléfono sonó y Cindy le dijo que Kuttner estaba en la línea. El capitán no pudo disimular la alegría de su voz cuando Parker le habló de su informe preliminar.

—Entonces no hay posibilidad de que fuera un homicidio, ¿no es así, doctor? Quiero decir que incluso si el tipo estaba tan chalado que creyó que el agua era aire, era culpa suya, ¿no? No fue asesinado.

Parker vaciló y luego pronunció la palabra mágica que haría que aquél fuese el día del policía.

—No.

Kuttner le dio las gracias, agradecido, sabiendo que ahora podría enfrentarse a las cámaras e informar de que había sido resuelto un caso más.

Steenbargen volvió cuando Parker estaba colgando.

—¿Quieres comer? Yo invito.

—¿En Chasen o en Ma Maison?

—Creo que con Ma ya está bien.

Lo raro de la oferta hubiera sido suficiente como para tentar a Parker, aunque no hubiese estado hambriento, que lo estaba. La fama de ahorrativo del inspector jefe era legendaria; se rumoreaba que incluso llevaba su propia cuchara de plata, que utilizaba para comer de los platos de los demás, pero Parker nunca la había visto ni le había pedido que se la enseñara. No quería que le decepcionara el encontrarse con que el rumor era falso.

Ma Maison era la sala de máquinas dispensadoras del final del pasillo. La sala estaba antes en el piso de seguridad, pero la habían cambiado arriba cuando comenzó el temor al SIDA.

Steenbargen compró dos bocadillos de atún envueltos en plástico y dos cafés, y se sentaron a una mesa cercana a dos ayudantes varones con batas verdes que intercambiaban lascivos pronósticos sobre sus próximas citas. Por el tono optimista de la conversación,

su miedo a la temida enfermedad había sido puesto en cuarentena con éxito en el piso de abajo.

—¿Qué opinas? —preguntó Parker, dándole un mordisco a su bocadillo.

—¿Sobre la viuda? Lo siento por ella. Parece como si Duffy le hubiera hecho pasar malos ratos, pero no sé. Algo no va.

Parker levantó la cabeza. Los instintos de Steenbargen raramente se equivocaban. El hecho era que él sentía lo mismo. Seguían rondándole en la cabeza aquellas abrasiones abdominales.

—Primero intenta restarle importancia sobre el uso de droga de Duffy, luego dice que se encolerizó con ese tipo, Brock, porque le pasó al chico un gramo de coca. Si el chico no tenía un gran problema de drogadicción, ¿entonces por qué ese pánico por un despreciable gramo? También saltó de mala manera con la sugerencia de suicidio.

—Eso no es anormal —dijo Parker.

—Quizás no. Pero podría haber otras razones por las que no le gustase la palabra «suicidio».

—Como el seguro.

Steenbargen asintió.

—Me interesaría saber si hay una póliza en algún sitio con el nombre de Duffy. Especialmente una con una cláusula de beneficio por accidente.

Parker sonrió. Siempre el poli, pensó.

—Quizás deberías comprobarlo.

—Quizás lo haga. Y también me gustaría comprobar qué estaba Brock haciendo al visitar a Duffy tan temprano por la mañana.

—Si era Brock. Hay más de un Porsche rojo en Los Ángeles.

Steenbargen le miró.

—Y hay más de una rubia en Nantucket, pero eso no nos ha detenido nunca antes, ¿no?

Cuando Steenbargen se fue, Cindy llamó a Parker para decirle que Kubuchek estaba allí; le dijo que le hiciera pasar. El toxicólogo, con ojos de sueño, entró sin una palabra de saludo y arrojó las cinco páginas de su informe sobre la mesa de Parker.

—Alcohol, cocaína, Valium y amitriptilina —le dijo mientras Parker cogía el informe—, Al chico le gustaban las drogas. Pero si está usted buscando una razón por la que Duffy se ahogase, la

tendrá que encontrar en otra parte. Las cantidades no eran suficientes como para causar problemas mayores. Yo diría que había ingerido las sustancias un mínimo de cuatro horas antes de entrar en el agua.

Parker echó un vistazo al informe. Alcohol, .02 por ciento, Valium, 0,1 microgramos por mililitro, Amitriptilina, 0,05 microgramos por mililitro. Kubuchek tenía razón: no había forma de que Duffy hubiera experimentado un efecto farmacológico combinado con aquellas cantidades.

—Aquí no veo cocaína.

—No, pero encontré benzoylcegonina, .01 microgramos por mililitro en la sangre, .5 microgramos por mililitro en el hígado.

La cocaína se descomponía rápidamente en el sistema, pero la benzoylcegonina era uno de los productos de esa descomposición. Aparecía dos horas después de la ingestión de la droga y permanecía en la sangre hasta doce horas después.

Parker pasó rápidamente las páginas.

—¿Qué más ha analizado usted?

—La mayoría de las drogas comunes y las toxinas. Debido al factor tiempo, me concentré en lo que se encontró en la casa, más los hipnóticos más importantes, opiáceos y barbitúricos. Nada.

—¿Y el agua que había en el estómago y en los pulmones?

—La misma composición química que la muestra que trajo Steenbargen. Las partículas en el estómago y en el esófago son típicas algas de océano. Duffy se ahogó en el océano, seguro.

La pregunta es por qué, pensó Parker.

—¿Cuándo es la conferencia de prensa?

—A las dos. Por consideración a las noticias de las seis en el lejano este. Es un gran país y se ha de considerar la diferencia horaria cuando se tiene una estrella muerta.

Kubuchek no le deseó suerte. Tampoco era que Parker lo esperase. Las relaciones entre los dos hombres hacía tiempo que se habían vuelto tirantes, desde el incidente de Delaney.

Roger Delaney había sido un sheriff suplente al que habían matado de un disparo en el cumplimiento del deber. Cuando el informe de la autopsia se hizo público revelando que el alcohol en la sangre del agente era de un 15 por ciento en el momento de su muerte, hubo gritos de protesta en el departamento del sheriff y por

parte de los parientes de Delaney, que insistieron en que el derribado oficial había sido un abstemio estricto. Se solicitó una investigación, pero antes de que ésta pudiera llegar a llevarse a cabo, Parker se enteró de que el error era debido a uno de los ayudantes del laboratorio de Kubuchek quien, por accidente, había cambiado las etiquetas de dos muestras. Parker, al darse cuenta de que tendría que rectificar, perdió el control, y delante del personal de su laboratorio le reprendió severamente. Una vez calmado, Parker se dio cuenta de que había cometido un error y pidió disculpas al hombre por haberle avergonzado públicamente. Pero aunque Kubuchek aceptó verbalmente las disculpas, continuó sintiendo resquemor y desde aquel momento su relación había sido fríamente educada.

—Gracias por haberlo hecho tan deprisa.

Kubuchek sonrió peculiarmente.

—No hay problema.

—Yo no hubiera podido tener tanta suerte —murmuró Parker para sí mismo mientras el toxicólogo salía por la puerta.

6

Parker estaba revisando el informe de toxicología y tomando notas cuando Steenbargen volvió inesperadamente. El inspector se dejó caer sobre el sofá y se frotó los ojos.

—He pensado en acompañarte a la conferencia. Podrías necesitar apoyo moral. Incluso he pedido prestados un par de pompones a la animadora principal, hija de un amigo mío.

Parker sonrió.

—Gracias. Podría necesitar uno o dos vótores antes del final.

—Tengo entendido que ya ha llegado el informe de toxicología.

Parker asintió con la cabeza y se pasó una mano por el pelo. Le informó de lo que Kubuchek había encontrado y Steenbargen dio un respingo.

—¿Qué vas a hacer?

—Lo único que puedo hacer —respondió Parker, encogiéndose de hombros—. Decirlo todo tal como es.

—¿Estás seguro de que quieres hacer eso?

—¿Y qué otra cosa puedo hacer?

—Quizás deberías minimizar la cuestión de la droga —dijo Steenbargen, probando.

Parker levantó las manos.

—¿Cómo? No puedo ocultarlo. Si intento dar un rodeo, se me acusará de querer encubrir este hecho. Está aquí en el informe para cualquiera que quiera desenterrarlo. Es una situación sin salida.

—Habrà alguien a quien no le va a gustar —dijo Steenbargen.

—¿Es que crees que no lo sé? No acepté este trabajo para ganar un concurso de popularidad. Los médicos forenses no gustan a nadie. A los políticos no les gustamos porque los muertos no votan. Las familias de los difuntos nos ven como entrometidos repulsivos, que gozan mutilando a sus muertos. Los médicos nos miran como a médicos policía. A la policía no le gustamos porque investigamos las

mueres sospechosas de los presos de sus celdas. A los propietarios de residencias de ancianos tampoco, porque ponemos al descubierto el hecho de que sus pacientes se mueren a causa de una mala nutrición y de descuido. Demasiado a menudo es un maldito y desagradecido trabajo. Pero sólo conozco una forma de hacerlo.

Steenbargen se puso las manos detrás de la cabeza y se echó hacia atrás, sonriendo.

—Me hubieses decepcionado si hubieses dicho otra cosa.

Parker había estado angustiado por la conferencia de prensa, preguntándose cómo debía llevarla. El comentario de Steenbargen le ayudó a tranquilizarse.

—Gracias —dijo con una media sonrisa—. ¿Cómo han ido las cosas con Somers?

—Había estado tratando a Duffy por depresión y drogodependencia durante cuatro meses. El tipo era adicto a la cocaína y a los estimulantes. De eso se componía su depresión. Cuando se derrumbase, se derrumbaría del todo. La última vez que Somers le vio, hace dos semanas, Duffy estaba en un verdadero estado depresivo. Somers dijo que no hacía más que darle vueltas a cómo había podido hacer de su vida un desastre tan absoluto.

Hizo una pausa significativa.

—Dijo que incluso habló de acabar con todo.

—¿Suicidio?

Steenbargen se encogió de hombros.

—Somers dice que no sabe, que Duffy no fue muy preciso y que no quiso aclararlo. Su impresión es que Duffy hablaba metafóricamente, más como si fuera a dejar el show de televisión para irse a vivir a algún sitio de las montañas, que de matarse. Hablaba mucho de eso. Según Somers, Duffy estaba totalmente quemado en el show. Pero dijo que no podía descartar la posibilidad de que Duffy hablara literalmente. Dijo que el chico parecía diferente en su última visita. «Desesperado» fue la palabra que utilizó.

—¿Eso fue hace dos semanas?

El inspector asintió.

—Tenía una cita la semana pasada, pero no apareció. Somers cree que la razón pudo ser que le había dicho a Duffy en la visita anterior que tendría que ir a desintoxicarse. Habían convenido en

que le haría una revisión en el hospital Betty Ford, pero Duffy no se presentó. Y escucha esto: Somers llamó a Joan Duffy y le explicó lo serio de la situación, que Duffy se estaba destrozando y que tenían que sacarle de las drogas, pero ella se lavó las manos del asunto. Le dijo que ella ya lo había intentado, y que estaba harta de hacer de niñera. Añadió que tenía los nervios destrozados y que si Duffy quería matarse, ella no podía impedirse.

—No es extraño que reaccionara a la sugerencia del suicidio.

—Claro.

Parker se miró el reloj y dijo:

—Es el momento de andar los últimos metros.

—Quizás aún llame el jefe y se suspenda —dijo el inspector, esperanzado.

—Es una mala película. Esta es aquella en que el verdugo ata al chico en la cámara de gas y le dice: «Cuenta hasta diez y respira profundamente. Es más fácil así».

En el ascensor, se les unió Charles Rademacher, el oficial del departamento de información pública, quien preguntó:

—¿Está usted seguro de que no quiere que lleve yo este asunto?

Parker sonrió burlonamente.

—¿Y decepcionar a todos mis admiradores? Gracias por el ofrecimiento, pero lo haré yo. Sáqueme de apuros si le hago señas.

—Por supuesto —dijo Rademacher.

El pasillo del primer piso estaba atestado de periodistas y el trío se abrió paso a empujones a través de la multitud hasta las puertas del auditorio, intentando ignorar las preguntas que les hacían a gritos.

La sala estaba llena y los tres hombres tuvieron que avanzar a empujones hasta llegar al estrado. Rademacher y Steenbargen se sentaron cada uno a un lado del atril. Parker arregló sus notas y miró de soslayo la intensa luz de los focos de las cámaras.

Medio cegado, Parker echó un vistazo por el mar de rostros, esperando que la sala se aposentase, lo que sucedió al cabo de un par de minutos, y leyó el informe que había preparado:

—Me temo que no hay mucho para ustedes. Como saben, John Duffy, actor y comediante, murió aproximadamente a las seis de la mañana, mientras nadaba en el rompiente en Point Dume. Sobre la base de la autopsia que he terminado esta tarde, la conclusión

preliminar de este departamento es que el señor Duffy murió de asfixia, resultante de ahogamiento. Ahogamiento que fue, presumiblemente, accidental.

Le acosaron inmediatamente con un aluvión de preguntas. Miró a Rademacher, solicitando silenciosamente su ayuda. Sería más fácil si hablasen de uno en uno. Rademacher se encogió de hombros con impotencia.

—¿Qué quiere decir con exactitud «presumiblemente»? —preguntó alguien gritando.

—Eso exactamente —respondió Parker—. Hacemos esa suposición, puesto que no tenemos ningún indicio de lo contrario. No hay pruebas de que haya sido provocado.

—¿Sabe usted por qué se ahogó?

—No. Eso se está investigando en este momento.

—¿Había drogas implicadas en el asunto?

—No entiendo lo que quiere usted decir por «implicadas» —esquivó Parker.

—¿Se le encontraron drogas en la sangre?

No había manera de esquivar aquello.

—Sí, pero no en cantidades suficientes como para haber causado un serio menoscabo de su capacidad natatoria.

—¿Qué clase de drogas?

—Alcohol, Valium, amitriptilina y benzoylecgonina, que es un metabolito de la cocaína.

La revelación causó una conmoción. Los focos parecían volverse más intensos. Parker contestó satisfactoriamente las preguntas sobre las drogas, traduciendo las cantidades a términos legos: bebidas, pastillas y gramos, e intentó explicar que las cantidades exactas eran difíciles de estimar, porque no sabían cuándo habían sido ingeridas.

Por encima del murmullo de las preguntas, se impuso una voz de mujer:

—¿Es cierto que Duffy estaba abatido por la ruptura de su matrimonio?

—No se lo sabría decir —mintió Parker.

—Si estaba abatido, ¿podría eso tener algo que ver con su muerte?

Era la misma voz agresiva. Parker se protegió los ojos e intentó

avistar a su propietaria.

—Lo siento —le dijo Parker—. No quiero hablar de conjeturas. ¿Tiene alguien más alguna pregunta? Si no...

—¿Por qué estaba Duffy nadando a las seis de la mañana? —preguntó la mujer. Hubiese sido un buen sargento de instrucción.

—Según los vecinos, iba a nadar cada mañana a las seis. Formaba parte de su rutina.

—Si nadaba cada mañana, ¿no es raro que se ahogase sin ningún motivo aparente?

Parker miró a través de los focos, intentando encontrar a su torturadora.

—La palabra clave parece ser «aparente», ¿no es así señorita...?

—Saxby, del «Los Ángeles Times».

—Saxby —repitió Parker—, Por supuesto que hay un motivo. La gente no se ahoga sin un motivo. Por ejemplo una rampa. O agotamiento. O un ataque al corazón. Sólo que en el caso del señor Duffy en este momento no sabemos cuál fue el motivo. Tendremos que esperar.

—Entonces está usted diciendo que hay algo que no es normal.

—No estoy diciendo nada de eso —insistió Parker, sin ser capaz de dejar de mostrar su irritación en la voz—. La gente se ahoga siempre. El año pasado se ahogaron 196 en el condado de Los Ángeles, para ser exactos. Muchos de ellos por motivos que nunca hemos averiguado.

—¿De veras? —respondió ella, sarcástica—. ¿Y cuántos de esos 196 se ahogaron en el océano, doctor? ¿Y nadando?

Vaya, pensó Parker. Había cogido el informe bienal y utilizaba sus propias municiones contra él. Parker le lanzó una mirada a Rademacher preguntándose qué hacía exactamente para ganarse el sueldo.

—Tres —dijo finalmente intentando sonreír. Un murmullo corrió por toda la sala—. Eso es todo por ahora, señoras y señores. Gracias.

Salió del estrado y le dijo a Rademacher.

—Me ha sido usted de una gran ayuda.

Rademacher levantó los hombros tímidamente.

—Es que creí que lo estaba usted haciendo muy bien.

—Bueno —dijo Parker, descontento con su actuación, y luego se

dirigió a Steenbargen—: Mike, salgamos de aquí.

Los periodistas no iban a dejarse despedir así, tan fácilmente. Dieron la vuelta al estrado en masa, cortándoles la salida y siguieron vociferando preguntas. Steenbargen corrió a situarse en medio, abriendo un camino a través de los robustos cuerpos, mientras Parker se dirigía a la puerta «sin comentarios». Aún había más en el pasillo, y Steenbargen tuvo que ponerse fuera de las puertas del ascensor para asegurarse de que ningún periodista conseguía subir con Parker.

Parker dio un suspiro de alivio cuando las puertas se cerraron, dejándole solo únicamente con el zumbido del ascensor y con sus propias dudas reavivadas mientras le llevaba al tercer piso. ¿Por qué se había ahogado Duffy? Parker tenía la extraña sensación de que cuando encontrasen el motivo, sería el malo.

7

Lo primero que pensó Parker cuando Jonas Silverman llegó a su oficina fue: «cáncer». El hombre debía de haber perdido unos diez kilos desde la última vez que Parker le vio hacía un año, y el traje gris colgaba, suelto, sobre su estructura ósea. Tenía la cara ojerosa y demacrada y la piel de sus mejillas ofrecía un insano brillo cerúleo.

—Eric —dijo Silverman, adelantando la mano.

El apretón de Silverman era débil, como su sonrisa.

—Has adelgazado —dijo Parker.

—Siete kilos —dijo con orgullo—. He estado tomando Pritikin durante los pasados seis meses.

—¿Por problemas de corazón?

—No, tenía un poco alto el colesterol en la sangre. Quería ver si lo podía bajar.

—¿Lo conseguiste?

—Veinte miligramos. Deberías probarlo.

Parker asintió con indiferencia. Comer patatas cocidas, secas, no era precisamente su idea del disfrute de la vida. Quería tener buena salud, claro, pero también quería vivir la vida al máximo, y tenía que haber un trueque en alguna parte.

Parker conocía a Jonas Silverman desde su época de interno en el USC, cuando Silverman tenía una de las clientelas de cirugía cardiovascular más lucrativas de Beverly Hills. Más tarde, él y un grupo de médicos muy respetados, compraron el Westbrook y las aptitudes de Silverman como Director Administrativo del centro comenzaron a reemplazar en importancia sus habilidades con el escalpelo.

Como jefe administrativo del hospital, Silverman se había visto obligado a reducir su trabajo como cirujano hasta el punto que ya prácticamente casi todo su tiempo lo empleaba en manejar presupuestos, en conseguir fondos, en reclutar nuevos doctores y en

buscar el apoyo de la comunidad. Parker había pensado a menudo que era desperdiciar penosamente el talento de un hombre, pero a Silverman parecía gustarle su nueva posición, así que ¿quién era él para criticarle? Westbrook tenía la reputación de ser uno de los hospitales no lucrativos de la ciudad mejor dirigidos y gran parte del mérito se debía a Jonas Silverman.

Pero Parker últimamente había estado preocupado. Durante el pasado año, su oficina había recibido varios casos de personas lesionadas que habían muerto camino del County, después de haber sido rechazados por el personal ER de Westbrook. La administración de Westbrook adujo falta de camas como causa de su negativa a tratarlos, pero, en todos los casos, el paciente era pobre.

Cuando su viejo amigo aseguró a Parker que la condición social de los casos no había tenido nada que ver con el hecho de que no se les hubiera admitido, Parker tuvo que darlo por cierto. No podía creer que una persona dedicada a curar, como Jonas Silverman, pudiera ser en absoluto responsable de tal política, y se sintió culpable por haber abrigado pensamientos sospechosos. Sin embargo...

Contempló cómo Silverman se quitaba un hilo de la rodilla derecha y se volvía en la silla para mirar indirectamente hacia él. Silverman rodeó con su brazo el respaldo de la silla con aire despreocupado y enlazó las manos.

—Quería hablar personalmente contigo sobre el caso McCullough, Eric.

—¿Qué pasa con eso?

—¿Tienes la intención de archivar el informe del doctor Roberts tal como está?

—¿Hay alguna razón por la que no debiera hacerlo?

—De hecho la hay.

Meditó un momento y luego dijo:

—¿Roberts es un hombre competente, supongo?

—Mucho.

—¿Has examinado su informe?

—Sí.

—¿Estás de acuerdo con sus conclusiones?

—Sí, lo estoy —Parker cogió el expediente de la mesa y lo abrió

—. «La presencia de *crepitus* resultante de la formación de gas en el

tejido subcutáneo, el olor característico, las exudaciones rojo oscuro, todo indica una infección masiva. El tejido en la incisión quirúrgica, así como el tejido subcutáneo subyacente, facie y músculo eran edematosos y de color rojo oscuro a negro. Las íntimas de los vasos sanguíneos estaban manchadas de hemoglobina, lo que indicaba que la hemoglobina del paciente estaba bajando rápidamente. La orina estaba teñida de hemoglobina.» —Levantó la vista—. No creo que haya ninguna duda, McCullough murió de sepsis.

—El paciente no mostraba síntomas de sepsis —sostuvo Silverman—. No tenía pus, ni fiebre...

—Estaba con inmunodepresores —le recordó Parker—. Obviamente, los esteroides enmascararon los síntomas. La cuestión no es si McCullough murió de sepsis, Jonas, sino cómo la contrajo.

—Aunque tu doctor Roberts tenga razón, no le veo ningún gran misterio —dijo Silverman—, Ambos sabemos que los pacientes de trasplantes renales son particularmente susceptibles a la infección debido a las complicaciones de la terapia depresora.

Parker se recostó.

—Los análisis microscópicos y microbiológicos del tejido engangrenado mostraron *Clostridium perfringens*, así como varias especies de bacteroides. Del único lugar del que el paciente pudo haber cogido esos anaerobios era de un intestino perforado, y McCullough no lo tenía.

De la única manera que Silverman pudo responder a eso fue poniendo cara de preocupación.

Parker continuó:

—Lo que no entiendo es cómo el patólogo interno de Westbrook —hizo una pausa para consultar el informe del hospital en el expediente—, el doctor Yee, no lo vio y determinó que la causa de la muerte había sido un fallo renal. Los signos de infección eran claramente visibles.

—El paciente acababa de sufrir un trasplante —objetó Silverman—. La suposición del doctor Yee era natural.

Parker negó lentamente con la cabeza.

—Hubiera sido un buen punto de partida, pero habría habido coágulos en el riñón si McCullough hubiese muerto de fallo renal. Una vez que Yee lo miró y no vio coágulos, debería haber mirado

en otra parte.

—¿Me estás diciendo que a tu personal nunca se le pasa nada por alto? —preguntó Silverman a la defensiva.

—Se nos pasan muchas cosas. Demasiadas. Pero no esta vez.

—Esa es tu opinión.

—Así es.

Silverman se revolvió en su silla con impaciencia e hizo una mueca.

—Vamos, Eric. Ambos sabemos que estas cosas ocurren...

Parker empezaba a estar molesto. Cogió el informe.

—Así es, Jonas, ambos sabemos eso. Veamos qué sucedió en el caso McCullough —y empezó a leer—: «Barry McCullough un varón de cincuenta y seis años, ingresó en el Westbrook el 12 de abril para un trasplante de riñón. El riñón del cadáver había sido llevado del hospital General de Los Ángeles el 13 de abril, donado por la familia de Juan Gutiérrez, víctima de un apuñalamiento mortal el 11 de abril. El 14 de abril era llevado a cabo con éxito por el doctor Myron Minkow un trasplante de riñón, a la zona ilíaca derecha del paciente. Después de la terminación de las anastomosis vasculares, se hizo la reconstrucción urinaria por medio de una ureterneocistotomía. El paciente fue llevado a una habitación particular. Hacia la medianoche, la presión de la sangre empezó a bajar y aparecieron síntomas de toxicidad. Al cabo de nueve horas cayó rápidamente en conmoción y expiró». Dime lo que pasó, Jonas, y por qué.

—¿Quién lo sabe? —dijo Silverman, levantando el brazo como una marioneta—. El hecho es que no importa lo que le sucediera, no podemos devolverle la vida.

Parker se le quedó mirando durante al menos diez segundos antes de preguntarle:

—¿Por qué estás aquí exactamente, Jonas?

Silverman frunció los labios, moviéndose incómodamente en su silla.

—He visto familias como la de McCullough antes. Pueden oler el dinero por negligencia médica. Por eso solicitaron una segunda autopsia. El informe de Roberts les hará el juego.

Silverman había sido uno de los cirujanos más meticulosos y hábiles de los que Parker había tenido el placer de contemplar. El

ver en qué se había convertido, un político, le entristecía. El salvar vidas había pasado a segundo plano, por detrás de salvar a los asnos del hospital.

—No me dieron esa impresión, Jonas. Sólo quieren saber por qué murió su padre. Creen que puede haber un conflicto de intereses en que a un fallecido en el Westbrook le haga la autopsia un patólogo del Westbrook. No estoy seguro de no estar de acuerdo.

Silverman resopló indignado.

—¿Estás sugiriendo que la autopsia de Yee formaba parte de algún tipo de encubrimiento?

—No. Todo lo que estoy diciendo es que los McCullough no me parecieron en absoluto gente mercenaria.

—Te equivocas, Eric —dijo con firmeza—. En cuanto tengan el informe de Roberts, llamarán a algún abogado picapleitos. Puedes apostarte algo.

Parker miró fijamente al hombre.

—¿Te preocupa el resultado?

—Claro que no —dijo Silverman con indiferencia—. Pero sería muchísimo más sencillo evitar la situación. No importa cuál sea el resultado, al hospital no le hace falta la clase de publicidad que originaría un litigio por incompetencia. Los juicios por incompetencia no los ganan los defensores. La gente siempre piensa: donde está el humo, allí está el fuego.

Parker se sentía desgarrado. Realmente quería creer a Silverman. Su propio padre, después de licenciarse del ejército, fue acusado de incompetencia quirúrgica, y un forense meticuloso y una meticulosa autopsia fueron los que salvaron su reputación. Aquella crisis en la vida de su padre y su resolución, fueron las que primero hicieron a Parker consciente de la medicina legal y del bien que con ella podía hacer.

—¿Qué estás sugiriendo que haga, Jonas? ¿Cambiar el informe de Roberts?

Silverman se sintió embarazado y dijo:

—Siempre hay un margen de error. No estoy discutiendo la competencia de Roberts ni sus hallazgos, sólo la interpretación de éstos.

Miró a Parker, vacilante.

—Últimamente han estado apuntando hacia ti, Eric. Se sabe que

algunas personas —gente con buenas conexiones— van a por ti. Westbrook tiene algunos amigos que podrían ser poderosos aliados cuando llegue la confrontación de fuerzas.

Parker notó que las mejillas se le enrojecían de cólera. Con un gran esfuerzo consiguió mantener la voz apacible y tranquila.

—¿Es eso un soborno, Jonas?

—No soy tan tonto como para eso —dijo Silverman, sonriendo hipócritamente—. Sólo estoy exponiendo un hecho, eso es todo.

—Y todo lo que tendría que hacer para asegurar ese apoyo sería secundar el informe de Yee de que ha sido un fallo renal.

Silverman se encogió de hombros.

—Yo no puedo decirte lo que tienes que hacer, Eric. Pero ésa parece ser la solución más sencilla.

—Para ti y para Westbrook, quizás. No para mí.

—Entonces, ¿vas a registrar el informe de Roberts?

—Sí.

Silverman frunció el ceño.

—¿Se les ha notificado ya a los McCullough?

—No.

Silverman se mordió el labio pensativamente y luego dijo:

—¿Me harías un favor personal? ¿Esperarías un par de días?

—Mi respuesta será la misma.

—Sólo piénsatelo. Eso es todo lo que pido.

Los ojos de Silverman estaban tristes, como si estuviese decepcionado por el sonido de su propia voz. Parker no le culpó. El doctor prosiguió:

—¿A qué puede perjudicar? Mientras tanto me dará tiempo para examinar este asunto y encontrar dónde cogió McCullough la gangrena gaseosa.

Parker meditó. Se había calmado lo suficiente como para ceder un poco. ¿Qué podía perjudicar, después de todo?

—De acuerdo.

El semblante de Silverman se volvió de nuevo amistoso.

—Gracias, Eric. Te lo agradezco —se puso en pie y alargó la mano. Tenía la palma caliente y sudorosa—. Siempre he estado de tu parte, Eric. Quiero que sepas eso.

—Gracias, Jonas —dijo Parker, sonriendo con las mandíbulas apretadas.

Silverman salió y Parker se quedó mirando pensativamente la puerta cerrada, intentando explicarse de qué había ido aquella conversación. Silverman estaba preocupado por algo más que sólo por la mala publicidad. Por muchísimo más. Y aunque no lo sabía todavía, al ofrecerle aquel soborno pobremente enmascarado, le había convencido para que Parker investigase de qué se trataba.

Se dirigió a la consola del vídeo y escudriñó en la pantalla que conectaba con la sala de inspectores.

Cuatro hombres estaban sentados con los pies sobre las mesas, charlando o leyendo revistas. Parker cogió el teléfono y miró cómo uno de los hombres de la pantalla respondía. Pidió hablar con Jacobi, y el recado fue transmitido a un hombre inmensamente gordo, que dejó el periódico sensacionalista en el que estaba absorto y levantó su enorme cuerpo de la silla con un gruñido. El gordo cogió el teléfono y dijo:

—Aquí Jacobi.

—¿Es interesante la lectura? —preguntó Parker.

—Sí —respondió el hombre—. Hay una historia asombrosa de que se ve a Elvis en un OVNI.

—¿Cómo puede leer esa porquería?

—¿Qué quiere usted decir? No podrían imprimirlo si no fuese cierto, ¿no?

—Ésa es una de las cualidades que yo busco en un inspector, un gran escepticismo —dijo Parker—. Acabo de recibir una visita de Jonas Silverman de Westbrook. Está preocupado por el veredicto de Roberts sobre el caso McCullough. Demasiado preocupado. Su patólogo, Yee, determinó que la causa de la muerte era un fallo renal, pero Roberts dice que es sepsis. Silverman quiere que siga siendo un fallo renal.

—Y usted quiere saber por qué.

—Así es —dijo Parker—. ¿Está su prima, la enfermera suplente, en Westbrook todavía?

—Sí.

—Quiero que hable con ella. Averigüe si sabe algo sobre un caso de trasplante de riñón que murió hace cinco días. McCullough. Si ella no sabe nada, encuentre a alguien que sepa algo. El tipo murió de sepsis y quiero saber dónde la cogió.

—Bien.

—Roberts hizo la autopsia. Hable con él antes de ir.

Jacobi asintió.

—Vale.

—Oh, y, Jacobi...

—¿Sí?

—Averígüelo —dijo bromeando—. O podría ir usted a darse una vuelta con Elvis.

8

De vuelta a casa, a Parker se le antojó pasarse por Sunset Strip. Tuvo la suerte de encontrar un aparcamiento a sólo dos manzanas del Comedy Store y fue andando. Sorteando la cola que había, se fue hasta la taquilla y después de mostrar su placa al muchacho de la entrada, fue encomendado a un corpulento encargado que le acompañó al camerino.

La sala a dos niveles estaba llena a un cuarto de su capacidad, probablemente no llegara a llenarse ni siquiera con la cola del exterior. En los buenos y dorados tiempos de Hollywood, aquello había sido *Ciro's*, el más elegante y chic de los clubs de *striptease*, que se enorgullecía de tener las mejores funciones y la clientela de estrellas más atractiva, pero ahora la sala, débilmente iluminada, era sólo una memoria marchita de su antigua gloria. Los clientes eran hoy, en su mayor parte, gente de menos de veinticinco años, vestidos con téjanos y camisas deportivas, el techo mostraba las conducciones del aire acondicionado y las negras paredes estaban convenientemente adornadas con caricaturas de neón de gigantes de la comedia desaparecidos hacía mucho tiempo: Laurel y Hardy, Ed Wynn, Groucho, W.C. Incluso los rollos de pergamino de neón rojo a cada lado del escenario se veían pegajosos.

El encargado llevó a Parker hasta una puerta cercana al escenario. La cruzaron y subieron unas escaleras hasta otra puerta. El guía estaba a punto de llamar cuando se abrió y salió una rubia alta, atractiva y de huesos grandes, que llevaba un traje de tweed gris. Tenía un aire vagamente familiar, pero Parker no pudo en aquel momento situarla. Ella obviamente sí lo hizo. Cuando pasó, rozándole, saludó con la cabeza, sonrió y dijo:

—Doctor.

El guía anunció:

—Harvey, aquí hay alguien que quiere verte —y se apartó para

dejar pasar a Parker.

El sombrío camerino era lo suficientemente pequeño como para parecer lleno con Parker y los dos hombres que se estaban cambiando allí. Uno de los dos preguntó impertinentemente sin levantar la cabeza:

—¿Otro periodista? Diles que hablaré con ellos después de la función.

—No soy un periodista —dijo Parker—. Soy el doctor Eric Parker.

Brook levantó entonces la cabeza. Andaba por los treinta, bajo, de cabello moreno y desgredado que enmarcaba su rostro redondo y rechoncho como el de un bebé. Llevaba puesto un par de pantalones cortos de boxeo tipo «Rocky», de color rojo, blanco y azul y una camiseta blanca que marcaba cada michelín de su cuerpo fofo.

—¿El *coroner*, no?

—Así es.

—Le he reconocido por las noticias. He visto la conferencia de prensa esta tarde.

Aunque aún no había subido al escenario, su cara estaba ya cubierta con una reluciente capa de sudor. Sus pupilas eran como alfileres y sus ojos parecía como si estuviesen iluminados desde dentro, como un farolillo. El hombre se encontraba cogido.

—¿De qué va esto? ¿Es sobre John?

—Sí.

Brock asintió como si él fuese igual de importante.

—Ha sido algo horrible. John era el mejor amigo que tenía en el mundo.

No le pareció a Parker que el hombre estuviese conmovido. Ni siquiera triste. Quizás adivinando sus pensamientos Brock añadió:

—Estuve pensando en suspender la actuación de esta noche, pero luego pensé: no, John lo hubiera querido así. La función debe continuar, ¿verdad?

—¿Y por qué no?

—Voy a dedicar mi actuación de esta noche a la memoria de John —dijo el cómico, sonriendo de una manera extraña.

—Eso está bien —dijo Parker, pero por alguna razón, dudaba de la sinceridad de Brock.

—¿Durante cuánto tiempo fueron ustedes amigos?

El otro cómico, un chaval joven y flaco vestido con téjanos y una camisa a cuadros, carraspeó incómodamente y se puso en pie.

—Les voy a dejar solos para que hablen. Gracias, Harvey.

Cuando hubo salido, Brock dijo:

—¿Le importa si me visto mientras hablamos? Es un poco tarde.

—No, no, hágalo.

Parker miró mientras Brock cogía un par de pantalones cortos color púrpura de la maleta que había sobre el suelo y se los ponía sobre los «Rocky».

—Tengo entendido que usted y Duffy se conocían desde hacía ya mucho tiempo. Desde Second City.

—Así es —dijo—, ¿Quién se lo dijo?

—Joan Duffy.

Brock cogió una camiseta azul con un agujero en el pecho y se lo puso encima de la camiseta «Rocky».

—¿Sí? —escondió los ojos—, ¿Cómo lo está llevando?

—Parecía estar bien cuando hablé con ella.

—Tendré que llamarla y ofrecerle mi pésame.

El anuncio no sonaba muy convincente.

—¿Cuándo habló usted con Duffy por última vez?

—Ayer por la noche.

Brock se puso una camisa blanca de manga larga y comenzó a abrochársela.

—¿A qué hora?

—Sobre la una.

—¿Cómo parecía estar?

Brock lo pensó, como si intentase encontrar las palabras justas.

—Tenso.

—¿Como cuánto?

—Sólo tenso —dijo Brock, encogiéndose de hombros—. Ya sabe.

—Me temo que no.

El cómico vaciló.

—Estaba agitado, inquieto.

—¿Por qué?

—Por un montón de cosas. El show. Su hijo. Su vida.

—¿Es de eso de lo que hablaron?

Brock resolló y se pasó la mano por la nariz.

—Sí. ¿Por qué?

—¿No hablaron ustedes de nada más?

Los ojos de Brock se entrecerraron cautelosamente.

—¿Como qué?

Parker encogió los hombros.

—Drogas, por ejemplo.

El cómico intentó parecer sorprendido, pero la expresión era patentemente falsa.

—¿Drogas? ¿Por qué íbamos a hablar de drogas?

—Se encontraron drogas en la casa de Duffy —dijo Parker sosegadamente.

—¿Y eso qué tiene que ver conmigo?

El hombre se estaba poniendo a la defensiva, y su tono comenzaba a ser combativo. Parker decidió presionarle.

—¿No le suministraba usted drogas a Duffy?

Brock se encogió.

—¿Quién le dijo eso?

Cuando Parker no respondió inmediatamente, el cómico se respondió a sí mismo:

—Joan, probablemente.

—¿Por qué le acusaría de una cosa así? —preguntó Parker inocentemente.

—Porque necesita una cabeza de turco, y yo lo soy —dijo Brock irónicamente—. John se había estado jodiendo con narcóticos y fulanas durante mucho tiempo. Joan no quería culparse a sí misma, así que tenía que echarle las culpas a otro. Como yo era el que estaba más cerca de él, me culpó a mí.

—¿Así que no le pilló un día pasándole a Duffy un gramo de cocaína en medio de la función?

Brock sonrió con una sonrisa triste y sacudió la cabeza. Sacó una americana deportiva de la maleta y se la puso, cogió una pistola de agua y se la puso en el bolsillo interior.

—John se drogaba porque creía que lo necesitaba para actuar. Vino pidiéndome que le consiguiera un poco para él. Sólo un gramo, dijo. Yo pensé, ¡qué demonios!, saldrá y la conseguirá de todos modos. Es mejor que yo vaya y se la consiga a que él salga a la calle a buscarla por ahí.

—¿Esa fue la única vez que usted le consiguió cocaína?

—Un par de veces más, cuando estaba desesperado —admitió

Brock de mala gana—. Mire, intenté que el chico fuera a desintoxicarse, pero no quería. Hubiera esnifado Perú si se lo hubiera podido meter por la nariz. Estaba fuera de control. Especialmente durante los dos últimos meses, desde que Joan le dejó. Si salías con John por la noche, no te dejaba que bajaras del tren en dos días. Era una locura.

Se echó hacia atrás e hizo un gesto señalando su conjunto.

—¿Ha visto usted alguna vez a un traficante de droga vestido así? Soy un cómico, no un gángster.

Parker tuvo que sonreír ante la imagen. Aún sonreía cuando preguntó:

—¿Qué estaba usted haciendo en casa de Duffy a las seis y cuarto de esta mañana?

Eso pareció disminuir la confianza que Brock había ido ganando.

—¿Eh?

—Le vieron en el camino de la casa de Duffy.

Parker dijo «le vieron» en lugar de «vieron su coche», porque no quería dejarle ningún margen para que pudiera negarlo.

Brock se volvió hacia el espejo e hizo ver que se maquillaba. Era sólo un gesto para ganar tiempo, y Parker lo sabía. Utilizó aquel momento en beneficio propio, cogiendo un cenicero vacío con el que Brock había estado jugueteando nerviosamente. Lo dejó caer en el bolsillo de su americana.

—Estaba preocupado por él —dijo Brock, respondiendo por fin—. Quería asegurarme de que estaba bien.

—¿Y lo estaba?

Brook se volvió y miró a Parker de frente.

—No lo sé. No pude encontrarle. Cuando no contestó por la puerta principal, fui a la de atrás. La puerta corredera de cristal estaba abierta, pero él no estaba. Me imaginé que estaría nadando, siempre lo hacía a esa hora, pero no le pude atisbar desde el acantilado, así que me fui.

—¿Sabe usted qué hora era exactamente?

—Entre las seis y las seis y media. Exactamente no lo sé —hizo una pausa y luego añadió—: Los polis no me han preguntado aún sobre eso.

—Lo harán, estoy seguro —le dijo Parker—. ¿Dónde vive usted?

—En Hollywood —dijo Brock, vacilante, preguntándose

obviamente por qué Parker quería saber aquello.

—Debía de estar usted terriblemente preocupado por Duffy para hacer todo ese camino a esa hora de la mañana, sólo para ver cómo estaba.

Brock se encogió de hombros.

—No podía dormir. Sentía como si John me hubiera necesitado y yo no le hubiese ayudado. Yo siempre estaba disponible para él, como él lo estaba para mí.

—¿Le preocupaba que él pudiera tener la intención de hacerse daño de algún modo?

Brock pareció sorprendido por la sugerencia.

—¿Que se hiciera daño? ¿Quiere usted decir que se suicidase?

—Sí.

—Ese pensamiento no cruzó nunca por mi mente —dijo Brock con convicción.

—¿Le había oído sacar el tema alguna vez?

—Claro, pero no en serio.

—¿Cómo lo sacó?

—Pues, cosas como... cuánto más fácil sería todo acabando de una vez... cosas así. Pero no lo decía en serio —Brock miró a Parker resueltamente y le preguntó—: ¿Es eso lo que usted cree? ¿Que John se suicidó? En la conferencia de prensa usted dijo que fue un accidente.

—Tenemos que considerar todas las posibilidades.

Brock sacudió la cabeza, luego cogió un pañuelo de la caja y con ligeros toques enjugó las gotas de sudor que se habían acumulado en su rostro.

—Si John hubiera querido matarse no se hubiera ahogado. Se hubiera ido con mucho más bombo y platillo. En los restos de un coche incendiado o algo así.

—Tengo entendido que Duffy creó un personaje para usted en su espectáculo...

—Yo creé a Kowolski —dijo Brock irritado—. John le vendió la idea a Fenady, pero yo lo creé, del mismo modo que creé la mitad de las parodias de John.

—¿Quiere decir que le robaba material suyo?

—Claro. Siempre. Pero yo le dejaba. La mitad de las cosas que John hizo con Second City eran cosas que yo escribía —hizo una

pausa y sonrió afectadamente—. Supongo que Joan le dijo que John me llamó y me ofreció parte de su espectáculo por la bondad de su corazón.

Parker asintió.

—Yo llamé a John —dijo Brock. Se agachó y cerró la tapa de la maleta—. Yo le di el personaje de Kowolski y le dije que me lo debía.

El sudor había vuelto al rostro de Brock. Una mezcla de irritación y de inquieta energía parecían bullir a través de sus poros... Parker se preguntó que qué más.

La explicación de Brock de por qué había ido a casa de Duffy por la mañana no sonaba a verdadera. Si realmente estaba preocupado por el hombre, ¿por qué no fue de inmediato cuando Duffy le llamó? Y también, una vez allí, ¿por qué no esperó, para asegurarse de que todo iba bien? ¿Por qué se fue como un rayo?

La mano de Parker acarició el bolsillo de su americana, percibiendo el cenicero. Podía contener la respuesta.

La puerta del camerino se abrió y entró una chica con cara de anoréxica, de cabello castaño cobrizo y piel cetrina, llena de pecas. Se detuvo cuando vio a Parker y Brock dijo:

—Emily, te presento a Eric Parker. El *coroner*. Ésta es Emily Braxton, mi novia.

Llevaba una blusa de algodón dorada y téjanos metidos en unas botas de cuero negras hasta la pantorrilla. Parker estrechó su mano, que estaba fría y húmeda. Sus ojos verdes estaban demasiado maquillados y ardían intensamente desde sus hundidas cuencas, dando a la cara una apariencia cadavérica.

—Hemos estado hablando de John —le dijo Brock.

—Aprovechado —fue todo lo que ella dijo.

Parker intentó ponerle un cebo a Brock.

—Debe haber sido frustrante, ver que la carrera de Duffy despegaba gracias a su material, mientras usted seguía trabajando en pequeños clubs, de telonero.

El rostro del cómico se ensombreció e iba a decir algo cuando se contuvo. Sonrió con facilidad y dijo:

—Yo estaba contento por John. Éramos como hermanos. Lo que le sucedía a él era como si me sucediese a mí. Su éxito era mi éxito. Además, ya llegará mi día.

—Eso es —comenzó a decir inesperada y entusiásticamente Emily Braxton—. Harvey tiene una idea para una serie de humor que es seguro que dará el golpe. Byron Fenady la va a producir.

—Felicidades —dijo Parker.

—Bueno, en realidad todavía no es seguro —dijo Brock—. Se la voy a presentar mañana...

—Pero en cuanto oiga la idea, se comprometerá —dijo la chica—. Sería muy tonto si no lo hiciera.

Brock le echó una mirada y la cortó:

—Trae mala suerte hablar de estas cosas antes de que sucedan, Em.

—Tú sabes que no podrá resistirse —dijo la chica con entusiasmo—. Es demasiado buena.

Brock sonrió a Parker con rigidez.

—Mi novia es mi mayor admiradora, por si no se había dado usted cuenta. Lo que queremos hacer es un programa piloto. Estamos seguros de que en base a eso las cadenas lo adquirirán. —Echó un vistazo al reloj y dijo—: Tengo que irme dentro de un segundo...

—Una pregunta más —dijo Parker—. ¿Conocía usted el asunto de Duffy con Mia Stockton?

—Sabía que hacía tiempo que se veían.

—¿Cómo describiría usted la relación?

Brock se encogió de hombros.

—A Mia le gustaba John, a John le gustaba Mia. Eran amigos.

A Parker le pareció como si el hombre estuviese esquivando.

—¿Y eso era todo?

—Lo que John tuviese con Mia, era asunto suyo, y yo realmente no tengo la intención de entrar en ello.

Parker notó que Brock estaba escondiendo algo. Las facciones del cómico se aflojaron y sonrió mientras acompañaba a Parker hasta la puerta.

—¿Se va usted a quedar al espectáculo?

—No lo había pensado.

—¿Por qué no lo hace? —sugirió Brock expansivamente—. Sea mi invitado.

Parker decidió dedicarle el tiempo. El ver cómo se vestía el hombre había picado su curiosidad.

—Gracias. Lo haré.

La aceptación pareció agradar a Brock, que le hizo señales a un tramoyista que estaba en el pasillo para que le buscara a Parker una buena mesa. Parker le dio de nuevo las gracias y luego preguntó con indiferencia:

—Por cierto, ¿de qué año es su Porsche?

—Del ochenta y uno —dijo Brock con orgullo.

—Es magnífico —dijo Parker, fingiendo envidia—. ¿Le costó mucho?

—Demasiado, pero en este negocio la imagen es importante. Si creen que estás abajo, te mantienen abajo. ¿Entiende lo que le quiero decir?

Parker asintió comprendiendo.

—Este tipo de trabajo debe estar muy bien pagado para que se pueda permitir un coche como ése.

Brock pareció intuir hacia dónde había apuntado Parker. Sonrió, pero la sonrisa era más falsa que un par de Levi's coreanos.

—Conseguí el coche porque era una ganga. Se lo iban a quitar a un amigo mío. Todo lo que tuve que hacer fue hacerme cargo de los pagos.

Se quitó de encima a Parker con una despedida apresurada y cerró la puerta.

Parker siguió al tramoyista quien, después de consultarlo brevemente con la dirección, situó a Parker en una mesa pequeña en la parte de atrás del club, junto a un poste, como testimonio de la influencia de Brock.

Pidió un whisky escocés y agua a la camarera y lo pagó; no tenía intención de aceptar que el cómico le invitase a bebida, y entonces el locutor interrumpió sus pensamientos, dando la bienvenida a los clientes al Comedy Store y rogándoles un gran aplauso para el primer cómico de la noche, ¡Harvey Brock!

Brock entró corriendo en el escenario y fue saludado por el aplauso entusiasta de la sala medio vacía. Empezó diciéndole a la audiencia lo maravillosa que era y luego entró en un monólogo hablando de su mujer, quien, según afirmaba, había muerto.

—Incineré a mi mujer, mezclé sus cenizas con mi cocaína y la esnifé. Eso fue lo mejor que ella me hizo sentir en años.

La referencia a las drogas provocó risas sofocadas entre la gente.

—Soy un viudo, pero de vez en cuando me gusta pensar que mi mujer está todavía ahí. Me siento en mi sillón con mi pipa, apoyo el aspirador contra la pared y lo escucho aspirar dinero.

Cuando llegó a los chistes sobre su difunta mujer, abogada de los derechos de los animales, hasta el punto que su pastor alemán tenía los mismos derechos en casa que Brock, incluida la cama, la gente se dormía.

Brock notaba que el público se le escapaba. Su sonrisa se había hecho más forzada. Un par de provocadores le gritaron. Brock les gritó a su vez:

—Seguro que conduces un camión con los neumáticos demasiado grandes, ¿verdad, pedazo de imbécil?

Brock se lanzó desesperadamente a los accesorios. Salpicó a la audiencia con la pistola de agua e hizo varias parodias, cambiando de voz según se iba quitando capas de ropa, y a cada capa de ropa que se quitaba que no provocaba la risa, el *striptease* se volvía más y más frenético. Cuando el tema de «Rocky» se oyó a toda marcha por el sistema de sonido del club, el cómico estaba en la última capa de ropa. Fue alardeando por todo el escenario como un Sylvester Stallone gordo y empapado de sudor, con los brazos levantados en señal de victoria, pero su júbilo era evidentemente falso. La mirada de derrota de sus ojos contradecía a la sonrisa. El chico había sido golpeado.

La música terminó y la expresión de Brock se volvió sombría de repente. Se dirigió al micrófono y dijo en tono bajo:

—Señoras y señores, quiero dedicar este espectáculo a John Duffy que, como estoy seguro que sabrán, ha muerto trágicamente esta mañana. El mundo ha perdido un gran talento. Y yo he perdido a mi mejor amigo —la voz de Brock se ahogó de pronto—. Sigue haciéndoles reír John. Donde quiera que estés, sé que estás actuando en la Sala Grande.

Era un truco barato, un último esfuerzo para provocar emoción, cualquier emoción, en la gente. Y funcionó. La sala rompió en un estrepitoso aplauso mientras Brock se separaba del micrófono, tirando besos a la audiencia, y desaparecía detrás del telón.

Hubo una pausa mientras el animador anunció al cómico siguiente y Parker, sintiéndose decepcionado, se levantó para irse, casi chocando contra la alta rubia que le había saludado fuera del

camerino de Brock.

—Hola otra vez —dijo la mujer, sonriendo, mientras Parker se disculpaba. Cuando quedó claro que él seguía sin reconocerla, dijo —: Alexis Saxby. El *Times*.

Allí es donde había oído aquella voz. Parker miró a su alrededor buscando una salida, pero la mujer obstruía su camino. A él no le cabía la menor duda de que lo hacía con intención. Sonrió diplomáticamente.

—¿No tuvo usted bastante de mi pellejo esta tarde, señorita Saxby?

La mujer se rió.

—No le estoy persiguiendo, doctor. De veras. Estoy aquí por la misma razón que usted.

—¿Que es...?

—Hacerle una entrevista a Harvey Brock —dijo—. ¿Qué piensa usted de su actuación?

—Sin comentarios.

Ella movió la cabeza en señal de acuerdo.

—Ahora ya sé por qué me llamó. Así puede utilizar toda la publicidad colateral que pueda obtener.

—¿Brock la llamó?

—Esta tarde. Quería saber si quería una entrevista a fondo sobre Duffy.

Oh, pensó Parker. Brock no quería discutir ningún aspecto personal de la vida de su amigo fallecido. No, a menos que hubiese algo para él.

—¿Le ha dicho a usted algo interesante? —le preguntó Alexis Saxby.

—Nada que pudiera cambiar lo que he dicho en la conferencia de prensa, si es eso lo que quiere usted saber.

—¿Nada acerca de la posibilidad de un asesinato?

La pregunta sobresaltó a Parker.

—¿Asesinato? No. ¿Por qué pregunta usted eso?

—El redactor de espectáculos del periódico me ha dicho que Duffy no era muy querido. Aparentemente era un hijo de puta para con los que trabajaban con él. Extremadamente temperamental.

—Eso difícilmente constituye un motivo para el asesinato...

—También estaba enganchado a la cocaína. Quiero decir muy

enganchado —hizo una pausa y cruzó con él una mirada fija—. Usted obvió la cuestión de la droga en la conferencia de prensa.

—Lo intenté.

—...pero las juergas con droga de Duffy eran conocidas por toda la comunidad del espectáculo.

—El hecho sigue siendo el mismo, las drogas no fueron un factor en la muerte de Duffy —dijo Parker—. Si me perdona usted...

La mujer no hizo ademán de apartarse de su camino. Parker estaba atrapado. Podía ver los titulares del día siguiente si intentaba apartarla físicamente: «forense asalta a una periodista».

—No ha respondido usted a mi pregunta —le dijo ella.

—No me he dado cuenta de que me hiciese una.

—¿Es posible que Duffy fuera asesinado?

—¿Qué está usted intentando hacer exactamente señorita Saxby? —preguntó Parker exasperado—. Me doy cuenta de que tiene usted un trabajo que hacer, pero ¿qué sentido tiene todo esto? ¿Inventar otro escenario sensacional para vender más periódicos?

—Me gustaría pensar que mis razones no son tan estúpidas —le respondió, pareciendo ofendida—. Sólo estoy haciendo un trabajo, como usted. Todo lo que le estoy preguntando es que si es posible que John Duffy fuera asesinado.

—Y yo le pregunto que por qué lo pregunta usted. ¿Tiene usted alguna información que yo no tenga?

—Yo no sé qué información tiene usted.

Podrían continuar así toda la noche, pensó Parker.

—«*Off the record*» —dijo la periodista.

—Todo es posible —le dijo Parker—. En este caso, sin embargo, es bastante improbable.

—¿Puedo considerar eso como un sí?

Parker se miró el reloj.

—Tengo otra cita, señorita Saxby. Si me perdona usted...

Ella miró alrededor y se apartó pidiendo excusas.

—Lo siento, no me había dado cuenta de que estaba estorbando el paso.

Sin duda, pensó Parker, mientras se dirigía a la salida.

9

Boomer, la sorpresa de cumpleaños de Ricky, dejó oír un aullido en cuanto Parker se detuvo a la entrada. ¿Qué deben pensar los vecinos?, se preguntó Parker, sobresaltándose. Por alguna razón, los sonidos que emitía Boomer no parecían ser los de un perro, y mucho menos los de un cachorro. Sonaban como algo... sobrenatural. Se podría perdonar a los vecinos si pensasen que se estaban llevando a cabo algunos misteriosos experimentos en la modesta casa de madera rojiza de su médico forense. Los gemidos recordaban *La isla del Dr. Moreau*.

Parker cogió la bolsa con los comestibles que había comprado en el Hollywood Ranch Market después de salir del Comedy Store. No conocía muy bien a sus vecinos, iba temprano a trabajar y normalmente volvía tarde, e imaginaba que a veces le miraban con aprensión. La clase de trabajo que hacía no ayudaba mucho. Había visto que habían trabado relación más rápidamente con aquella chica nueva de enfrente... ¿cómo se llamaba? ¿Gianella?

Gianella vendía helados en una furgoneta pintada con los colores del arco iris.

Parker entró; luego rodeó el caballete que había en medio de la sala en el que estaba el cuadro que pintaba en aquellos momentos, un paisaje pastoril, y dejó la bolsa en la cocina. Eso hizo aullar aún más fuerte al dorado perro labrador.

Parker abrió la puerta de la habitación de invitados e inmediatamente el animal se le echó encima y le babeó los pantalones. Parker acarició al perro y luego examinó los periódicos del suelo del cuarto de baño. Por supuesto, estaban limpios. Encontró lo que buscaba en el suelo de la habitación, al lado de la cama. Dos. Y el suelo era de madera. Sólo sería hasta el sábado, se recordó a sí mismo mientras iba limpiando la suciedad del perro. Después, sería asunto de Ricky.

Un rápido paseo montaña abajo confirmó la total indiferencia de Boomer a los árboles, arbustos, bocas de riego y demás lugares habituales preferidos por los perros para hacer sus necesidades y el incipiente pensamiento de Parker de que él era definitivamente una persona para tener gatos. Boomer y él volvieron y se encontraron con Pat Clemens dando vueltas por las escaleras de la entrada, vestido con un chándal Fila rojo.

Parker tuvo que hacer un esfuerzo para no reírse del cuadro. No se había dado cuenta de que hacían ropa de diseño para tallas especiales. Clemens parecía un John Candy y la inversión que había hecho en su nuevo Fila le hacía parecer un globo rojo. Su apariencia, decía el redondo abogado, le daba ventaja en los tribunales, donde más de un adversario se sorprendía al encontrarse frente a un lustroso y bien armado F-14.

Clemens había llevado el divorcio de Parker seis años antes y, desde entonces, se había convertido en uno de sus mejores amigos. Tres meses antes, después de decidirse a poner su imagen corporal más a tono con su imagen en la sala del tribunal, el abogado regordete había prometido perder veinte kilos y para ayudarle, Parker se había comprometido a correr con él cuatro noches por semana. Desde el comienzo del programa, Clemens decía haber perdido cinco kilos, aunque según Parker no lo parecía. Le parecía que el abogado estaba igual, y mientras Parker estuviera presente, el hombre se negaba a poner el pie en una balanza. Parker tenía la impresión de que la única forma de saber con seguridad si Clemens decía la verdad, era haciéndole entrega de una notificación con el descubrimiento.

—Me olvidé de llamar —se disculpó Parker.

—No importa —dijo Clemens haciendo ver que Boomer le arrollaba—. Ya me imaginé que probablemente estarías ocupado. Te vi en las noticias de las seis. Sólo me detuve para descansar un minuto.

Parker miró alrededor.

—¿Dónde está tu coche?

—Arriba de la montaña —intercambió húmedos besos con el perro y lo apartó—. Intentaba el recorrido largo.

Parker rió. En tres meses nunca había visto a Clemens completar uno de sus llamados «largos recorridos». Normalmente acababa sólo

medio, montaña abajo, que era por lo que sospechaba Parker que siempre insistía en correr por su vecindario. Parker, que siempre tenía que acabar solo el trozo cuesta arriba, se estaba convirtiendo en un corredor de montaña.

—¿Te ayuda a correr más esa ropa?

—Cuando te ves bien, te sientes bien —gruñó Clemens mientras se agachaba hasta tocarse los pies.

—Pronto llevarás una cinta para el sudor.

Clemens buscó en el bolsillo de los pantalones del chándal y sacó una cinta amarilla. Parker volvió a reírse.

—Primero tienes que sudar.

El abogado asintió y luego lanzó una mirada preocupada hacia la montaña.

—¿Y si luego me llevases hasta el coche?

—Claro.

Clemens señaló al perro, que todavía corría alrededor del enorme hombre con alegría algo alocada.

—¿Ha ido?

—No.

—Quizás tenga retención anal.

—No te lo parecería si vieras la habitación de huéspedes.

—A lo mejor tiene agorafobia.

—Has hablado como un verdadero abogado. ¿En qué estás trabajando? ¿En un alegato sobre la capacidad disminuida?

—No te preocupes —le dijo Clemens a Boomer—. Aún te libraré.

Entraron en la casa. Parker compró la diminuta casa de dos habitaciones poco después de su divorcio y, según sus cálculos, todavía estaría pagándola bien entrado el siglo xxi, si es que conseguía llegar tan lejos. No le había importado que estuviese sobrevalorada, ni que el dominio sobre el lado de la colina que daba a Hollywood fuese débil, como mucho. La había comprado por la vista.

Toda la parte trasera de la casa era de cristal, y a través de él las luces de la ciudad latían y relucían en una miríada de intensidades y colores. Pero existía una contradicción. Mientras las ventanas captaban y llevaban dentro de la casa la inmensidad de la ciudad, la casa en sí era tan pequeña que a menudo daba la impresión que no hubiera sitio para moverse. Un factor que contribuía a ello era,

desde luego, el constante estado de desorden en el que Parker mantenía el lugar. Todas las superficies disponibles estaban cubiertas con textos de medicina, revistas técnicas y periódicos de investigación.

Sin esperar una invitación, Clemens se fue a la nevera y cogió una lata de Foster de tres cuartos. Parker fue hasta la botella de Cutty y se puso uno bien cargado, y cada cual se llevó su bebida a la sala de estar.

—¿Cómo está ese asunto de Duffy? —preguntó Clemens al cabo de un momento.

—Terminado, espero.

El abogado miró a su alrededor con aversión.

—Necesitas una asistente. No, lo retiro. Necesitas dos.

Parker escuchó los recados que guardaba el contestador. La Liga de Beneficencia de la policía (que querían un donativo). La fundación Regents (que también quería un donativo). «*Los Ángeles Times*» (para una suscripción). Ricky.

Parker deseó haber sido él quien llamase a Ricky. El chico estaba siempre en su mente, pero era una especie de recuerdo dulce, un tiempo pasado feliz, más que una presencia inmediata. Los términos del acuerdo de custodia así lo dictaban.

Parker empezó a marcar y le gritó a Clemens:

—Mantén el perro callado, ¿eh? Estoy llamando a Ricky.

Clemens le puso la correa al perro y se lo llevó a las escaleras de delante.

—¡Hola! —como siempre, la voz de Ricky tenía un entusiasmo que sólo un chico de doce años podía reunir, un niño todavía, pero con la certeza que le daban los agitados cambios, de que pronto sería un hombre. Eso siempre dejaba a Parker un poco triste. El hecho de su propia mortalidad y el de la pérdida de la inocencia del chico—. Ya has llegado a casa por fin, ¿eh?

—Sí.

—¿Cómo te va?

—Bien. ¿Y a ti?

—Fantástico.

—¿Y la escuela?

—Mmmm.

—Un día típico en la vida de Rick Parker —dijo Parker riendo—.

Fantástico y mmmm. Escucha, está todo listo para el sábado.

—Por eso te llamé. Para estar seguro de que estabas listo.

—Estaré allí —dijo Parker. Hizo una pausa queriendo decir algo más, para hacer una alusión a la sorpresa, pero se contuvo. El chico era muy rápido cogiendo las cosas. Le enseñabas un sombrero y veía un conejo.

—Mamá sale con Matt este fin de semana —dijo.

—Ya lo sé —dijo Parker—. Me lo dijo.

Vaciló un momento y luego preguntó:

—¿Cómo te entiendes con él?

—Es un tipo muy majo. Es más guapo que tú.

Ésa no era la respuesta que Parker esperaba.

—¿Es que no has aprendido? Se supone que nadie es más guapo o más fuerte que tu viejo.

—Lo siento. Es más guapo que mamá. Y rico. Ha prometido comprarme mi propia ciudad.

—No quiero oír hablar del lado rico.

—Estoy bromeando. Sólo es un equipo de béisbol. ¿Se va a casar con él?

—Eso se lo tendrás que preguntar a tu madre.

—Tengo que irme, papá —dijo Ricky—. Aquí está Timmy.

—Te veré el sábado. Te quiero.

—Yo también. Adiós.

Parker colgó y le gritó a Clemens:

—¡Vale!

—Se te ve deprimido —dijo Clemens inmediatamente, al entrar—. ¿Ha pasado algo?

—Eve tiene un novio. Es más rico y más guapo que yo.

—Pues cruza los dedos. Eso te podría ahorrar doscientos al mes de ayuda a la esposa.

Parker se llevó la bebida hasta la ventana y miró el resplandeciente trocito de vista sobre Hollywood.

—¿Quién es él?

—Su jefe.

—Vulgar —dijo Clemens, moviendo la cabeza—, ¿Estás preocupado porque a Ricky le guste demasiado?

—Quizás.

—No te preocupes. Los romances internos nunca funcionan.

Demasiado malos. ¿Sabes lo que necesitas? —preguntó Clemens retóricamente—. Una mujer.

—¿Para tenerla y mantenerla?

—¿Y por qué no?

Parker se encogió de hombros.

—Deberías saberlo. Tú te ocupas de los pedazos que quedan cada día.

—Lo digo en serio —dijo Clemens, mirando indiferente hacia el centro—. Estás solo. Esto no es vida para un hombre.

—Tengo mi trabajo...

—Eso es todo lo que tienes. ¿Qué clase de vida es ésta?

—Mi vida —le respondió Parker con firmeza.

—Necesitas la mano serena de una mujer.

—Ya lo intenté. ¿Te acuerdas?

Clemens levantó los brazos. Parker creyó que la cerveza Foster salpicaría el suelo, pero aparentemente no quedaba cerveza que pudiera salpicar.

—Sólo porque no te funcionó la primera vez, eso no significa que no vaya a funcionar la segunda. O la tercera.

Parker ya había oído eso antes. De hecho, había visto fotografías de las ex esposas de Clemens. Por extraño que parezca, todas eran extremadamente bonitas.

—El eterno optimista.

—Absolutamente —exclamó Clemens—. Y en cuanto pierda algo de peso, voy a por la cuarta.

—¿Otra Foster?

Clemens se dio unas palmadas en su abultada región abdominal y dijo:

—Creo que podría.

10

Parker no podía dormir. Las extrañas abrasiones del cuerpo de Duffy no se apartaban de su mente. No las podía explicar, y eso hacía de ellas un misterio que tenía que ser resuelto.

Quizás debiera bajar hasta la playa y mirar más detenidamente, intentar encontrar un testigo, pensó. Quizás alguien vio a Duffy disponiéndose a nadar.

Parker sonrió. Ahí estaba él, usurpando las funciones de la policía, pero... ¡qué demonios!, no hacía ningún daño. Sería sólo como... una pequeña salida de pesca. Nunca se sabía. Era mejor esto que quedarse contemplando el techo.

A las seis y cuarto Parker se dirigía en coche por la autopista de la costa, a través de una neblina gris que empañaba el parabrisas, cuando vislumbró la figura recortada del Point Dume a través del regular batir de los limpiaparabrisas. Point Dume. Al menos era fonéticamente correcto, pensó mientras ponía el intermitente.

La estrecha cinta de la carretera serpenteaba a través de un espeso bosque de altos eucaliptos, por laderas de diminutas flores amarillas y grandes casas irregulares con canchas de tenis, hasta que terminaba en una calle frente a la playa. Parker viró a la derecha. Vio que la cinta amarilla de la policía seguía frente al camino de la casa de Duffy al cruzar lentamente por allí. Unos ochocientos metros más arriba terminaban las casas y cincuenta metros más allá también terminaba la calle, conectando con un trozo corto e inacabado de carretera que subía desde la playa hacia un rudimentario callejón sin salida. Había un indicador torcido y oxidado: Nautilus.

Parker aparcó, apagó el motor y caminó hacia la espesa niebla. Se detuvo en el enlodado acantilado que daba sobre la playa. Más allá de la línea del rompiente, en el mar color pizarra, media docena de incondicionales del suri, con trajes impermeables,

estaban sentados sobre las tablas esperando una ola decente. Por lo que se veía, tendrían que esperar bastante tiempo. El océano estaba gris y plano, el rompiente, desmayado.

Un sendero estrecho y sucio bajaba por el acantilado y Parker bajó con cuidado por él. Cuando llegó a la arena, un practicante de surf, rubio claro, que llevaba un traje impermeable sin mangas, emergía de las olas llevando su tabla.

—Perdóneme... —le llamó Parker a voces, y echó a andar hacia él.

El chico se detuvo, entrecerrando los ojos con suspicacia. Tenía unos veinte y pico de años. Sus brazos eran morenos y muy musculosos.

—Las olas no están bien hoy —observó Parker, intentando una conversación despreocupada.

El chico encogió los hombros con indiferencia, pero no dijo nada.

—¿Vienes a menudo aquí?

—Siempre que puedo —respondió el chico.

Parker miró a su alrededor. A su izquierda, la playa terminaba en un promontorio alto y rocoso que sobresalía del mar, impidiendo cualquier vista de la cala en forma de herradura que se dominaba desde la casa de Duffy.

—¿Estuviste aquí ayer?

El muchacho lo pensó.

—¿Ayer? Lunes. Sí. ¿Por qué?

Parker sacó la cartera y le enseñó su distintivo al muchacho.

—Me gustaría hacerte algunas preguntas. Estoy en la oficina del *coroner*.

—¿Del *coroner*? —los ojos azules del chico se agrandaron.

Parker asintió con la cabeza.

—¿A qué hora llegas aquí normalmente?

—Sobre las seis. Intento practicar un par de horas antes de ir a trabajar.

Parker guardó su identificación.

—¿Dónde trabajas?

—Arriba en el Sand Castle. Soy camarero.

—¿Cómo te llamas?

—Steve Patton.

Parker sonrió, intentando quitar algo del recelo de los ojos del muchacho.

—¿Se ve alguna vez algún buzo con escafandra en esta zona, Steve?

—De vez en cuando.

—¿Y ayer?

El muchacho buscó en la memoria y su cabeza se movió afirmativamente.

—Pues en realidad sí. Al menos creo que fue ayer. O quizás hará un par de días.

—¿Dónde estaba el buzo? —preguntó Parker.

—Aquí mismo. Salió del agua y subió por allí —dijo señalando la parte delantera del acantilado por la que Parker acababa de bajar.

—¿Conseguiste ver a la persona?

—No. Estaba ocupado. Además, no creo que el tío se quitase siquiera la capucha ni la escafandra. Sólo las aletas y el depósito. Me acuerdo porque el chaval tenía problemas para subir por el sendero y pensé: «Qué tontería. El chaval lo tendría más fácil si pudiera ver».

—Si el buzo no se quitó ni la capucha ni la escafandra, ¿cómo sabes que era un hombre?

—No sé —dijo Patton encogiéndose de hombros—. Es sólo la impresión que me dio. Si era una mujer, era una mujer grande.

—¿Como cuánto?

—Más de metro ochenta.

—¿Qué hizo el buzo cuando llegó arriba? ¿Tenía un coche aparcado arriba?

—No lo sé. No aparcamos ahí arriba. De todos modos, como le dije, estaba ocupado —el muchacho miró de soslayo—, ¿Y esto de qué va?

—Estamos investigando un ahogamiento que ocurrió ahí en la playa.

—Quiere usted decir el del tío ése, ¿Duffy?

—Mmmm.

El joven puso cara de confusión.

—¿Tuvo algo que ver con eso el submarinista ése?

—No que yo sepa —respondió Parker vagamente. Anotó la

dirección de Patton y el número de teléfono y volvió a subir por el acantilado.

Cuando llegó arriba, el indicador torcido fue la primera cosa que le llamó la atención. El pie de Nautilus.

La concha acaracolada con su interior color perla tenía muchas cámaras. Como en este caso, reflexionó Parker. Tenía una sensación extraña acerca del buzo. Cuando hubiera completado su investigación, cuando hubiera hecho todo el camino a través de todas las complejas cámaras, ¿estaría la solución ahí, al pie del Nautilus?

A algunos hombres les da la bienvenida al trabajo el olor del café recién colado. La bienvenida a Parker a las ocho de la mañana fue el hedor acre de la carne y del cabello quemados. Era como darte de bruces contra una pared.

Por lo que parecía, tendría que ponerse a trabajar y ayudar, pensó Parker. Llamó a un inspector joven, Madden, que iba corriendo hacia el ascensor, con una mano sobre la nariz y la boca.

—Lleva esto al laboratorio de la policía —le pidió Parker, dándole el cenicero que había cogido del camerino de Harvey Brock. Estaba metido en una bolsa de plástico dentro de un sobre de papel de manila.

—Ten cuidado con él. Diles que tiene que ver con el caso Duffy. Quiero saber si las huellas que hay en él, es un cenicero, concuerdan con las huellas de la bolsa de cocaína que se encontró en el dormitorio de Duffy. ¿Lo has entendido?

Madden levantó la mano justo para mascullar:

—Lo he entendido, jefe —y luego agarró el sobre y salió corriendo.

El pasillo del piso de seguridad estaba totalmente obstruido por camillas, con sus caigas tapadas por cubiertas de plástico. Parker levantó la punta de una de ellas. La cosa retorcida y carbonizada guardaba poca semejanza con algo humano.

Maurie Abramson, el jefe de medicina legal de Parker, salió por la puerta de la sala de almacenaje principal y Parker le preguntó:

—¿Qué tenemos aquí?

—Fuego en una pensión de mala muerte —dijo Abramson. La voz del hombre siempre le había recordado a Parker una cuerda de violín afinado demasiado tenso; ahora, sonaba más tenso que de

costumbre—. Empezó hacia las tres de esta madrugada. El típico edificio sin salida de incendios en la calle mayor. Se quemó todo el edificio. Hasta ahora hay nueve muertos, pero se supone que la cifra aumentará.

Parker frunció el entrecejo.

—¿Provocado?

—No lo saben todavía —Abramson señaló con una mano pálida y pequeña hacia el corredor y se quejó—. ¿Qué se supone que tengo que hacer aquí? No tenemos sitio, no tenemos personal. La situación es ridícula.

—Estoy de acuerdo —fue todo lo que Parker pudo decir.

—Hay que hacer algo —dijo el doctor, barrigudo y con gafas.

Abramson era extremadamente competente, pero muy susceptible y Parker había tenido que aplacarle más de una vez, cuando estaba a punto de ponerse histérico. Parker echó un vistazo a la sala de almacenaje, altamente refrigerada, en la que un ayudante estaba manejando con habilidad un elevador de carga para izar hasta un estante una bandeja de fibra de vidrio que contenía un cadáver envuelto en una bolsa de plástico. Las bandejas se apilaban de cinco en cinco desde el suelo hasta el techo, un verdadero almacén de muertos.

—¿Cuántos fulanos tenemos? —preguntó Parker.

—Treinta y dos —respondió Abramson.

—Arréglalos y ponlos en espera.

El «arreglar los cuerpos» era un procedimiento por el que a los cuerpos se les empapaba con una fuerte solución de formalina y se cubrían luego con un compuesto endurecedor parecido a la grava que los preservaba hasta que les llegaba el turno.

—Te echaré una mano con las víctimas del fuego.

Hacia las diez y media Parker había completado dos autopsias, ambas víctimas de haber inhalado humo y la mayoría de las camillas habían desocupado el pasillo. Se duchó, intentando quitarse como podía todo el olor que se le quedaba pegado, pero aún quedaba un residuo en sus narices cuando se dirigía hacia su oficina.

—Es usted un hombre muy popular esta mañana —le dijo Cindy, alargándole un grueso fajo de recados. Había empezado a mirarlos cuando notó que ella señalaba con los ojos a su espalda y Parker se

volvió para ver a un hombre de mediana edad alto y bien vestido, que estaba allí, de pie.

—Doctor Parker —empezó el hombre— mi nombre es Ashcroft. A mi hijo le asesinaron hace dos semanas en Westwood. Benjamín Ashcroft.

—Recuerdo el caso —dijo Parker. Un estudiante de arte de la universidad de Los Ángeles, de diecinueve años. Al chico le habían disparado y matado por alguna razón no aparente mientras se dirigía a su coche después de una clase nocturna. Parker había extendido el certificado de muerte y, según tenía entendido, el cuerpo había sido entregado para su entierro la semana anterior.

—¿En qué puedo ayudarle, señor Ashcroft?

—Quisiera las pertenencias de mi hijo.

—¿Aún no le han sido entregadas? —preguntó Parker, desconcertado.

Ashcroft negó con la cabeza.

—Parece haber cierta confusión. El personal de abajo dice que hay alguna clase de «custodia» sobre ellos, pendiente de una investigación —la voz del hombre se le cortaba y se le formaban lágrimas en los ojos—. Había una medalla de San Cristóbal. Era un regalo de cuando cumplió catorce años. Mi mujer y yo... —El dolor ahogó de nuevo las palabras del hombre.

Parker acompañó compasivamente al hombre hasta una silla y le dijo que se sentara; luego cogió el teléfono de Cindy. Podía no ser capaz de hacer nada acerca de la escasez de personal, pero tan seguro como que existía Dios que podía hacer algo por aquello. Si no podía aliviar la carga del hombre, al menos no tenía que ser responsable por aumentarla.

Telefonó a la división de investigaciones y le llevó unos cuatro minutos determinar que la orden de «custodia» era el resultado de un error por omisión, el inspector del caso de la policía de Los Ángeles había dejado de firmar la orden de entrega, y corregir el fallo.

Parker se disculpó ante el afligido padre por la confusión y le acompañó hasta la puerta, sintiendo un brote de compasión por el hombre. Intentó imaginar cómo se sentiría si su propio hijo, Ricky, fuese derribado por la bala de algún insensato francotirador, cómo saldría adelante.

En los días malos, cuando se enfrentaba con la locura, creciente al parecer, Parker pensaba a menudo en sí, de poder hacerlo de nuevo, escogería traer un niño inocente a este mundo. Después veía en su imaginación la sonrisa de Ricky y cualquier duda se desvanecía instantáneamente. Esa sonrisa le permitía atravesar el horror, una de las pocas cosas que tenían sentido en medio de tanta locura.

Cindy apenas pudo esperar a que Parker hubiese cerrado la puerta de fuera para preguntar:

—¿Es cierto?

—¿Qué?

—Lo de Duffy. ¿De veras lo asesinaron?

A Parker le estremeció la pregunta.

—¿De qué estás hablando? ¿Dónde has oído eso?

Ella cogió un ejemplar del Times de encima de su mesa y se lo pasó. Al desdoblarlo, el titular de la primera página le saltó a la vista: «el *coroner* dice que el asesinato es una posibilidad en la muerte de la estrella». Al instante se le formó un nudo en el estómago.

—¿Y bien? —preguntó ella con expectación.

—No.

—¿No dijo usted eso?

—Le dije a la periodista que el asesinato era extremadamente improbable —dijo Parker débilmente.

—Según el artículo, no parece que fuera eso lo que usted dijo —observó Cindy.

—No. No creí que lo que dije pareciera algo así.

Se llevó el periódico y los recados a su despacho y se sentó a leer. Tenía que reconocer el mérito de Alexis Saxby; ella había hecho un impresionante número sobre el alambre, andando entre la realidad y la ficción con la habilidad consumada que sólo un maestro de la insinuación podía exhibir. Había utilizado lo que admitió «*off the record*» con extractos de la conferencia de prensa y citas de «fuentes anónimas próximas al difunto cómico», sobre la considerable utilización que Duffy hacía de la cocaína y de otras drogas recreativas, para hacerlo aparecer como si hubiera alguna conspiración para encubrirlo y como si las circunstancias de la muerte de la estrella fuesen, en realidad, mucho más sospechosas de

lo que se había hecho público. Incluso los «sin comentarios» de Parker habían sido habilidosamente puestos en un contexto que les hacía parecer viles. La «representación proporcional» de Brock se limitaba a una cita negando las afirmaciones de que Duffy se drogase, calificando tales acusaciones de «difamaciones baratas, procedentes de la malicia de las personas». Evidentemente, no había sido una de las «fuentes anónimas» de Saxby. Parker se preguntó quiénes serían.

Parker dejó el diario, pensando que hubiera tenido que seguir sus primeros instintos; el titular del «asalto» no hubiera podido ser peor que éste para él. Estuvo pensando en telefonar a la mujer y decirle lo que pensaba de ella, pero desestimó la idea. Le daría la vuelta para hacer que pareciese que él intentaba mantener la verdad oculta.

Se sintió intranquilo mientras le echaba un vistazo a sus mensajes. El alcalde Fiore; Smrek, miembro de la Asamblea del Estado, Kuttner, Joan Duffy. Dos docenas de periodistas. Todos debían querer conocer la historia. Más significativo que quien había llamado era quién no lo había hecho: Tartunian. Después de su conversación del día anterior, Parker hubiera esperado que al menos ya le hubiera llamado, amenazándole con la castración. Algo se estaba cocinando. Parker se sintió como un soldado durante el silencio tenso que sigue al fuego, sin munición y esperando el gran ataque.

El teléfono se encendió y Cindy le dijo por la línea interior que el alcalde estaba en la línea.

—Eric —le dijo Frank Fiore ásperamente— ¿qué demonios está pasando ahí?

—¿Con qué? —respondió Parker, intentando parecer inocente.

—Tú sabes condenadamente bien con qué. Con el caso Duffy. Mi teléfono no ha dejado de sonar en toda la mañana. Senadores del estado, ejecutivos de televisión, productores, todo el mundo quiere saber qué pasa.

—Le dije a todo el mundo lo que pasaba en la conferencia de prensa de ayer...

—Entonces, ¿qué es esa historia del *Times*?

—Una cita errónea.

—¿No lo dijiste?

—No exactamente.

—¿Qué quiere decir «no exactamente»?

—La periodista me preguntó si el asesinato era una posibilidad y yo le dije que sí, pero muy remota. Además, se suponía que era «*off the record*».

—Eso ayuda —se burló Fiore—, Puedes decirle a todo el mundo que no presten atención al asunto, que se supone que era «*off the record*». Pareces bastante necio, Eric. En la conferencia de prensa dices que fue un accidente. Ya fue malo que sacases a relucir el asunto de la droga, pero al menos aseguras que es un accidente. Luego dices que es un asesinato...

—Yo nunca he dicho que fuera un asesinato —le cortó Parker.

—Fuera lo que fuese lo que dijiste, vas a tener que hacer una declaración a la prensa negando la historia del «*Times*» —dijo Fiore irritado—. Tienes que quitarle la espoleta a esa bomba. He sabido que Ed Sarandon, el presidente del SAG está planeando hacer una declaración pidiendo tu destitución.

—Ya lo ha hecho anteriormente —observó Parker—. Es un amigo íntimo de Tartunian. En cuanto a declaraciones, tengo la intención de hacer una esta mañana.

Fiore gruñó:

—¿Has expedido ya el certificado de defunción?

—No.

—¿Por qué?

—No he completado la autopsia psicológica.

—¡La autopsia psicológica! —vociferó Fiore—. ¿Por qué demonios te preocupas por eso?

—Duffy hizo alguna alusión al suicidio en algunos chistes cortos que encontramos al lado de su cama. Tenía una depresión aguda. Es remotamente posible que se suicidase...

—¡Remotamente posible! Si eso llega a los diarios, estás acabado, Eric. ¿Por qué insistes en complicar las cosas?

—No las complico —dijo Parker a la defensiva—. Sólo estoy intentando llegar a la verdad.

—¿Quieres la verdad? —le espetó con impaciencia el alcalde—. Yo te la diré. La verdad es que la mejor cosa que podrías hacer posiblemente, por ti mismo y por tu departamento, sería aclarar esto lo más rápidamente que puedas y en la forma más sencilla

posible. Olvídate de esa innecesaria autopsia psicológica. Hasta ahora tienes un precioso y limpio accidente. ¿Por qué ensuciarlo? ¿Por qué quieres hacer infeliz a la gente?

—Quiero hacer mi trabajo —dijo Parker—. Lo que aún no he mencionado es que encontramos quince gramos de cocaína en la mesilla del dormitorio de Duffy, y media docena de otras drogas. Lo que aún no he mencionado es que las huellas de Duffy no estaban en la bolsa, lo que indica que fue puesta allí después de que se fuese a nadar.

—¿Qué significa eso?

—No sé lo que significa —admitió Parker—. Sólo sé que es otra complicación. No tenemos, como tú dices, un precioso y limpio accidente. Tenemos un montón de preguntas sin respuesta, que no tengo la intención de enterrar.

La cólera desapareció de la voz de Fiore y dijo con preocupación:

—Ya sabes lo que pienso de ti, Eric, como persona y como profesional. Creo que te lo he probado más de una vez. Pero esta vez las cosas están fuera de mis manos. No te puedo ayudar. Todo lo que puedo hacer es aconsejarte. Acláralo. Ahora. Y mientras tanto, no estés disponible para hacer ningún comentario. Hay gente a tu alrededor que ha estado esperando esta oportunidad. Cualquier cosa que digas la usarán en tu contra.

—Te lo agradezco, Frank. Gracias.

Parker colgó, muy preocupado por los comentarios de Fiore. Aunque Parker trabajaba para el condado y no para la ciudad, Fiore había sido siempre uno de los que más le habían apoyado, y también un amigo personal. Durante su primer año como *coroner*; cuando estaba bajo el fuego de varios poderosos grupos pro derechos civiles de los negros, por apoyar la versión del departamento de policía de Los Ángeles sobre la muerte a tiros de un joven negro que no iba armado que había estado tomando drogas psicodélicas, el alcalde, un liberal abiertamente partidario de los derechos civiles, se había manifestado claramente en defensa de Parker. Y a pesar de haber tenido el fuerte apoyo de la comunidad del espectáculo en sus dos últimas campañas, Fiore había sido un incondicional apoyo de Parker durante el asunto de DeWitt. Parker no podía tomarse a la ligera el hecho de que ahora pareciera en

retirada.

Llamó inmediatamente a Rademacher y le dio instrucciones para que emitiese un comunicado a la prensa desmintiendo la historia de Saxby y luego telefoneó a Joan Duffy.

—¿Es cierto lo que dicen los periódicos de que John fue asesinado? —preguntó con voz apenada.

—No —le respondió Parker—. Esa historia era inexacta y una completa sorpresa. Vamos a emitir un comunicado sobre eso esta mañana, y se extenderá un certificado de defunción estableciendo que la causa de la muerte fue por «ahogamiento, presumiblemente accidental».

—¿Presumiblemente? —preguntó cortante—. Utilizarán eso para que parezca que hay alguna duda. Con su ayuda esa cruel periodista ya hizo que pareciese que John era un terrible drogadicto.

—No puedo controlar a la prensa, señora Duffy.

—Pero puede usted controlar las declaraciones que hace —dijo con amargura en la voz—. No tenía que haber mencionado todo aquello de las drogas.

—Yo sólo expuse los hechos...

—Usted mismo dijo que las drogas no habían jugado ningún papel en la muerte de John —interrumpió—. Entonces, ¿para qué tuvo que sacar el tema? ¿Para qué servía, excepto para difamar la memoria de John y para la glorificación de su propio ego?

La mujer estaba sobreexcitada, su voz temblaba de emoción. Parker intentó calmarla.

—Ésa no era mi intención, se lo aseguro, señora Duffy. Yo no saqué a colación la cuestión de las drogas. Lo hicieron los periodistas. Siento que hayan surgido malas interpretaciones de las declaraciones que he hecho.

Hubo una pausa silenciosa; luego dijo con tono frío:

—El padre de John me telefoneó anoche. Quiere que John sea enterrado en Chicago y he dado mi consentimiento. Es lo que John hubiese querido. Este lugar le estropeó. La funeraria Scribner le dará los detalles.

—Ordenaré que el cuerpo les sea entregado —le garantizó Parker, y consiguió liberarse después de murmurar unos cuantos y torpes tópicos más.

Parker telefoneó abajo y estaba rellenando las disposiciones para

la entrega del cuerpo de Duffy cuando llamó Kuttner. Después de tranquilizar los temores del capitán sobre tener que resolver un caso, volvió su atención al certificado de defunción.

No estaba seguro de por qué, quizás era sólo porque su ego estaba herido, o porque sentía como si estuviera cediendo a las presiones, pero a Parker le asaltaban las dudas mientras firmaba el documento. Se fue diciendo a sí mismo que Frank Fiore tenía razón, que tenía que hacerlo al menos por el bien del departamento, no sólo por su propio bien, pero seguía sin estar a gusto con la idea.

Empezó a revisar los asuntos de su mesa. Un pedido de seis microscopios binoculares nuevos para histología. Otra petición del equipo dental de una unidad de rayos X. Una nota de Kubuchek para recordarle que una de las máquinas de cromatografía de gas estaba estropeada y necesitaba una reparación...

No se acababa nunca, pensó Parker. Siempre había algo por resolver. Estuvo tentado de dejar de lado las notas, frustrado, pero luego recordó que un día perdido en su mesa podía transformarse en una semana de cola. Revisó las peticiones, las aprobó todas, garabateó un breve memorándum de acompañamiento para el CAO y le dio el montón de papeles a Cindy. Con la cólera levantada por la muerte de Duffy, aún sería más difícil que le aprobaran las solicitudes presupuestarias, pero él no podía retirarse, ni rendirse. Tenía que seguir presionando.

—¿Me ha vuelto a llamar Brewster? —preguntó.

Cindy denegó con la cabeza.

—Intentémoslo de nuevo —sugirió Parker.

Esperó mientras ella llamaba a la oficina del CAO y la iban pasando de uno a otro, hasta que finalmente le pusieron con un ayudante, Cortez.

—Joe, aquí el doctor Parker. Estoy enviando continuamente solicitudes presupuestarias ahí y no sucede nada. Estoy continuamente llamo a tu jefe y nunca me devuelve las llamadas.

La respuesta de Cortez fue como una grabación:

—No está aquí.

—Ponme con él de todas formas.

—De verdad, no está —dijo Cortez más amistosamente—. Todo lo que puedo hacer es decirle que ha llamado.

—¿Y qué me dices de los fondos que necesito?

—Lo más que puedo hacer es... preguntárselo.

—Y tener una respuesta, ¿cuándo?

—No lo sé.

—Por Dios, Joe —gritó Parker—. ¿Has oído hablar alguna vez de un tipo que está hasta el cuello de caimanes? Yo estoy hasta el cuello de cadáveres. Ya no sé dónde ponerlos. Necesito tener más gente, más aparatos. Más dinero, ¿comprendes?

—Se lo diré.

—Gracias Joe. Y cuando se lo digas, dile que estamos corriendo un riesgo para nuestra salud. Dile que si quiere ser el responsable de un brote de peste en esta ciudad, es asunto suyo, pero que no creo que eso le haga ningún bien a su carrera política una vez el hecho llegue a oídos del público.

—¿Peste?

—Como «bubónica».

—¡Jesús! —resolló el ayudante—. ¿Existe realmente una posibilidad de que pudiera suceder?

—La peste de Brewster. Suena bien, es pegadizo.

—Se lo diré —dijo Cortez apresuradamente y colgó.

Todo era pura invención, desde luego, pero si Brewster no sabía tomarse una pequeña broma...

Las paredes del despacho parecían caérsele encima y sintió la necesidad de salir. Le dijo a Cindy que estaría en la biblioteca y cogió el ascensor para bajar al segundo piso.

La biblioteca estaba vacía. Parker cerró las puertas y se quedó en medio de la sala, empapándose de silencio. En el Centro se referían jocosamente a esta sala como la cámara de los horrores porque, además de los libros de consulta, ofrecía unas exposiciones de casos forenses problemáticos que Parker y su personal habían resuelto.

Estaba el cuchillo y el metal de Wood del caso Dodson que había iniciado la carrera de Parker. Estaba el cráneo de Rupert, el doberman, con sus caninos hincados en una reconstrucción de la cabeza del bebé de los Jackson. El perro, inquieto por el llanto del niño, lo había cogido por la cabeza y se lo había llevado a su madre, matándolo accidentalmente al perforarle el cráneo. La madre fue detenida por asesinato, pero al comparar las marcas de los agujeros con los colmillos del Doberman, Parker demostró que la mujer era inocente y le salvó la vida. Estaban las argollas de tornillo

que Volker había utilizado para torturar a la niña de seis años Amy Bender antes de violarla brutalmente y estrangularla.

Los crímenes infantiles encolerizaban especialmente a Parker. Durante todos los años en los que había estado observando la bárbara crueldad del hombre, Parker nunca había logrado insensibilizarse ante ellos. Había algo tan intrínsecamente malvado en ese asalto a la inocencia, que nunca lograría acostumbrarse. El caso Volker había sido particularmente emotivo y después de haber hecho la autopsia a la niña, Parker se había jurado que el monstruo que había destruido a aquel pequeño cuerpo no escaparía al castigo.

Por medio de exhaustivas comparaciones fotográficas con el microscopio electrónico de exploración, el equipo de Parker comparó la forma de las heridas de la carne de la niña con los dientes de un par de argollas de tornillo encontradas en la caja de herramientas de Volker. Su convicción de que cada herramienta tiene sus propios dibujos distintivos estampados en ella cuando se forja, como una huella humana, no sólo había determinado la condena de Volker, sino que también había dado a la ciencia forense una nueva arma para luchar contra otros como él.

Parker se quedó bajo el haz de luz de la ventana, examinando los objetos, símbolos a la vez de las alturas intelectuales y de las depravadas profundidades del alma humana. A veces, como ahora, iba allí cuando estaba deprimido, sólo para recordarse a sí mismo lo que estaba intentando hacer y por qué seguía con ello. ¿Por qué no le podían simplemente dejar que hiciera su trabajo? ¿Qué querían de él?

Puso la mano sobre la caja que contenía las argollas de tornillo y pareció que sacaba energía de ella. Si él había contribuido a eliminar de las calles a una bestia depravada como Volker, había hecho algo de lo que podía estar orgulloso, se dijo. Eso no se lo podían negar.

Cindy estaba al teléfono cuando Parker volvió a la oficina. Apretó el botón y le dijo:

—La concejala Moreno. Creo que es sobre Duffy.

Estaba claro para Parker que no iba a hacer nada aquel día más que hacer de «hombre respuesta» a un puñado de burócratas. También estaba claro que aquél no era el mejor sitio para permanecer «inaccesible a los comentarios».

—Dígale que estaré fuera todo el día —le dijo Parker.

Cindy arrugó la frente, confusa.

—¿Adónde va?

—Voy a seguir un consejo político juicioso —le dijo—. Voy a aclarar un lío.

11

El vigilante de la puerta del estudio hizo una llamada y luego dio a Parker una serie de instrucciones sobre cómo llegar al plató de *La vida es dura*, que hubiese abrumado a Einstein.

Por un momento Parker pensó en pedirle al hombre que le repitiese las instrucciones desde el principio, pero eso hubiera sido impropio en cierto modo. ¿Qué haría un detective de verdad? Parker reflexionó, muy consciente de que estaba de nuevo haciendo de policía y de que no estaba totalmente justificado que lo hiciera. Sin embargo, no podía dejar que el caso Duffy fuera mal llevado sólo porque todos los demás tenían miedo de hacer tambalear el barco. Tenía que insistir independientemente y si era necesario hacer sus propias investigaciones para satisfacer su propio código ético. Y si su código era más estricto que el de la mayoría, que así fuera.

Parker dejó su coche a la entrada del estudio y siguió a pie. Pasó entre dos estudios de sonido enormes como hangares y bajó la calle desierta de una ciudad de decorado, llena, hilera tras hilera, de falsas viviendas. Dio la vuelta a la esquina de la calle de la ciudad y se encontró en un polvoriento pueblo del oeste. Otros cien metros más y se paseaba por la acera arbolada de un tranquilo barrio de las afueras. Unos gritos le hicieron volverse. Eran los del estudio vocalizando el placer colectivo de ser aterrorizados por un gran tiburón blanco de unos cien metros. Parker siguió andando.

Cinco minutos más tarde, se dio cuenta de que se había perdido. En la colina por encima suyo, de apariencia agorera incluso a plena luz de día, había una vieja y lúgubre casa victoriana completa, con buhardilla y antepechos. Parker no iba a preguntar direcciones allí. Janet Leigh lo hizo y mira lo que le había sucedido. Dio la vuelta y volvió al pueblo del oeste y preguntó a un vaquero que estaba cargando su seis tiros preparándose para recibir las instrucciones

para el tiroteo del estudio de sonido número seis. Parker lo encontró sin mucho trabajo, pero demasiado tarde. Un tramoyista le informó de que *La vida es dura* había parado para comer, pero que probablemente podría encontrar a Mia Stockton en el economato del estudio.

Esta vez no se perdió. El economato estaba atestado y la joven camarera del mostrador de enfrente miró a Parker como si fuese un completo imbécil cuando le preguntó si le podía señalar a Mia Stockton. Ella le señaló una rubia con un suéter de cuello cisne, sentada a una mesa y hablando con un par de hombres de negocios japoneses a la caza de estrellas. Los hombres rebosaban de alegría cuando un relaciones públicas del estudio les presentó. Tenía que ser un hombre de relaciones públicas, pensó Parker, porque se inclinaba más que los japoneses.

Parker se mantuvo retirado hasta que las reverencias hubieron terminado y luego dio unos pasos adelante vacilando, y se sintió, por alguna extraña razón, ligeramente nervioso. Normalmente las personalidades del espectáculo no le producían ninguna alteración; sabía mejor que nadie que todos serían iguales cuando dejaran de respirar. Pero algo en aquella mujer le hizo reaccionar. De nuevo la química misteriosa.

Aunque de pecho generoso, era pequeña, chiquita. No era hermosa, ni siquiera bonita en realidad. Atractiva sí, pero no bonita. Tenía unos buenos y protuberantes pómulos y los ojos grandes y extremadamente azules, pero su nariz era grande y tenía los dientes bastante salidos. Sin embargo, esas imperfecciones hacían de algún modo su cara más interesante de lo que lo hubiera sido sin ellas. Ella iba a empezar a morder su bocadillo de atún, pero se detuvo cuando levantó la vista y vio a Parker.

—¿Sí?

—No quisiera estorbar su almuerzo, señorita Stockton...

—No tiene importancia —dijo y dejó el bocadillo sobre la mesa. Quitó una servilleta de papel del servicio de mesa de al lado y alargó una mano—. ¿Bolígrafo?

Parker le dio el suyo.

Lo tuvo suspendido sobre la servilleta y dijo:

—¿A quién?

—Eric Parker.

Ella escribió: «A Eric, Mia Stockton» y se lo entregó.

Parker lo miró y decidió arriesgarse. Se lo devolvió.

—¿Me podría hacer un gran favor? ¿Me podría usted poner aquí qué estaba usted haciendo en casa de John Duffy anteanoche?

Los ojos se le dilataron. Eran demasiado azules para ser verdaderos, pensó Parker. Lentillas, probablemente.

—¿Quién es usted? —preguntó.

—Eric Parker. Doctor Eric Parker. Primer médico forense del condado de Los Ángeles.

Sus ojos sólo mostraron curiosidad.

—¿Qué le hace pensar que yo estaba en casa de John?

—Dejó usted algo suyo —le dijo Parker—, Un cabello.

—Hay muchas rubias por ahí. ¿Cómo puede usted estar seguro de que es mío el cabello que encontró?

—Puedo arrancarle uno ahora y cotejarlos —ofreció Parker.

Sonrió pensativamente.

—Digamos que le ahorro a usted el trabajo y a mí misma el daño y reconozco que era mío. Duffy era un desastre en la casa. Ese pelo pudo haber estado allí durante meses.

Parker negó con la cabeza.

—Lo fechamos. Fue dejado allí el domingo por la noche. Hecho científico.

Ella se encogió de hombros.

—Bueno, ¿quién soy yo para discutir con la ciencia? —Sus ojos azules hicieron una valoración rápida e indicó una silla con la mano—. Bueno, *coroner*, ¿va usted a seguir ahí de pie todo el día o se va a sentar? ¿Quiere comer?

Sin esperar respuesta, le hizo una señal al camarero. Parker no protestó. No había desayunado y su estómago empezaba a emitir quejas. Ella cogió su bocadillo de atún y le dio un mordisco.

—No es que quiera ser mal educada comiendo delante suyo, pero tengo que volver al plató dentro de veinte minutos. Vamos como locos. Hay que reescribir los guiones.

Un camarero trajo la carta y Parker le echó un vistazo. Todos los bocadillos tenían nombre de estrellas del cine y de la televisión que habían sido del agrado de la gente.

—¿Qué toma usted?

—Un Lloyd Bridges.

Era de imaginar. Parker pidió un John Wayne (rosbif poco hecho) con arroz y café.

—Están cambiando los dos últimos episodios —prosiguió Mia— intentan crear una prolongación. Yo haré de... —Hizo una pausa y se encogió estoicamente de hombros—. No va a funcionar, así que, ¿para qué hablar de ello?

Parker no hizo ningún comentario, más absorto en un asunto de verdadera importancia: una pizca de la ensalada de atún había ido a parar, inexplicablemente, a la nariz de la mujer.

—¿Qué pasa? —preguntó ella al darse cuenta de que él la miraba fijamente.

—Nada —decidió dejarlo estar. Así sería más fácil el trato con ella.

El camarero volvió con el café de Parker y éste utilizó la interrupción para comenzar su serie de preguntas.

—¿Eran amigos, usted y Duffy? —preguntó, probando un sorbo. No era muy bueno, como esperaba.

Mia Stockton le dio otro mordisco al bocadillo.

—¿Es ésa la pregunta?

—No. La pregunta es ¿cuánto?

Su mirada era desafiante.

—Todo lo que se puede ser —hizo ademán de seguir con el bocadillo y luego decidió aclarar las cosas directamente—. Se lo van a decir los demás con pelos y señales, así que mejor se lo explico yo misma de inmediato. Cuando el show comenzó a emitirse John y yo tuvimos un lío. Era lo que vulgarmente se diría «caliente e intenso». Hubiese podido durar mucho.

—¿Y?

—No duró.

—¿Por qué?

—Probablemente ya lo sabe a estas alturas. Duffy tenía un problema con las drogas. Cocaína. Usted es médico. No tengo que decirle qué es lo que eso le hace al instinto sexual de un hombre. Eso puede perjudicar mucho un romance. Cuando las cosas se enfriaron, nos hicimos amigos —hizo una pausa, pensativa—. Lo sentía por John. Soy del tipo maternal. Y eso, cuando lo pienso, es posible que fuese lo que él quería desde el principio.

Parker seguía mirando fijamente la mota de atún en la nariz.

—¿Tiene usted algún problema con eso? —le preguntó con un cierto tono de fastidio.

—Tengo un problema con aquel cabello. Estaba en la almohada de Duffy. ¿Qué hizo usted, arroparlo?

—En realidad, sí —dijo con tono casi sarcástico—. John me telefoneó sobre las nueve el domingo por la noche y me pidió que fuera. Parecía estar mal y fui.

—Como una madre —dijo Parker con escepticismo.

—Y para sobrevivir —replicó con desenvoltura—. Mi carrera estaba ligada a la suya. Tengo talento, indudablemente, pero John era el espectáculo. Quería asegurarme de que estaba contento.

Parker no creyó que sus motivaciones fuesen tan simples o tan interesadas. Quizás simplemente no quería creerla.

—Pero ¿no podía usted hacer nada?

—Nadie podía. Había estado haciendo el loco durante mucho tiempo. La cocaína y todas las drogas, y estaba realmente trastornado porque su mujer lo dejase y se llevase al niño. De eso fue de lo que hablamos casi todo el rato.

—¿Quiere decir el domingo por la noche?

—Sí. Dijo que quería a su familia más que a nada y que sabía que la estaba destruyendo. Por un momento iba a arreglarse, a ponerse en orden; al siguiente gritaba que iba a dejar el show, al infierno con todo el mundo. No era racional. Por eso fue por lo que me quedé con él. Tenía una extraña sensación. Como si fuese a hacer algo fatal. Le había visto con subidas y bajadas antes, pero nunca tan drásticamente.

—¿Pensó usted que podría hacerse daño?

—No estoy segura. Supongo que es lo que pensé. Continuamente decía que no era bueno para nadie, ni siquiera para sí mismo. Luego se quedó sin cocaína y empezó a ponerse realmente como loco.

—¿Qué hizo?

—Empezó a telefonear, intentando encontrar más.

El bocadillo de Parker llegó. Le dio un mordisco e inmediatamente supo por qué había conseguido llamarse John Wayne. La carne estaba más dura que el demonio.

—¿Fue entonces cuando llamó a Harvey Brock?

Sus ojos le miraron con curiosidad.

—¿Cómo lo ha sabido?

—Harvey me lo dijo.

—Ah.

—¿Quiere usted decirme lo que sucedió?

Ladeó la cabeza y lo miró con aire circunspecto.

—Creí que había hablado usted con Harvey.

—Y he hablado. Me gustaría escuchar su versión.

—Harvey le dijo a John que no tenía y John se volvió loco. Le llamó cabrón... disculpe mi francés. Le dijo que le había llevado consigo todos estos años y que era mejor que Harvey le consiguiera algo si quería que la relación continuara.

—Una agria conversación.

Mia se encogió de hombros.

—Nada fuera de lo corriente. John siempre le estaba haciendo lo mismo a Harvey, humillándole delante de otras personas, utilizándolo como su botones. En especial cuando estaba drogado.

La mente de Parker estaba trabajando.

—¿Por qué lo consentía Harvey?

—No tenía elección. John controlaba su vida. Si John quería, con sólo chasquear los dedos Harvey estaría acabado. Harvey le detestaba, detestaba saber esto, pero no podía hacer nada.

—Podía intentarlo.

—No lo sé. Supongo que a un nivel psicológico profundo Harvey sabía que todo lo que podía conseguir era a través de John.

—¿Estar a la sombra de Duffy era mejor que no poder estar?

—Algo así.

Ella siguió con su bocadillo. Parker esperó a que ella le mirase de nuevo.

—¿Qué piensa usted de Brock?

Ella le miró llanamente.

—No muy bien.

—¿Por qué no?

—John se estaba destruyendo, y Harvey ayudaba a este proceso.

—¿Conscientemente?

Se encogió de hombros.

—No se lo sabría decir —añadió—. De cualquier forma, no me gustan los traficantes de droga, sea cual sea su motivo.

—¿Brock traficaba con más gente que no fuese Duffy?

Apartó la mirada, como si ya hubiese dicho demasiado.

—Byron le echó del plató por traficar.

—¿Fenady?

Ella asintió.

—¿Cuándo fue eso?

—Hace tiempo. Se lo tendrá que preguntar a Byron.

Parker podía ver que no quería hablar de ello. Pensó que ya seguiría luego, si era necesario.

—¿Cómo se acabó la conversación con Brock?

—Supongo que Harvey le dijo a John que la conseguiría más tarde y que se la llevaría antes de que se fuese al estudio por la mañana.

Ésa debió de ser la razón del temprano viaje a la playa, y no dudosos sentimientos de preocupación.

—¿A qué hora fue esa llamada?

—Supongo que sobre las once.

—¿A qué hora se fue usted?

—No estoy segura. Cerca de las dos. Finalmente conseguí convencer a John de que se tomase un Valium sobre la una. Después se calmó y le metí en la cama.

Parker iba pensando en todo aquello mientras tomaba un bocado de ensalada de patatas. Era una historia conocida. Un hombre sin importancia podía conseguirlo todo: fama, fortuna, una familia que le quería, una amante consagrada (si la quería), y luego sacrificarlo todo por una droga que sabía que le iba a destruir. Destruía a todo el mundo, no había excepciones. A algunos más tarde que a otros, de acuerdo, pero por la diferencia no valía la pena arriesgarse, era la diferencia entre estar arruinado o muerto.

—No sé qué le pasó —dijo Mia—. Quizás fue el show. Estamos en un hoyo. Ponen otra serie de éxito frente a nosotros, y cuando normalmente estaríamos seguros de tener una cuota del treinta y cuatro, hemos llegado a bajar hasta el veintisiete.

—¿Intentó la cadena retirar el programa?

—Se habló de ello, pero no lo sé. Ahora es una pregunta de dudosa respuesta.

Parker mordió de nuevo su John Wayne y decidió que aquélla no era una de las reses del duque... tenía que ser de las de sus hombres.

—He oído que Duffy estaba pensando en dejar el show.

—Había hablado de ello.

—¿Cuál era su problema? ¿Sólo las drogas?

—Eso era parte de su problema. La otra parte era... ¿ha visto usted el programa?

—Debo confesar que no.

Ella asintió con perspicacia.

—No me lo diga. Usted sólo ve televisión educativa.

—En realidad no miro en absoluto la televisión.

—Seguramente le va mejor —dijo—, Duffy hacía el papel de un adivino que utilizaba su falsa psique para tratar con su mujer, yo, y con nuestros dos hijos adoptados, uno mejicano y otro chino. Suena a estupidez, ¿verdad?

Ella era la adivina, pensó Parker.

—Tengo que admitir que sí.

—Eso es lo que pensaba Duffy. Especialmente después de fingir que no lo era durante dos temporadas. Ya no podía más. Hacía tres o cuatro meses que le había dado por soltar largas arengas en el plató sobre la idiotez de los guiones. En los últimos episodios le había dado por actuar así. Recitaba sus diálogos de forma que su desdén fuera patente.

—Eso debió hacer feliz al productor.

—John quería hacer su propio show, uno en el que él tuviese el completo control artístico. Tenía una idea para una serie cómica, era estupenda, sobre un escritor al que su mujer recluye en una institución psiquiátrica después de un inicio de depresión y acaba siendo el padre confesor y el jefe de terapia de la sala. Una especie de *Alguien voló sobre el nido del cuco* en comedia.

Parker asintió. Parecía como si todo el mundo tuviese una idea de éxito seguro para un programa de televisión de impacto. Se preguntó si ambas eran la misma. Prosiguió:

—¿Sabía algo de la nota que Joan Duffy recibió sobre ustedes dos?

Su bocadillo se detuvo camino de la boca y lo dejó como si de repente hubiera perdido el apetito.

—Sí.

—¿Tiene alguna idea de quién lo mandó?

—No.

La inseguridad de la respuesta hizo que Parker pensase que

estaba mintiendo, pero no insistió sobre el tema. Por el momento.

—¿Con quién, además de con Brock, habló Duffy aquella noche mientras estuvo usted allí?

Lo pensó.

—Sol Grossman.

—¿Su agente?

Ella asintió.

—Sí.

—¿De qué hablaron?

Vaciló de nuevo.

—Del tratamiento de la idea de John.

—¿Qué pasaba con ella?

—John creía que estaba terminada, pero Sol pensaba que había que trabajarla más. Que la idea no había sido madurada suficientemente.

—¿Eso es todo?

Se tocó un lado de la nariz sin llegar a dar con el atún.

—Sí.

De nuevo Parker pensó que mentía, pero decidió no seguir con ello tampoco.

—Mientras estoy aquí, me gustaría hablar con Fenady. ¿Está por ahí?

—Creo que está supervisando una toma al otro lado del estudio. Para *Ángeles de la calle*. Es su otra serie.

—Parece estar muy ocupado.

Ella se encogió de hombros y se quedó taciturna.

En un intento de alegrarle el humor, Parker le preguntó:

—¿Sabía que tiene ensalada de atún en la nariz?

Ella le miró, pero su expresión no cambió.

—¿Cuánto hace que está ahí?

—Quince minutos.

Esperaba que ella riese, sonriera, hiciera algo, que al menos se quitase la mota, pero simplemente se le quedó mirando. Por alguna razón, a Parker le hizo sentirse como un idiota.

—Si parece que esté dando vueltas por todos sitios, es porque no sé adonde voy.

—¿Y adónde quiere ir?

—No estoy seguro. Quizás a ninguna parte.

Ella levantó una mano.

—Entonces, ¿por qué está haciendo esto? Si se ahogó, se ahogó. ¿Tenemos que seguir hablando de ello para siempre? ¿Por qué no podemos simplemente celebrar el oficio religioso?

—No estoy seguro de que «se ahogase».

Eso la detuvo.

—¿Qué quiere usted decir? Dijo en la conferencia de prensa...

—Que Duffy se había ahogado. Y se ahogó. Sólo que no estoy seguro de cómo.

Arrugó el ceño, perpleja.

—¿Cómo se ahoga uno?

—De varias maneras —le dijo Parker—, Por accidente. A propósito. Con ayuda.

Se quedó con la boca abierta, incrédula.

—¿Qué está usted diciendo? ¿Que se suicidó o que fue asesinado?

—No —le aseguró—, Pero hay algunos aspectos incomprensibles que no han sido explicados a satisfacción, así que tengo que investigar todas las posibilidades. Y por favor, no se altere si lee en el «*Los Ángeles Times*» de hoy lo mal interpretado que he sido precisamente en este tema.

Ella no estaba segura de lo que quería decirle y Parker no se molestó en explicarlo.

—¿Oyó alguna vez que Duffy expresase temor por alguien? ¿O por algo?

—No —dijo de inmediato—. No era el tipo de hombre que se asusta de algo físico. Cuando algo le atemorizaba era mental, emocional. Como el temor al éxito.

—O el temor a perder a su mujer y a sus hijos.

Su mirada era fría.

—Sí.

—Si sabía eso, ¿cómo se lió usted con él? —preguntó Parker, para satisfacer su propia curiosidad, más que nada.

—Él no se sentía así hasta que tuvo el niño. No estoy segura de cuándo cambió. Hace un año, quizás. Cuando la flor se marchitó. Nosotros y el espectáculo. Cuando él se dio cuenta de que no era el cielo —sonrió débilmente—. Cuando se dio cuenta de que era una mierda, de que todo era una mierda.

Parker la estudió por un momento. Aquélla era la primera indicación de que podía estar bajo tensión.

—Hay algo más —dijo él entonces—. Encontramos una libreta en la mesilla de noche de Duffy. Había hecho una lista de chistes cortos, uno de los cuales era: «El suicidio es una forma tardía de estar de acuerdo con la madre de tu mujer». ¿Debiera preocuparme eso?

—Naturalmente. Uno debiera preocuparse siempre por los chistes malos.

Muy bien, pensó Parker, y decidió que de ella le gustaban su franqueza y sus modales directos. Ni palabras ni movimientos vanos. A pesar de sus problemas, parecía segura y llena de confianza, rasgos que encontraba atractivos en una mujer. Quizás sólo era una máscara de actriz y luego, de nuevo, quizás no lo era. Sería interesante descubrirlo.

Después, como siempre, pensó en Eve, y adonde había llevado aquello. Se encogió de hombros con un gesto rápido. Si te caes de un caballo te tienes que volver a subir en seguida, porque si no siempre tendrás miedo a cabalgar.

—Si tengo alguna pregunta más, ¿puedo llamarla a casa?

Ella sonrió, viendo a través la transparencia de la estratagema.

—¿Aún tiene aquel bolígrafo?

Se lo dio y ella apuntó su número sobre una servilleta de papel.

—Normalmente estoy en casa después de las siete.

Él inclinó la cabeza y se guardó la servilleta en el bolsillo superior; luego alargó la mano para coger su cuenta, pero ella la apartó antes de que pudiese alcanzarla.

—En esta ocasión no —dijo, y su voz indicaba que lo decía en serio. Se puso en pie bruscamente.

—Una pregunta más —dijo Parker—. Si fuese ensalada de pollo, ¿se la hubiese dejado ahí todavía?

Ella sonrió y se fue, dejándole solo en la mesa con los restos de John Wayne y de Lloyd Bridges. Testaruda, pensó, mirando cómo se iba. Intentó recordar si le gustaban las mujeres testarudas, pero hacía tanto tiempo, que ya no estaba seguro.

12

Parker encontró la compañía de producción de Fenady en una zona aislada del gran estudio, frente a un bloque de falsos barrios bajos. Parecían estar casi a punto de acabar y la acción estaba limitada a una rampa y a un par de coches aparcados. Camiones de material bloqueaban ambos extremos de las calles y dos equipos de cámaras sobre grúas móviles maniobraban para conseguir los mejores ángulos.

Parker utilizó su identificación para que el guardia de seguridad le dejase pasar y se dirigió hacia un grupo de hombres apiñados alrededor de un chocante Maserati rosa. Eran cuatro y todos parecían preocupados y molestos, una mirada al parecer ubicua en los asuntos de televisión. Quizás les pareciese que aquella mirada justificaba de alguna forma sus sueldos.

Parker se disculpó y el atleta del grupo, un hombre musculoso, alto y bronceado, de unos cuarenta y pico de años levantó la cabeza, molesto.

—¿Qué pasa?

Parker volvió a mostrar su identificación.

—Doctor Eric Parker, médico forense del condado. Estoy buscando a Byron Fenady.

—Lo acaba de encontrar —dijo el hombre con frialdad. Tenía el pelo negro, peinado hacia atrás desde la frente y eso hacía que sus rasgos, que estaban demasiado juntos, pareciesen aún más apretados en su cara. Los ojos eran oscuros e intensos, cubiertos por oscuras cejas y la boca, de labios delgados, parecía una herida de cuchillo. Iba vestido con unos pantalones caqui con cinturón de goma y una camisa deportiva de manga corta, a cuadros azules y verdes.

—¿Y bien?

Parker miró a los demás.

—Me gustaría hacerle algunas preguntas...

—Esta bien, una estrella ha muerto —dijo el hombre sarcásticamente—. Vosotros, tíos, no podéis enterrar a alguien nada más, ¿verdad? Tenéis que andar en el cadáver y que vuestro nombre aparezca en los diarios.

Parker ignoró el arranque y dijo amablemente:

—Aquí o en la ciudad. Donde le sea más conveniente.

—Aquí está bien —dijo Fenady de mala gana. Miró su reloj, tan deprisa que difícilmente pudo ver la hora—. Sólo déjeme terminar esta reunión. Cinco minutos todo lo más. —Señaló con un gesto una hilera de sillas de lona delante del Maserati—. Siéntese y disfrute del espectáculo.

Parker miró también su reloj y se acomodó en una de las sillas mientras el grupo de Fenady se movía fuera del alcance de su oído. Parecían estar discutiendo y Fenady hacía gestos airados.

—Hola pájaro —dijo una voz de mujer que salía, al parecer, por debajo del capó del Maserati.

Parker se levantó y se dirigió hacia el coche. El tablero de mandos se parecía a los controles de la cabina de un 747, completado con diales, indicadores y luces centelleantes. La única cosa que no tenía era ni piloto ni copiloto. Parker echó un vistazo alrededor.

—Sí, tú —confirmó la voz de mujer, rezumando sensualidad.

Parker volvió a mirar alrededor.

—¿Te gustaría dar una vueltecita?

Las luces verdes del tablero centellearon en sincronización con la voz. Parker miró a su alrededor intentando localizar a la mujer, que tenía que estar emitiendo desde algún lugar cercano. Aunque no había otros testigos de su desconcierto, empezaba a sentirse embarazado.

—¿Qué ocurre? —dijo el Maserati en un susurro—. ¿No me encuentras atractiva?

Parker volvió a sentarse y cerró los ojos, intentando ignorarla. Era imbécil si iba a empezar a hablar con un coche.

—Podría volver —dijo el Maserati, roncándole el motor.

Parker volvió a mirar dentro. Tenía que haber un conductor. Los coches no se ponían solos en marcha. La cabina seguía vacía.

—Y encontrarme contigo aquí. ¿Qué te parece a las diez? Tú

traes un paquete de seis botellas y un par de asados y yo traeré algo de alcohol. Lo haremos en el asiento de atrás. ¡Uuhh, Uuhh!

—No hay asiento trasero —dijo Parker sin querer, lamentándolo inmediatamente.

—¡Entonces lo haremos en el de delante! —dijo la voz sin aliento—, ¡Fíjate en el cambio de marchas!

El motor se apagó de repente.

—¡Oh, oh! Aquí viene el jefe. No le digas que hablaba contigo, ¿vale?

Parker levantó la vista para ver a Fenady que volvía.

—Vale —respondió Parker, viendo finalmente el humor de la situación—. Pero debo advertirte... que estoy enamorado de un Chevrolet.

—¿Y qué tiene un Chevy que yo no tenga? —susurró el Maserati—, ¿No me has oído? Los latinos son los mejores amantes... Hasta la noche, *amore mio*...

Fenady llegó con un aspecto más relajado, como si hubiese ganado la discusión que hubiera podido tener. De nuevo le echó una ojeada a su reloj deportivo negro, no tanto para ver la hora, como para demostrar que era un hombre muy ocupado, que cada uno de sus minutos era valioso.

—Siento haberle puesto verde antes —le dijo, sonriendo para congraciarse—. Últimamente he estado bajo mucha presión. Semana de control de audiencia.

Parker hizo un gesto de asentimiento, como si entendiera lo que eso significaba y Fenady le preguntó:

—¿No estaría el coche hablando con usted, verdad?

—No —dijo Parker, sintiéndose de inmediato ridículo por haber mentido.

Fenady sacó lo que le quedaba de un paquete de Roloids y se puso rápidamente una en la boca.

—Mona, el Maserati que habla. Antiguamente las estrellas eran las celebridades. Ahora son las máquinas. Son los tiempos en que vivimos. ¿Ha visto usted el programa?

Parker admitió que no.

—¿Qué opina usted del concepto?

Parker vaciló, intentando no herir los sentimientos del hombre.

—¿No cree usted que es un poco...?

Los ojos del productor se empequeñecieron.

—¿Un poco qué?

—Bueno, poco original. Recuerdo haber visto algo parecido.

—El otro programa —dijo Fenady irónico—. Aquello es un coche macho y éste es un coche hembra. Por eso es rosa ¿lo ha cogido? Y siempre está estropeando su papel. Ese es el truco. No lo planeamos así, pero como la aprendiz que pone la voz no hacía más que estropearlo, decidimos incorporarlo al guión.

—¿Y esa diferencia es suficiente?

—Dejémosles que le hagan la corte —dijo Fenady, dando por concluido el tema.

Se volvió e hizo un gesto con la mano a un grupo de hombres que estaban al lado de un camión del pan aparcado al otro lado de la calle y luego hizo una señal. Uno de los hombres se acercó, se metió en la parte de atrás del camión de un salto y el motor del Maserati arrancó con un rugido. Parker miraba fascinado cómo la máquina hacía un giro en U y aparcaba en paralelo a la rampa de delante del camión.

—Muy bueno —comentó Parker—. Ese coche puede ser la solución al problema del alcoholismo en la conducción.

Fenady sonrió sardónicamente.

—Eso sería malo para su profesión, ¿no?

—Mi profesión siempre será buena —le aseguró Parker.

Fenady extrajo otra Rolaid. El rostro del hombre se puso serio, indicando el final del parloteo del *show-business* amable.

—¿Y de qué va todo esto?

—Han surgido algunas cuestiones sobre la muerte de Duffy...

—¿Qué? ¿Esa mierda del «Times»? ¿«Posible asesinato»? ¿Qué era esa porquería?

—Una tergiversación.

—Si no habla con ellos, no le pueden tergiversar —Fenady frunció el entrecejo al pensar en ello—. Esa clase de periodismo amarillo es justo la clase de cosa que quería evitar. Por el bien de todos. Me aseguraron que la investigación sería llevada con discreción...

—¿Por quién? ¿Por Alex Tartunian?

—Hablé con Alex —admitió Fenady.

—¿Es íntimo amigo suyo Tartunian?

—Íntimo no, pero nos conocemos. De todos modos, Alex no es el único que quiere que esto no se nos escape de las manos.

Parker tenía la intención de pedir perdón por la historia, pero las maneras altivas del hombre le hicieron atrincherarse. Ya había habido bastante gente intentando apretarle las clavijas aquel día.

—Ya lo sé. La colonia del cine ejerce mucha influencia en esta ciudad. Pero mientras yo sea *coroner* no tengo intención de comprometer la verdad, sin importarme la clase de presión que eso me lleve a soportar.

—¿La verdad? —dijo Fenady airadamente, sacudiendo una mano—, ¿Es así como llama a lo de esta mañana?

—Podría haber ahí más verdad de lo que usted se piensa —se desquitó Parker.

Eso le detuvo.

—¿Uh?

—Hay pruebas de que Duffy sufrió lesiones que pudieron no ser causadas por el ahogamiento. Y un testigo vio cerca del lugar a un submarinista que salía del agua aproximadamente a la hora en que Duffy se ahogó.

—¿Un submarinista? —preguntó Fenady con un tono a todas luces escéptico—. ¿Está usted diciendo que alguien ahogó a Duffy?

—No estoy diciendo nada por el momento —dijo Parker, sintiendo haberse dejado llevar—. Sólo que hay preguntas sin contestar que necesitan una respuesta. Por ejemplo, el hombre aparentemente tenía un serio problema con la cocaína...

—Creí que dijo usted en las noticias de ayer noche que la cocaína no le mató.

—No le mató.

—Entonces, ¿por qué sacarlo a relucir? —preguntó Fenady levantando las palmas—. Por lo que a mí concierne, mientras el tipo trabajase en el plató, no me importaba lo que hiciese cuando llegaba a casa.

—Por lo que he oído, no era sólo en casa. He oído que estaba empezando a obstaculizar su producción.

Fenady le miró con suspicacia.

—¿Ah sí? ¿Dónde oyó usted eso?

—Mia Stockton.

Fenady se frotó la barbilla, pensativo.

—Tuvimos unos cuantos problemas. El principal era aquel camarada de John, servicial y sin talento. Pero controlé la situación.

—¿Está hablando de Harvey Brock?

Asintió y frunció los labios.

—Lo metí en unos cuantos programas como un favor a Duffy. Luego descubrí que el muy gusano le estaba pasando drogas a Duffy aquí mismo en el estudio. Y no sólo a Duffy. ¡Caramba! El muy hijo de puta abastecía a la mitad del personal.

—¿Quiere usted decir que la vendía?

—Eso es exactamente lo que quiero decir.

—¿Qué hizo usted?

—Hice que los de seguridad le prohibiesen aparecer por el plató. John armó un buen escándalo, pero yo me mantuve firme. No pude meterle en la cabeza que el muy chinche, su amigo del alma, estaba intentando matarle.

—¿Quiere usted decir eso, literalmente?

—Matar su carrera, matarle. Es lo mismo. Duffy era su carrera. Era un hombre con un ego deficiente. Su definición de sí mismo estaba envuelta en su trabajo. No es anormal en esta profesión. Brock quería ver a Duffy derrumbado. Estaba celoso. Vio que Duffy tenía éxito y eso le devoraba.

—¿Brock se lo dijo?

—No hacía falta. Lo he visto otras veces.

—Hablé con Brock. Dice que va a venir a presentarle una idea que tiene para un nuevo programa.

—No pasará de la verja —rezongó el productor—. Intentó montarme una de sus ideas mientras estaba en el programa. Cortinas biónicas. Brillante, ¿eh?

Parker miró el coche rosa al otro lado de la calle y contuvo la lengua. Un poco más de carnaza podría hacer temblar las maneras tan pagadas de sí mismo del hombre.

—Tengo entendido que Duffy estaba hablando de dejar *La vida es dura*, que pensaba que el programa era una tontería.

Aquello provocó la indignación de Fenady. Levantó dos dedos para poner énfasis en los puntos que quería establecer, doblándolos según lo hacía, y dijo en tono irritado:

—Uno, no podía irse. Tenía un contrato. Dos, el programa no es una tontería. Si eso es lo que la gente quiere, ¿cómo puede ser

tonto?

Ésa le pareció a Parker una premisa dudosa, pero cuanto más pensaba acerca de ella, más incierta se le volvía. Si él pudiera adoptar esa filosofía: dar a la gente lo que la gente quiere... aún podría encontrar su propia salvación.

—No me importa en absoluto lo que la crítica piensa —prosiguió Fenady—. Ellos no compran espacios. Yo doy a la audiencia lo que quiere, porque si no lo hiciera, yo sería el estúpido.

Parker miró el Maserati, que estaba calle abajo. Estaban montando una especie de simulacro. Detrás de una hilera de coches indefinidos, se oía rugir un motor, aprestándose a correr por la rampa. Eso era lo que la audiencia quería, meditó Parker.

—Pero *La vida es dura* estaba decayendo, ¿no es así? ¿No estaban bajando los índices de audiencia?

—Sí, bajaron —admitió Fenady—, pero estaban volviendo a subir. Y de todas formas, la pregunta sigue siendo: ¿Qué demonios tiene eso que ver con la muerte de Duffy?

—Nunca lo sabré si no lo pregunto.

—Brillante.

Parker retrocedió, deseando tener algo más con que seguir, alguna excusa para dejar de lado el mito y compararlo con el hombre. El mito era su poder. Le mantenía seguro.

—¿Y qué me dice de su continuación con Mia Stockton?

—¿Que qué le digo de qué?

—¿Cree que funcionará?

Fenady suspiró, cansado.

—¿Y yo qué soy? ¿Un oráculo? ¿Cómo voy a saber si funcionará? Lo único que sé, la única cosa que puedo saber, es que es una persona con talento. Hay una gran audiencia que conoce a Mia Stockton y les gusta. Entonces, ¿por qué no intentarlo?

—Claro, pero por lo mismo, ¿por qué arriesgarse?

—No llegué donde estoy pasando por alto una buena cosa —dijo Fenady al cabo de un momento—. En esta profesión, en cuanto empiezas a dormirte en los llamados laureles, ya no estás en ella. Puedes pensar que lo estás, pero no es así. En este trabajo tienes que ser un tiburón, siempre moviéndote, siempre buscando.

—¿Qué?

Ahora no hubo vacilación. Fenady dejó ver los dientes con una

sonrisa hambrienta.

—La siguiente comida.

A Parker le distrajerón unos chirridos de neumáticos. Un momento más tarde, un coche para simulacros salió de la rampa y se lanzó sobre los coches aparcados, pasando muy cerca del Maserati. Golpeó la calle con un desagradable ruido sordo, dio varias vueltas y luego cayó del revés. El director gritó: «¡Corten!» y el personal corrió hacia el destrozado automóvil en el que el especialista estaba deslizándose por una ventana, sonriente.

—¿Sabe usted lo que ese pequeño simulacro me ha costado? —preguntó Fenady—. Tres de los grandes. Uno para el especialista, dos para el coche. Esta clase de espectáculo de alto concepto es una máquina de tragar dinero. Ni siquiera te cubre los gastos de la licencia. *Ángeles de la calle* lleva dos temporadas en pantalla y aún estoy en números rojos.

A pesar de sí mismo, Parker estaba aún absorto en el coche destrozado, preguntándose cómo el conductor había podido escapar completamente ileso.

—Entonces, ¿por qué preocuparse?

—No me ha estado usted escuchando —se quejó Fenady—. Para estar arriba, tienes que tener muchas pelotas en el aire, y ésta es una de ellas, ¿comprende? Tengo otras pelotas que sostienen a ésta, y un día esta pelota, espero, sostendrá a otras. Dan vueltas y vueltas y cuándo van a pararse, nadie lo sabe. Entretanto, bastantes de ellas llegarán a venderse en cadena para mantenerme arriba.

—¿Y es de eso de lo que se trata?

—Se trata de eso en parte —le corrigió Fenady—. ¿Cuánto de grande la parte? Tienes que llegar ahí para saberlo —la sonrisa apareció de nuevo.

—¿Así que ésa es la fórmula mágica para usted? ¿Venta en cadena?

—La fórmula mágica —repitió Fenady—. Esperas tener en antena un programa el tiempo suficiente para que empiece a producir dinero residual. Pero incluso eso está cambiando. Todo el negocio está cambiando. Antes eran tres temporadas, y un programa como éste había superado el período crítico, pero nada más. El cable y las series dirigidas a la venta en cadena lo han enredado todo. Las series de una hora de duración y de aventuras

de alto concepto son difíciles de vender. Ahora el mercado de la venta en cadena es para la comedia de enredos de media hora. Ahí es donde está el dinero. Un plató y un reparto de siete. Sin destrucción de coches, sin especialistas, sin filmaciones exteriores. Estoy reajustando mi elaboración de nuevas series en esa dirección.

—Tengo entendido que Duffy tenía una idea para su propia serie cómica.

Fenady se encogió de hombros.

—¿La discutió con usted alguna vez?

—No —dijo Fenady. Cogió otra Rolaid y se la metió en la boca. Exteriormente, el hombre parecía controlarse mucho, pero por dentro las cosas eran aparentemente distintas, bullía, estaba a punto de derramarse. Esto es el *show-business*, pensó Parker.

Fenady miró de nuevo su reloj y dijo con impaciencia:

—Mire, si eso es todo...

Parker asintió.

—Gracias por su tiempo, señor Fenady. Sé que está usted muy ocupado.

Miró al personal, que estaba atareado montando otra toma y dijo:

—¿Sabe? Nunca había pensado en ello antes, pero lo que yo hago como forense se parece mucho a hacer un programa de televisión, sólo que al revés. Empezamos por el final y pasamos la película hacia atrás, cuadro a cuadro, hasta que llegamos al título. Igual que en su trabajo, nos interesa el reparto. El nombre de la estrella.

—Ya, sí, eso es fascinante —dijo como si casi no fuera nada—. Perdóneme.

Parker le miró marcharse y pensó que, considerándolo todo, había sido más agradable hablar con el coche. La diferencia entre entenderse bien y hacerse un enemigo.

13

La oficina de Sol Grossman era un pequeño edificio de estuco de una planta, estilo Tudor, en La Ciénaga, frente a un puesto de hamburguesas Fat Boy. El rótulo de la puerta decía «Administración Grossman», y el mensaje de bienvenida de la alfombra decía «Límpiese los pies».

Dentro, casi perdida en medio de un alborozo de flores de seda, una recepcionista baja, atenta y de ojos almendrados, miraba a Parker con estudiada indiferencia. Como ella no tenía prevista su entrevista, no iba a admitirle así como así.

—Soy el doctor Parker —dijo Parker al cabo de un momento—. Vengo a ver al señor Grossman.

—Tendrá que esperar —dijo la chica. Boodry se está retrasando.

Por la forma en que dijo el nombre, Boodry era aparentemente alguien importante, esperado y al que se le permitía el retraso, aunque fuese grande, pero Parker no reconoció el nombre. Probablemente era una estrella de rock, pensó. No estaba al día en estrellas de rock. Su interés decayó con la desaparición de los Beatles.

—¿Le puedo ofrecer algo?

—No, gracias.

Parker se sentó y cogió un ejemplar de la revista «People». La ojeó, experimentando una sensación de prensa popular ya conocida, y cuando comprobó la fecha vio que tenía casi dos años. Una buena señal, sentenció de mala gana. Dirección austera, nada de cosas superfluas.

Más allá del vestíbulo, un hombre gritaba, y luego gritó otro, todavía más. Aunque amortiguados por la puerta, aún se les podía oír con toda claridad, haciendo cada uno de ellos observaciones clasificadas X sobre los orígenes del otro.

—¡Eres un maricón, Grossman! ¡Un maricón!

Parker cogió de nuevo la revista «People», algo tras lo cual poderse esconder, y poco después la lucha a gritos salía a campo abierto. Un hombre enorme como un oso, con la cabeza rapada que parecía un huevo de dinosaurio, salió dando zancadas por el pasillo, haciendo estragos con su capa púrpura en una fila de higueras de seda. El gigante se detuvo cuando vio a Parker y le apuntó con un dedo amenazante.

—¡Y usted también es un maricón!

Parker se le quedó mirando sin comprender. Por debajo de la capa, el cuerpo musculoso del hombre amenazaba con romper la malla bordada de lentejuelas púrpura que llevaba y su cabeza, cuando la bajaba, mostraba una diana llena de colores.

Parker no se movió y el gigante, aparentemente satisfecho de haber dicho la suya, fuera lo que fuese, salió dando un portazo. A través de la puerta cerrada aún podía oírse al hombre repitiendo sus acusaciones de femineidad al tráfico del exterior.

La chica del escritorio esperó hasta que el edificio dejó de temblar para decirle a Parker que el señor Grossman le recibiría ya.

Parker se levantó y vio a un hombre que se le acercaba desde donde estaban las higueras. Iba a bajar la cabeza, pero la mano con pulcra manicura que le alargó parecía bastante amistosa.

—¿Doctor Parker? Lo siento. Debe haber sonado horrible. El equipo A en celo.

Grossman tenía cincuenta y tantos años, grueso, de complexión rosácea que hacía resaltar su pelo oscuro y un bosquejo de barba impecablemente arreglado. Si no hubiera sido por el traje de seda azul de quinientos dólares, Parker lo hubiera tomado más por un granjero menonita que por un directivo de Hollywood de gran poder. Le dijo a Parker que le siguiera y luego se volvió a la chica.

—No quiero ser molestado. Por nadie.

—¿Y Boodry?

—Especialmente por Boodry.

Parker siguió a Grossman por un vestíbulo estrecho y acristalado. Detrás de los cristales, había varias mujeres trabajando, inclinadas sobre calculadoras. Ninguna de ellas tenía máquina de escribir.

—Boodry es un coñazo —dijo desapasionadamente—. Creo que le han golpeado demasiadas veces. Se le debe haber soltado algo.

—¿Qué es, un luchador?

Grossman asintió con la cabeza y suspiró.

—¿Curioso, verdad? Un hombre puede convertirse en una figura pública sólo porque es tan grande como un camión... y puede hablar. Tiene sus propios dibujos animados los sábados por la mañana. Le conseguí un papel importante en *Superman VIII* y acabamos de firmar un contrato de seis cifras altas con Mattel para una colección de juguetes de «Boodry la Bestia».

—¿Y no está contento?

—Boodry nunca está contento. Está empezando a vivir su papel del cuadrilátero: un gigante relegado a vivir en un mundo de débiles y maricones —se detuvo frente a una puerta—. Ya hemos llegado.

La oficina de Grossman era tan espartana como el resto del lugar. En la pared, un diploma enmarcado diciendo que era contable diplomado. Sobre la mesa, una calculadora, el instrumento de su profesión. En el rincón, una higuera de seda, que no necesitaba ni abono ni agua... una buena señal, reflexionó Parker. Dirección austera. Realmente muy austera.

Parker se sentó en una de las dos sillas.

—Los tenemos de todas clases —dijo Grossman, sin venir a cuento, pero refiriéndose aparentemente a Boodry—, ¿En qué puedo servirle?

Parker pensó que Grossman no parecía especialmente afligido por la muerte de uno de sus principales clientes.

—Tenemos que comprobarlo todo, ¿comprende? —comenzó Parker—. Cuando tenemos esta clase de muerte, en la que se ve envuelto alguien...

—Una estrella —dijo Grossman, esperando. Por primera vez, se le veía impaciente.

—Tengo entendido que Duffy le llamó la noche antes de morir —dijo Parker.

Se produjo un sutil cambio en la expresión del hombre y sus ojos adoptaron una mirada poco franca.

—¿Dónde ha oído usted eso?

—Grabaciones telefónicas —mintió Parker—. Malibú es conferencia.

Grossman frunció los labios pensativo y asintió.

—Así es.

—¿Él estaba solo?

—Que yo sepa, sí.

—¿De qué hablaron?

Grossman se encogió de hombros.

—De lo que normalmente hablábamos... de dinero. John quería dinero y yo no quería dárselo.

—¿Por qué no, si era suyo? ¿O no lo era?

—No lo hubiera sido durante mucho tiempo si hubiese tenido un fácil acceso a él. Las retiradas de dinero de John habían sido excesivas últimamente y había estado mintiendo sobre para qué eran. Yo sabía para qué eran. Todos lo sabíamos.

—Cocaína.

Grossman asintió, y por primera vez sus ojos castaños parecieron tristes.

—Se estaba matando con esa mierda. Le dije que tenía que salirse, buscarse ayuda y una vez tras otra prometió que lo haría, pero ambos sabíamos que mentía.

—¿Así que cortó las entregas?

—Por su propio bien —explicó el hombre—. Le di instrucciones al contable de que no le diera dinero en efectivo a John, salvo para sus necesidades más inmediatas. Todo lo demás, los gastos de la casa, los pagos del coche, el seguro médico, la mujer y el niño, los talones para sus padres, pasaba por mí.

—¿Y estuvo de acuerdo con ese arreglo?

Grossman se encogió de hombros.

—Sabía que lo hacía por él.

—¿Cuánto dinero quería el domingo?

—Dos mil quinientos.

Mia Stockton no lo había mencionado. Parker se preguntó por qué.

—¿Qué dijo él cuando no se lo quiso dar?

—Estalló —dijo Grossman—. Le dije que no podía evitarlo, que no había dinero disponible, y no lo había.

—¿Y dónde estaba?

Grossman se recostó, controlando la situación, aparentemente relajado.

—Todo el dinero de John está inmovilizado en inversiones a

largo plazo y de baja liquidez que requieren pagos continuos. Me aseguré de que fuese así. Centros comerciales, bienes inmuebles. Lo repartí de esa forma, complicada, todo comprado a la vez y que no fuese fácil de desembarazarse... al menos sin pensar, para que no pudiese deshacerse de ellas. Cuando pedía dinero, yo podía decirle legítimamente que no podía dárselo porque se arriesgaba a lo que fuera.

—¿No era un poco peligroso? —preguntó Parker—, ¿Teniendo en cuenta el problema de las drogas de Duffy y la naturaleza inestable del trabajo en televisión? Si lo he entendido bien, todo lo que ganaba el chico iba a parar a una especie de pote sin fondo donde daba vueltas indefinidamente, necesitando siempre más y más para estar disponible. ¿Qué hubiera pasado si el programa hubiese fracasado? ¿Cómo se hubieran hecho los pagos?

El hombre extendió las manos.

—No había otra forma. Si John hubiese tenido acceso libre a sus fondos, se hubiese quedado sin blanca en un año. Todo se le hubiese ido narices arriba. Claro que era un riesgo, pero si le hubiesen dado rienda suelta, hubiese sido seguramente así.

—¿Qué pasará ahora? —preguntó Parker—, Sin el sueldo de Duffy, ¿cómo se harán los pagos?

—Lo mismo que hubiese sucedido si se hubiese cancelado la serie. Se vende algo.

El pote se sigue removiendo, pensó Parker.

—No había elección —repitió Grossman con tristeza, como si intentase convencerse a sí mismo. O quizás a Parker—. Ciertamente, el chico se volvió loco. Acaba de ver a Boodry. La misma clase de locura. Exactamente el mismo problema. Bueno, no exactamente el mismo... Boodry es sólo un idiota. Pero no le durará mucho tiempo el enfado, del mismo modo que a John no le duró nunca. En el fondo John sabía que lo estaba haciendo por él. Yo he llevado a ese chico durante seis años. Le quería como a un hijo.

Por alguna razón, Parker lo dudaba. Era más probable que le hubiese querido como a una máquina de hacer dinero.

—El psiquiatra de Duffy dice que estaba abatido, especialmente desde que su mujer le dejó. ¿Se había dado usted cuenta?

—Nada que no hubiese visto antes. John hablaba de Joan, claro. Echaba de menos a su hijo. Pero tenía confianza en que podría

hacer que volvieran.

—Entonces, ¿no le pareció que estuviese excesivamente deprimido últimamente?

Grossman se pasó la mano por la barba, pensativo.

—No, excesivamente no. John había tenido altibajos, pero los tenía desde que le conocí. Era un maníaco-depresivo. Le voy a echar realmente de menos —sonrió—. Es raro, pero nunca pensé que yo diría eso.

—¿Por qué no?

—Porque John podía resultar verdaderamente molesto. Al menos una vez a la semana me decía a mí mismo que el dinero no compensaba los disgustos y que lo mejor que podía hacer por mí era enviar al tipo al infierno, dejarle.

—Pero no lo hizo.

—No —dijo Grossman, mirando seriamente a Parker—, Porque con todos los disgustos que me daba, John tenía algo... una cualidad inocente y adorable que me impedía enfadarme con él. Como he dicho, le quería como a un hijo.

El hombre parecía bastante convincente... Parker se preguntó por qué, pues, no le dejaba convencido del todo. Quizás porque estaba acostumbrado a que todo el mundo en Hollywood intentase proteger una imagen. Si Grossman había adoptado a propósito la imagen de un granjero menonita, la verdadera imagen de la honestidad ascética, quizás era para convencer a sus clientes de que era algo que no era.

—El psicoanalista dice también que Duffy habló de dejar el programa de televisión.

Grossman se rió.

—Duffy hablaba de un montón de cosas. De montar una banda de rock. De hacer de protagonista en su propia película. De dar la vuelta al mundo en barco. De hacerse leñador en los bosques del noroeste. Variaba de día en día, siempre algo distinto, pero nunca hizo nada y nadie le tomaba en serio.

Quizás aquel era el problema, pensó Parker.

—¿Entonces sólo era palabrería?

—¿Lo de dejar la serie? No podía dejar *La vida es dura*, por mucho que lo hubiese querido. Irse antes de que el programa se convirtiese en un subproducto, hubiese significado tirar una

tonelada de dinero, sin mencionar la posibilidad de un litigio. Pero respecto a su reputación, aún hubiera sido peor. En este negocio los actores clave no rompen contratos, y mucho menos en medio de un gran éxito. Eso es un suicidio profesional. Nadie se volvería a arriesgar contigo de nuevo.

—Ya, supongo que no —replicó Parker.

—No supongo —dijo Grossman rápidamente—. Seguro. Estamos hablando de muchos millones de dólares invertidos en un tío; eso es lo que cuesta poner algo en el aire, y si se va a ir sin ninguna razón, arrastrándolo todo tras él... —Grossman hizo un gesto exagerado de impotencia—. Bueno, no habría nada que yo quisiera hacer; con eso no le quedaría más que vagar por la ciudad, y mucho menos cabría esperar otras ofertas.

—De acuerdo —dijo Parker—. Lo consideraré sólo palabrería. Quizás estaba excesivamente ansioso por hacer algo más grande y mejor.

—¿Y quién no lo está? —preguntó Grossman—. Dígame de alguien que no lo esté. Pero uno tiene que actuar juiciosamente, no impetuosamente. Claro, Duffy quería hacer más películas, y podía. Nada le detenía excepto el poder escoger el momento oportuno. Llegaban ofertas sin parar y en cuanto hubiésemos tenido una que no hubiese interferido con el programa de televisión la hubiésemos hecho. Preferentemente sin molestar a Fenady.

—¿Tanta influencia tiene Fenady?

Grossman sonrió misericordiosamente, como si fuese un misionero que intentase enseñar a un aborigen cómo utilizar el cuchillo y el tenedor.

—Todo aquel que puede mantener varios programas de televisión de éxito funcionando es un poder en esta ciudad. Fenady ha tenido más que unos cuantos. Es uno de los pequeños más grandes.

—¿De los pequeños más grandes? —preguntó Parker.

Grossman suspiró profundamente.

—Unas cuantas compañías grandes de producción dominan la programación de las cadenas. A la cabeza están los departamentos de televisión de lo que antaño eran los estudios principales de cine: Universal, Warners, Paramount. En último lugar están los pequeños productores independientes que constantemente se instalan en las

cadenas intentando conseguir una idea para hacer un programa piloto. En medio están los pequeños más grandes, distribuidores independientes que han acumulado éxitos y que se han convertido en grandes compañías de producción con personal y equipo de estudio propios. Aaron Spelling, Glen Larson, Steven Cannell, Byron Fenady... éstos son los pequeños más grandes.

—Duffy tenía una idea para una serie nueva...

Grossman gruñó.

—¿A usted no le parecía buena?

—No, tal como estaba.

—¿Hablaron de eso la otra noche?

—Sí, creo que sí.

—¿Qué dijeron?

—John quería que yo la contratase. Le dije que había estado escuchando demasiado a Mia Stockton.

—¿No le gusta Mia Stockton?

—No tengo nada contra ella como persona —dijo Grossman—. Sólo desaprobaba su relación con John. No sólo era dañina para el matrimonio de John, sino que tampoco le hacía ningún bien a su carrera. Ella fomentaba sus ideas sobre el tratamiento de la serie. Dios sabrá por qué. Si John hubiese intentado dejar *La vida es dura* sus posibilidades de haber hecho un piloto para ese programa hubiesen sido nulas, sin importar lo bueno que hubiese podido ser.

—Por lo que veo, el asunto entre Duffy y Mia Stockton había acabado hacía tiempo.

—Eso es lo que John decía.

—¿Usted no lo creyó?

Grossman negó tristemente con la cabeza.

—Pobre Joan. Se merecía algo mejor que lo que John le daba. Él la insultaba y ella esperaba, aguantando. Las drogas, las mujeres. Ella seguía esperando. Ambos esperábamos.

El agente se movió, incómodo, recordando.

—No me malinterprete. Duffy la quería realmente. Ésa es la tragedia. Sólo que no podía evitarlo. Cuando tuvieron el niño, pensé que podía cambiar, y cambió durante un tiempo... realmente quería al niño... pero luego...

—Los que quieren ser y los que podían haber sido —dijo Parker—. Están tanto tiempo deseándolo y luego, cuando lo consiguen, no

saben cómo mantenerlo. Es demasiado triste.

—Una tragedia —convino Grossman.

Parker pensó que no llegaba a ninguna parte. Grossman era como una babosa. Si le pisabas, podía irse a cualquier sitio. Se levantó y dio las gracias a Grossman por su tiempo.

La canción y el baile de Grossman sobre el tener que «proteger» el dinero de sus clientes no había sido demasiado convincente. En el caso de Duffy, con la mente embotada por las drogas, algo de aquel dinero podía desviarse y no encontrar el camino de vuelta a casa.

Los métodos de Grossman justificaban un examen más detenido.

14

Parker no estaba realmente de humor para aguantar el entusiasmo de Boomer aquella noche, pensó mientras dejaba los comestibles en la cocina y se dirigía hacia la puerta del dormitorio, pero al menos no tendría que limpiar ninguno de los yerros del cachorro porque había cubierto todo el suelo de la habitación con periódicos antes de irse por la mañana.

El perro le saltó encima cuando abrió la puerta, y después de calmar al exaltado chuchó, Parker inspeccionó la habitación. Los periódicos estaban destrozados, pero limpios, y Parker estaba a punto de decirle al perro lo bueno que había sido cuando echó un vistazo al cuarto de baño. Había olvidado poner papeles allí. Al menos el suelo era de baldosas.

Después de limpiar la suciedad y de dar el paseo vespertino de Boomer sin éxito, Parker abrió todas las ventanas de la casa y escuchó a Earl Wild tocando el segundo concierto para piano de Rachmaninoff mientras preparaba las verduras.

Normalmente, cocinar le ayudaba a relajarse. Le gustaba la ceremonia, los aspectos meditativos de ella. Le gustaba lavar las verduras frescas, el suave sonido del aceite hirviendo y la tapadera bailando sobre la olla, pero aquella noche le encontró poco gusto al proceso.

Se sentía inquieto, preocupado, pero la fuente de la sensación era vaga, nebulosa. Buscó en los bolsillos y sacó el número. Ella dijo que le llamase a cualquier hora, se dijo a sí mismo mientras marcaba.

Mia Stockton parecía soñolienta cuando respondió. Su voz era ronca y sensual.

—Soy el doctor Parker, señorita Stockton. ¿La he despertado?

—Sólo estaba descabezando un sueño. ¿Qué hora es?

—Algo más de las seis.

—Mmmmm —dijo ella, aturdida.

—Hay un par más de preguntas que quisiera hacerle.

—Ya me lo figuraba.

—¿De veras?

—Hago de mujer de un adivino, ¿lo recuerda? Algo se tiene que pegar. Por ejemplo, me apuesto algo a que va usted a sugerir hacerme las preguntas en persona.

De repente sintió como una sacudida.

—Si en otro momento...

—Está bien —le dijo ella—. Tengo que estudiar un guión de todos modos. ¿Quiere usted venir aquí?

Le dio una dirección y orientaciones. Parker puso las verduras en agua y llegó allí en veinte minutos.

La dirección era una casa de dos plantas de tipo residencial en una calle lateral cercana a la Universidad de Los Ángeles, que tenía delante una gran profusión de plantas y flores de colores. Mia Stockton abrió la puerta vestida con unos pantalones negros a media pierna y una ancha blusa de algodón. Iba descalza. Estaba mejor sin maquillar, cosa rara en su profesión, por lo que Parker había visto. Había tenido razón en lo de las lentillas; sus ojos eran marrones en aquel momento. Marrones le gustaban más, pensó. Eran más suaves, más vulnerables.

Le hizo pasar a un salón amueblado con antigüedades francesas. No era exactamente el estilo preferido de Parker, en especial el estampado a flores de las telas, pero admiró los paisajes estilo inglés antiguo de las paredes.

Ella le dijo a Parker que acababa de hacer café, señalando una bandeja sobre la mesita y le preguntó si quería. Él le dijo que sí y ella fue a la cocina por una puerta de vaivén. Cuando volvió, Parker contemplaba los paisajes.

—¿Le gustan?

—Muchísimo —le dijo.

Ella se sentó en el sofá y puso dos tazas de café.

—Turner es mi favorito. ¿Quién sabe? Quizás un día conseguiré una serie que funcione lo suficiente como para poder comprarme uno. Uuups. Ahí van de nuevo esos sueños.

Una fan de Turner extremadamente atractiva, elegante e inteligente. Una mujer guapa.

—No se subestime.

Ella sonrió.

—No lo hago, doctor, créame. Es la naturaleza del trabajo.

—Llámeme Eric.

—De acuerdo, Eric —dijo amablemente.

Él se sentó en una silla frente a ella y le puso azúcar y leche a su café. Tomó un sorbo y dijo:

—Deberlas enseñarles cómo hacer café en aquel economato.

—Ya he abogado por demasiadas causas perdidas —respondió, sonriendo afable.

—Hablé con Sol Grossman esta tarde —dijo Parker al cabo de un momento.

Una de sus cejas se convirtió en un interrogante.

—¿Y?

—Dijo que Duffy le llamó pidiéndole dinero. Para cocaína. Y que se enfureció cuando supo que no se lo daría.

La noticia no pareció desconcertarla.

—¿Y bien?

—No lo mencionaste esta tarde.

—No, no lo hice.

—¿Por qué no?

Ella se encogió de hombros.

—Porque creí que eso no era asunto tuyo. Y sigo sin creer que lo sea.

Parker se la quedó mirando a la cara y al cabo de un momento ella preguntó:

—¿Por qué te me quedas mirando? ¿Tengo aún en la nariz otra vez?

Él denegó con la cabeza.

—Sólo estaba admirando tu franqueza. Y pensando que tus ojos me gustan más marrones que azules.

Ella sonrió torcidamente.

—¿Un poco de adulación para que me vaya de la lengua? —Suspiró y cruzó las piernas—. Bien, creo que también podemos aclarar esto. No lo mencioné porque pensé que parecería producto de la inquina. Sol y yo hemos tenido nuestras diferencias en el pasado, pero no le guardo rencor. No quería que pareciese...

—¿Que pareciese qué?

Ella vaciló.

—John estaba medio enloquecido por la droga. Ya te lo dije. Estoy segura de que no quería decir lo que dijo.

—¿Qué dijo?

—Cuando Sol le dijo que no le daría el dinero, John le amenazó con pegarle un tiro. Le dijo cosas desagradables.

—¿Como cuáles?

—Le acusó de ser un ladrón —aclaró ella—. Le dijo que tenía pruebas de que le había estado robando durante algún tiempo y que iba a buscar un auditor para probarlo.

Un detalle menor que Grossman había olvidado en su relato.

—¿Dijo qué clase de pruebas tenía?

—No. —Se sentó hacia delante e intentó borrar lo que había dicho sacudiendo una mano en el aire—. Estoy segura de que no había pruebas. John hablaba por hablar. Te lo dije, John estaba excitado.

Parker asintió.

—Has dicho que habías tenido diferencias con Grossman. ¿Por tu asunto con Duffy?

Ella asintió.

—Sol no aprobaba lo de John y yo. Yo lo entendía. Él no creía que éramos sólo amigos, que la parte romántica de la relación estuviese muerta hacía tiempo.

—¿Crees que Grossman pudo haber enviado aquella nota a Joan Duffy?

Sus ojos se agrandaron ligeramente.

—¿Por qué iba a hacerlo?

—Para intentar que rompierais.

Ella movió la cabeza.

—No lo sé.

—¿Quién creía Duffy que la había enviado?

Se rascó el labio inferior con los dientes pensativamente y estaba a punto de responder cuando sonó el mensáfono de Parker. Preguntó si podía utilizar un teléfono y ella le señaló un teléfono francés sobre una ornamentada mesa Luis XVI en el rincón.

El mensaje del centro le remitía a un número de West Hollywood y decía que Steenbargen estaba esperando su llamada. Un agente del *sheriff* de Los Ángeles respondió y Parker se identificó

y preguntó por Steenbargen.

Parker anotó las instrucciones que Steenbargen le dictaba sosteniendo el receptor entre el hombro y la oreja, dijo que estaría allí al cabo de veinte minutos y colgó. Miró a Mia y le preguntó:

—¿Quizás podríamos continuar en otro momento? Aún tengo preguntas que hacerte.

—Por supuesto.

Ella captó la mirada preocupada del rostro de Parker y preguntó:

—¿Algún problema?

Él asintió.

—No parece que Harvey Brock vaya a tener que preocuparse porque le puedan prohibir la entrada a algún otro plató. Está muerto.

La actriz no actuaba cuando se llevó la mano a la garganta.

—¿Cómo?

—Eso es lo que voy a intentar descubrir. Gracias por recibirme. Sabré salir solo.

15

Los apartamentos Keops estaban en West Hollywood, al final de una calle estrecha que salía de Vine. Parker se identificó ante un policía de patrulla, quien le indicó un lugar para aparcar delante de un par de coches color blanco y negro.

El sitio era una extravagancia de los años veinte, una parodia de una escena de bazar en un decorado de la película *El egipcio*. Era el atrio de una casita de estuco de un piso, con techo de teja roja y un toldo de lona a rayas que cubría las ventanas. Una arcada en punta, flanqueada por guardias egipcios de yeso, sentados, daba a un patio en el que una fuente obstruida por algas, gorgoteaba y silbaba.

Unos cuantos habitantes del edificio estaban delante de sus puertas mirando lo que hacía la policía, pero en su mayoría, las cortinas estaban corridas sobre ventanas sin luz y las puertas completamente cerradas. Era la clase de lugar en el que la visión de un uniforme de policía haría que sus ocupantes, lloriqueando y con los ojos húmedos, se metieran en sus agujeros a la carrera a esperar a oscuras hasta que el peligro hubiera pasado.

El número ocho estaba al final del patio. Parker hizo una señal al agente que había en la puerta y entró.

La sala de estar estaba mal ventilada y era tan pequeña, que apenas había espacio para los cuatro policías de paisano y los hombres del gabinete de identificación que estaban barriendo la casa en busca de huellas. Las paredes eran de yeso, los muebles baratos y mediocres. Había señales de estar habitada: un cenicero lleno de colillas sobre la mesita de fórmica, una chaqueta de sport tirada sobre el respaldo de una silla desgastada, una caja de Ho-Hos abierta sobre la endeble mesa de comedor... Un mostrador de fórmica separaba la sala de estar de la cocina y sobre él había un barrigudo narguile de cristal. Un equipo estéreo y aproximadamente una docena de libros de bolsillo ocupaban las estanterías

empotradas en la pared, y enfrente había un aparato de televisión Zenit de diecinueve pulgadas sobre una mesilla de ruedas.

Un agente del *sheriff*, alto y pelirrojo, que Parker reconoció por haberlo visto en casa de Duffy, entró por el pasillo en arco que había junto a la cocina. Saludó a Parker con expresión de cansado de la batalla y se presentó como Wolfe. Llevaba puestos unos pantalones marrón oscuro y una chaqueta de pana color tostado, con un alfiler dorado y pequeño en la solapa, con el número «187», el número del código penal de California para casos de asesinato.

Wolfe se pasó una mano por la parte de atrás de su muy untuoso cabello y dijo:

—Gunderson y yo habíamos pasado para preguntarle a Brock por qué estaban sus huellas por toda aquella bolsa de plástico llena de cocaína que encontramos en casa de Duffy. Parecía como si hubiese muerto un par de horas antes de que llegásemos.

—¿Cuándo fue eso?

—Debe hacer una hora. Llamamos y no nos contestaron. Pensamos que era un poco raro, porque el coche de Brock estaba fuera y podíamos oír la música que salía de la casa, así que Gunderson fue a buscar al administrador y él nos abrió. Le encontramos en el dormitorio. Sobredosis, diría yo. Llamamos a los médicos de urgencia, pero ni siquiera intentaron reanimarlo.

Hizo una pausa y miró a Parker con curiosidad.

—Muy bueno lo de esas huellas. ¿Cómo lo supo?

—No estaba seguro —dijo Parker—, Era sólo una conjetura. Hablé con Brock ayer noche y me dijo un par de cosas que me extrañaron.

Parker le siguió hasta el único dormitorio del piso. Cuando entraron en la pequeña habitación, un fotógrafo estaba tomando fotografías de Brock, que estaba echado en la cama sobre su lado derecho, de espaldas a la puerta. Llevaba puestos unos téjanos gastados y una camisa deportiva a flores; no llevaba zapatos. El fondillo de los téjanos estaba oscuro en el lugar por donde la muerte había relajado su esfínter.

Steenbargen salió del cuarto de baño de al lado.

—¡Hola, jefe!

Parker devolvió el saludo y se quedó muy quieto en medio de la habitación, abarcándolo todo.

Wolfe empezó a decir algo, pero Parker le hizo callar con un gesto de la mano, mientras sus ojos vagaban por las paredes, el suelo, el techo. El inspector parecía desconcertado de que el forense no hiciese ningún gesto hacia el cuerpo, pero Parker sabía que el cuerpo no iba a ninguna parte. Era una lección que intentaba inculcar a sus alumnos: el escenario y el cuerpo podían contar a menudo historias distintas, y si se iba demasiado deprisa se podían pasar por alto detalles importantes. En este caso no parecía haber nada, ni salpicaduras de sangre, ni agujeros de bala, ni yeso desconchado.

La desgastada alfombra, como en la sala de estar, era del color de la suciedad y, como en la sala de estar, era difícil decir si aquello era deliberado. El traje de «Rocky» de Brock estaba sobre el asiento de una butaca al lado de la cama, y cerca de él había una plancha de vapor de pie sobre una raída tabla de planchar. Había una guitarra con las cuerdas rotas apoyada sobre una pared. Sobre el barato escritorio de fórmica, pegado a la pared, había una gran bolsa de plástico de cremallera, llena de polvo blanco, un paquete de algodones Johnson y Johnson y una bolsita de plástico con una cantidad muy pequeña de algo que parecía marihuana.

—Parece como si Brock traficara —observó Steenbargen—. Debe de haber más de cincuenta gramos aquí, y en el armario hay material para empaquetar.

Sobre la mesilla de noche había una cuchara de té con una bolita de algodón, una botella de agua destilada de litro, una jeringa quirúrgica y un globo de plástico rojo de cuyo extremo salía más polvo blanco. Parker conjeturó que el polvo era heroína. A menudo se utilizaban globos de plástico, o profilácticos, para empaquetar grandes cantidades de esa droga. Inspeccionó el final de la aguja de la jeringa. Era una medida pequeña y en la punta había sangre incrustada.

Todo indicaba que Brock se había estado «chutando», inyectándose una mezcla de heroína y cocaína. Según la pureza de la heroína, no hacía falta calentar la mezcla. Una pequeña cantidad de cada droga podía mezclarse en la cucharilla y hacer una solución añadiendo el agua destilada. Un algodón pequeño se dejaba caer entonces en la cuchara y la solución se hacía pasar a la jeringa a través del algodón, que filtraba la mayoría de las impurezas. Los

drogadictos decían que la sensación que seguía era como ganar la carrera de los cien metros en los juegos olímpicos de verano... los que todavía estaban vivos para contarlos.

Parker pasó al otro lado de la cama. Los ojos de Brock estaban medio abiertos y vidriosos y tenía la cara azul oscuro. La punta de la lengua le salía por entre los labios entreabiertos y una estalactita de saliva pardusca le corría por entre la comisura de la boca y manchaba la almohada debajo de la cabeza.

Parker esperó a que el fotógrafo terminase y luego puso a Brock sobre su espalda. La lividez era manifiesta en el lado derecho de su cara y de su cuerpo. Parker apretó un dedo contra la piel color púrpura. Palideció mínimamente, lo que significaba que la sangre ya había empezado a coagularse. Le tocó la cara y el cuello. La piel estaba aún caliente y no había signos de rigidez. Miró a Steenbargen.

—¿Has tomado la temperatura?

—Treinta y seis cuatro.

Parker inclinó la cabeza.

—Yo diría que ha muerto hace al menos dos o tres horas.

Cogió cada una de las manos de Brock y examinó las venas de los dorsos y las venas interiores de cada brazo. No pudo detectar marcas, pero eso no significaba mucho. La aguja de aquella jeringa era «cutánea» y cualquier pinchazo que hiciera cicatrizaría en seguida.

—¿Ha estado por aquí su novia?

—No ha venido nadie por aquí —dijo Wolfe.

—Estaba en el Comedy Store con Brock ayer noche. Emily no sé qué. Ella podría saber lo que ha sucedido aquí, o al menos ayudarnos a aclarar la hora exacta de la muerte —entonces le vino el nombre—. Braxton.

—Lo comprobaré —dijo Steenbargen y salió.

Parker pidió una silla y entró en el diminuto armario, iluminado por el fulgor de una bombilla de veinticinco watios que había en un portalámparas encima de la puerta. Le trajeron una silla y Parker se subió a ella.

El techo era demasiado bajo para poder ponerse de pie y tuvo que doblar las rodillas y poner el cuello de lado para evitar golpear las placas de aislamiento con la cabeza. En la repisa de encima de la

barra de la ropa había una balanza de cruz de gran precisión y un cajón de escritorio de poca profundidad lleno de avíos: bolsas de plástico, librillos de papel, un filtro, un juego de cartas, hojas de afeitar, un pote grande de Manitol y una botella de éter. Manitol era un laxante en polvo para lactantes que a menudo utilizaban los traficantes de cocaína para cortar la pureza e incrementar las ganancias de su producto, y el éter se utilizaba en el proceso de extracción de la droga. Parecía que Fenady hubiese tenido razón: además de su número poco cómico, Brock había tenido una actividad suplementaria nada divertida.

Parker se apoyó contra el estante y miró el techo. El techo de la habitación era sólo de yeso, como las paredes, y al menos medio metro más alto. Empezó a empujar con suavidad las placas de sesenta por sesenta. La mayoría de ellas no se movieron, pero una cedió con facilidad y la levantó. Un policía servicial le alcanzó una linterna y Parker metió la linterna y la cabeza por el agujero.

Como había sospechado, era un techo falso, suspendido del de yeso original. El espacio era de aproximadamente metro veinte por metro veinte y de unos setenta y cinco centímetros de alto, un escondite pequeño y acogedor para guardar golosinas fuera de la vista de fisgones. Sin embargo, el único premio que contenía el lugar era un rollo de aislante de fibra de vidrio envuelto en papel de aluminio.

—¿Hay algo ahí arriba? —le preguntó Wolfe.

—Sólo un rollo de aislante de fibra de vidrio —le dijo mientras bajaba—. Échele un vistazo, de todos modos.

Parker empezó a examinar la ropa que colgaba de la barra de debajo del estante. La mayoría de las mudas de su número estaban allí, así como su ropa de calle habitual. Lo que Parker encontró más interesante fue el traje de buzo de neopreno negro, colocado entre dos bolsas de prendas de vestir.

Apartó la ropa. Sobre el suelo, parcialmente oculta por un talego de lona marrón, estaba una botella de aire comprimido con las correas de submarinista todavía sujetas a ella.

—¿Han mirado si había huellas en esto? —preguntó Parker a Wolfe.

—Aún no —respondió el inspector.

—Necesito un par de guantes.

Uno de los hombres encargados de las pruebas le llevó un par de guantes de algodón blancos, se los puso y abrió el cordón de la parte superior de la bolsa.

La bolsa contenía un equipo de buceo básico: tubo flexible, gafas, aletas, cuchillo, chaleco salvavidas hinchable, cinturón de plomo para contrarrestar la flotabilidad. Básico, excepto por una cosa. En el fondo de la bolsa había un segundo cinturón de plomo. Se parecía al otro excepto por dos peculiaridades: llevaba trece kilos y medio de peso en lugar de los siete kilos del otro cinturón y la hebilla era de un diseño especial que Parker no había visto nunca antes. En lugar de la hebilla usual de desenganche rápido, que podía accionarse fácilmente con una mano en caso de emergencia, ésta tenía un mecanismo de clip, que se soltaba por medio de una anilla disparadora, accionada por un alambre corto.

Parker lo estaba metiendo todo en la bolsa cuando Steenbargen entró en el dormitorio con un trozo de papel.

—Hay una Emily B. en la libreta de direcciones que hay al lado del teléfono en la salita. He marcado el número, pero comunica.

Parker asintió con la cabeza y se levantó.

—Quiero que esta bolsa de lona sea llevada al centro después de que le miren las huellas dactilares, y también el traje de buzo que hay colgado ahí.

—¿Traje de buzo? —preguntó Steenbargen dándose cuenta de su significado.

—¿Qué pasa con esas cosas de submarinismo? —preguntó Wolfe entrecerrando los ojos—, ¿Tienen algo que ver con Duffy?

Parker les contó su conversación aquella mañana con Steve Patton, el camarero que practicaba el surf. Wolfe anotó el nombre y el número de teléfono en su libreta y preguntó:

—¿Está usted diciendo que Brock ahogó a Duffy?

—No. Estoy diciendo que hay un testigo que dice que vio a un submarinista saliendo del agua el mismo día y aproximadamente a la misma hora en que Duffy se ahogó. Cuando hice la autopsia, había algunas contusiones en el cuerpo de Duffy que me preocupaban. En aquel momento las descarté por intrascendentes. Ahora no estoy tan seguro.

Wolfe puso cara de preocupación.

—Pero también tenemos a un vecino que vio a Brock llegar en

coche hasta el camino de Duffy y salir al cabo de cinco minutos. El tipo hubiese tenido que ser un artista del cambio para ser capaz de ponerse todo eso, meterse en el agua, ahogar a Duffy y salir de allí.

—Patton dice que el buzo salió del agua al pie del farallón donde termina la calle Nautilus. Brock sabía que Duffy nadaba cada mañana. Pudo haber aparcado al final de la calle Nautilus, haberse metido en el agua, ahogado a Duffy y haber ido después a casa de Duffy.

—¿Y para qué si el tipo estaba muerto?

Parker se encogió de hombros.

—Quizás Duffy tenía algo que Brock quería —intervino Steenbargen—. Quizás Brock volvió a por ello.

—¿Como qué? —preguntó Wolfe.

Parker miró a Steenbargen.

—Brock me dijo que tenía una idea para una serie de televisión que era dinamita y que estaba seguro de que se la iba a vender a Byron Fenady, el productor de Duffy. Según la viuda de Duffy y su agente, Duffy había acabado de trabajar sobre el tratamiento de una serie. ¿Se ha encontrado algo en la casa que parezca el tratamiento de una serie?

Wolfe negó con la cabeza.

—No que yo sepa.

Hizo una pausa y dijo vacilante:

—¿Me está diciendo que este Brock asesinó a su mejor amigo por una idea para un programa de televisión?

—No estoy diciendo que nadie matase a nadie —insistió Parker—. Pero todos, Byron Fenady, Mia Stockton y Joan Duffy, dan fe de que Brock estaba celoso del éxito de Duffy hasta el punto de mantenerlo bien provisto de droga, esperando a que Duffy destruyese su propia carrera. Y Duffy aparentemente se tomaba la molestia de humillar a Brock. Le avergonzaba tratándole como a un chico de los recados. Todo eso puede hacer estragos en un hombre. Quizás Brock vio a Duffy como interponiéndose en el camino de su propio éxito. Brock me dijo la otra noche que Duffy había llegado donde estaba porque le había robado todo su material. Quizás decidió desquitarse.

Steenbargen frunció el ceño.

—Si Brock volvió a la casa a coger lo de la serie, ¿por qué iba a

dejar quince gramos de cocaína por allí, con sus huellas, sabiendo que la muerte de Duffy haría que la mitad de la sección de estupefacientes de Los Ángeles iría a husmear?

Parker no tenía respuesta para eso.

—Entonces, ¿qué es lo que tenemos aquí? —preguntó Wolfe—. ¿A Brock le dio un ataque de remordimiento y se puso una sobredosis?

—Ya le diré lo que tenemos aquí cuando haga la autopsia —le dijo Parker.

Steenbargen intervino.

—Esta tarde me vino a ver un liquidador de reclamaciones de Aetna. Duffy tenía una póliza de seguro de vida. De medio millón, con una cláusula ADB. Eso haría que fuese un millón en caso de muerte por accidente.

—¿Quién es el beneficiario?

—Joan Duffy. Y escucha esto: El liquidador dice que el importe de la póliza se dobló hace sólo dos meses. Ante la insistencia de la señora Duffy.

—No es de extrañar que la palabra «suicidio» le sonara sucia.

Steenbargen afirmó con la cabeza.

—Todo el dinero de esa maravillosa doble indemnización volaría por la ventana —levantó una ceja especulativamente—. ¿Quizás ella y Brock estaban confabulados para repartirse el dinero?

—¿Como Fred MacMurray y Barbara Stanwyck en *Indemnización doble*? —preguntó Parker intentando imaginarse mentalmente a Brock y a Joan Duffy en los papeles. Por mucho que lo intentaba, no conseguía que las imágenes permaneciesen enfocadas—. No les veo juntos, pero... no sé.

—Ella ve una forma de hacerse rica y recluta a Brock para que se haga cargo de la ejecución, prometiéndole repartirse las ganancias...

—Si se iba a divorciar de Duffy, iba a conseguir más de medio millón sólo de pensión alimenticia y para la manutención del hijo.

Steenbargen se encogió de hombros.

—Quizás pensó que el tipo era una mala inversión para el futuro. Quizás le pareció que iba a jorobar su carrera con las drogas y todo eso. También está el motivo de los celos.

—¿Celos? —preguntó Wolfe—. ¿De qué están hablando?

—Hay pruebas de que Duffy era algo mujeriego —dijo Parker, sin especificar—. No estoy desechando por completo la posibilidad, sólo estoy diciendo que no es muy probable. Quizás habría que investigar también los negocios de Sol Grossman. El que le llevaba los negocios a Duffy.

Wolfe se frotó la nuca como si tuviese ahí un dolor repentino.

—¿Qué pasa con él?

—Duffy le llamó la noche antes de morir y le amenazó con pegarle un tiro. Le acusó de deshonestidad y robo.

—¿De dónde ha sacado esa información? —preguntó Wolfe.

—De Mia Stockton —dijo Parker—. Estaba en casa de Duffy aquella noche.

Wolfe hizo una mueca.

—Al capitán Kuttner no le va a gustar esto. Estaba realmente contento con el asunto de Duffy tal como estaba, bien envuelto y bonito. No le va a gustar cuando se entere de que la cinta se está saliendo del paquete.

Parker no podía creérselo. El suicidio hubiese estado bien para Kuttner, pero el asesinato era otra cosa. Un teniente del departamento de policía de Los Ángeles había dicho una vez a Parker que la principal función de un inspector de homicidios era encontrar formas creíbles de convertir homicidios en suicidios, y Kuttner, durante su carrera como inspector, había intentado admirablemente adaptarse a esa descripción en su trabajo.

Un caso que recordaba Parker de hacía años, que Kuttner había investigado y catalogado como «suicidio» era el de un trabajador del muelle, de treinta y siete años, a quien habían apuñalado diecisiete veces con un cuchillo de deshuesar. Kuttner había intentado discutir la conclusión de asesinato de Parker, manteniendo que el hombre se había matado porque sólo la herida de la cuchillada decisiva, que había alcanzado el corazón y casi partido la espina dorsal, había sido mortal, y que los «cortes de defensa» de las muñecas del hombre al intentar defenderse, eran en realidad falsos comienzos mientras intentaba conseguir el ánimo suficiente para cortarse las muñecas.

—Aún puede seguir siendo un precioso paquete —dijo Parker—. La muerte de Duffy puede muy bien haber sido un accidente y no tener ninguna conexión con este equipo ni con la muerte de Brock.

Y hasta que se pruebe una conexión, lo mejor que podemos hacer es mantener las cosas bien tapadas.

—Por lo que a mí se refiere —dijo Wolfe— esto es sólo otra sobredosis de un drogadicto.

Parker asintió.

—Y si alguien de la prensa quiere saber algo sobre un equipo de bucear encontrado aquí, que lo busquen en su informe.

Parker y Steenbargen salieron al atrio y el inspector preguntó:

—¿Qué piensas?

Parker se encogió de hombros.

—Tenemos unas veinticuatro horas hasta que la noticia del equipo de buceo se filtre a la prensa. Creo que más nos valdrá tener alguna puñetera información sólida antes de ese momento. Y no creo que ni Wolfe ni Gunderson estén ansiosos por desentrañarlo si Kuttner está tocando retirada.

Steenbargen estuvo de acuerdo.

—Investigaré unas cuantas cosas mañana.

—No sería mala idea —dijo Parker—. ¿Tienes la dirección de la señorita Braxton?

Steenbargen sacó el trozo de papel y se lo dio.

—¿Qué vas a hacer?

—Hablar con ella.

—¿Ahora?

Parker asintió con la cabeza y se miró el reloj.

—Ahora está en casa. Si Brock fue el responsable de la muerte de Duffy y ella lo sabe, podría no estar mañana.

—¿Quieres que vaya contigo?

—No. Necesito que te asegures personalmente de que ese equipo de bucear llega al laboratorio. Llévalo tú mismo si puedes. Será mejor.

Parker salió del atrio, pasando ante los guardias egipcios, sintiéndose de manera extraña, como un faraón que acabase de escuchar el augurio del destino de su reino.

16

La calle Cole estaba justo a la salida de la autovía en las afueras de Inglewood, a casi medio kilómetro del LAX. El vecindario daba la sensación de pertenecer a la clase obrera. En las aceras había hileras de olmos achaparrados y modestas casitas de estuco. La única cosa que la diferenciaba de las otras del bloque era su perentoria necesidad de pintura y de un jardinero. El trozo de delante, que presumiblemente había sido césped en otro tiempo, parecía como si hubiera sido rociado con un herbicida tóxico (*Agent Orange*). Un Hyundai sedán marrón estaba en el camino junto a la casa. La luz se derramaba suavemente a través de las cortinas corridas al otro lado de las ventanas delanteras. Había muy pocos coches aparcados en la calle.

En el momento en que Parker apagaba el motor, las ventanas del coche fueron sacudidas por el estruendo de un 747 despegando de una pista en algún lugar cercano. No era de extrañar que los árboles del bloque fueran achaparrados, pensó.

Por el volumen de la música rock que sonaba dentro de la casa, el vivir en una zona de paso de vuelos de LAX debía de haber deteriorado el oído de Emily Braxton. Parker salió del coche y se dirigía hacia el camino de la entrada cuando otro ruido le dejó perplejo. Éste no era el del motor de un avión a reacción. Era el grito de terror, continuo y agudo, de una mujer, y salía de la casa.

La puerta delantera se abrió de golpe y Emily Braxton salió tambaleándose, retorciéndose y debatiéndose espasmódicamente, intentando golpear el fuego que la envolvía de cintura para arriba. Era una antorcha humana. Su pelo y su ropa estaban ardiendo, y su cara agonizante, cubierta por una pavorosa llama azul.

Extendió los brazos hacia Parker, implorante, y luego el grito que destrozaba los nervios se apagó, mientras hacía una pirueta y se desplomaba sobre la acera.

Parker se quitó la chaqueta de un tirón y corrió hacia ella. Trabajó frenéticamente, intentando sujetar su cuerpo retorcido mientras apagaba las llamas, y finalmente ella perdió el conocimiento y se quedó inmóvil. En lo que parecía una eternidad, pero que probablemente no fuesen más de diez segundos, consiguió extinguir el fuego. De pronto, oyó el sonido de un coche poniéndose en marcha, un motor rugió y al otro lado de la calle, un Corvette rojo salió disparado del bordillo, con las luces apagadas.

Sin pensarlo, Parker corrió a la calle, para intentar mirar el número de matrícula del coche, y tuvo que tirarse hacia el otro bordillo para evitar que el coche, que iba coleando casi fuera de control, le golpeará. Al caer se dio la vuelta sobre un hombro y rodó, poniéndose a cuatro patas, a tiempo de ver las luces traseras parpadear y desaparecer dando la vuelta a la esquina.

Corrió hacia su coche, cogió la radio de un tirón, dio instrucciones para que el servicio de guardia llamase a los médicos de urgencia y luego volvió a prestar atención a Emily.

Estaba tendida, hecha un montón inmóvil, con las piernas en posición fetal. Su ropa había ardido dejando ver la piel quemada y con ampollas, y el cabello y las cejas habían desaparecido por completo. Al agacharse para buscarle el pulso, su nariz percibió un olor por debajo de la carne y del cabello quemados, débil pero inconfundible: éter. Eso explicaría el color azul de las llamas que la envolvían.

Le puso los dedos en la garganta. Estaba conmocionada, pero viva. Parker se levantó y por primera vez se dio cuenta de que había gente mirándole desde las puertas abiertas de sus hogares.

Un terrier pequeño cruzó corriendo la calle hacia él, ladrando, y Parker golpeó el suelo con el pie para pararlo. El perro puso el freno, pero continuó provocando desde una distancia segura. La mujer negra propietaria del can le llamó para que volviera, desde la casa del otro lado de la calle, pero no le hizo caso.

Un hombre pálido de aspecto rudo, que llevaba puesta una camiseta de verano subió corriendo por la acera, echó una mirada a la cosa retorcida del pavimento y murmuró:

—¡Jesús!

—Está bien —le tranquilizó Parker—. Pertenezco al servicio del *coroner* del condado.

El hombre entrecerró los ojos y luego los abrió, reconociéndole.

—¡Ey! Usted es aquél cómo se llame. Le he visto en la televisión... ¿el *coroner*?

Hubo un fuerte estallido y se oyó un ruido de cristales rotos dentro de la casa. El humo salía por la puerta delantera que estaba abierta. Parker miró a Emily y le puso por encima la chaqueta, que era todo lo que podía hacer por ella hasta que llegasen los de urgencias.

—¿Tiene una manguera? —preguntó apremiante.

—Sí, claro —dijo el hombre corpulento, vacilando todavía.

—Entonces vaya a buscarla, ¡rápido! —le ordenó Parker.

Parker dejó a Emily y corrió por el camino de delante buscando una salida de agua. Descubrió una medio oculta entre los arbustos, cerca de la puerta principal. La abrió toda y se empapó completamente. Temblando por la impresión del agua fría, mojó su pañuelo, se lo puso sobre la nariz y se metió en la casa.

El fuego estaba empezando a afianzarse en aquel momento, pero el humo era espeso. Las llamas parecían estar concentradas en el centro de la habitación, en la que un sofá y dos sillas atestadas ardían intensamente. Parker se agachó, corriendo de habitación en habitación, buscando otras posibles víctimas, pero no pudo encontrar ninguna.

Para cuando volvió a la sala de estar, el fuego se había extendido, lamiendo las paredes y amenazando con cortarle la salida. Estaba aturdido y desorientado, y el humo era tan espeso que no podía ver la puerta. Sabía que debía moverse de inmediato o sería rápidamente envuelto por los humos tóxicos que se desprendían de los muebles que ardían. Hizo una conjetura y se lanzó a la carrera. El aire de la noche era fresco, le pareció agua clara de manantial para su garganta en carne viva cuando salió tambaleándose, tosiendo y con náuseas, hasta el césped. Unas manos fuertes le sostuvieron y una voz le preguntó:

—¿Está usted bien?

Parker intentó parpadear para que le salieran las lágrimas debidas al escozor de los ojos. Era el hombre corpulento de abajo de la calle.

—Sí, estoy bien.

El hombre asintió y le dejó ir cuando llegaron dos vecinos

corriendo con mangueras de jardín enrolladas.

—¿Hay alguien más ahí?

—No lo creo —consiguió decir Parker entre ataques de tos. Señaló la boca de riego y le dijo al hombre que mojase primero las paredes para intentar que las llamas no llegasen al techo. El hombre levantó la manguera mientras los otros dos corrían alrededor de la casa buscando más salidas de agua.

Parker se volvió y fue tambaleándose hacia Emily, tomando aire a grandes bocanadas. Se arrodilló a su lado y le volvió a tomar el pulso. Levantó los ojos, aturdido, cuando se oyeron las sirenas dando la vuelta a la esquina y el patio delantero se llenó de firmes pisadas. Consiguió levantarse justo cuando dos jóvenes del servicio médico llegaron hasta él.

—¿Está usted bien?

Parker asintió con la cabeza y les indicó que debían atender a Emily. Lo hicieron rápidamente, buscando indicios de vida, cubriéndola con una sábana y una manta y empezaron a ponerle una endovenosa. Parker se apartó a un lado para hacer sitio a los bomberos que llegaban en aquel momento. Al hombre corpulento le quitaron su manguera de jardín y le dijeron que despejase la zona.

Era duro ser un héroe, pensó Parker con ironía, al ver al hombre volver a su propio patio. Ya no había lugar para aficionados. Demasiados profesionales. Se quedó respirando profundamente y esperando que su cabeza se pusiera en orden. Luego fue a hablar con los médicos de urgencia.

—¿Cómo está?

—¿Quiere, por favor, despejar el área? —comenzó a decir bruscamente uno de ellos, y luego levantó la vista y reconoció a Parker—. Oh, hola, doctor Parker —dijo poniéndose en pie—, ¿Qué está usted haciendo aquí, señor? —El hombre no lo dijo, pero el resto estaba implícito en la pregunta: aún no está muerta.

—Yo la saqué.

El médico hizo un gesto con la cabeza.

—Sus constantes vitales no son buenas. No sé si lo superará. El pulso es de uno treinta. El BP está en setenta y está bajando rápido.

—¿Respiración?

—Treinta y ocho y superficial.

—¿Dónde la llevan?

—El Westbrook ER es el que está más cerca. Ya hemos llamado. Nos están esperando.

Los ojos de Emily se abrieron repentinamente y empezó a mover la boca como un pez, jadeando en busca de aire. Parecía que intentaba decir algo. Parker se inclinó y puso la oreja cerca de su boca, llena de ampollas, recibiendo una buena vaharada de cabello quemado, que era un rastrojo de alambre quebradizo y ennegrecido. El sonido que salió de su garganta era algo entre un chirrido y un resuello y luego perdió de nuevo el conocimiento.

Parker se quedó mirando cómo la ponían suavemente en una camilla y la metían en la parte de atrás de la ambulancia.

Las sirenas gimieron y cesaron cuando un Chevrolet blanco del servicio de incendios con las luces de advertencia puestas, se detuvo detrás del coche de bomberos, seguido de dos coches color blanco y negro del departamento de policía de Los Ángeles. Un par de hombres vestidos con trajes oscuros salieron del Chevrolet. Uno de ellos, un hispano alto con la cara picada de viruelas, se dirigió hacia los policías y les dio instrucciones de que precintaran el lugar. El otro, un tipo a lo Clint Eastwood que no parecía tonto, buscó al capitán de bomberos, que hablaba con los hombres que tenía dentro de la casa a través de su radio y empezaron a conversar. El capitán de bomberos hizo gestos en dirección a Parker y los dos hombres se acercaron.

—¿Doctor Parker? —dijo Eastwood—. Terry Heisman, de Incendios. Tengo entendido que usted vio lo que sucedió.

—No vi cómo comenzó el fuego —dijo Parker—, Estaba aparcando el coche cuando la mujer salió de la casa.

El hispano se acercó y Heisman le presentó como su compañero, George Gonzales. Parker les contó lo que había visto.

—¿De qué año era ese Corvette?

—Un modelo antiguo, diría yo. Los últimos tres números del número de matrícula eran 381.

—¿Pudo usted ver al conductor? —preguntó Heisman.

—No.

—¿Cree que quienquiera que fuese tenía algo que ver con esto?

—No lo sé —les dijo Parker—. Nadie más que la chica salió de la casa. Pero el que conducía tenía una prisa condenada por salir de aquí.

—¿Cómo es que estaba usted en el lugar? —preguntó Gonzales.

—Vine para hablar con la chica, sobre su novio. Lo encontraron muerto en su piso esta tarde.

Heisman levantó los ojos de su libreta.

—Muerto. ¿Cómo?

—Aún no lo sé seguro, pero parece que por sobredosis.

El mensáfono del capitán se encendió y una voz anunció a través del receptor que el fuego estaba apagado. Cortaron el agua y tres bomberos salieron de la casa con máscaras de gas y hachas.

—Veamos lo que tenemos —dijo Heisman, dirigiéndose hacia la parte trasera del Chevrolet.

Los dos inspectores se quitaron las chaquetas de sport y del maletero del coche sacaron dos chaquetas de lona y dos pares de botas de goma que acto seguido se pusieron. Cogieron dos linternas de nueve acumuladores y se dirigieron hacia la casa, seguidos del capitán de bomberos y de Parker.

El fuego había quemado los interruptores de la casa y el interior estaba oscuro. Heisman atravesó la puerta y barrió la sala con la linterna. Desde el centro hasta la pared del fondo estaba todo ennegrecido y se habían hecho agujeros en la pared. Los pies de Parker chapoteaban en la alfombra empapada. Había cristales rotos por todas partes. La atmósfera era espesa, húmeda, casi sofocante por el olor del carbón.

Heisman fijó su linterna en el montón de muebles quemados y destrozados del centro de la habitación y se dio una vuelta por ella. Se agachó, cogió un lápiz y empezó a remover los escombros del suelo. Metió el lápiz por el cuello de una botella marrón y la levantó.

—Tiene usted un olfato de miedo, doctor —dijo Heisman—, Éter.

Volvió a poner la botella en el suelo y hurgó un poco más. La luz dio sobre algo cegadoramente brillante. Un trozo de espejo roto. Heisman lanzó a su compañero una mirada de inteligencia.

—Aquí es donde empezó —dijo, pasando la luz sobre la ennegrecida bodega de metal de un narguile.

Parker lo miró y examinó el resto de la habitación. Sus ojos se detuvieron sobre una endeble silla de respaldo recto, con patas metálicas, caída en un rincón. Algo relacionado con la presencia de

la silla en la sala le inquietaba. Era el tipo de silla más adecuado para una cocina. Se acercó a ella y la examinó más de cerca.

La silla estaba caída de lado y el calor había deshecho el asiento y el respaldo, que antaño habían sido marrones. A su lado, destrozada sobre el suelo, había una lámpara de cerámica chamuscada, de esas que se hacen a miles y se venden en sitios como el K-Mart por doce dólares. Estaba mirando fijamente la silla cuando Gonzales le distrajo tocándole el codo.

—¿Ha oído eso?

Parker olió el aire. Junto al del éter, había otro olor, penetrante y distinto.

—Amoníaco.

—Se utiliza en el proceso de extracción de la droga —dijo Gonzales—. Primero se disuelve la cocaína en agua destilada y se mezcla con éter, luego se añaden unas cuantas gotas de amoníaco. Eso separa las impurezas. La parte superior se quita y se seca sobre alguna superficie, en este caso, probablemente ese espejo de ahí. El residuo se rasca y se fuma, normalmente en un narguile con un poco de hierba.

Heisman se levantó.

—La mano de la chica debía temblar demasiado. O bien vertió el éter, o lo puso demasiado cerca de una de esas velas y pegó un estallido. No es muy difícil con todo eso.

—¿Cómo puede alguien ser tan tonto como para acercar éter a una llama? —preguntó Parker.

Gonzales se encogió de hombros.

—Si esa gente tuviese cerebro, no estarían haciendo esa porquería, ¿no?

Parker lo admitió en silencio.

—Es mejor decírselo a los de estupefacientes —le dijo Heisman al capitán de los bomberos, que transmitió el mensaje a través de su radio.

Mientras los dos inspectores de incendios escudriñaban los escombros de la sala de estar, Parker le pidió prestada una linterna al capitán y pasó por una puerta que daba a la cocina.

El fuego no había llegado allí, pero probablemente hubiese supuesto una mejora. Los grandes drogadictos no eran generalmente buenas amas de casa y Emily Braxton no era una excepción. Había

platos y vasos sucios, cajas abiertas de galletas saladas y dulces, botellas de vino vacías y un tarro de margarina de cacahuete Skippy, desparramados por los aparadores y en el fregadero. Algunos pots, cuyo contenido había hervido hasta secarse, estaban sobre la encimera de la cocina, llena de grasa incrustada. La principal atracción era, sin embargo, la maltrecha maleta marrón que había abierta encima de la mesa, en un rincón de la cocina.

Parker fue hacia ella y enfocó el interior con la linterna. Estaba vacía. Pasó el dedo índice por la tela de nylon marrón. Quedó un trazo visible sobre la delgada y casi imperceptible capa de polvo que cubría la superficie. Parker acercó su dedo a la luz. Estaba blanco.

Los dos cierres de la maleta estaban rotos, forzados, a juzgar por su aspecto retorcido y los arañazos del metal. Parker inspeccionó uno de los cierres detenidamente y advirtió unas diminutas hebras amarillas de algún material sintético que se adherían a él. El equipaje no llevaba etiquetas que indicasen a quién pertenecía.

Había tres sillas de plástico marrón alrededor de la mesa, primas de la víctima del fuego de la sala de estar. Una de las sillas había sido llevada de la cocina a la sala. ¿Por qué?

Volvió a la sala de estar y pasó la linterna por el techo de por encima de la silla caída. Era escayola sólida. Allí no había placas para insonorizar. Movié la cabeza. Ella necesitó otra silla en la sala, así que cogió una de la cocina, de manera que... ¿qué? Su mente empezaba a encontrar algo sospechoso en todo.

Volvió de nuevo a la cocina y barrió la pieza con su linterna. Había una puerta al lado del fregadero, entreabierta. Fue hacia ella, la abrió y salió al exterior, al aire fresco de la noche.

Un pequeño porche de cemento daba a un patio diminuto sofocado por la maleza, rodeado de una alta valla de madera. Parker fue hasta la puerta de la verja, cerrada con un pestillo, y la abrió. Un enorme gato gris, sorprendido por la intrusión humana, bajó de un salto de la tapa de un cubo de basura y salió corriendo calle abajo. La sorpresa había sido mutua. Parker se detuvo un momento esperando que el corazón se le calmase y luego volvió por la verja. Al volver hacia la casa, la luz dio sobre algo que había en el suelo de cemento del porche, de lo que no se había percatado al salir, y se agachó para verlo más de cerca.

Era una pequeña mancha circular de polvo blanco salpicada con pedacitos de piedra blanca. Parker volvió despacio hasta la callejuela, buscando más polvo de aquel por el patio, pero no pudo encontrar más.

Heisman había llegado hasta la cocina y estaba pasando el haz de luz de su linterna por las paredes cuando Parker volvió.

—Hay unos restos de polvo en esa maleta que hay ahí que podrían ser cocaína.

Heisman se encogió de hombros con indiferencia.

—Eso es para los de estupefacientes. Yo investigo incendios provocados y aquí no veo ninguna evidencia de que haya sido provocado.

Volvieron a la sala de estar. Un hombre con cara de halcón y vestido con traje oscuro y corbata apareció en la puerta principal y miró a su alrededor con cautela. Una voz detrás suyo dijo:

—Venga Sam, muévete. Quiero estar en casa a medianoche.

El hombre con rostro de halcón dio un paso sobre la alfombra empapada, miró disgustado sus zapatos acharolados azul marino, imitación de cocodrilo y exclamó:

—¡Me cago en la...! Estos zapatos me costaron noventa y cinco pavos. ¡De rebajas!

Un hombre mayor, barrigudo, se acercó al hombre de la cara de halcón.

—Te lo vengo diciendo, Sam —comentó alegremente el hombre—. Deberías comprar en Kinney's, como yo. Entonces no te cagarías en nada.

El hombre tampoco parecía preocuparse demasiado por el resto de su vestimenta. Llevaba una chaqueta a cuadros escoceses rojos y azules, pantalones caqui y un sombrero verde de alpinista, de los que llevan plumas a un lado de la cinta.

—¿Sois de estupefacientes, chicos? —preguntó Heisman.

—Así es —dijo el hombre mayor, acercándose—. Soy Stroud. El anuncio del *Gentleman's Quarterly* de ahí es Holmes.

Su expresión reparó en la presencia de Parker y preguntó:

—¿Hay alguien herido?

—La inquilina de la casa está mal. El doctor Parker estaba en el lugar cuando estalló el fuego. Ésa es probablemente la única razón por la que sigue viva.

Holmes se había cogido los pantalones pulcramente planchados y andaba cuidadosamente sobre la alfombra. Stroud le miró divertido y preguntó:

—¿Qué sucedió?

—Parece como si la chica hubiese estado procediendo a la extracción de la droga y se le hubiera derramado éter —dijo Heisman.

Entraron en la cocina y examinaron la maleta. Stroud le quitó la boquilla de plástico a un Tiparillo que llevaba en el bolsillo, se lo puso en la comisura de la boca y empezó a masticarlo. El tedio jocoso había desaparecido de sus ojos y en su rostro apareció una expresión interesada.

—Si había algo aquí escondido, ¿dónde ha ido a parar? La chica no puede haberla extraído toda.

Holmes hizo un gesto interrogante.

—¿Cómo sabemos lo que había ahí? Ni siquiera estamos seguros de que sea coca. Podría ser azúcar en polvo.

—Y éstos podrían ser de piel de cocodrilo auténtica —dijo Stroud, señalando los zapatos de su compañero. Miró los cierres—. Desde luego han sido forzados.

Parker les contó lo de la muerte de Harvey Brock y que tenía un escondrijo en el techo de su armario.

—¿El muchacho traficaba, mm? —preguntó Stroud, con interés.

—Eso parece.

El inspector levantó el ala de su sombrero con el dedo índice.

—¿Cree que esta maleta era la suya?

Parker señaló el cierre de la maleta.

—No lo sé, pero las fibras de ese cierre se lo pueden decir. Parecen fibra de vidrio y había un rollo de aislante de fibra de vidrio en el techo de Brock.

Parker les habló del Corvette y Stroud intercambió miradas con su compañero.

—¿Cree usted que le prendieron fuego a la chica?

Parker se encogió de hombros.

—No lo sé. Como les estaba diciendo a los inspectores de incendios, nadie salió por la puerta principal excepto la chica.

El cuarteto se dirigió al porche, donde Parker señaló la mancha de polvo blanco. Después de examinarla, Stroud se levantó y dijo:

—Podría ser cocaína. La analizaremos, y también los restos de esa maleta.

Y dirigiéndose a Holmes:

—Llama al departamento de investigación y que vengan aquí algunos hombres a recoger pruebas antes de que empecemos a revolver esta casa.

Stroud se tiró del labio inferior.

—Si ha sido un robo de droga, alguien puede haber intentado hacerse el listo y haberlo hecho aparecer como si se hubiese producido un accidente durante el proceso de extracción. El tipo pudo haber cogido la droga, prendido fuego a la chica, salido por la puerta de atrás, bajado por la calleja y luego haber subido por el otro lado de la calle hasta el Corvette mientras usted se detenía.

—¿Por qué iba alguien a arriesgarse tanto a que le vieran? —argumentó Parker—, ¿Por qué no aparcarse en la calleja directamente?

Stroud hizo una mueca y asintió ante la lógica de aquello.

—Pondré a alguien en Westbrook por si la mujer recobra el conocimiento y empieza a hablar. Mientras tanto, continuaré con las posibilidades que pueda haber y veré qué nos sale.

Parker les dio el nombre de Wolfe para que pudiesen trabajar con él en el caso y luego preguntó:

—¿Me van a necesitar?

—Si los de Investigación de Incendios han acabado con usted, nosotros también —dijo Stroud—. Necesitaremos una declaración suya, pero eso lo podemos hacer más tarde. Me parece que sabemos dónde encontrarle.

17

El ER de Westbrook parecía una zona de batalla. Todas las camas estaban ocupadas y el resto de víctimas estaba siendo tratado en camillas colocadas en el pasillo. Varias de esas víctimas lo eran de un accidente, aparentemente todas de la misma colisión y estaban siendo ingresadas en aquel momento, quejándose y pidiendo un calmante. A veces, pensó Parker sombríamente, la ley de promedios no se cumplía y entonces era cuando todo sucedía al mismo tiempo.

El personal del hospital estaba demasiado ocupado para ayudarlo. Parker pudo ver a Emily en una cama, detrás de una cortina parcialmente corrida. Estaba muy inmóvil y parecía estar inconsciente. Parker se acercó a la cama y se quedó a su lado, intentando valorar su estado, que parecía haber empeorado.

—Emily —dijo quedamente, pero no hubo ningún indicio de que ella pudiera oírle.

Parker se quedó mirando a la destrozada chica. En su trabajo, él se consideraba, primero y ante todo, un investigador forense, pero ahora había tenido lugar un cambio sutil, y empezaba a considerarse un detective de homicidios.

Le pusieron una mano en el hombro. Parker no estaba seguro de si era amable, o simplemente cansada.

—Lo siento, no se admiten visitas —dijo una voz de hombre.

Parker se volvió para encontrarse con un doctor joven, de bata blanca, con gafas de gruesa montura de acero y bigote caído. Tendría todo lo más treinta años, pero en aquel momento parecía mucho mayor, probablemente porque habría estado trabajando durante dieciséis horas seguidas, sin más descanso que algún sueño corto. En su chapa ponía que era el doctor Franklin.

Automáticamente, Parker mostró su propia identificación, sin molestarse en hablar, y Franklin la aceptó sin comentarios. Si se

estaba preguntando por qué el médico forense del condado se había presentado de repente en la sala de urgencias sin anunciarse, no lo evidenciaba su mirada sombría y sin ganas de discutir. Dos personas cansadas, pensó Parker.

—Su estado es crítico —dijo Franklin, aproximándose para comprobar el estado de Emily—. Sufre quemaduras de primer grado en más del ochenta por ciento de la parte superior de su cuerpo y todavía está en coma. Todo lo que podemos hacer es intentar estabilizarla y luego llevarla a un centro de quemados.

—¿Cómo la está tratando? —preguntó Parker.

Franklin hizo una especie de movimiento de impotencia.

—No podemos hacer mucho. Intentar reponer los líquidos que ha perdido. Mantener baja su temperatura.

Parker asintió.

—¿Ha dicho algo?

—No. No ha recuperado el conocimiento. Y aunque lo hiciera, dudo que fuera capaz de hablar. Tiene la laringe y la tráquea muy quemadas.

Lesión por inhalación. Parker había temido eso. En muchos casos era fatal.

Franklin vaciló.

—¿Es oficial —preguntó finalmente, añadiendo rápidamente—, o es usted un familiar, o un amigo?

—Es oficial.

—Ah —dijo Franklin, cambiando sutilmente de actitud. La cautela y la amabilidad desaparecieron de su voz.

—Las próximas veinticuatro horas serán un período crítico para ella. Francamente, yo no tendría demasiadas esperanzas.

—Gracias.

Bruscamente, Parker apartó la mirada y salió al pasillo, dirigiéndose hacia la puerta, pero un grito airado: «¡Eric!», le hizo darse la vuelta. El doctor Jonas Silverman bajaba por el pasillo, fijando en él una mirada que podía compararse con el sistema de dirección de un misil guiado por la cólera.

—¿Qué estás haciendo tú aquí? —le preguntó Silverman chillando—. ¿Has venido tú mismo a espiar? ¿Tu gordo y curioso detective no reunió bastante porquería para complacerte?

—Jonas...

—No intentes defender tus acciones, Eric —le cortó abruptamente Silverman—. No quiero oírlo. Has traicionado mi confianza. Me mentiste.

Parker miró a su alrededor. Incluso en medio del jaleo del hospital, la gente se había detenido, mirando.

—¡Eres un mentiroso!

—¡Ey! Tranquilízate, Jonas —dijo Parker intentando contener su propia cólera. Había sido un día largo y duro y no quería otra diatriba—. Prometí esperar a archivar el informe durante un par de días. No te hice ninguna clase de promesa de no investigar.

Silverman continuó chillándole.

—¡Esta vez has ido demasiado lejos! Siempre te defendí, pero ahora comprendo cómo te has vuelto. El poder se te ha subido a la cabeza. No sólo has traicionado nuestra amistad, has traicionado a nuestra profesión.

—En realidad, estaba defendiendo nuestra profesión —dijo Parker apaciblemente—. Y como amigo, como un viejo y buen amigo, no puedo dejar que la amistad, o cualquier otra cosa, interfiera con el trabajo que tengo que hacer.

—¡Condenado loco! —gritó Silverman encolerizado—. ¡El sistema no funciona de esa manera! ¡Si así fuera, estaríamos trabajando entre la espada y la pared, siempre pendientes del siguiente ataque y no se haría nada! Se cometen errores y se corrigen. Ningún sistema es perfecto. Pero esta especie de apuñalamiento por la espalda sólo lo destruye.

Parker sintió una punzada de culpabilidad por haber ido por detrás de la espalda de Silverman, pero no la suficiente como para aceptar aquella clase de injurias en público. Se dio la vuelta para irse, pero Silverman se lo impidió, cogiéndole del brazo.

—No estoy acabado, pero tú sí. Sigue aislándote del resto de la comunidad médica. Ya verás lo solitario que es jugar solo al otro lado de la red —el viejo se detuvo apenas para tomar aliento, antes de seguir con su arenga—, ¿Sabes cuál es tu problema, Eric? No eres leal con nadie más que contigo mismo. Quieres ser un gran hombre, sin importarte lo que les cueste a otros, y te has convertido en tu peor enemigo. Ya te has enemistado con la mayor parte de esta ciudad con tu actitud superior y altanera. ¡Estás acabado como *coroner*!

Parker se liberó educada, pero firmemente. No podía imaginar qué había hecho saltar al hombre.

—¿Qué encontró Jacobi?

—Nada —dijo Silverman, sonriendo complacido—. Ni una puñetera cosa.

—Entonces, ¿por qué estás tan trastornado con esto, Jonas?

Se puso rojo. Parecía apoplético.

—¿Por qué? —farfulló—. ¿Por qué? Si tú no lo ves, yo no puedo decírtelo. Hay ciertas normas no escritas en esta profesión, Eric. ¿Cómo puedes volverte contra ti mismo? Sabes cómo están las cosas hoy en día. Sabes lo difícil que es procurar cuidados médicos de calidad en las condiciones en las que nos vemos obligados a trabajar. Sin embargo, a pesar de todo el fuego antiaéreo, seguimos, nos las arreglamos y lo conseguimos. Sobrevivimos porque estamos y porque trabajamos juntos. Por eso es especialmente doloroso cuando uno de los nuestros se convierte en Judas y se pone a destruirnos desde dentro.

—¿Destruir? —Parker no podía creer lo que oía—. Si nosotros no limpiamos nuestra propia casa, nadie más lo hará. Ellos no saben cómo...

Silverman negó con la cabeza.

—Tú no estás intentando limpiar la casa, Eric. Tú estás alimentando tu excesivo ego. Tú no viniste a mí como un hombre, y mucho menos como un amigo para pedirme mi cooperación en este asunto. Si lo hubieras hecho, te la hubiera dado gustoso. En lugar de eso, envías a tu fisgón aquí a andar a hurtadillas, a mi espalda. Tú querías encontrar algo mal aquí, Eric, para poder tener unos cuantos titulares más y presentarte al público como una especie de campeón cruzado de la verdad.

—Eso no es cierto, Jonas...

—¿No? Entonces, ¿por qué no me dijiste lo que pensabas hacer cuando fui a tu oficina?

Parker no supo qué decir. ¿Que después de todos aquellos años de amistad y de respeto ya no confiaba en el hombre? ¿Que los deberes de su profesión le exigían que sacrificase todas las relaciones personales en la búsqueda de la verdad? Las palabras de Silverman dolían, y por primera vez Parker se sintió inseguro de sus propios motivos. Quizás había algo de verdad en lo que el hombre

decía, quizás estaba intentando alimentar su propio ego.

—Te has ido a un limbo esta vez —dijo Silverman—. Y yo iré a ver cómo te vas.

Silverman se dio bruscamente la vuelta y se fue, y Parker miró a su alrededor, turbado por las miradas boquiabiertas del personal del hospital, que se había parado para mirar la andanada. Salió rápidamente, pensando en el significado de la última observación de Silverman. Había sonado claramente como una amenaza, pero Parker la descartó, considerándola una afirmación sin sentido hecha en un momento de cólera.

Parker iba por la zona de estacionamiento, perdido en sus pensamientos, cuando el sonido de unos neumáticos que chirriaban le alertó. Un Chevrolet negro de forense paró en el camino frenando ruidosamente a su lado. Steenbargen sacó la cabeza por la ventanilla y dijo:

—Me enteré de tu llamada cuando llegué a la central. ¿Qué sucedió?

Parker se lo contó y el inspector se restregó el bigote encanecido, dudando.

—Esto está resultando demasiada coincidencia para mí. Primero Duffy, luego Brock y Braxton. Todo muertes «accidentales». Dos de ellos relacionados con las drogas, ¿en el mismo día? Lo siento, pero algo está podrido en Dinamarca.

Parker se mostró de acuerdo y luego preguntó:

—¿Sellaste el piso de Brock?

—Sí. La llave está en el centro.

—¿Y el traje de buzo?

—Está en tu oficina. —Miró a Parker preocupado—. Son casi las once y media, jefe. ¿Por qué no das por terminado el día? Se te ve extenuado.

Parker asintió sin comprometerse. Cansado como estaba, sabía que si se iba a casa no podría dormir. Se quedaría sentado mirando las luces. La idea le parecía intolerable en aquel momento. No sólo por los sucesos de la tarde, sino también porque se sentía como un hombre al que le va a llegar el momento del juicio.

—Tienes razón, Mike —dijo Parker, pasándose una mano por el cabello—. Ha sido un día muy largo. Te veré mañana.

Steenbargen siguió pareciendo preocupado.

—¿Estás bien? ¿Quieres ir a algún sitio a tomar algo?

Parker negó con la cabeza cansadamente.

—No. Creo que me voy a casa.

Steenbargen asintió y salió de la zona de aparcamiento. Parker le miró cuando se marchaba, luego se metió en su coche y arrancó.

Esperó casi a estar en el centro, a que Steenbargen estuviese fuera del alcance de la transmisión, cogió la radio y avisó a la seguridad del centro de que iba hacia allí.

18

Parker se sentó solo en el silencio de su oficina, mirando fijamente las fotografías y el peso del cinturón que había sobre su mesa. Examinó el cierre de latón y la anilla que habían sido cosidos al cinturón. Lo cerró de golpe y luego tiró de la pequeña anilla lateral, soltando el cierre. Ningún buceador entendido podría nunca volver a colocar la hebilla de apertura fácil con un montaje tan peligroso. A menos que quisiera que no se abriese.

Parker miró detenidamente las contusiones de las fotografías y la forma y el tamaño de los plomos de dos kilos y cuarto del cinturón. Eran aproximadamente iguales.

Se levantó, se puso el cinturón y se lo abrochó. Los aproximadamente trece kilos y medio tiraban fuertemente del cinturón hacia las caderas. Él era algo más delgado de lo que lo había sido Duffy, o sea que el actor habría llevado los pesos más arriba, lo que confirmaban las fotografías. Parker arregló los pesos para aproximarse a la posición de las marcas de la fotografía. Eso hubiera dejado el clip a la altura de su riñón izquierdo. Accionar la apertura hubiese sido difícil en las mejores condiciones, incluso aunque Duffy hubiese sabido exactamente dónde estaba y cómo funcionaba. Con ella allí detrás, aterrado y ahogándose, le hubiese resultado imposible.

Parker se imaginó la escena: Brock sabía que Duffy nadaba por las mañanas. Habría estado esperando y preparado. El traje de buzo y el chaleco salvavidas habrían compensado el peso extra que el hombre llevaba. Habría seguido a Duffy, manteniéndose detrás de él para asegurarse de que su rastro de burbujas no era detectado, acechando a su presa desde las oscuras profundidades como un tiburón predador, esperando el buen momento para atacar. Luego, quizás cuando Duffy se hubiera detenido para descansar del ejercicio, Brock habría subido rápidamente por debajo, enrollando

el cinturón de muerte alrededor de la cintura del actor y abrochándolo antes de que pudiese reaccionar.

Aterrado, Duffy debió de intentar arrancarse el cinturón, y ésa sería la razón de las abrasiones del abdomen y de la espalda. Parker cogió la fotografía de la magulladura y del hematoma de la pantorrilla derecha de Duffy. Se quitó el cinturón, fue a la bolsa de buzo y empezó a escudriñar el equipo. Sacó la mano con un cuchillo de buzo enfundado en una vaina negra de tobillo. El extremo del mango era una bola de acero inoxidable del tamaño y de la forma de la contusión de la fotografía. Quizás Duffy había luchado brevemente con su agresor y la señal le había salido al golpear el cuchillo.

La lucha debió de ser breve, sin embargo. En su terror, el primer objetivo de Duffy habría sido llegar a la superficie. Habría dejado ir a Brock y el hombre podía simplemente haberse alejado nadando y ver cómo su amigo se ahogaba. No le habría tomado mucho tiempo. Ni siquiera el nadador más fuerte podría haber permanecido a flote con trece kilos y medio encima. Después de haber llevado a cabo el hecho, Brock pudo haber soltado el cinturón y nadado hacia la orilla, saliendo probablemente del agua en algún lugar de más abajo, por si alguien había sido testigo del ahogamiento desde la playa. Pero, ¿por qué se molestaría en llevarse el cinturón con él? ¿Por qué no dejarlo simplemente en algún lugar del camino? No sería probable que lo encontrasen y aunque así fuese, no era probable que lo hubieran conectado con la muerte de Duffy. ¿Un souvenir, un recuerdo, para poder mantener vivo su envidioso odio? ¿O había tenido otra consecuencia el cinturón? El recuerdo de la acción de su traición homicida, ¿había forjado tales remordimientos en Brock que había decidido quitarse la vida con una sobredosis de drogas?

Aquella clase de especulación no servía para nada en aquella fase del juego y Parker lo sabía. Primero, tenía que probar que Duffy había sido asesinado, y para eso necesitaba que le devolvieran el cuerpo. Si sus críticos habían bramado antes, se le tirarían a la yugular con esa petición. Su única posibilidad era que Joan Duffy se pusiera de su lado, y teniendo en cuenta su humor aquella mañana, dudaba que tuviese alguna. Cogió el traje de buzo y se dirigió al piso de seguridad.

Era después de medianoche, y un extraño silencio se había apoderado del lugar, la quietud interrumpida sólo ocasionalmente por las voces apagadas de los pocos forenses o ayudantes lo bastante desafortunados como para hacer el *turno de noche*.^[1] Parker sonrió burlonamente ante la ironía del término mientras bajaba por el bien iluminado pasillo. Allí todos eran trasladados al cementerio.

El cuerpo de Harvey Brock estaba sobre la mesa de la sala de autopsias, bañado por la dura luz de las lámparas. Parker había decidido que haría la autopsia sin que le ayudaran. No había necesidad de sacar de la cama a ningún empleado para eso. Además, ¿qué les podía decir? ¿Que quería que le ayudaran a hacer una autopsia en mitad de la noche porque podía oír a los sabuesos políticos detrás de él, pisándole los talones? Cualquiera hubiese pensado que estaba perdiendo la cabeza. Excepto Schaffer, quizás. Aquel joven hubiera ido de buen grado, aunque hubieran sido las tres de la mañana. Después de pensarlo, Parker decidió que no. Dejemos al chaval que duerma. Por la forma en que iban yendo las cosas por allí, iba a necesitar todo lo que pudiera reunir tan sólo para conseguir llegar al día siguiente. Lo haría solo.

Después de cinco minutos de ardua lucha para meter y estirar la parte de arriba del traje de buzo en el torso de Brock, Parker comenzó a lamentar su decisión. Dejó el cuerpo y salió al vestíbulo. Un joven ayudante negro con el cabello lleno de trenzas salía de la sala de almacenamiento refrigerada y Parker le llamó.

—Ven un momento, ¿quieres?

El joven obedeció y Parker le preguntó:

—¿Cómo te llamas?

—Emmett Jackson, señor.

El joven era alto y fuerte, con una complexión como de jugador de rugby.

—¿Cuánto tiempo hace que trabajas aquí, Emmett?

—Un año, creo —dijo levantando sus grandes hombros.

—¿Te gusta?

—No es algo que quiera hacer para siempre, si eso es lo que me pregunta usted —dijo el ayudante vestido de verde. Parecía que se estuviese preguntando adonde iría a parar todo aquello.

—¿Qué es lo que quieres hacer para siempre?

—Estoy estudiando para dentista, señor.

El chico era respetuoso. A Parker le gustaba eso.

—¿Dónde?

—En la USC.

Parker asintió.

—¿Eres propenso a marearte, Emmett?

El ayudante sonrió abiertamente.

—Es casi un año demasiado tarde para hacer esa pregunta.

—Necesito un ayudante. ¿Te gustaría ayudarme?

Aquello cogió al joven por sorpresa.

—¿Yo?

—Sí, tú.

—¿Ayudarle a usted? ¿A hacer una autopsia?

—Eso es.

—¿Ahora?

Parker asintió.

—Pero... No sabría qué hacer...

—Yo te diré lo que hay que hacer.

Emmett se encogió de hombros, vacilante.

—Bien, doctor. Si usted lo dice.

Parker hizo pasar a Emmett a la sala de autopsias y señaló el traje de buzo.

—Primero tenemos que vestirlo.

La mirada de Emmett indicaba que se estaba preguntando si Parker había perdido un tornillo.

—No quiero parecer tonto, señor —dijo vacilante—, pero ¿no es algo inusual vestir a un cadáver antes de hacerle la autopsia?

—No tengo intención de hacer la autopsia con el cuerpo vestido —le aseguró Parker, sonriendo.

Los ojos de Emmett se volvieron cautelosos.

—¿Quiere usted decir que va usted a vestir el cuerpo y luego lo va a desnudar?

—Precisamente. Ahora échame una mano.

El estudiante de odontología se puso a trabajar, y Parker podía imaginarse lo que estaba pensando... ¿en qué clase de ritual fetichista había caído?... sin embargo, no podía negarse a ayudar. Parker sabía que era mezquino no dar una explicación, pero también era divertido, así que se calló, pensando que las

oportunidades de diversión eran bastante raras en aquellos tiempos.

Incluso con la ayuda de la fuerza de Emmett, le llevó a Parker sus buenos diez minutos de lucha persistente el conseguir meter el cuerpo de Brock en el traje de buzo. Se apartó, se secó el sudor de la frente y examinó cómo le ajustaba.

—Raro.

Emmett aún seguía con aquella mirada. Todo allí era raro.

—¿Qué?

—Estos trajes se supone que deben quedar ceñidos, ése es su principio... pero éste le está ridículo.

—Quizás lo compró hace mucho tiempo y engordó —apuntó Emmett, intentando ser útil.

—Quizás —dijo Parker—. Pero eso no explica por qué los brazos son demasiado largos.

—¿Está usted seguro de que es suyo?

—Estaba colgado en su armario, pero para responder a tu pregunta... no, no estoy seguro —Parker sonrió—. Acabas de dar con una regla cardinal de la patología forense —le dijo Parker—, Las ideas preconcebidas pueden llevar a conclusiones erróneas. Un buen patólogo forense se lo cuestiona todo.

Steve Patton había descrito al buzo que vio como de más de metro ochenta. Aquello no había preocupado especialmente a Parker al principio; el testimonio de testigos oculares era notoriamente falible. Pero ahora no estaba tan seguro. El traje de buzo le hubiese ido mucho mejor a un hombre de esa altura que a Brock.

Le quitaron el traje y después de que Parker hubiera completado el examen de la superficie externa del cuerpo, describiendo cicatrices, lunares y otras señas de identificación, dirigió su atención a través de una lupa al brazo izquierdo. Empezó con la mano y manifestó ante el dictáfono:

—No hay evidencia de trauma en la mano izquierda, ni en los nudillos, ni en las uñas. El antebrazo izquierdo no muestra superficie cutánea anormal. No se aprecian inflamaciones ni equimosis amoratada.

Llevó su mano hacia el pliegue del codo y oprimió la parte interior del brazo, sin notar ningún endurecimiento apreciable. Examinó cuidadosamente las venas alrededor de la parte interior

del codo. La señal del pinchazo era tan limpia que casi estuvo a punto de pasarla por alto, incluso con la ampliación. Aquello estimuló su curiosidad. Cuando una persona se ponía una inyección, raramente era tan limpia. Normalmente sangraba más y se rompía más la piel. Esta parecía casi como si se la hubieran hecho en un consultorio médico.

Parker le pidió a su reclutado ayudante un rotulador negro que había dejado con los demás instrumentos, y con él trazó una cuadrícula en la piel por encima del pinchazo, de unos quince centímetros por ocho, marcando la dirección y el contorno de las venas. Emmett miraba fascinado cómo el forense jefe seleccionaba un escalpelo y empezaba a cortar un elipsoide de piel alrededor de la cuadrícula, de aproximadamente un centímetro de profundidad. Con precisión quirúrgica Parker levantó el trozo de piel, junto con el tejido subcutáneo y porciones de las venas antecubitales que vertían en las venas cefálicas y braquiales, y la colocó sobre una platina.

Emmett siguió a Parker al microscopio de disección donde el científico forense preparó la muestra para su examen. Parker puso los ojos sobre las lentes binoculares y examinó primero las venas. Había pocas cicatrices detectables, lo que indicaba que si Brock se inyectaba drogas, no lo había hecho a menudo. Parker se echó hacia atrás y le preguntó a su nuevo ayudante si quería echar un vistazo. Emmett se inclinó sobre el microscopio y Parker pasó automáticamente a su tono magistral.

—Como puedes ver, una aguja hipodérmica deja un rastro en la carne muy parecido al que deja un tenedor en un trozo de carne cruda, excepto, desde luego, su tamaño. Afortunadamente, el rastro se llena de sangre, lo que hace que sea muy fácil descubrirlo. Lo que tenemos que hacer ahora es determinar la dirección de ese rastro con relación a la cuadrícula que hemos dibujado, así como la inclinación del ángulo que siguió, a través del tejido subcutáneo y la vena.

—Fascinante —dijo Emmett sinceramente.

Parker sonrió, complacido.

—¿Verdad?

Volvió a sentarse al microscopio y en unos minutos había hecho sus cálculos. Sobre un eje que bajaba derecho por el brazo de Brock,

la aguja había penetrado en la piel con un ángulo de cuarenta y cinco grados hacia el interior, en el lado interior izquierdo del codo.

Parker volvió a la mesa de la autopsia y cogió la jeringa que había dejado allí. La puso en la mano derecha de Brock, entre los dedos pulgar y corazón, con el dedo índice sobre el émbolo y llevó el brazo por encima del abdomen hacia el brazo izquierdo, intentando colocar la aguja de forma que entrase en el brazo por el ángulo calculado.

—Tengo una teoría, Emmett —le explicó Parker mientras trabajaba—. Miro el cuerpo humano como un esqueleto con bisagras. El brazo se dobla por la bisagra del codo y de la muñeca, la pierna por la de la rodilla y el tobillo, etc. Pero esos goznes sólo se pueden mover en ciertas direcciones. Así que cuando consideras la mano de un hombre, como las manos de este hombre, la longitud de sus dedos, la flexibilidad de las articulaciones, la longitud de sus brazos, deberías poder determinar, por el ángulo y la localización de la señal de un pinchazo, si se inyectó él mismo.

—Tiene sentido —dijo Emmett.

Parker inclinó la cabeza.

—Cada pinchazo, en realidad, sería como la firma de la persona, único para sus articulaciones musculares y esqueléticas. Por ejemplo, como puedes ver, con el brazo de este hombre al lado, la posición normal en la que un yonkie se inyectaría, no hay forma de que podamos conseguir una trayectoria que case con el ángulo de la aguja —levantó la cabeza—. Cógele el brazo por allí y mira a ver si nos casa en otra posición.

El negro movió el brazo hasta que Parker hubo conseguido su ángulo.

—Para que este hombre se hubiera inyectado —concluyó Parker — hubiera tenido que mantener el brazo izquierdo haciendo un ángulo de noventa grados con su cuerpo. Incluso así, hubiera sido difícil.

—No hay modo de que alguien se inyecte a sí mismo de ese modo.

—Exactamente —convino Parker—. Lo que significa que a menos que mi geometría sea errónea, alguien debe haberle puesto esta inyección.

Volvió al microscopio y rehizo sus cálculos. Salieron igual.

Todo el cansancio había abandonado el cuerpo de Parker, y había sido sustituido por una sensación de regocijo. Aunque su teoría de la «firma» era sólo eso, una teoría, y con toda probabilidad sería rechazada por sus críticos como altamente especulativa, estaba seguro de estar sobre algo, y se metió de lleno en el trabajo que tenía por delante.

Trabajó rápidamente, todo el rato apuntando ávidamente las señales delatorias a su curioso alumno: la abundante espuma gris, parecida a la espuma de afeitar, de la tráquea y de los bronquios, el severo edema y la congestión de los pulmones, el peso del corazón; el cerebro, que estaba hinchado y pesaba 1 kilo 630 gramos, 400 gramos más de lo normal; la vejiga distendida, que contenía 450 cm³ de orina. Extrajo las usuales muestras de 100 mi de sangre, orina y bilis, sacó intactos el estómago, la vesícula biliar y un riñón, y dejó aparte porciones significativas de pulmón, hígado y cerebro, pero no tenía que esperar los resultados del análisis toxicológico para saber que Harvey Brock había muerto repentinamente por una sobredosis de drogas.

Emmett miraba al jefe coser la incisión abierta en forma de Y y dijo:

—Realmente nunca había visto antes una autopsia. Al trabajar en este turno sólo había conseguido ver el producto final.

—¿Lo has encontrado interesante?

—Mucho.

Parker acabó de suturar y luego le dijo a Emmett que guardase el cuerpo y fuese a verle a su oficina. Parker dejó abierta la puerta de la oficina y veinte minutos después entraba el joven negro, vacilante.

—Siéntate —le dijo Parker, indicándole la silla de visitante VIP, la que era blanda. Todas las demás eran duras y servían para estancias cortas.

—Te estuve observando allí abajo —dijo Parker, dejándose caer en su silla—. Empezaste pensando: ¿Quién demonios querría hacer esto? Y luego cambiaste de parecer.

Emmett no respondió. Su rostro permaneció impassible mientras Parker continuaba.

—La mayoría no llega nunca por ese primer atajo. Porque es un cadáver, se apartan, repugnados, y se pierden para siempre.

Parker vio los ojos de Emmett dirigirse espontáneamente a su reloj. Eran casi las tres de la mañana y el argumento de Parker iba a autodestruirse en sus propias coacciones opuestas.

—Pero la triste verdad es que no muchos estudiantes de medicina están deseosos de ser patólogos. Todos los estudiantes de medicina brillantes quieren ser cirujanos cardiólogos, oncólogos, endocrinólogos, o psiquiatras con una lucrativa consulta en Beverly Hills.

—De lo que la mayoría de la gente no se da cuenta es de que la ciencia forense puede ser un instrumento para ayudar a los vivos. Al estudiar la patología de una enfermedad, podemos ayudar a encontrar un remedio. Los estudios de heridas y lesiones han preparado el terreno para las nuevas tecnologías, inestimables para prevenir lesiones mortales.

Emmett miraba educadamente y su rostro expresaba un ligero grado de curiosidad.

—Y las fronteras se están sólo abriendo. En las próximas décadas el desarrollo de la ciencia forense va a revolucionar totalmente el sistema médico-legal. A través de la investigación del ADN, seremos capaces de identificar a un criminal por medio de análisis de las enzimas proteínicas de las secreciones dejadas en la escena del crimen. Dentro de una o dos décadas seremos capaces de reunir perfiles psicológicos completos del muerto por medio de estudios neuroquímicos. Seremos capaces de decir qué temperamento tenía la persona y si él o ella estaban deprimidos o enfadados, homicidas o suicidas en el momento de la muerte. Según avanza la tecnología, las aplicaciones de la ciencia serán ilimitadas.

—Parece usted excitado —dijo Emmett, sonriendo ligeramente.

—Éstos son tiempos excitantes —Parker podía darse cuenta de que el joven ayudante se preguntaba adonde conducía aquello—. ¿Dices en serio lo de ser dentista?

—Sí —dijo Emmett, pero algo vacilante, le pareció a Parker.

—La medicina legal ofrece oportunidades y satisfacciones especiales. La oportunidad de conseguir algo, de ser único. Al verte esta noche, he pensado que serías bueno en eso. Espero que lo pienses.

Emmett miró su reloj.

—Bien, será mejor que vuelva al trabajo, señor. Pero se lo

agradezco. Ha sido muy... instructivo.

Parker se rió.

—Sin duda.

Mientras miraba a Emmett salir, se preguntó si su discurso le había causado alguna impresión. Era difícil de decir. Emmett Jackson era un hombre reservado. No como él.

Se frotó los cansados ojos y se levantó. Ahora estaba lo bastante cansado como para poder dormir, aunque sólo fuese por unas horas. Pensó en echarse en el sofá de la oficina, pero decidió irse a casa. Incluso cuando era joven, su cuerpo se había resentido de pasar las noches en sofás. Además, se dio cuenta de que esperaba ser recibido por al menos una cara en todo el día que estaría feliz de verle, aunque pisase algo.

19

Parker fue despertado a las seis por Boomer, que había saltado sobre su cama y le estaba lamiendo la cara. Pasó las piernas por encima del borde, aturdido, e intentó enfocar la vista. El perro saltó de la cama y corrió hacia la puerta del dormitorio, volvió atrás y luego corrió de nuevo hacia la puerta, comprobando si Parker le seguía. Finalmente Parker comprendió el significado del gesto, se echó algo por encima apresuradamente y sacó al perro.

Media manzana abajo, el cachorro se detuvo e hizo sus deberes matinales como un avezado soldado de caballería y respondió alegremente a las alabanzas que le prodigaban. Aquello podía ser un presagio, pensó Parker mientras volvía con Boomer a la casa, un signo positivo para el futuro. Cerró el cuarto de baño, dejó comida y agua para el perro y se dirigió a la ciudad.

Eran poco antes de las siete cuando llegaba a la planta de seguridad y examinaba el plan del día con el doctor Phillips. La noche había sido relativamente tranquila, lo que les daría la oportunidad de ponerse al día en algunos de los casos atrasados. Cindy aún no había llegado cuando Parker entró en la oficina. Puso agua para el café y mientras se hacía, buscó el número de la funeraria Scribner.

En Scribner empezaban a trabajar pronto, pero para Parker era demasiado tarde. El jefe de los embalsamadores le dijo que el cuerpo de John Duffy había sido preparado y enviado a Chicago por barco a última hora de la tarde anterior. El enterramiento iba a ser llevado a cabo allí por Wiebel Brothers y estaba dispuesto para pasado mañana a la una.

Parker consultó su reloj. Era temprano para llamar a alguien en Los Ángeles, pero no se atrevió a esperar. La diferencia de hora con Chicago era de dos horas y era imperativo ponerse en contacto con el médico forense de Cook County antes de que se fuera a comer. La

voz de Joan Duffy se oía somnolienta cuando respondió.

—Siento molestarla tan temprano, señora Duffy —se disculpó Parker—, pero ha surgido algo urgente...

—¿Urgente? ¿Qué?

—Algunas pruebas nuevas de que la muerte de su marido puede no haber sido un accidente, de que le pueden haber asesinado.

Le llevó unos segundos asimilar aquello.

—Creí que dijo usted que la historia de los periódicos era falsa.

—Esto no tiene nada que ver con aquella historia.

—¿Con qué tiene que ver?

—Harvey Brock murió anoche de una sobredosis de droga. Pruebas halladas en el lugar indican que pudo haber estado involucrado de alguna forma en la muerte de su esposo.

—¿Cómo? ¿Qué pruebas?

—Me temo que no puedo decírselo.

—John era mi marido. Si lo asesinaron, tengo derecho a saberlo.

—Y lo sabrá usted, en cuanto esté seguro.

—¿Y cuándo será eso? —su voz se estaba volviendo sibilante.

—En cuanto examine de nuevo el cuerpo.

—¿Otro examen?

—Por eso es por lo que la llamo —explicó Parker—. Quisiera su permiso para que envíen de nuevo el cuerpo a Los Ángeles.

—El funeral se ha de celebrar pasado mañana —respondió ella, vacilando.

—Me hago cargo...

—Primero supone que John se suicidó, luego dice que fue un accidente. Ahora es asesinato. Pero ni siquiera me dice cuál es esa nueva prueba.

Parker estaba en un aprieto. Quería su colaboración y para tenerla tendría que desvelarle la base de sus sospechas. Suspiró. Ella tenía razón en una cosa: tenía derecho a saberlo.

Le habló del descubrimiento del equipo de bucear en casa de Brock y de las marcas del cuerpo de Duffy y ella le dijo:

—¿Eso es todo?

—Sí —dijo Parker, algo sorprendido por su reacción.

—Parece... bastante fantástico.

—El único modo de saberlo es volviendo a traer el cuerpo de su esposo.

Ella vaciló.

—No lo sé. Tengo que pensarlo. ¿Le puedo volver a llamar?

—Por supuesto. Pero el tiempo es esencial, señora Duffy.

Cuando ella le llamó al cabo de diez minutos, su voz era más firme.

—Acabo de hablar con Sol Grossman, doctor Parker. Los dos estamos de acuerdo. No le daré permiso para que vuelva a traer el cuerpo de John.

—¿Le puedo preguntar cuál es la razón de su decisión?

—Hacer lo que usted propone sólo traería más fango para que lo pudiera remover la prensa sensacionalista. ¿O es eso lo que quiere? —terminó en tono vituperante.

La pregunta cogió a Parker por sorpresa.

—¿Cómo dice?

—Francamente, doctor Parker, Sol y yo tenemos dudas sobre la sinceridad de sus motivos, después de la conferencia de prensa y de esa historia de los periódicos. Parece usted más interesado en sus propios recortes de prensa que en la verdad —y tomó aliento—. Sol tiene razón. John está muerto. Nada nos lo va a devolver. Tengo que enterrarle y seguir con mi vida.

Parker estaba empezando a preguntarse si la intromisión de Grossman y su interés en ver a su antiguo cliente enterrado a más de tres mil kilómetros podría encontrarse en algo más que en su preocupación por el bienestar emocional de Joan Duffy.

Suspiró. No había querido llegar a aquello.

—Como *coroner* de este condado, señora Duffy, tengo autoridad para hacer que el cuerpo sea traído de nuevo a Los Ángeles sin su consentimiento.

—¿Que tiene autoridad? —gritó—. ¿Qué se propone usted, doctor? ¿No tiene ninguna consideración por nadie más que no sea usted mismo?

—Señora Duffy —intentó mediar Parker, pero la mujer atronaba imparable.

—¡Veremos quién tiene la autoridad! ¡John será enterrado en Chicago pasado mañana!

Colgó el receptor de golpe en el oído de Parker. Él colgó suavemente el suyo y se recostó, considerando sus opciones. Suficiente para el amanecer de un nuevo día. Quizás había leído

mal el presagio. Quizás no había sido un presagio en absoluto. Llamó a información de Chicago para que le dieran el número de la oficina del forense y un momento después lo saludaba la alegre voz de Stander Collingsworth, médico forense de Cook County.

Collingsworth era un hombre jovial, de mejillas sonrosadas, que parecía más un político simpático de Chicago que el competente patólogo forense que era. Había consultado a Parker con frecuencia durante años sobre puntos de medicina legal, y los dos se habían visto personalmente varias veces en convenciones de la Asociación Nacional de Médicos Forenses.

—Bueno, ¿cómo están las cosas en la tierra del sol y del pecado?

—Calientes, Stander. Y en más de un sentido. Probablemente has oído hablar del caso de John Duffy.

—Claro.

—El cuerpo fue entregado y enviado por barco ayer noche a la funeraria Wiebel Brothers de Chicago. Se han dado nuevas pruebas que apuntan a la posibilidad de que sea un asesinato. Pero necesito que el cuerpo sea devuelto para poder probarlo.

—¿Tienes permiso del pariente más cercano?

—No. La viuda no quiere cooperar.

—Mmm —hubo una pausa—, ¿Cuál es exactamente esa nueva prueba?

Parker se la explicó y Collingsworth dijo:

—Te diré lo que vamos a hacer, Eric. Envíame lo que tengas y yo lo examinaré. Mientras tanto, voy a acercarme a Wiebel Brothers y le echaré un vistazo al cuerpo.

—Te lo agradezco, Stander. Te enviaré lo que tengo por correo urgente hoy.

Parker llamó a la policía metropolitana de Los Ángeles y dejó un recado para Wolfe; luego empezó a reunir el paquete para Collingsworth. Había casi terminado cuando llamaron a la puerta y entró Jacobi.

El exceso de carne del investigador se salía por encima de los brazos del sillón cuando se sentó en él. Aunque eran sólo algo más de las siete y media, las manchas de mostaza que llevaba en la camisa se veían recientes.

—Creí que le gustaría saber lo que encontré en Westbrook.

—Me tropecé con Jonas Silverman anoche. Me dijo que no

habías encontrado nada.

Jacobi levantó sus corpulentos hombros.

—Cuando salí de allí ayer, no había encontrado nada. Hablé con todo el mundo implicado en la operación de McCullough y era como darse contra un muro de piedra. Pero ayer noche encontré una grieta. Una enfermera suplente a la que había entrevistado, llamó y me dijo que quería hablar. Tenía miedo de que el cirujano encargado del caso, el doctor Minkow, fuese a acabar cargando con la acusación y ella no podía permitirlo.

—¿Qué acusación?

Jacobi gruñó al echarse hacia adelante y sacar una pequeña libreta espiral de su bolsillo trasero. La abrió de un golpe y comenzó a leer.

—McCullough estaba apuntado para cirugía aquella mañana a las ocho en la sala de operaciones número cuatro, pero se encontró con una emergencia de una herida de bala. La víctima, un tal Scott Zukor, había tenido una riña doméstica y se había encontrado con una bala del treinta y ocho en el bajo vientre. La bala perforó el intestino.

—De ahí era de donde procedía la gangrena —se anticipó Parker.

Jacobi asintió y prosiguió.

—Los cirujanos hicieron lo que pudieron por el chaval y le cosieron. Entra McCullough. Debido a la premura del tiempo (había un par de operaciones más programadas para aquella sala después de McCullough) y debido a un desajuste del suministro central, Minkow decidió no esperar a que llegase nuevo instrumental y utilizar el que estaba siendo esterilizado en el quirófano.

—Minkow empieza el trasplante de riñón y todo va bien según Hoyle, hasta que el anestesista mira al suelo y ve algo. Inmediatamente le dice algo en voz baja a la enfermera que había esterilizado los instrumentos y ésta palidece. Lo que el anestesista ha visto es el papel indicador que estaba en el esterilizador con el instrumental. En lugar de estar negro, como se supone que debe estar cuando se alcanza la temperatura crítica, el papel sigue blanco. La enfermera responsable es nueva y había sacado el instrumental sin comprobarlo. Se le comunica al doctor Minkow y éste alucina, pero no hay nada que pueda hacer. Acaba y envía a

McCullough a recuperación, pero sabe que ha trabajado en un hombre muerto.

—¿Examinaste el esterilizador?

—Ahí es donde se pone realmente interesante —dijo Jacobi—. Revisé todo el equipo de la sala. Hay un nuevo esterilizador Castle allí. Lo pusieron tres días después de que McCullough muriese. La enfermera me dijo que habían tenido problemas con el esterilizador viejo durante tres meses. La mitad de las veces no podían conseguir que la temperatura subiera hasta 126 con seis, la otra mitad no permanecía a esa temperatura el tiempo suficiente. Dice que varias de las enfermeras y cirujanos se habían quejado repetidamente de eso al doctor Silverman y le habían pedido una nueva unidad, pero él había desestimado la petición diciendo que el hospital no podía permitírselo en aquel momento. Les dijo que no utilizasen la unidad si había problemas, que enviasen el instrumental al suministro central.

Parker se sintió enfurecido y a la vez triste. Aquella explosión de la noche anterior había nacido del pánico... del pánico a que se descubriese que su tacañería administrativa había matado a un hombre.

—¿Hablaste con el doctor Yee?

—No habló mucho, pero estaba realmente nervioso cuando yo le mencioné la sepsis. Tuve la sensación de que ocultaba algo —Jacobi se rascó su cuarto mentón—. Por lo que dice la enfermera, Silverman ha estado presionando, intentando mantener la tapadera. Supongo que ha estado llamando a toda la gente involucrada, diciéndoles que mantuviesen la boca cerrada.

—¿Crees que una de esas llamadas pudiera haber sido hecha al doctor Yee?

—Si yo fuera Silverman —dijo Jacobi—, Yee hubiera sido el primero a quien hubiese llamado.

Parker frunció el ceño, pensativo.

—¿Lo declararía públicamente esa enfermera? Consigue una declaración de ella hoy, antes de que cambie de parecer —le dijo Parker—. Luego vuelve a Westbrook y repasa todos los memorándums de la oficina de Jonas Silverman y también todas las órdenes de compra. Si no las encuentras, pide los archivos. Quiero la fecha de facturación de ese esterilizador.

Jacobi se levantó del sillón y dijo:

—Bien. También voy a apretarle las clavijas al doctor Yee. Creo que podría estar a punto de hablar.

Jacobi salió y Parker se acercó a la ventana. Miró fijamente al County Hospital de encima de la montaña y pensó en llamar a Jonas y decirle cuánto sentía lo que tenía que hacer, aunque sabía que el hombre nunca lo entendería. Había ido demasiado lejos para eso. Sólo esperaba que Silverman no hubiese influido en Yee para que falsificara deliberadamente los hallazgos de la autopsia. Un error administrativo ya era lo bastante malo. Había hecho perder la vida de un hombre y acabaría costándole al hospital dinero y credibilidad. Pero lo otro acabaría con la carrera de Silverman. Parker no quería ser responsable de eso, pero no sabía qué más podía hacer. Se sintió indefenso frente a las fuerzas de su interior y de su exterior. Sólo podía terminar la escena o perderse irrevocablemente para sí mismo.

La luz de su teléfono rompió el hilo de sus pensamientos. Se sorprendió agradablemente al escuchar la voz de Mia Stockton deseándole un buen día.

—Siento molestarte —le dijo—, pero acabo de tener un descanso en el rodaje y quería saber si era cierto lo de Harvey.

—Me temo que sí.

—¿Qué sucedió?

—Murió de una sobredosis de cocaína y heroína.

—Sabía que Harvey tomaba cocaína, claro, pero no tenía ni idea de que tomase heroína —dijo pareciendo realmente sorprendida—, ¿Fue un accidente?

—No estoy seguro —dijo Parker evasivamente. No sabía con quién hablaría ella aquel día y no quería que se corriese la voz más deprisa de lo que ya lo había hecho—. Aún tengo algunas preguntas que me gustaría hacerte. Después de ayer noche, incluso tengo un par más en la lista.

—Cuando quieras.

—¿Esta noche?

—De acuerdo.

Dio vueltas a un pensamiento y luego preguntó:

—¿Te gusta la comida japonesa?

—Me encanta.

—Podríamos hablar cenando. Conozco un pequeño gran restaurante japonés en Hollywood Hills.

—¿Cómo se llama?

—Mi casa.

Ella rió melodiosamente. Le recordaba a Parker la melodía del viento.

—Lo digo de veras —dijo él seriamente—. Soy un gastrónomo de la cocina japonesa.

—¿De verdad? —preguntó divertida—. ¿Dónde adquiriste ese talento?

—En Japón. Aunque mi educación fue completada aquí, en una escuela de cocina —hizo una pausa—. Claro que si prefieres cenar en un restaurante...

—No —dijo ella, riendo de nuevo—. Es algo que me gustaría ver. ¿A qué hora y cómo voy allí?

—Te recogeré a las siete.

—Sólo dime cómo llegar —insistió—. Estaré allí.

Él se lo dijo y colgó, pensando en el menú y en la sagacidad del movimiento. Él quería preguntarle más sobre Harvey y Duffy, pero aquella no era la verdadera razón por la que la había invitado a cenar. Quería verla de nuevo, llana y simplemente. Hacía mucho tiempo que no se había sentido tan atraído por una mujer. Quizás Clemens tuviese razón, quizás ya era hora de que tuviese un pequeño romance en su vida.

Echó agua fría de inmediato sobre aquel pensamiento. Si bien parecía absolutamente seguro en su trabajo, Parker había hecho gala siempre de una especie de torpe timidez en asuntos de romances. Algunas mujeres lo habían encontrado atractivo, pero como actriz que era, Mia Stockton estaba acostumbrada a escuchar diálogos escritos por escritores profesionales y entonados por actores que sabían cómo decirlos. ¿Cómo podía competir con eso? Acto seguido pensó en las ideas de *La vida es dura* y de *Ángeles de la calle* y se animó.

20

Durante la siguiente hora y media Parker se inclinó por el trabajo administrativo, firmó hojas de entrega y certificados de defunción, contestó correspondencia de colegas de todo el país que solicitaban su opinión sobre cuestiones técnicas de medicina legal, dispuso la exhumación, establecida por el juzgado, de un difunto millonario, cuyos hijos desheredados sostenían que había muerto en «extrañas circunstancias», a pesar de que el médico que le atendía, un empleado de la corporación del millonario fallecido, había dictaminado «causas naturales», y discutió los detalles de varios casos con delegados del fiscal del distrito que estaban planeando las estrategias a seguir ante los tribunales.

A las diez y veintiocho minutos Jim Phillips le telefoneó desde abajo.

—Acabamos de recibir un caso desde Westbrook que creí que querías conocer: Braxton.

Parker se irguió.

—Quiero que preparen inmediatamente el cuerpo para la autopsia. ¿Quién está disponible? ¿Schaffer?

Transcurrió un momento mientras Phillips comprobaba la orden del día.

—Puedo arreglarlo.

—Gracias. Yo mismo ayudaré.

Parker se recostó y se frotó la frente. La noticia no era inesperada; no había creído que la mujer tuviese muchas posibilidades. Se preguntó si habría recobrado el conocimiento antes de morir. No hacía mucho que estaba pensando en ello cuando Cindy le llamó para decirle que el inspector Tartunian estaba al teléfono.

Tartunian comenzó la conversación en su forma habitual, sin molestarse en saludar.

—¿Parker? Habrá una reunión en mi oficina el viernes a las diez de la mañana. No falte.

A Parker le molestó la arrogancia del tono y el resentimiento afloró a su voz cuando preguntó:

—¿Una reunión para qué?

—El futuro de la oficina del *coroner*.

—¿Qué pasa con eso?

—Usted venga —le espetó el inspector, y colgó.

¿El futuro de la oficina del *coroner*? ¿Qué querría decir el hombre con eso? Había un inequívoco tono de amenaza en la voz de Tartunian. Cuando bajó, Parker seguía preocupado por la llamada.

El personal de la sala A estaba ocupado con aneurismas y embolias, cánceres y trombosis cuando Parker entró. Dijo buenos días a cada doctor y luego se dirigió a la mesa cuatro donde estaba Schaffer de pie, al lado del cuerpo de Emily Braxton, examinando el informe del hospital.

—Buenos días, jefe —saludó el joven doctor alegremente.

Parker intentó sin conseguirlo devolverle el jovial saludo.

—Tengo entendido que salvó usted a esta mujer anoche —dijo Schaffer.

Las palabras no tardaron mucho en salirle.

—Aparentemente todo lo que hice fue posponer su muerte.

—¿Era amiga suya?

—No.

—¿Quiere hacer usted la autopsia? —preguntó Schaffer—. Yo puedo ayudar...

—No. Yo ayudaré.

Parker echó un vistazo al informe del hospital. Emily Braxton había permanecido estable, pero en estado crítico hasta las seis y diez de la mañana, cuando su respiración se hizo breve y fatigosa. A continuación, tuvo un paro cardíaco. Los esfuerzos para reanimarla fracasaron y se la dio por muerta a las seis y veintidós minutos. No recuperó el conocimiento.

Parker se puso la mascarilla mientras Schaffer daba una vuelta a la mesa describiendo lo que veía y sombreando las zonas quemadas en el bosquejo de una forma de mujer en su tablilla. La superficie de la piel estaba extensamente quemada por toda la parte superior del

cuerpo: hombros, brazos, manos, cabeza, cuello, torso y espalda, excepto en una visible zona blanca sin quemaduras alrededor del abdomen, donde la mujer llevaba un cinturón de piel. El cabello estaba casi totalmente quemado y también había zonas quemadas en la parte superior de los muslos. Parker hizo una pausa para sumar la serie de números que Schaffer había anotado en todo el dibujo.

—El área total quemada se estima en un ochenta y uno por ciento. El treinta por ciento tiene la capa quemada parcialmente y el cincuenta y uno por ciento completamente.

Schaffer examinó la nariz de Emily Braxton con un otoscopio, observó la presencia de hollín negro y luego le abrió los labios con dos sondas.

—Hay material de carbón en la boca y sobre la lengua —dijo y luego se detuvo—. Un momento.

Se inclinó, sosteniendo la lupa cerca de la boca de la mujer muerta. Había al menos veinte pequeñas quemaduras negras rodeadas de pequeños bordes blancos levantados, distribuidas por toda la base de la lengua y sobre la parte interior mucosa de los labios. Le pasó la lupa a Parker y se apartó:

—¿Qué opinas de esto?

Parker examinó las quemaduras y luego se enderezó. Parecía perplejo.

—Parecen más quemaduras eléctricas que termales.

—Eso es lo que me pareció —dijo Schaffer.

—Será mejor tomar unas muestras para el microscopio electrónico —le dijo Parker.

Schaffer midió las quemaduras y encontró que todas eran del mismo tamaño: 0,3 centímetros de diámetro. En total contó veintidós. Cortó aquellas partes de los labios y de la lengua que mostraban las señales y le pasó las muestras de tejido a Parker, quien las «fijó» en una solución de formaldehído. Como las muestras tenían que ser congeladas antes de colocarlas en la cámara de muestras del microscopio electrónico, Parker envió un ayudante para que se las entregase al doctor Montoya, el especialista que operaba con el SEM (*Scanning Electron Microscope*), y luego siguió con el trabajo.

Después de haber observado que el cráneo no presentaba señales

de trauma, hizo su incisión inicial, y quince minutos después, los pulmones, bronquios y la laringe de Emily Braxton estaban extendidos sobre la mesa.

—Aquí está su insuficiencia respiratoria —observó Schaffer—. Las vías respiratorias están obstruidas por inflamación edematosa aguda de las membranas interiores.

El resto de la autopsia sólo confirmó lo que era obvio. A las doce y diez Schaffer decía en el magnetófono que Emily Braxton había muerto de una parada cardíaca aguda debido a la asfixia resultante de lesiones por inhalación.

Mientras las muestras de fluidos estaban camino de toxicología, Schaffer y Parker fueron al subsótano donde estaba instalado el SEM. En tanto que los microscopios ópticos tradicionales utilizaban rayos de luz que pasaban a través de una lente como sistema de magnificación, la imagen del microscopio electrónico se conseguía examinando la muestra con electrones y proyectando la abstracción resultante sobre una pantalla de televisión. La fotografía que aparecía era una reproducción tridimensional de la superficie de la muestra aumentada hasta cincuenta mil veces. El aparato era tan sensible que se había construido un cuarto especial en el sótano para alojarlo, para reducir al mínimo las vibraciones que pudieran obstaculizar una imagen nítida o provocar un error.

El doctor Montoya les estaba esperando y ya tenía las imágenes en la pantalla cuando Parker y Schaffer llegaron.

—Supuse que querrían también el EDAX conectado.

El EDAX, o analizador de rayos X de la dispersión de la energía, suministraba un análisis químico de la muestra al medir los rayos X de baja energía emitidos por los distintos elementos de los que estaba compuesto. Parker asintió y dirigió su atención hacia las pantallas de exploración estereoscópicas de la pared.

Las fotografías mostraban un cráter profundo con bordes irregulares y ligeramente enrollados, rodeados de numerosas ampollas pequeñas. Parker le pidió a Montoya que ampliase un trozo del fondo del cráter y el hombre, moreno y bajo, le dio a la ampliación.

Parker se acercó a la pantalla y señaló un trozo con un bolígrafo.

—¿Ven ese dibujo en forma de panal? Son ampollas de proteínas electrocoaguladas que han estallado. Eso son quemaduras eléctricas,

no cabe duda.

Montoya asintió con la cabeza y señaló otro dibujo cerca de un lado del cráter, una serie de líneas diminutas que se combinaban en forma de espiral.

—Ahí está el culpable. Ese dibujo lo hizo un cable eléctrico.

—¿Puede el EDAX encontrar rastros de cobre?

Montoya meneó la cabeza.

—Para que haya transferencia de un metal, la corriente tiene que generar el calor suficiente como para deshacer el cable. Cuando el conductor es bueno, como las membranas mucosas, el calor no tiene que ser tan grande. Yo diría que lo que tienen ustedes aquí es un viejo cordón eléctrico normal, y un enchufe de pared.

Parker recordó la lámpara destrozada de la casa.

—Si le traigo un trozo de cable, ¿puede usted emparejarlo?

—¿Es católico el Papa? —dijo Montoya, sonriendo confiadamente.

En el ascensor, Schaffer movió la cabeza con extrañeza y dijo:

—Vivimos en un mundo de imitadores. Quien diga que la gente no está influida por la violencia de la televisión debería ver esa imagen.

—¿De qué estás hablando? —preguntó Parker.

—Lo vi en *Corrupción en Miami* hace un par de meses.

—¿Qué?

—Eso. Una pandilla de traficantes colombianos secuestraron al chico y le torturaron metiéndole un cable eléctrico en la boca. Después, lo llenaron de gas y le prendieron fuego, para ocultar las pruebas. Pero no mencionaron que se puede determinar la diferencia entre quemaduras eléctricas y térmicas —hizo una pausa, pensativo—. ¿Por qué le haría alguien algo así a esa chica?

La mente de Parker trabajaba con rapidez.

—¿Por qué lo hicieron en *Corrupción en Miami*?

—Querían saber dónde estaba escondido un cargamento de droga.

—Creo que quienquiera que fuese el que torturó a Emily Braxton podría querer saber lo mismo.

Schaffer se bajó en la planta de seguridad y Parker siguió hasta su oficina. El informe toxicológico sobre Brock estaba sobre su mesa y abrió el sobre ansiosamente.

Cualquier duda que Parker hubiera podido tener de que Brock hubiese sido asesinado, se disipó mientras leía. El nivel de heroína en la sangre del difunto había sido de 122 microgramos-ml, más de cien veces la dosis letal. Además, había 9,8 microgramos-ml de cocaína, también una dosis alta, y etanol, 0,7 por ciento. También se había encontrado en el estómago alcohol y heroína, que indicaban que había tomado algo de droga oralmente. La alta dosis de heroína podía explicarse parcialmente por la composición de la sustancia encontrada en el globo de la mesilla de noche. Mientras que la mayor parte de la heroína comprada en la calle tenía raramente más de un uno o un dos por ciento de pureza, la sustancia encontrada en la mesilla de noche dio casi un setenta por ciento de pureza. Quienquiera que hubiera inyectado a Brock no se había arriesgado.

Casi a continuación, el inspector Wolfe le devolvió la llamada a Parker.

—Tuvo usted una buena noche ayer, por lo que me dicen —empezó Wolfe—. Stroud me llamó esta mañana y me lo contó. Fue una suerte para la mujer que usted estuviera por allí.

—No tanto. Murió esta mañana. Acabamos de hacer la autopsia. Su muerte no fue un accidente al extraer la cocaína. Le prendieron fuego a propósito, después de ser torturada.

—Ese muerto es de la policía —dijo Wolfe contento.

—Pero Brock es vuestro.

Parker hizo un recuento rápido de los hallazgos de la autopsia y Wolfe dijo de mala gana:

—Eso casa muy bien con lo que encontramos en el sitio. Casi no había ninguna huella en el dormitorio de Brock.

—¿Ninguna?

—Así es. Ni siquiera las suyas. Parece como si quienquiera que fuese hubiera limpiado todo el lugar. Pero se dejó una, parcial, sobre el émbolo de la jeringa.

—¿La han identificado?

—No. No es de Brock, eso es todo lo que sabemos.

—¿La han comparado con las huellas de Emily Braxton?

—Aún no. Pensé que podríamos tener suerte con las de Julio Sandoval, pero no era como ninguna de las suyas.

Parker frunció las cejas.

—¿Quién es Julio Sandoval?

—¿No ha hablado con Stroud esta mañana?

—No.

—Tuvo suerte con los números que le dio usted anoche del Corvette. Uno de los posibles que dio el ordenador fue el de Julio Sandoval. Una verdadera babosa. Sus padres eran emigrados cubanos de los años sesenta. Le han arrestado cuatro veces, dos por tráfico de drogas, una por asalto criminal y otra por asesinato. Ninguna condena —hubo una pausa significativa—. Y escuche esto: el número de teléfono del trabajo de Sandoval estaba en la agenda de Brock.

—¿Lo han cogido ya?

—No. Hoy no ha ido a su oficina. Pero le pescaremos.

—Si Sandoval mató a Brock, ¿qué me dice de aquella huella?

—Quizás Sandoval no estaba solo —especuló Wolfe—. Quizás llevó a alguien con él —hizo una pausa—, ¿Qué encontró del equipo de bucear?

—Encontré que no le va bien a Brock —respondió Parker.

Aquello tuvo el efecto que Parker esperaba.

—¿Qué quiere decir que no le va bien a Brock?

—Exactamente lo que he dicho.

—¿Y qué hacía en aquel armario entonces?

—Una buena pregunta —dijo Parker—. Ese hecho concuerda con el testimonio de Patton. El buceador que describió saliendo del agua era más alto y más delgado que Brock.

—Los testimonios oculares son un fiasco —dijo Wolfe casi beligerante.

—¿Cómo se lo está tomando Kuttner?

—Como me figuraba —dijo Wolfe—. Grita como un condenado. Cree que todo eso es una tontería. Ya he tenido unas cuantas llamadas de la prensa acerca de Brock, por cierto. De una periodista de *Los Ángeles Times* en particular.

—Alexis Saxby —dijo Parker intuitivamente.

—Ésa es. Me ha estado persiguiendo para una entrevista. La he estado trampeando, pero no sé cuánto tiempo voy a poderla esquivar.

—Estoy intentando que el cuerpo de Duffy vuelva de Chicago. Sabré algo más entonces.

—¿En cuánto tiempo?

—Un par de días.

Dio un suspiro atormentado.

—Lo intentaré.

Parker colgó y Steenbargen entró tranquilamente y se dejó caer en el sofá. Parker miró el reloj con irritación y dijo:

—¿Dónde has estado?

—Querías que hiciera algunas averiguaciones sobre Sol Grossman —dijo el inspector.

—¿Y?

—Tenías razón. Al hombre le gusta poner el dinero de sus clientes en inmuebles. La última gran inversión de Duffy fue un proyecto en comunidad de propietarios en Boise, Idaho, llamado Crestline Heights. Las unidades, veinticinco, se había pensado ponerlas en dos hectáreas y media de terreno comprado nueve meses antes por ochocientos mil dólares por Crestline Heights Inc., una corporación cuyos principales accionistas eran John Duffy y Sol Grossman. El capital de ochocientos mil dólares, setecientos mil de los cuales eran dinero de Duffy, por cierto, estaba destinado a garantizar un préstamo de veinticuatro millones de dólares para la construcción concedido por el Pacific California Bank. El préstamo era para dieciocho meses. El pago principal vence de aquí a nueve meses.

—¿Y?

—Cuando se da un crédito para la construcción el dinero se deposita en una cuenta de la que se sacan talones por trabajo completado. Para que el talón sea conformado, el banco requiere inspecciones periódicas *in situ*, sólo para asegurarse de que el trabajo se está haciendo. Esta mañana había ocho millones de dólares en la cuenta de Crestline, lo que significa que dieciséis millones se han sacado para la construcción. Sólo que, quienquiera que haya estado haciendo las inspecciones para el Pacific California, no ha hecho un buen trabajo. Lo he comprobado esta mañana en Boise, y todo lo que ha sido edificado hasta el momento es una alambrada y una barraca. Y eso es todo lo que se va a construir hasta dentro de tres o cuatro años.

—¿Por qué? —preguntó Parker, interesado.

—Porque el terreno comprado por Crestline es Zona O.

—¿Por el humo? —preguntó Parker.

Steenbargen movió la cabeza con impaciencia.

—Por el gas no. Está clasificado zona O. Medio ambiente sensible. Lo que significa que habrá de tres a cuatro años de demora en cualquier desarrollo.

—Grossman tenía que saberlo.

—Es lo que uno pensaría —convino Steenbargen—. La pregunta es si Duffy lo sabía. Examiné los registros telefónicos de Duffy. Hace diez días se hizo una llamada desde su teléfono a la empresa constructora Diamond de Boise. Esa es la compañía que se supone estaba construyendo las edificaciones en régimen de comunidad. La conversación duró ocho minutos. He hablado con el director de la compañía —consultó sus notas—, Dwayne Saugus. Dice no saber nada de la llamada y dice que de la oficina nadie sabe nada tampoco —hizo una pausa—, Saugus no quiso discutir cifras, pero afirma que a Diamond hasta ahora sólo le han pagado la nivelación de la superficie y el vallado del emplazamiento del proyecto.

—Eso no puede costar dieciséis millones de dólares —observó Parker—. ¿Adónde fue todo el dinero?

—Iba a ir a la oficina de Grossman a hacerle esa misma pregunta —dijo Steenbargen—. Pensé que querrías venir conmigo a escuchar su respuesta.

—Ya lo creo. Pero primero quiero parar en un sitio.

—Tú mandas —dijo Steenbargen.

21

Steenbargen abrió la puerta principal y Parker pasó por debajo de la cinta que rodeaba el escenario del crimen y entró.

El lugar era aún más deprimente a la luz del día. La alfombra seguía empapada y la atmósfera cargada con el penetrante y ácido olor del carbón. Las paredes y el suelo, ennegrecidos, absorbían y debilitaban la tenue luz solar que se filtraba por las ventanas y la puerta delantera.

—¿Qué es exactamente lo que estamos buscando aquí? —preguntó Steenbargen.

—Probablemente un cable eléctrico normal con un enchufe en una punta y pelado por la otra.

Parker se dirigió inmediatamente hacia la silla de cocina caída al lado de la pared, se agachó y examinó la lámpara rota del suelo. Cogió un bolígrafo y le dio la vuelta a una pieza del pie de la lámpara. De allí sobresalía un fragmento de cable limpiamente cortado.

—Este cable ha sido cortado —miró el enchufe que había en el zócalo cercano—. El otro extremo probablemente fue enchufado aquí.

Parker se quedó mirando fijamente a la silla y dejó que su mente trabajase en el lugar.

—Esa silla es de la cocina. El asesino la debió traer aquí, la colocó lo suficientemente cerca del enchufe para que el cordón alcanzara y luego ató a ella a Emily Braxton. Cuando yo llegué se oía música tocando fuerte, probablemente para que no se oyeran sus gritos. Probablemente también la amordazó. Pudo haber pasado el cable hacia su boca a través de un agujero en la mordaza.

Desde el enchufe, los dos hombres se desplegaron por la habitación, con los ojos pegados a la quemada alfombra. Después de recorrer la habitación infructuosamente por tres veces, fueron por

separado hacia otras habitaciones, retrocedieron, luego alternaron las tareas en las habitaciones por si uno de ellos, por alguna razón, dejase reiteradamente de ver algo. Al cabo de quince minutos se volvieron a encontrar en la sala de estar.

—Nada —dijo Steenbargen.

—Se lo debió de llevar —dijo Parker y se dirigió a la cocina.

Steenbargen le siguió y dijo:

—Si tuvo buen cuidado de llevarse el cable y la mordaza, ¿por qué se dejaría la maleta?

—La maleta, obviamente, estaba cerrada. El asesino tenía que asegurarse del contenido. Emily Braxton en aquel momento no estaría en condiciones de decirle dónde estaba la llave, así que la llevó a la cocina y forzó las cerraduras. Una vez hecho eso, no podía llevarse la mercancía en la bolsa, porque no se cerraría.

—Lo que significa que probablemente trajo su propia bolsa o se llevó la mercancía dentro de algo de aquí.

Parker abrió la puerta trasera y se quedó en el porche.

—El asesino debió desatar a la chica, le echó éter, le prendió fuego, y luego se largó por detrás. No podía hacer mucho que se quemaba, probablemente desde que la oí gritar, no más de diez o veinte segundos... —se quitó la chaqueta y se la dio a Steenbargen —. Cuando la segunda manecilla de tu reloj llegue a las doce, di: «Ya», y luego reúneme conmigo en la puerta delantera.

—¿Qué vas a hacer?

—Practicar la carrera. La he descuidado mucho en los últimos dos días.

Steenbargen señaló los zapatos marrones de Parker.

—¿Con eso?

—No he traído calzado deportivo, pero el asesino probablemente tampoco. Pero lo tendremos en cuenta, por si acaso.

Steenbargen se quedó mirando la esfera de su reloj y gritó:

—¡Ya!

Parker salió corriendo. Estuvo en la puerta trasera en tres saltos, la abrió y corrió a toda velocidad calle abajo. Cuarenta y cinco metros más allá dio con la calle, giró a la derecha y corrió hacia la esquina. Volvió a girar a la derecha y cruzó la calle forzándose todo lo que pudo en los últimos veinte metros de acera. Cuando llegó aproximadamente frente al lugar en el que había estado aparcado el

Corvette, gritó:

—¡Alto!

A Parker se le pegaba la camisa al cuerpo y andaba sin resuello mientras se acercaba a Steenbargen, que le esperaba al lado de un coche.

—Veinticuatro segundos.

—Si tenemos en cuenta el tiempo que le hubiera llevado al tipo salir de la casa, más el tiempo de abrir la puerta del coche y subir, probablemente estemos hablando de un mínimo de treinta segundos. —Movi6 la cabeza—. Es demasiado tiempo.

—Quizás el tipo sea un *sprinter* de primera —dijo Steenbargen, pasándole a Parker la chaqueta—. O quizás era sólo el que vigilaba y el tipo que hizo el trabajo sucio estaba aparcado en la callejuela.

Parker tuvo que admitir que era una posibilidad.

Camino de la oficina de Grossman, Parker informó a Steenbargen de las autopsias de Brock y de Braxton. Cuando terminó, el inspector preguntó:

—¿Crees que quienquiera que inyectase a Brock puso el equipo de bucear en su casa para que pareciera que él mató a Duffy?

—Tu conjetura es tan buena como la mía.

—Lo comprobaré con la ANIS cuando volvamos a la oficina.

La mayoría de submarinistas del país estaba inscrita en la ANIS, la Asociación Nacional de Instructores Subacuáticos.

—Aunque si no estuviese inscrito —observó Parker—, podía haber aprendido solo. No necesitas estar inscrito para comprarte un equipo de submarinista.

Steenbargen puso el intermitente y salió de la autovía.

—Es cierto, pero si se hubiese comprado un traje de neopreno, cabría esperar que se hubiera comprado uno que le fuese bien.

Sol Grossman acababa de colgar el teléfono cuando su secretaria hizo pasar a Parker y a Steenbargen al despacho.

Grossman no pareció muy contento de verles, pero les invitó a sentarse.

—¿Qué pasa ahora, doctor Parker?

Su comportamiento era mucho menos amistoso que en la anterior visita, de hecho, era casi hostil.

—Joan Duffy me dice que le ha aconsejado que no dé su autorización para un nuevo examen del cuerpo de su esposo.

Grossman cruzó las manos por encima del estómago y se recostó.

—Así es.

—¿Por alguna razón en particular?

El agente se inclinó hacia adelante.

—Creo que le ha dado usted la vuelta, doctor. Usted es quien se supone que debe proponer un motivo.

—Se los expliqué a ella.

Grossman sonrió irónicamente.

—¿Esa tontería sobre un buzo? —sacudió la cabeza—. Realmente no comprendo sus motivos en todo esto, Parker. La forma en que ha llevado esta investigación desde el principio ha sido un escándalo. Pero esto ya es realmente demasiado.

—¿Y qué me dice de sus propios motivos, señor Grossman?

Los ojos del hombre tomaron un brillo malicioso.

—¿Qué quiere decir con eso?

—Usted no tendría ningún motivo personal para querer que la muerte de Duffy siguiera siendo un accidente, ¿verdad?

El rostro de Grossman se enrojeció.

—Creo que será mejor que me explique esa observación.

—Usted admitió que aquella noche antes de que Duffy muriese tuvieron una discusión por dinero —dijo Parker.

—¿Y bien?

—Olvidó usted algunos detalles, como el hecho de que Duffy le acusase de robo y le amenazase con matarle.

El agente se rió irónicamente.

—John me amenazaba con dispararme una semana sí y otra no. Eso no quería decir nada.

—¿Y cuál fue la razón de la amenaza de esta semana? ¿Crestline Heights?

El enrojecimiento de sus mejillas palideció y la jactancia desapareció de su voz.

—¿Por qué me iba a amenazar John con dispararme por Crestline Heights? Iba a ganar mucho dinero con ese proyecto.

—Si se vendían las unidades —intervino Steenbargen sin darle importancia—. Pero para que se vendieran, primero tenían que construirse, lo que en este momento no parece demasiado prometedor. ¿Sabía usted cuando compró la propiedad en Idaho

que era Zona O?

—Gente en puestos influyentes nos aseguró que se concedería un cambio de calificación. Hasta ahora no ha sucedido, pero todavía tengo esperanzas.

—Si la calificación se cambiase mañana —dijo Steenbargen— no llegaría a poder completar la construcción para cuando venciese el préstamo de Crestline Heights, Inc.

—Entonces conseguiré una prórroga del crédito —dijo Grossman—. El presidente del banco es amigo mío.

Steenbargen asintió.

—¿También está él en el negocio de Crestline?

Grossman frunció el ceño.

—No. Sólo John y yo.

—¿Sabía Duffy lo de la restricción de la zona? —preguntó Parker.

—Desde luego.

—Hace diez días Duffy llamó a la constructora Diamond de Boise. Habló durante ocho minutos con alguien de allí, pero nadie de la oficina parece recordar haber cogido la llamada. ¿Quizás sepa usted de qué se trataba?

Grossman intentó parecer extrañado.

—No.

Steenbargen frunció los labios y se tiró del bigote. Puso cara de preocupado.

—¿Podría haber sido para averiguar dónde estaban los dieciséis millones de dólares que faltan de la cuenta de Crestline en el banco California Pacific?

Grossman permaneció inmutable por la pregunta. Parker tuvo que reconocérselo al hombre; era un tipo frío. Era uno de esos individuos que parecen tranquilizarse en condiciones de combate.

—No sé de qué está usted hablando. El dinero que haya sido sacado de la cuenta para la construcción ha sido para gastos. Planos, nivelaciones, vallado...

—Puede usted comprar un montón de vallas por dieciséis millones de dólares —dijo Steenbargen—. La forma en que me lo imagino, y por favor, sírvase corregirme si me equivoco, es que contaba usted con que Duffy estuviese demasiado ocupado, o demasiado intoxicado para molestarse en comprobar el destino del

dinero. Ésa fue probablemente una de las razones por las que escogió Idaho para el proyecto: era atractivo y estaba lejos.

—El presidente del California Pacific, su compinche —prosiguió—, y la gente de la Diamond probablemente también estaban en ello. Hubiese sido mucho más fácil de esa forma. Diamond hubiera presentado unas facturas excesivamente hinchadas para su pago y su compinche las hubiera conformado.

Steenbargen se detuvo un momento para calibrar la reacción de Grossman, pero no parecía haber ninguna.

—Yo creo que usted probablemente tenía la intención de dejar los ocho millones de dólares en el banco. De ese modo, cuando el préstamo venciese, podría usted liquidar el interés del crédito. Eso le hubiese dado quizás un año más. Cuando se hubiera gastado todo, Crestline Heights Inc. hubiese quebrado, el banco hubiese ejecutado la hipoteca sobre la propiedad, Duffy se quedaría sin setecientos mil y usted y sus compinches se repartirían dieciséis millones.

Grossman dijo a modo de advertencia:

—Yo de usted, señor Steenbargen, tendría mucho cuidado en hacer afirmaciones como ésta. La administración puede acabar encontrándose ante los tribunales haciendo frente a un juicio por difamación molesto y costoso —hizo una pausa—. No sé por qué mis asuntos de negocios son de repente objeto de la inspección del *coroner*, pero para su información, Duffy no iba a perder ningún dinero en el negocio de Crestline. En cualquier momento que hubiese querido, le hubiese dejado fuera. De hecho, hace meses, cuando comenzamos a encontrar problemas políticos en Boise, ofrecí recuperar las acciones de Crestline de John a su precio original, más los intereses. Esa oferta fue hecha delante de testigos, incluido Joan Duffy. John rechazó la oferta. Quería seguir con el proyecto. La oferta sigue aún en pie para Joan, si quiere dejarlo.

Grossman se puso en pie.

—Si quiere hablar conmigo de nuevo, doctor Parker, hágalo a través de mis abogados.

—Tengo una pregunta más, señor Grossman —dijo Parker, sonriendo extrañamente—. ¿Ha invertido Boodry en alguno de sus proyectos inmobiliarios?

Por primera vez, Parker detectó algo en los ojos del hombre, una

oleada de temor.

—Buenos días, caballeros.

—¿Qué opinas? —preguntó Steenbargen cuando salieron.

Parker movió la cabeza y arrugó el entrecejo.

—No lo sé.

—A ver qué te parece esto —probó Steenbargen—. Duffy descubrió lo de la estafa de Crestline y amenazó a Grossman con un proceso jurídico, de manera que Grossman decidió deshacerse de él. Utilizó la envidia que Brock sentía por el tipo y su desesperación por ver su nombre en el candelero para prometerle hacerse cargo si Brock se deshacía de Duffy. Una vez que Duffy estuvo fuera de en medio, Grossman tenía que deshacerse de Brock...

—¿Y qué me dices del traje de buzo que no le iba? —dijo Parker—. No me acaba de convencer. Por un lado, tenía lógica, lo que dijo de devolverle el dinero a Duffy.

—Tienes razón. A Grossman no le importaban los seiscientos mil de Duffy. Eso era sólo algo para aprestar la bomba. Él quería los millones del banco. Aunque Duffy hubiese descubierto el plan, no le hubiera importado a Grossman. De todos modos, nadie hubiera podido hacer nada, probablemente.

Parker se le quedó mirando, sin comprender.

—¿Qué quiere decir, que nadie hubiera podido hacer nada? Es fraude.

—Técnicamente, quizás, pero ningún fiscal lo tocaría. Los directores de banco son adultos. Nadie les ha forzado a prestar el dinero a Crestline Heights Inc. Grossman no cumplió, eso es todo. No puedes procesar a alguien por eso.

—Si el presidente del banco estaba en ello...

—Es conspiración —dijo Steenbargen, asintiendo—. Pero intenta probarlo.

—No me puedo creer que Grossman vaya a robar millones y se vaya a quedar sin castigo —dijo con desaprobación.

Steenbargen sonrió dudosamente.

—Quizás no. Nunca se ha oído que a la Superintendencia de Contribuciones se le haya instruido un proceso —miró a Parker con curiosidad—. ¿Quién es ese tal Boodry de quien hablabas?

—Alguien a quien tampoco se le ha instruido nunca un proceso.

Parker le contó su encuentro con Boodry y a Steenbargen le dio

una risa ahogada.

—Bueno, una cosa es segura. Si estamos buscando a alguien a quien le vaya bien aquel traje de buzo, eso deja fuera a Grossman.

—No necesariamente —dijo Parker—. No tendría necesidad de meter las manos en el barro para tenerlas sucias.

—¿Quieres decir que si conoce a luchadores, podría conocer a un buzo?

—Quizás valdría la pena comprobarlo. Me gustaría también saber si Grossman tenía algún trato de negocios con Harvey Brock. Aunque Brock y Braxton hubieran sido asesinados por un asunto de drogas, eso no explica su conexión con la muerte de Duffy. Los tres están conectados de algún modo. Lo sé. La policía no va a encontrar la relación. Ni siquiera van a buscarla.

—¿Lo que quiere decir que es asunto nuestro? —preguntó Steenbargen.

Parker no dijo nada. Parecía que en cuanto salían de una sala del Nautilus, se encontraban en otra. Se preguntó cuántas más tendría que explorar antes de llegar al final.

22

Parker había tenido el tiempo justo para cambiarse de ropa antes de que sonase el timbre. Se dirigió hacia la puerta vestido con pantalones y zapatos negros, un delantal negro y, para que resaltara su camisa blanca de manga corta, una corbata negra. También llevaba, en aquel momento y sólo para causar efecto, agarradores negros.

Mia Stockton se rió al verle.

—¿Qué es esto? ¿La auténtica materia prima?

—Absolutamente auténtica —dijo Parker, apartándose—. Traída toda de *Little Tokyo*. Pasa, por favor.

La fragancia de lilas entró con ella y él cogió su chal. Ella le echó un vistazo a la casa y dijo sinceramente.

—Es una casa encantadora. Una vista fantástica.

—Por eso fue por lo que la compré.

Observó con satisfacción que llevaba un vestido de seda ceñido al cuerpo que le marcaba toda la figura. Sintió sensaciones que no había sentido en mucho tiempo.

—¿Qué te gustaría beber?

—Con ese atuendo, no creí que me dieras a elegir —dijo ella, todavía divertida—. *Sake* estaría bien.

Afortunadamente, el *sake* ya estaba caliente. ¡Ah, los microondas!, pensó Parker, preguntándose cómo se las había podido arreglar alguna vez sin ellos.

Cuando Parker salió de la cocina, ella estaba mirando el paisaje inacabado sobre el caballete.

—Pintas...

—Soy un aficionado.

Le dio el *sake* caliente y ella fue hasta la pared para examinar el favorito de Parker, *Servicio de guardia*, en el que un semental estaba sobre un acantilado barrido por el viento, dominando un regio

harén. En aquel óleo, por una vez, todos los elementos se habían unido y a Parker le había salido todo bien, un milagro para un aficionado. Mia miró a Parker con descarada admiración.

—Éste... ¿puedes soportar un cumplido?... es bárbaro.

Sí, pensó Parker. Podía soportar un cumplido. No había recibido muchos últimamente. Por otra parte, ¿quién contaba?

—Estoy impresionada. Un hombre del Renacimiento.

Le reconfortó su elogio.

—Amigos —dijo, levantando su bol de *sake* para brindar—. Me alegro de que pudieras venir. Bienvenida... y que puedas hacer visitas a menudo.

El brindis fue interrumpido por Boomer, que escogió aquel momento para tirarse contra la puerta del dormitorio y dejó escapar un ladrido espantoso.

—No me dijiste que tenías un perro —dijo Mia, sorprendida.

—Y no tengo, gracias a Dios. Este es un regalo de cumpleaños para mi hijo.

—Déjale salir.

—¿A mi hijo? No está aquí.

Ella hizo una mueca.

—Al perro.

Parker suspiró.

—Lamentarás estas palabras.

Fue hasta la puerta y la abrió. A pesar de las repetidas advertencias, Boomer le saltó encima y le babeó, después de lo cual pasó a Mia, consiguiendo en el proceso pegar la nariz tres o cuatro veces en sus partes más privadas.

—¿Le enseñas tú esto? —le preguntó Mia, chillando.

—Sólo porque él me lo pidió.

Cuando Boomer finalmente se tranquilizó, Parker le dio de comer, de beber, le paseó, le dio palmaditas y le alabó, y lo metió de nuevo en la cama de forma ejemplar, ignorando la petición de Mia de que le dejara quedarse. Boomer era el peor ladrón de escena que había conocido. No necesitaba esa clase de competición.

—¿Qué edad tiene tu hijo? —preguntó Mia, riéndose de su descarado propósito.

—Doce. Al menos los tendrá la semana que viene.

—¿Tienes más hijos?

—No.

—¿Cuánto tiempo hace que te divorciaste?

—Seis años.

—¿Es tu único matrimonio?

Él asintió.

—Si puedo hacerte una pregunta personal, ¿qué sucedió?

Parker se encogió de hombros.

—Me acusó de bigamia. Dijo que estaba casado con ella y con mi trabajo, y tenía razón. Había otros problemas. Nos habíamos ido distanciando. Pero el trabajo era un problema grave.

Mia sorbió su *sake* y preguntó:

—¿Se ha vuelto a casar?

—No. Y ha hecho un buen trabajo con Ricky. Es una buena madre.

—Quizás aún te quiere y quiere que vuelvas.

Negó con la cabeza con pesar.

—No. Lo intentamos una vez, por Ricky, pero no funcionó. Habían pasado demasiadas cosas que no podían olvidarse. Nuestro matrimonio no hizo mucho por el amor propio de Eve. Eso es algo de lo que me siento culpable.

—Todos hacemos lo que podemos —dijo ella.

—Me gustaría poder hacer más por ella, pero no me deja. Es demasiado orgullosa. Y me guarda rencor por haber escogido mi trabajo por encima de ella.

Abrió la puerta corredera de cristal y salieron al balcón. Se apoyaron en la baranda y se quedaron mirando el débil resplandor de las luces.

—¿Te has casado alguna vez?

Ella sonrió y negó con la cabeza.

—No ha habido tiempo. No quería que me acusaran de bigamia.

—¿Cómo llegaste a ser actriz?

Ella se encogió de hombros.

—En realidad fue por chiripa. Me gradué en Telecomunicaciones por la Universidad de Indiana, soñando con ser la sucesora de Leslie Stahl. Sólo que ella estaba todavía allí y las cadenas de televisión no querían dos. Acabé trabajando como la chica de la meteorología en una pequeña estación de televisión en La Crosse, en Winsconsin, y mientras estuve allí hice algunos anuncios para un almacén local

que vendía equipos de camping.

—Durante uno de los anuncios, un oso adiestrado que estábamos utilizando decidió dejar de estarlo y derribó el decorado. Aquel anuncio terminó en *Desastres publicitarios* de Dick Clark y un importante publicista lo vio y me llamó para que hiciese una audición para el papel de una atractiva cajera de banco que mantenía en una serie de anuncios. Me dieron el papel y a partir de ahí, me contrataron fija para *Días de Noche*, una serie diurna, y después Byron me llamó para el papel de *La vida es dura*.

—De chica del tiempo a estrella —murmuró Parker.

—Por la forma en que están yendo las cosas, quizás volveré a ser chica del tiempo.

—¿Y qué pasa con la continuación?

—¿Con *Grandes amigos*? He visto el guión para el programa piloto. Las esperanzas de Byron pueden ser algo exageradas. Tiene tendencia a hacer eso cuando estoy yo de por medio.

—¿Siente algo por ti? —preguntó Parker con curiosidad.

—Podríamos decir que sí.

—¿Salís juntos o algo así?

—Salíamos. En pasado.

—¿Como cuánto?

Ella sonrió.

—No me digas que esto forma parte de la investigación.

Parker lo negó con la cabeza.

—Puramente personal. Me gusta tener sensación de competición. Su risa sonó como campanadas al viento.

—El campo está limpio, al menos en lo que concierne a Byron. Dejamos de salir antes de que empezase a verme con John.

—¿Ibais en serio?

Ella enarcó una ceja.

—¡Pero bueno! ¡qué curioso eres!

—Lo siento. Es una deformación profesional.

Ella sonrió.

—Está bien, no me importa. Él iba en serio, yo no. Por eso fue por lo que dejé de ver a Byron. El se lo estaba tomando demasiado a pecho. No íbamos a ninguna parte. No le pude hacer comprender que no tenía nada que ver con John.

—¿Culpaba a Duffy de que hubierais roto?

Ella asintió.

—Ésa era otra razón de la tensión en el plató la temporada pasada y por lo que John quería dejar el programa. El y Byron estaban continuamente metiéndose el uno con el otro. Sobre todo después... —ella se calló.

Parker cogió el pie.

—¿Después de qué?

Algo le hizo preguntar:

—¿Duffy creía que Fenady había enviado aquella nota a su mujer, verdad?

Ella asintió de mala gana.

—Tuvieron una gran discusión por eso. Byron lo negó, pero John no le creyó. Después, John aprovechaba cualquier oportunidad para pasarle por las narices a Byron el hecho de que yo le había dejado por un hombre casado. No era cierto, pero John se lo echaba en cara como si fuese verdad.

—Eso le debió sentar bien a Fenady —observó Parker—, He hablado con el tipo y parece tener un ego descomunal.

—Lo tiene —dijo ella—, Pero es típico de los egos en la industria televisiva... falsamente engreídos. Byron es un chico bastante majo, no me interpretes mal, pero, ¿has visto alguna vez a alguien que nunca tuviese una idea original? ¿Que cada cosa que pensase o hiciese viniese de alguna otra parte?

—Mmmm.

—Así es Byron. Y eso se ve en su trabajo. Cada una de las series que ha hecho es recombinante.

—Conozco la definición biológica del término...

—Quiere decir lo mismo —dijo ella—. Recortes de un puñado de programas diferentes. Byron es el maestro de la recombinación. Y no sólo en sus programas, su mente también es así. Piensa así. Cada cosita inteligente que dice, se la ha robado a alguien. Por eso creo que me prendé de John al principio. Era tan fresco y original.

Parker se encogió de hombros.

—Pero no se puede discutir con el éxito. Al público debe gustarle la porquería reciclada. Fenady ha hecho una fortuna vendiéndosela.

Ella negó con la cabeza.

—Byron está contra las cuerdas. Necesita un programa que sea

un gran éxito. Lo necesita mucho.

—¿Como cuánto podría necesitarlo? —preguntó Parker—. Con todos los éxitos que ha tenido se podría comprar una isla y retirarse.

Meneó la cabeza y se ahuecó el pelo con el dorso de la mano. Estaba preciosa haciendo aquel gesto, pensó Parker. Estaba prendado de ella. Sólo esperaba no acabar como los programas de Fenady: cancelado.

—La gente piensa que porque un productor tiene algunos programas de éxito —decía ella— es automáticamente millonario. Y eso no funciona así.

—¿Cómo funciona? —A él realmente no le importaba. Sólo quería oírla hablar.

—No es difícil de entender —le aseguró—. La cadena paga una cuota de licencia a un proveedor, ya sea un estudio o un prodinde como Byron...

—Ya estamos —cortó Parker—. ¿Prodinde?

Ella sonrió.

—Productor independiente. Un productor como Byron vende una idea a una cadena y la cadena le encarga tantos episodios a tantos dólares por episodio. Hace unos años, las cadenas compraban programas de una hora de duración, con la teoría de que eso era lo que el público quería ver.

—Esa clase de programa cuesta un pastón producirlo, normalmente mucho más de lo que la cadena te paga por la cuota de licencia, así que el productor trabaja con números rojos. Con lo que cuenta es con que el programa tenga un buen nivel de audiencia para que la cadena lo renueve a la temporada siguiente. Cuando haya estado en el aire las temporadas suficientes, de tres a cinco, el productor tiene bastantes episodios acumulados para venderlos en cadena.

—¿Y qué pasa si el programa sólo funciona dos años?

—Pueden masacrar al productor. Que es por lo que Byron está intentando pasarse a las comedias de enredo de media hora como *La vida es dura*, y eliminar programas de gran presupuesto como *Ángeles de la calle*. Son más fáciles de vender en cadena y mucho más fáciles de producir. Si el coste por unidad puede mantenerse dentro de las cuotas por licencia, todo lo demás es ganancia.

—¿Y *La vida es dura*? ¿Crees que la venderán en cadena?

—Es difícil decirlo. Si nos hubieran cancelado, yo diría que no habría forma. Pero con toda la publicidad y siendo el último trabajo de John y todo eso, ¿quién sabe? —su mirada se hizo seria—, ¿Qué le pasó a Harvey?

—Le asesinaron. Alguien le inyectó un montón de heroína e intentó que pareciera una sobredosis accidental. Probablemente fue por una cuestión de drogas.

—¡Qué horrible! —dijo, como si realmente lo creyera.

—Ése es uno de los riesgos del negocio en el que estaba. La esperanza de vida en el tráfico de cocaína es considerablemente más baja que la media nacional.

—Lo supongo —bajó la mirada y cuando la levantó, le miró a los ojos—. ¿Entonces no tuvo nada que ver con la muerte de John?

—¿Por qué preguntas eso? —le preguntó Parker con curiosidad. Ella se encogió de hombros.

—Porque eran amigos, y el que sus muertes fueran tan cercanas...

Parker escudriñó su rostro, intentando juzgar si escondía algo debajo, pero si lo hacía, no lo revelaba.

—¿Qué conexión podría haber? ¿Puedes pensar en una?

—¿Yo? No —le dio su vaso y sonrió—. ¿Podría tomar un poco más de *sake*, por favor?

Al infierno con la medicina legal esta noche, pensó. No iba a malgastar aquella oportunidad. Nunca se había sentido cómodo con las fases iniciales de prueba de una relación. Pero con ésta, sin embargo, se sentía seguro. Ella era atractiva, brillante, ingeniosa y tenía éxito por sí misma... Y le gustaba muchísimo. Demasiado para dejar que su trabajo estropease las posibilidades que pudiera tener. Cogió su vaso y dijo:

—Puedes beber y mirar.

Parker la condujo hasta la cocina donde los ingredientes del *sukiyaki* ya estaban enjuagados y puestos sobre la encimera. Un trozo de filete Spencer, media col china, un manojo de cebollas verdes y ocho setas negras, junto con un cubito de *tofu* y un paquete de fideos de batata. El agua de las algas hervía a fuego lento y salía vapor de la olla en la que se estaba cociendo el arroz.

Sirvió dos boles más de *sake* y Mia se apoyó en la encimera y fingió alarmarse cuando él empezó a trabajar con un cuchillo muy

afilado.

—¿Por qué esta pasión?

—¿Qué pasión?

—La de ser un restaurante japonés.

—Me metí en esto cuando era un niño —explicó Parker, reduciendo rápidamente la carne a tajadas delgadas—. En Tokio. Mi padre era cirujano del ejército y fue destinado allí un par de años después de la Segunda Guerra Mundial. Vivíamos fuera de la base, con servicio japonés. Yo estaba mucho en casa y no había tanto que hacer... ¿Has visto alguna vez *Déjaselo a Castor* en japonés?... así que pasaba muchísimo rato en la cocina. Así que... Parker, el joven chef.

—Quien ahora está haciendo...

—... *Sukiyaki*. El equivalente japonés de la barbacoa. No hay una receta fija, pero la forma es muy importante. De ahí mi uniforme. Y mi meditación.

—¿Estás meditando ahora?

—Sí.

—Gracias.

—De ahí también —dijo Parker, riéndose con ella—, el arte. El objetivo no es simplemente cocinar y comer alimentos. El objetivo es tener una experiencia casi religiosa.

—¿La estamos teniendo ahora?

—Todavía no, pero pronto. Estáte atenta. Habrá señales.

Parker terminó de trocear las verduras y cortó el *tofu*, dejándolo aparte con la carne y los fideos. Luego hizo una salsa friendo las verduras, dándoles continuamente vueltas y añadió azúcar, *sake* y salsa de soya en el agua de las algas.

Mia murmuró un último «mmmm» y fue a poner la mesa. Parker, mirándola mientras cocinaba, observó que ella tenía un buen sentido de lo que debía ser la cocina japonesa, pues iba automáticamente a los sitios en los que guardaba los platos, los palillos y las servilletas.

Todo estuvo listo a un tiempo: el *sukiyaki*, el arroz perfectamente cocido, la mesa puesta, y se sentaron con fingida, pero también extrañamente seria, ceremonia. Parker se preguntó si Mia sentía lo mismo que él, si la sencilla cena marcaba el comienzo de algo importante.

—Increíble —dijo Mia, tomando su primer bocado—. Me alegro de tu limitada infancia —le miró de nuevo con retintín en los ojos —: ¿Qué más te enseñaron en lugar de *Castor*?

Parker meditó. Debería tener una buena respuesta para eso, pensó, pero no pudo encontrarla, a pesar de lo que escudriñaba su *tofu*.

—Geometría.

Mia se rió.

—¿Eres algo tímido, verdad?

—A veces —admitió Parker.

—Es agradable en un hombre.

—Tampoco está mal en una mujer —dijo Parker, pero seguía ocupado con su *tofu*.

—¿Quieres decir que crees que soy atrevida?

Parker finalmente levantó la cabeza.

—¡Dios!, eso espero.

La conversación de la cena siguió por esos derroteros, alegre, burlona. Después puso el estéreo, Johnny Mathis, y tomaron brandy en el sofá. Parker se sorprendió, y le encantó, cuando ella se inclinó y le besó suave y tiernamente en la boca. Ella se recostó y sonrió.

—Ahora probablemente crearás que soy atrevida.

—No creo que pueda manejarlo.

—Eres un hombre agradable, señor *coroner*. Hay algo muy... no sé, verdadero en ti. No tienes idea de lo agradable que puede ser estar a tu lado cuando, como me sucede, tratas con lo ficticio la mayoría de las horas en las que estás despierta.

Él sintió un hormigueo de expectación por todo el cuerpo cuando se inclinó y la besó de nuevo. La espalda de ella se puso rígida y luego pareció deshacerse en él mientras su lengua buscaba el camino hacia su boca, penetrante, hambrienta. El se levantó y sin mediar palabra, ella deslizó una mano entre las suyas y le siguió al dormitorio.

Más tarde, Parker hubiera deseado haber llevado la cuenta. Una especie de registro del tiempo, número, posiciones y lugares. Algo que nunca se le había ocurrido hacer antes y que, con cualquier otra, podría haber parecido vulgar u ordinario. Pero no con Mia. Con Mia, pensó Parker, uno debería llevar un registro, una especie de manifestación permanente de que aquello había tenido lugar, y

de cómo y por qué había sucedido.

Hicieron el amor durante un tiempo que les pareció horas, olvidados de todo excepto de ellos mismos, de la necesidad y de la satisfacción que encontraban juntos. Parker no se cansaba de ella. Se descubría excitado una y otra vez. Mágicamente, le sucedía lo mismo a ella, llegando con él cada vez, siempre una compañera. Poco después, al menos para Parker, las imágenes se hicieron borrosas, para ser recordadas mayormente como una única ocasión en la que, como en un cuadro perfecto, todo se unía finalmente en un perfecto acto de amor.

Cuando estuvieron rendidos, se quedaron tendidos encima de las sábanas, sudorosos y saciados, y Parker se apoyó sobre un codo y contempló con reverencia su magnífico cuerpo, maravillándose de su buena suerte. Trazó el contorno de su barbilla con el índice, lo bajó por el cuello y por entre sus pechos.

Ella le besó la mano, suspiró y se sentó.

—Tengo que irme. Mañana tengo que levantarme temprano.

Parker la miró deleitándose mientras se ponía suavemente la ropa. Todos sus movimientos eran realizados con una gracia sensual y gatuna, y él se maravilló de lo mucho que podía excitarse simplemente mirando un vestido de mujer.

—¿Seguro que tienes que marcharte?

—Sí —dijo ella con firmeza.

—Me gustaría volverte a ver.

Cogió su vestido y le miró.

—A mí también me gustaría.

—¿El sábado? Podríamos pasar el día juntos.

—Tienes que ir a por tu hijo, ¿te acuerdas?

—Me acuerdo —dijo—. Me gustaría que le conocieras.

—A mí también me gustaría. Llámame el sábado.

Mia se llevó su ropa al cuarto de baño y Parker se puso un chándal en lugar de un traje. Era tarde y no quería que saliera a la calle sola. Estaba en la cocina tomando un vaso de agua cuando ella salió del dormitorio y le besó tiernamente la mejilla.

—Eres un amante tierno, señor *coroner*. Y un cocinero condenadamente bueno.

Le dijo que la llamaría a la mañana siguiente y la acompañó al coche. Cuando ella se hubo marchado, salió al balcón y se quedó

mirando el tapiz de luces, que parecían especialmente bellas aquella noche. Se dio cuenta de que debía de parecer imbécil, sonriendo tontamente como un gato de Cheshire, pero no le importaba. Se sentía como si algo realmente bueno le hubiese sucedido por primera vez desde hacía mucho tiempo, y si el resultado de aquella sensación era parecer tonto, era un precio pequeño a pagar.

23

Parker se despertó a las cinco y veinticinco, se puso su chándal, su calzado deportivo y, acompañado por Boomer, fue a hacer el «recorrido grande» de los tres kilómetros. En lo alto de Sycamore, se detuvo unos momentos para contemplar la salida del sol y luego bajó corriendo por el camino de la colina hacia su casa, sintiéndose inspirado y sudado.

A las siete y diez llegó al Centro de Ciencia Forense y después de examinar el plan del día, subió. Stander Collingsworth ya hacía varias horas que estaba trabajando cuando Parker le llamó y le preguntó:

—Stander, ¿has recibido el paquete?

—Sí.

—¿Y?

Hubo una pausa incómoda.

—¿Tienes un pequeño problema político por ahí, Eric?

Ahora le tocó el turno a Parker de hacer una incómoda pausa.

—¿Por qué me lo preguntas?

—Desde que me telefoneaste ayer, he tenido llamadas de Myron Feldman, el abogado de Joan Duffy, y también de su agente, instándome a que rechazase tu solicitud. Poco después, recibí una llamada de Tartunian, tu inspector del condado. Me pidió que pospusiera mi decisión sobre el asunto hasta mañana.

—¿Basándose en qué?

—Basándose en que mañana por la tarde ya no serías *coroner*.

Parker se dejó caer hacia atrás, estupefacto.

—¿De dónde habrá sacado esa idea?

—No lo sé, pero no parecía tener ninguna duda sobre ello. Dijo que tú dimitirías. O eso, o que te cesarían. Será duro, Eric.

Probablemente no debería de haberle sorprendido, pero de alguna forma, le sorprendió. Parker sintió que se le encogía el

corazón.

—Lo siento, Eric —dijo Collingsworth con simpatía—. Espero que se arregle, sea cual sea el problema. Yo sé lo desagradecido que puede ser este maldito trabajo.

—¿Esperarás a mañana a tomar la decisión?

—No creo que tenga elección —dijo Collingsworth—, Llámame mañana con lo que sea.

Parker se sentó al escritorio y se quedó mirando por la ventana, intentando entender lo que le estaba sucediendo. Era una locura. ¿Cómo podrían cesarle? ¿Con qué motivos?

El teléfono sonó. A Parker le pareció un despertador.

—¿Diga?

—¿Eric? Aquí Frank Fiore. Escucha, por un agente te envió algo que creo que deberías ver. Pero no te lo he enviado yo, ¿entiendes?

—¿Qué es? —preguntó Parker aturdido.

—Una copia de los cargos que Tartunian quiere presentar contra ti si no dimites como *coroner*. Te dije que quería tu cabeza. Bien, pues va a por ella. Creí que deberías verlos, para que al menos pudieras estar preparado para lo que te va a echar encima en esa reunión de mañana.

—¿Qué clase de cargos? —preguntó Parker, confuso.

—Están en el paquete que te envió —dijo el alcalde—. Son todo mentiras, pero pensé que deberías poder prepararte.

—Gracias, Alcalde.

—Recuerda: no has recibido nada de mí.

A las ocho y veinte entró Cindy con un sobre de papel de manila sellado y dijo:

—Un enviado de la alcaldía acaba de traer esto.

Parker le dio las gracias y esperó a que ella se marchara para abrir el sobre.

Había cincuenta y ocho cargos en total, siendo algunos de ellos los siguientes:

* Que Parker había demostrado, en los seis años que había dirigido el departamento forense, incompetencia administrativa, cuyos resultados eran una acumulación de casos y un probable peligro para la salud pública.

* Que había perdido la confianza de su personal y de sus colegas médicos.

* Que repetidamente había buscado publicidad para sus propios propósitos egomaniacos, en detrimento del departamento. (Los casos de DeWitt y Duffy estaban expresamente mencionados.)

* Que había mostrado un comportamiento extraño y excéntrico en el cumplimiento de su deber. (Su solicitud a Tom Barnes para que los estudiantes llevaran esmoquin a su próxima clase se mencionaba sólo como un ejemplo.)

* Que temerariamente había levantado el fantasma de un pánico nacional haciendo «irresponsables declaraciones públicas» sobre la posibilidad de una epidemia de peste bubónica en Los Ángeles.

* Que se le había oído decir después de un reciente temblor de 5,6 que deseaba que «hubiese un terremoto mayor», para poder «demostrar lo que el departamento podía realmente hacer» y convertirse en una celebridad de la noche a la mañana.

* Que había amenazado tácitamente la vida del director de la administración del condado ofreciéndose para hacerle «una autopsia gratuita mientras todavía estaba vivo».

Parker apenas podía creérselo. Todo aquel asunto era ridículo. A lo que no estaba totalmente inventado, se le había dado la vuelta y se le había sacado de contexto para hacer que pareciese un loco.

Llamaron a la puerta y Steenbargen metió la cabeza.

—Cindy dice que le habías dado orden de que nadie te molestase, pero no he creído que eso me incluyese —entró y echó una mirada a la expresión de Parker—, ¿Qué te pasa? Parece que se te haya acabado de morir tu mejor amigo.

—He sido informado de que a partir de mañana ya no seré *coroner*.

Steenbargen frunció el ceño.

—¿De qué estás hablando?

—Parece que Tartunian me va a dar la opción entre dimitir o ser cesado.

—¿Basándose en qué?

Parker cogió las hojas de cargos y las echó encima del escritorio. Steenbargen las cogió y, según iba leyendo, su expresión se iba enfureciendo más. Cuando sus ojos llegaron al final de la página, levantó la vista y dijo:

—Eso es una tontería.

—Claro.

—La única razón por la que se amontonan los casos es porque no dan fondos...

—Tú lo sabes y yo lo sé.

—Y ellos lo saben también —interrumpió Steenbargen airadamente—. Puedes hacer un picadillo con toda esta porquería. Puedes refutar cada uno de estos cargos.

Parker sonrió tímidamente.

—Excepto el ofrecimiento de autopsia que le hice a Brewster.

Steenbargen se encogió de hombros.

—¡Qué demonios! Si el tipo no puede aguantar una broma, que se joda. ¿Qué es eso de la «peste» y del esmoquin?

Parker le explicó lo que le había dicho al ayudante de Brewster y le dio sus razones para la petición de vestimenta formal y Steenbargen dijo:

—Tienes que reconocer que cuando quieren pueden ir deprisa —sonrió a Parker escrutadoramente—. ¿Qué vas a hacer?

Parker suspiró y movió la cabeza.

—No sé.

Steenbargen se echó hacia adelante sobre la mesa, agresivamente.

—¿Qué quieres decir con que no lo sabes?

—Este departamento es lo que más me preocupa —le dijo Parker—. Está claro que si Tartunian y Brewster quieren mi cabeza, estarán dispuestos a sacrificar todo lo que yo he trabajado para sacarlo adelante para obtenerla. No puedo dejar que eso suceda.

—No puedes dejar que te atropellen —dijo Steenbargen—. Si dimites y publican estos cargos, todos creerán que son ciertos. Arruinarán tu reputación. Tienes que luchar.

—Aunque consiga probar que cada uno de los cargos es falso, la gente igualmente creerá que son ciertos —dijo Parker. Suspiró y se hundió en el sillón—. ¡Qué caramba! Quizás ya sea hora. Estoy cansado.

Steenbargen se apartó de la mesa y movió una mano en el aire despreocupadamente.

—Sí, claro. ¡Qué caramba! Quizás tengas razón. Tienes cuarenta y cinco años. Siempre puedes comprarte una linda granjita en algún lugar apartado de todo y criar pollos y cerdos. Appomattox estaría bien. Es un lugar apropiado para rendirse.

El sarcasmo le dolió, pero Parker solamente frunció el ceño, con aire culpable.

—No puedes salirte con éstas —le dijo Steenbargen, y luego sonrió—. No sabrías cómo.

Les interrumpió Cindy que llamó para decir que un tal inspector Stroud estaba al teléfono. Parker cogió el auricular.

—Doc —dijo Stroud alegremente—. Creí que le gustaría saber que hemos cogido a Sandoval. Estaba escondido en una dirección de Alvarado, con casi un kilo de heroína, dos kilos setecientos gramos de cocaína en pasta, algunas pastillas de PCP y un escondrijo de armas automáticas. No hacía ni cinco minutos que lo teníamos en el coche cuando empezó a cantar para hacer un trato.

La noticia animó un poco a Parker.

—¿Ha confesado si tuvo algo que ver con los asesinatos de Brock y de Braxton?

—No. Admite que estuvo allí, pero afirma que no llegó a entrar. Según él, la Braxton le llamó sobre las seis y le dijo que quería revenderle por diez mil una partida de coca que le había vendido él a Brock la noche antes por veinte de los grandes. Dijo que necesitaba urgentemente el dinero para irse de la ciudad, porque alguien intentaba matarla. Sandoval dice que fue a su casa para ver de qué iba aquello, pero que cuando llegó ya había alguien más en la casa. Estaba esperando delante de su coche, dice, cuando usted aparcó. Entonces la Braxton salió en llamas y decidió salir a escape de allí.

—Eso encaja con los hechos —admitió Parker.

Stroud dijo:

—Ese tipo es una mierda. Diría cualquier cosa para librarse de una acusación de asesinato.

—¿Admitió traficar con Brock?

—Sí. Y en grandes cantidades. Según él, Brock vendía un par de kilos por semana a su elegante clientela de estrellas de cine.

—¿De dónde sacaría Brock todo ese dinero?

—Sandoval dice que Brock era sólo la pantalla, que tenía un socio que era el que ponía el dinero. Algún pez gordo de la televisión. Me imagino que sería a través de las conexiones del socio en los estudios como Brock vendía la mierda.

—¿Sabe Sandoval quién es ese pez gordo?

—No —dijo el inspector—. Dice que Brock nunca se lo dijo.

Parker pensó en ello.

—Quizás esté diciendo la verdad —le contó a Stroud su carrera por el callejón la tarde anterior—. Si había alguien más en la casa, podía haber aparcado en el callejón. Aquella cocaína derramada en la parte de atrás prueba que el asesino salió por la puerta trasera...

—Siento decepcionarle, Doc —interrumpió Stroud—, pero aquello que había allí atrás no era cocaína.

Aquello detuvo a Parker momentáneamente.

—¿Qué era?

Hubo un ruido de papeles.

—Carbonato sódico de Dihidroxialuminio, almidón, jarabe de maíz, estearato de magnesio y azúcar. Este es el verdadero nombre del alivio.

—¿Mmm?

—Una Rolaid.

—¿Una Rolaid? —repitió Parker, comprendiendo de golpe.

—Sí. A alguien se le debió caer una y la pisó.

Al cabo de unos segundos:

—Doctor, ¿sigue usted ahí?

—Le volveré a llamar —dijo Parker apresuradamente y colgó.

Llamó a Wolfe a la Metro.

—¿Ya ha conseguido encajar aquella huella parcial?

—No.

—Intente cotejarla con una de Byron Fenady.

—¿De Byron Fenady? ¿Está bromeando?

—¿Parece que bromeo?

—¿Qué le hace pensar que fue Fenady?

—Se encontró una Rolaid en el porche detrás de la casa de la chica. Fenady toma Rolaid como si fuesen caramelos —Parker se dio cuenta de lo tonto que sonaba cuando se oyó a sí mismo.

—Media división toma Rolaid como si fuesen caramelos —se burló Wolfe.

—Sandoval le dijo a Stroud que Brock vendía grandes cantidades de cocaína en el estudio —arguyó Parker—, También le dijo que Brock tenía un capitalista... algún pez gordo de la televisión. Creo que el capitalista era Fenady.

—¿Fenady un traficante de drogas? —dijo sin acabar de

convencerse—. El tipo es un productor de los grandes. ¿Por qué se iba a meter en esa porquería? Para él sería calderilla...

—Quizás en otro tiempo, pero no últimamente. A Fenady le han cancelado un montón de programas en los últimos años y su compañía tiene problemas. Mi impresión es que se metió en el negocio de la droga para mantenerse a flote mientras intentaba conseguir un nuevo éxito en las ondas.

—Si vamos a centrarnos en alguien como Fenady, será mejor que tengamos algo más que impresiones. ¿Puede relacionar a Fenady con Brock?

—Quizás.

—Quizás no es suficiente —dijo Wolfe—. Mire, este tipo no es un buscavidas callejero de tres al cuarto. No tolerará fácilmente que nos metamos con él. Tiene amigos, y amigos importantes. Antes de que me pudiese siquiera acercarse a él tendría que tener muchísimo más que algunos quizás y una Rolaid.

—Tiene una huella.

—Tengo una huella parcial —le corrigió Wolfe—. Y aunque encajase, sólo tendríamos cuatro puntos de identificación. Necesitaríamos tener al menos diez antes de ir a los tribunales con ello. He ido al fiscal del distrito con menos, pero ni siquiera pensaría en ello con un peso pesado como Fenady. Si me consigue alguna prueba, un móvil seguro, algo concreto que relacione a Fenady y a Brock, entonces sería distinto.

—De acuerdo —dijo Parker—. Le conseguiré su prueba.

Wolfe debió darse cuenta de la frustración de la voz de Parker, porque dijo:

—Mire, doctor Parker, si tiene usted razón sobre ese tipo, el actuar precipitadamente no nos ayudará a meterlo en la cárcel. Lo primero es lo primero. Veré si puedo hacer una comparación de las huellas, y si encajan, partiremos de ahí. Tenemos que preparar un caso. Lleva tiempo...

—No tengo tiempo —le dijo Parker, y colgó.

Telefonó a Mia al plató de *La vida es dura* y le dijeron que estaba rodando una escena y no podía ponerse al teléfono. Colgó el receptor sin dejar su nombre y le dijo a Steenbargen:

—Vamos.

El inspector se le quedó mirando con curiosidad.

—¿Adónde?

Parker cogió la hoja de cargos y las sacudió en el aire, enfurecido.

—A hacer que a Tartunian se le atragante esto —sonrió—. Tienes razón. Nunca podría marcharme así.

24

Mia salió de la felicidad de la sala de estar iluminada con lámparas klieg y sonrió radiante cuando vio a Parker. Se puso de puntillas para besarle en la mejilla y Parker le presentó a Steenbargen. Se dieron la mano y ella dijo:

—¿Qué os trae a la tierra de la televisión?

—Trabajo —dijo Parker solemnemente.

Ella dijo en un tono medio burlón:

—Me lo imaginé por la terrible seriedad de tu rostro.

—Tengo que hacerte algunas preguntas —dijo Parker—. ¿Hay algún sitio reservado donde podamos hablar?

Ella le dijo al director que estaría por allí cerca y les llevó fuera de la sala de estar, por un suelo lleno de cables eléctricos negros. Al pisarlos, Parker sintió como si estuviese salvando un foso de serpientes. Cuando estuvieron a una altura desde donde no pudiera oírles el personal, ella se detuvo y preguntó:

—¿Está bien aquí?

Parker asintió.

—Me dijiste anoche que la compañía productora de Fenady tiene problemas. ¿Cómo de graves?

—No lo sé realmente —dijo ella—. Sólo son rumores. Byron no me habla de ello. Todo lo que sé es que últimamente ha estado nervioso.

—¿Era Fenady amable con Harvey Brock?

Ella le miró escrutadoramente, intentando determinar el propósito que había detrás de su pregunta.

—¿Qué quiere decir «amable»?

—¿Les habías visto juntos alguna vez?

Lo pensó antes de responder.

—Sí.

—¿Dónde?

—En casa de Byron un par de veces.

—¿Qué hacía allí?

Ella se encogió de hombros con indiferencia.

—Byron decía que dejaba caer algunas ideas para historias.

—¿Y eso después de que echasen a Brock del plató?

—Sí.

—¿Fenady quería tener tratos con un conocido traficante de drogas, e incluso llevarlo a su casa?

—Le hice a Byron la misma pregunta —le dijo ella.

—¿Y qué dijo?

Ella levantó un hombro.

—Que aceptaría un trato con el mismísimo demonio si le ayudara a elevar los índices. Tengo que admitirlo, de vez en cuando Harvey salía con una buena idea para un episodio.

—¿Viste alguna vez a Fenady y a Emily Braxton juntos?

—¿La novia de Harvey? Sí. La he visto por aquí algunas veces.

—¿Por el estudio? —preguntó Parker resueltamente.

—Sí —le respondió ella, mirándole con extrañeza.

—¿Últimamente?

—Unas cuantas veces. ¿Por qué?

Parker intercambió una mirada con Steenbargen y preguntó:

—¿Usa cocaína Fenady?

Ella echó la cabeza hacia atrás y dijo:

—¡Uf! Estás entrando en un área de la que no me gusta hablar.

Él es quien me contrata.

Parker levantó sus manos rogando:

—Tienes que confiar en mí, Mia...

—Eso me deja sin salida —dijo con voz fría.

—No te lo puedo decir ahora —dijo Parker—. No puedo hasta que no tenga concretadas unas cuantas cosas más. Te lo diré en cuanto pueda. Te lo prometo.

Puso mala cara y desvió la mirada.

Parker dijo:

—No te estaría haciendo estas preguntas si no fuesen sumamente importantes.

Ella miró a Steenbargen, vacilante.

—Mike es mi brazo derecho —le aseguró Parker—. Lo que me puedas confiar a mí, se lo puedes confiar a él. No lo dudes.

Repitió la pregunta, con algo más de insistencia.

—¿Consume cocaína Fenady?

Ella lo pensó.

—Esto no es de utilización pública.

—Claro que no.

—Si oigo una sola palabra de esta conversación repetida... — comenzó advirtiéndola.

—No la oirás —le aseguró Parker.

En su mirada todavía había duda, pero dijo:

—No sé qué pueda tener esto que ver con nada, pero la respuesta es, sí, la consume.

—¿Mucho?

—No sé qué significa eso. La propia definición y la de otro pueden ser distintas. Últimamente más, desde que las cosas empezaron a no ir muy bien con el programa. Le proporciona valor contra el miedo. Al menos, eso cree él.

—Duffy lo sabía todo sobre el negocio de drogas de Brock — prosiguió Parker—, ¿Mencionó alguna vez que Brock tuviese un socio? ¿Un hombre de dinero?

—No discutíamos los negocios de Harvey —respondió ella algo ásperamente.

—Duffy parecía muy seguro de que iba a poder dejar *La vida es dura* sin problema. ¿Dijo cómo lo iba a conseguir?

—No.

—¿Mencionó alguna vez cómo iba a hacer que Fenady le liberase de su contrato?

—No.

—¿Nunca lo discutiste con él?

Ella reflexionó y luego dijo:

—Yo no lo llamaría una discusión. Hace una semana más o menos John sacó el tema de dejar el programa y yo le advertí que Byron nunca le dejaría ir. Sólo su cara adoptó una apariencia extraña, casi una sonrisa presuntuosa, y dijo que seguro que Byron le liberaría, que tendría que hacerlo.

—¿Te dijo qué quería decir con eso?

Ella meneó la cabeza.

—No. Supuse que era la droga la que le hacía hablar.

—Una pregunta más —dijo Parker—. ¿Sabe bucear Fenady?

Sus ojos, azules de nuevo, parpadearon confusamente.

—¿Por qué quieres saber eso?

—Te he prometido que te lo diría en cuanto pudiera y lo haré —le aseguró Parker.

A ella no le causó una excesiva alegría aquella respuesta, pero dijo:

—Produjo una serie hace unos años... *Cazadores del mar*. El asesor técnico del programa le enseñó.

Parker intentó no mostrar ninguna emoción en su rostro.

—¿Está Fenady por ahí?

—En alguna parte —dijo—. Antes ha pasado un momento por el plató. Puedes probar en su oficina.

Parker notó la inquietud en sus ojos y sonrió amablemente.

—Confía en mí.

Alguien gritó el nombre de Mia y ella dijo:

—Tengo que volver al trabajo.

Parker le dijo que la vería más tarde y cuando se hubo marchado le dijo a Steenbargen:

—Llama a Wolfe. Dile lo que tenemos y consigue que intente obtener mandamientos para registrar la casa de Fenady y la oficina. Nos encontraremos por allí.

—Bien —dijo Steenbargen, y partió.

Las oficinas de Fenady Productions estaban en el segundo piso de un tosco edificio de madera, color gris acorazado, que quedaba de los días de apogeo del estudio. Una secretaria canosa, que también parecía pertenecer al legado histórico del edificio, interrumpió su tecleo el tiempo suficiente para decirle a Parker que Fenady estaba por el edificio número cuatro, revisando planos para un decorado que debía levantarse para *Ángeles de la calle*.

Camino del edificio, Parker pensaba en las opciones que tenía. Podía esperar a que Wolfe tuviera las órdenes de registro, en cuyo caso quizás tuviera que esperar mucho tiempo. Incluso con el testimonio de Mia, sabía que Wolfe se andaría con cuidado con un hombre de la estatura de Fenady. Y si eso sucedía, había una gran posibilidad de que la carrera de Parker, y este caso añadido a ella, se deslizase hacia el silencioso olvido. Parker debía asegurarse de que hubiera un motivo para un mandamiento, un motivo que Wolfe no pudiera ignorar.

El edificio número cuatro era otro hangar enorme, pero con un cierto encanto en su interior. El suelo de hormigón estaba cubierto de serrín y su vacía inmensidad estaba llena de montones de tablas, planchas de madera y mesas de trabajo, de las cuales sólo dos se utilizaban. Fenady estaba inclinado sobre una de ellas, mirando una serie de planos con un hombre bajito y calvo que llevaba un mandil de carpintero. Levantó la vista y dijo:

—Vaya, vaya, la morgue viene a visitarnos. ¿Qué le trae por aquí, doctor Parker?

—Usted, señor Fenady.

Fenady se enderezó.

—Bien, ya me ha encontrado. ¿Qué desea?

—Quiero que escuche una historia —dijo Parker con falso entusiasmo—. Me ha tenido despierto toda la noche. He pensado que era tan buena que tenía que venir a buscarle personalmente y contársela. Es de las suyas. Es el misterio de un asesinato.

Fenady entrecerró los ojos.

—Mire, Parker, realmente no tengo tiempo...

—Por favor, señor Fenady —imploró Parker—. No me llevará mucho tiempo. Sé que le gustará. Se trata de ese importante productor de televisión cuya productora empieza a tener dificultades porque sus programas van siendo cancelados a causa de la bajada de los índices de audiencia —se detuvo y preguntó burlonamente—: ¿Quiere usted que continúe?

En los ojos de Fenady había ahora una mirada recelosa. Intentando parecer despreocupado, le echó una ojeada a su reloj y dijo:

—Siga. Tengo unos cuantos minutos.

Miró al carpintero y luego señaló otra mesa de trabajo unos metros más allá.

—Vayamos allí.

Se dirigieron hacia una mesa de trabajo en la que alguien había dejado una sierra mecánica. Fenady le pidió que continuase.

—El productor da con un cómico de poca monta, un amigo de la estrella de una de sus series, que complementa sus escasos ingresos de las salas de fiesta vendiendo cocaína. El productor da de inmediato con una idea para mantener su imperio a flote convirtiendo las insignificantes operaciones del cómico en una gran

operación. Él será el capitalista; le dará al actor acceso al estudio y a las conexiones del mundillo del espectáculo, que comprarán en grandes cantidades, mientras el cómico asumirá los riesgos manifiestos como hombre de paja.

Hizo una pausa para asegurarse de que tenía la atención de Fenady y luego continuó:

—Es un buen arreglo, provechoso para todos, pero más tarde el cuerpo de seguridad del estudio pilló al hombre de paja vendiendo. El productor hace ver que se enfurece, y realmente lo está, no porque el hombre de paja haya estado vendiendo cocaína en el estudio, sino porque le cogieron y lo estropeó todo. Pero tiene que hacer que las cosas parezcan bien, de forma que prohíbe al cómico entrar en el estudio y echa tierra al asunto. Para mantener en funcionamiento el lucrativo negocio, el productor y el cómico deciden utilizar a la novia del cómico en el papel de vendedora. Eso funciona bien por un tiempo, pero luego tropiezan con otra dificultad. La estrella del programa del productor, que no está satisfecha con su papel y quiere liberarse del contrato, descubre el acuerdo del productor con su amigo y le amenaza con descubrirlo todo a menos que el productor le deje en libertad. ¿Le parece que funciona hasta aquí? —preguntó Parker.

—Dijo usted algo del misterio de un asesinato —dijo Fenady intentando parecer desinteresado. Miró de nuevo el reloj.

—Eso dije —prosiguió Parker—. El productor decide asesinar a la estrella...

Fenady movió la cabeza.

—¿Por qué no dejaba libre a la estrella simplemente? El motivo del asesinato es débil...

—Por varias razones —dijo Parker, estudiando el rostro del hombre—. Una, la acción es realmente casi un trabajo agradable, porque el productor siempre odió al actor, desde que éste le quitase la novia, que era la compañera del actor en la serie. Tuvieron un par de discusiones sobre el tema, particularmente una muy desagradable en la que la estrella acusó al productor de haber enviado cartas envenenadas a su mujer sobre sus asuntos extramatrimoniales.

»Dos, la estrella había estado últimamente actuando de forma extraña, le gustaba la cocaína incluso más que a los clientes de su

amigo, y no podía confiar en que mantuviese la boca cerrada, especialmente teniendo en cuenta su animosidad por el productor. Y tres, en aquel momento el productor no podía dejar que el tipo se marchase. Necesitaba que el programa en el que estaba el actor durase al menos otra temporada para que pudiera venderse en cadena. Pero cuando le llegan noticias de que la serie va a ser suprimida, el productor se da cuenta de que tiene pocas posibilidades de venderla en cadena, a menos que la estrella esté muerta. El actor, de repente, vale más muerto que vivo, porque el programa, al ser el último trabajo del actor, de pronto se convierte en un artículo más que vendible.

—Esto empieza a parecer descabellado —dijo Fenady.

—Aguante un poco y escuche el resto —dijo Parker—, El productor es un submarinista. Aprendió con el asesor técnico de uno de sus antiguos programas de televisión. Sabe que la estrella nada en el océano a una determinada hora cada mañana, así que se desliza en el agua con su equipo de bucear, ata un cinturón de plomo especial al chico, espera que se ahogue y se lo quita. Pero igual que en la ley de Parkinson, cuando el productor se va a meter en el coche, es visto por su socio-actor, que acababa de hacer una entrega de droga a la estrella aquella mañana. El cómico suma dos y dos y sale con una idea, un pequeño plan de chantaje propio.

El cómico, que siempre ha soñado con tener éxito, pero que en realidad nunca había logrado ser ni de segunda fila con sus habilidades, le dice al productor que mantendrá la boca cerrada y no dirá que le ha visto en la playa si el productor le pone en un espectáculo propio. Al cómico, la estrella no le importaba nada, realmente; le trataba mal, y el tipejo vio la ocasión de su vida en ese día. Sin embargo, el productor tiene otras ideas.

Engaña al cómico, luego va a su piso y le pone un poco de heroína en la bebida. Cuando el tipo pierde el conocimiento, le inyecta una dosis mortal, para que parezca que el tipo murió mientras se chutaba. Luego deja su traje de buzo en el armario del cómico para intentar que las sospechas de la muerte de la estrella recaigan sobre él. Pero el productor está nervioso. Ha leído un artículo en los periódicos que dice que la muerte «accidental» de la estrella puede ser un asesinato, una posibilidad reforzada por un engorroso *coroner* que deja entrever que hay un posible testigo de la

escena.

Fenady no dijo nada, pero pasó la mano por el borde de la mesa.

—Pero el productor tiene mucho que limpiar para ocultar completamente sus huellas: la novia del cómico. Ella no sólo sabe lo de la droga, sino que también sabe lo de Duffy. Tiene que hacerla desaparecer. Pero antes de eso, el productor decide conseguir el último cargamento de droga por el que, unas cuantas noches antes, había pagado. Ella se resiste a decírselo, pero finalmente se lo saca metiéndole un cable eléctrico en la boca. El productor ha sacado ese pasaje de un episodio de *Corrupción en Miami* que vio unos meses antes. Fíjese, el tipo no es sólo un asesino, es un plagiarlo. Cada idea que haya podido tener, la ha sacado de otro.

Esa observación pareció irritar a Fenady. Oprimió los labios y los ojos le brillaban con viveza mientras sacaba un paquete de Roloids de su bolsillo.

—Se le cayó una de esas allí, ¿sabe?

Toda la cara de Fenady se puso tensa.

—¿Qué?

—Una Rolaid. Se le cayó una en casa de Emily Braxton. Descuidado.

Fenady miró a las Roloids como si le hubieran traicionado y las volvió a guardar en el bolsillo.

—También fue usted un descuidado en casa de Brock —le dijo Parker—. Dejó una de sus huellas en el émbolo de la jeringa que utilizó.

Fenady se le quedó mirando, intentando saber si mentía. Pudo apreciar, por la mirada acerada de los ojos del *coroner*, que no era así.

Fenady intentó parecer adecuadamente ofendido.

—¿Está usted loco?

—No —dijo Parker—, Es usted quien lo está. No lo suficientemente loco como para escaparse de ésta con una alegación de locura, ni siquiera lo bastante como para alegar incapacidad mental, pero loco, de todos modos. No sólo hay pruebas físicas, hay también testigos que les relacionan a usted y a Brock. La poli está ahora mismo de camino con mandamientos judiciales. Una vez encuentren esa cocaína, se acabó. Se terminó, Fenady. Es usted historia.

Los hombros de Fenady se desplomaron y le dio la espalda a Parker, apoyándose en el borde de la mesa. Se quedó así por un momento, en silenciosa derrota y luego, sin previo aviso, se dio la vuelta. Parker no vio la sierra hasta que fue demasiado tarde. La luz estalló en su cabeza, luego sintió un dolor grande y agudo y cayó. Afortunadamente, el suelo le detuvo.

El ruido de un fuerte zumbido comenzó a sonar de repente en su cabeza y miró hacia arriba, aturdido, viendo que el ruido no estaba en absoluto en su cabeza, sino en la mano de Fenady. Con un gran esfuerzo se apartó, rodando, mientras la cuchilla vibrante de la sierra bajaba hasta el hormigón donde había estado su cabeza, y se rompía con un fuerte chasquido.

Parker se escabulló hacia atrás como un cangrejo desorientado sobre el suelo cubierto de serrín y Fenady le siguió con una mirada demente en los ojos, pero entonces uno de los carpinteros dio un alarido y la cabeza del productor se volvió bruscamente.

Los dos trabajadores estaban petrificados junto a sus mesas de trabajo, mirando fijamente a Fenady, con el horror en sus rostros. El productor bajó la vista hacia la sierra que llevaba en la mano, la dejó caer y echó a correr.

El carpintero calvo corrió a ayudar a Parker a ponerse en pie.

—¿Está usted bien? ¿Qué demonios le pasó? Parecía que estuviese intentando matarle.

Parker se tocó la cabeza. Cuando apartó la mano, estaba ensangrentada.

—Y lo estaba.

Se inclinaba con vértigo y el hombre trató de mantenerlo recto, pero Parker rechazó el intento de ayuda y se dirigió hacia la puerta.

Para cuando Parker llegó fuera, Fenady estaba casi a doscientos metros, al final de la calle que había entre dos estudios de sonido. Se volvió y vio a Parker que le seguía, abrió la puerta de uno de los edificios y desapareció dentro. Parker pasó tambaleándose cerca de un par de extras que estaban paseando, pero como eran residentes en el país del artificio, no se volvieron a mirar de nuevo al hombre manchado de sangre. Parker llegó hasta la puerta, la abrió de un tirón y se metió en el edificio. Su cabeza aún no estaba clara y le llevó unos segundos darse cuenta de que no alucinaba cuando chocó contra un hombre-lagarto de más de dos metros, vestido con

un mono color plata metálica.

—¡Ten cuidado, idiota! —dijo el hombre-lagarto; Parker le ignoró y siguió andando.

Se abrió paso por entre algunos técnicos y se encontró en el interior de una extraña nave espacial pilotada por robots brillantes de palpitantes ojos rojos.

—¿Qué demonios hace ese tipo ahí? —bramó una airada voz—. ¡Que alguien le saque de ahí!

Parker salió del anillo de luces cegadoras y estaba escrutando a la multitud cuando un fornido hombre de la seguridad se acercó y le agarró el brazo. Parker le mostró un instante su chapa y le dijo:

—Asuntos de la policía. ¿Ha visto entrar corriendo a un hombre aquí?

El hombre señaló al otro lado del edificio y la mirada de Parker siguió al dedo hasta una franja de luz de día que entraba por una puerta que se cerraba.

Casi cinco metros más allá de la puerta, Parker se encontró en la calle de hileras de casas por la que anteriormente había paseado, sólo que esta vez estaba llena de gente. Un tranvía pasaba retumbando y los peatones se abrían paso a empujones a su lado.

Desde su trono en la grúa de la cámara, el indignado director se puso de pie y señaló a Parker.

—¡Usted! ¡No se quede ahí de pie, coño! ¡Muévase! —Se percató de la sangre de la cabeza de Parker y le gritó—: ¡Maldita sea! ¡Esto no es una escena de batalla! ¿Para qué es la sangre?

Los ojos de Parker barrieron la calle y vislumbraron la camisa azul de Fenady, hacia el final, que intentaba esconderse entre los peatones. Fenady miró por encima de su hombro, vio a Parker y comenzó a correr de nuevo. Al girar a la izquierda al final de la esquina, Parker supo adonde se dirigía.

El personal de *Ángeles de la calle* estaba haciendo un montaje para rodar en una calle larga de coches aparcados. Fenady se paró cerca de una de las grúas, le dijo algo al operador, se volvió luego para mirar a Parker y sonrió extrañamente. Fenady le hizo un ademán, fue corriendo hacia el Maserati rosa y se metió dentro de un salto. El motor del coche se puso en marcha, los neumáticos chirriaron y salió disparado como una bala mientras Parker llegaba hasta la grúa de la cámara.

—¿Qué demonios está haciendo? —irrumpió el director gritándole al operador, que estaba rodando.

—No lo sé —respondió el hombre.

El Maserati dio un giro de 360 grados al final de la calle y luego se quedó parado unos segundos antes de que Fenady pisara a fondo el acelerador. Los neumáticos echaron humo y el brillante coche dejó una larga marca de goma pasando como un rayo por al lado de las cámaras. Parker pudo ver la cara de Fenady al pasar, con los labios torcidos hacia atrás en una mueca de calavera, con los ojos llenos de locura. Luego el coche pasó por su lado, como una imagen borrosa.

El director levantó los brazos.

—¿Me quiere alguien decir, por favor, qué es lo que está pasando?

Todos los ojos del plató estaban puestos en la parte de atrás del coche rosa, esperando ver brillar las luces de freno según se acercaba al final de la calle simulada, yendo a más de ciento diez. Estaban esperando todavía cuando el coche deportivo viró bruscamente a la derecha y se metió de cabeza en un camión aparcado, explotando en una lluvia de cristales y de metal.

Una nube de polvo espeso oscureció la visión del accidente, pero Parker no tenía que verlo para saber que no había necesidad correr para llegar allí.

—¡Dios mío! —dijo el director, con la boca y los ojos muy abiertos, sin comprender.

Todos en el plató estaban helados, silenciosos, mirando cómo el polvo se asentaba, y luego hubo una loca pelea entre los coches.

El operador movió la cabeza.

—Pavoroso. Jodidamente pavoroso.

Parker le preguntó:

—¿Qué le dijo?

El hombre bajó la vista hasta Parker y pestañeó.

—Me dijo que nos iba a enseñar cómo quería que lo hiciésemos.

—¿Eso es todo?

El hombre negó con la cabeza.

—No. Dijo que me asegurara de cogerlo en la primera toma, que le iba a garantizar al programa el cincuenta por ciento de la audiencia.

25

—¿Estás seguro de que esto es lo que quieres? —le preguntó Pat Clemens.

—Sí —respondió Parker.

—¿Estás absoluta y completamente seguro? —preguntó Clemens, dudando.

—Sí.

La morena y linda secretaria colgó el teléfono y les enseñó todos sus dientes, blancos y regulares.

—El inspector Tartunian les recibirá ahora.

Al pasar por delante de la mesa, Clemens se comió a la mujer con los ojos de manera patente.

—Atractiva —le dijo a Parker al pasar por la puerta.

Tartunian estaba sentado detrás del escritorio de caoba de la oficina lujosa y grande. Brewster, el CAO y el inspector Willis estaban sentados en cómodos sillones de cuero de respaldo alto a los lados del escritorio.

Tartunian era el único del trío que no llevaba americana. Llevaba una camisa blanca con las mangas remangadas. Se le veía atlético y con buen aspecto para tener casi cincuenta años. Su pelo negro no tenía canas y su rostro, de mandíbula cuadrada, estaba bronceado y curtido de tanto practicar el golf y la vela y cualquier otra actividad al aire libre que exigiese mucho dinero y tiempo libre, cosa que Parker nunca había tenido.

El rostro y el cabello de Brewster eran tan rojos como siempre. El hombre parecía estar perpetuamente furioso. Willis era calvo y pálido. Las gafas, de montura metálica, se apoyaban bien sobre su estrecha nariz y el traje le colgaba fláccidamente de los hombros estrechos. No hacía mucho que estaba en la junta y Parker había oído poco sobre él, sólo que estaba a favor del desarrollo, y rumores de que mucho de su dinero procedía de inversiones inmobiliarias en

el distrito de Tartunian.

—Doctor Parker —comenzó Tartunian.

—Éste es Pat Clemens, mi abogado —dijo Parker.

Tartunian sonrió.

—Esto no es un juicio...

—Quizás no oficialmente —interrumpió Clemens—, pero hemos sido informados de que ustedes han reunido una lista de «cargos» que quieren presentar contra el doctor Parker —el desprecio era patente en la voz de Clemens cuando utilizó la palabra «cargos»—. Sólo es lo propio y lo correcto que, en ese caso, tenga una representación legal presente.

—No hemos convocado esta reunión para presentar ningún caigo —protestó Tartunian.

—¿De veras? —preguntó Clemens—. Entonces ¿para qué la han convocado?

—Si se sientan ustedes, caballeros, se lo diré.

Parker y Clemens tomaron asiento frente al tribunal. Parker se sentía como un hereje presentándose ante una especie de tétrico cuerpo inquisitorial y le reconfortaba la presencia tranquilizadora de su amigo.

Tartunian se aclaró la garganta y comenzó:

—Le hemos llamado aquí, doctor, para discutir algunas quejas que hemos recibido de usted desde dentro y desde fuera de su departamento. Quejas de incompetencia administrativa, falta de profesionalidad y ejemplos de comportamiento extraño que ha mostrado usted, impropios en un representante del gobierno del condado. Sobre la base de estas alegaciones, algunos miembros de la junta han solicitado su inmediata dimisión. Después de un largo debate, sin embargo, se ha decidido tomar medidas menos drásticas.

—Los titulares de esta mañana no habrán tenido nada que ver con esa decisión, ¿verdad? —preguntó Parker.

Por detrás de los gruesos cristales, los ojos de Willis lanzaron una mirada hacia Tartunian y luego se volvieron a Parker. Nunca parecían enfocar nada durante más de uno o dos segundos, antes de volverse a desviar.

—Supongo que se refiere usted al caso Duffy —observó Tartunian de mala gana—. Mis felicitaciones por un trabajo

brillante.

Una investigación policial en casa de Fenady había descubierto un gran escondrijito de cocaína y un examen de su registro telefónico había establecido un conocimiento más que accidental con Brock. En un artículo de primera página de «*Los Ángeles Times*», Alexis Saxby había reproducido las palabras del sargento de homicidios Mitchell James, quien decía estar seguro de que se encontrarían más pruebas y que se establecería un caso sólido, relacionando el suicidio de Fenady con el triple asesinato. En la entrevista, el sargento había apuntado que buena parte del mérito de haber resuelto el caso era del doctor Parker.

—Gracias —dijo Parker ásperamente—. El caso fue resuelto sólo gracias al diligente apoyo y a la ayuda de la junta.

Tartunian se puso de mal humor.

—No estamos aquí para hurgar en nuestras pasadas diferencias, doctor. Estamos aquí para encontrar una solución razonable a este problema.

—¿Qué problema?

—¡No nos venga con eso, doctor! —intervino Brewster—. No puede usted negar que tiene un problema grave. Cuando usted tomó posesión como *coroner*, el tiempo medio que transcurría entre que entraba un cuerpo en la morgue y su salida era de tres días. Ese tiempo es ahora de seis. Tiene usted cadáveres amontonados en los pasillos...

—Tenemos cadáveres amontonados porque ustedes no nos proporcionan ningún medio —espetó Parker.

—Porque usted siempre se ha gastado más dinero del que le asignaba el presupuesto —interpuso Brewster en tono de discusión.

A Parker le contuvo la mano de Clemens en su rodilla.

—Por favor, caballeros —medió Tartunian. Cuando Parker se hubo sentado de nuevo en su silla, dijo—: Lo que nosotros proponemos, doctor, es un período de prueba de un año. Durante ese tiempo mantendrá usted una actitud pública discreta, se limitará al trabajo inmediato y llevará a cabo los deberes de su cargo con decoro y dignidad. Tengo entendido que usted y el señor Brewster han tenido algunos problemas trabajando juntos. Para facilitar el funcionamiento de su departamento y la coordinación con el CAO, se designará un oficial administrativo que lleve los

asuntos presupuestarios día a día y los pormenores administrativos del Centro Científico Forense.

Parker se echó hacia adelante.

—En otras palabras, me ponen una correa. Seré un patólogo más mientras su marioneta lleva el espectáculo —hizo un ademán negativo con la cabeza—. Gracias, pero no, gracias.

El rostro de Tartunian se enfureció:

—No creo que se dé usted cuenta de lo que le estamos ofreciendo.

—Pues claro que sí. ¿Cree que no puedo ver a través de esta artimaña, Tartunian? Usted quiere librarse de mí tanto como antes, sólo que ahora mismo no puede, con el caso Duffy en toda la primera página del *Times*. Quiere usted mi cabeza por lo de su hijo y Brewster la quiere también porque me ve como una amenaza para su pequeño feudo político; el resto de la junta la quiere porque he dicho demasiadas veces en público que los políticos no son más que unos mentirosos y unos ladrones.

Tartunian apretó los labios y su rostro se enrojeció por debajo del bronceado. Clemens se interpuso entre los dos hombres, que se miraban el uno al otro como dos perros a punto de luchar.

—Inspector, el doctor Parker no desea seguir como *coroner* en esas condiciones. Pero no por los cargos que usted quiere presentar contra él. Hemos visto los así llamados «cargos» y sostenemos que son totalmente falsos. No me cabe ninguna duda de que si esto llegase alguna vez al punto de un juicio de la administración pública, el doctor Parker quedaría absolutamente justificado y ustedes, caballeros, acabarían con un buen escándalo político.

—Entretanto, sin embargo, el doctor Parker piensa que continuarían ustedes apretando las clavijas del Centro Científico Forense, en un esfuerzo para poderle coger a él, y no quiere que eso suceda. Ha pasado demasiado tiempo y se ha dejado demasiada vida en levantarlo. Por lo tanto, quiere dimitir. Sin alharacas, sin publicidad —hizo una pausa significativa y dijo—: Promete que ni siquiera informará a los medios de comunicación de su amistad con Fenady, inspector, ni de su llamada a Chicago, que el público podría erróneamente interpretar como un intento de poner una tapadera sobre la investigación de la muerte de John Duffy.

Tartunian frunció el ceño.

—¿Cuál es la condición?

Clemens tosió en la mano.

—No hay una. Son tres. Primera: si una sola palabra de esas acusaciones difamatorias sobre el doctor Parker se hace pública, todos los acuerdos se romperán. La administración será demandada por calumnia y difamación y todo se hará público. Todo.

—Prosiga —dijo Tartunian.

—Segunda: El doctor Parker nombrará a su sucesor.

—¿A quién?

—Al doctor James Phillips, su actual jefe de operaciones.

La expresión de Tartunian se suavizó un poco.

—Tendré que hablar con la junta, pero estoy seguro de que los demás miembros estarán de acuerdo con la elección. ¿Qué más?

—El doctor Parker quiere tener acceso a los medios del Centro Científico Forense cuando los necesite.

Aquello les hizo enderezarse a los tres.

—¿Para qué?

—Investigación —interpuso Parker—, Voy a dedicarme a la práctica privada.

—¿Como qué? —preguntó Brewster.

—Como consultor forense.

Willis movió la cabeza, dudando.

—No veo cómo podemos arreglar que un ciudadano particular pueda tener acceso a material pagado con fondos públicos...

Clemens dijo:

—Por unos honorarios nominales, la administración podrá retener al doctor Parker como consultor especial. He estado examinando los estatutos.

—¿Como cuánto de nominales? —preguntó Brewster.

—Eso lo decidirán ustedes —les dijo Parker—. ¿Quién sabe? Quizás algún día puedan necesitar la opinión de un experto de fuera.

—Su capacidad como patólogo no ha sido nunca puesta en duda —declaró Willis—, Sólo su capacidad como administrador. —Titubeó y miró a sus colegas—. Yo, por lo menos, no pondría ninguna objeción a ese acuerdo.

—Es posible —admitió Tartunian con aire pensativo.

—Entonces, ¿llegamos a un acuerdo? —preguntó Clemens.

—Le daré una respuesta a las cuatro —dijo Tartunian—, Pero yo diría que sí, que llegaremos a un acuerdo.

Fuera, Clemens le volvió a preguntar a Parker con voz preocupada:

—¿Estás seguro de que esto es lo que quieres?

La verdad era que los sentimientos de Parker estaban muy confusos, pero dijo:

—Estoy seguro, Pat. Las cosas no podían seguir como estaban. Gracias por estar aquí.

Clemens asintió con la cabeza.

—Me pasaré por tu casa esta noche. Haremos el recorrido largo.

—Desde luego —dijo Parker.

26

Parker estaba limpiando su mesa cuando entró Steenbargen.

—¿Necesitas que te eche una mano?

—Gracias —dijo Parker, sonriendo.

Empezaron a meter seis años dentro de cuatro cajas de cartón de tamaño medio.

—¿Qué vas a hacer? —le preguntó Steenbargen mientras trabajaban.

Parker se encogió de hombros.

—No lo sé. Quizás comprar aquella granja de la que hablabas.

—Tengo una idea mejor —dijo Steenbargen y buscó en el bolsillo interior de su americana. Sacó una tarjeta comercial y se la dio a Parker—: ¿Qué te parece?

En la tarjeta ponía: Dr. Eric C. Parker, *Coroner* del Estado. Y en letras más pequeñas, abajo a la derecha: «Michael Steenbargen, Investigador jefe».

—¿Qué es esto?

—Nuestra tarjeta profesional —dijo Steenbargen, sonriendo abiertamente—. ¿Te gusta?

—Es espléndida, pero ¿qué es eso de ahí abajo?

—Mi nombre. He renunciado esta mañana.

La noticia preocupó a Parker.

—No te puedes ir. Sólo te quedan cuatro años para retirarte...

—Yo no me podía retirar, lo mismo que tú. ¿Qué voy a hacer?, ¿comprar una granja y criar cerdos? De ningún modo.

—Pero perderás tu subsidio...

—Parte, no todo. Pero yo lo veo de esta manera: esta clase de oportunidad no se presenta cada día. Si espero cuatro años a retirarme, tendrás otro detective y yo tendré que buscarme otra cosa. Esto me ahorra tiempo y dinero —hizo una pausa—. De todos modos, este lugar no será lo mismo sin ti.

Cindy, que había estado claramente ausente cuando Parker llegó al despacho, sacó la cabeza.

—Acabo de oír la noticia. No puedo decirle cuánto lo siento, doctor Parker. ¿Necesita que le ayude?

Parker frunció el ceño.

—Creo que ya has ayudado bastante, Cindy, gracias.

Se llevó la mano a la garganta e intentó parecer desconcertada, pero la mirada atrapada de sus ojos la delató.

—¿Qué quiere decir?

—Había demasiadas cosas en esos cargos que no podría haber sabido sin tener un hombre dentro. O, debería decir, una mujer.

Abrió los ojos y movió la cabeza.

—Yo... yo... No sé lo que quiere decir.

—Sí sabes lo que quiero decir —continuó Parker—, Eras su fuente. El asunto del esmoquin lo acabó de rematar. No había nadie más que hubiese podido darle esa información tan rápidamente.

—¿Qué te ofreció? ¿Un ascenso?

Ella se vino abajo y empezó a llorar.

—No quería hacerlo. De verdad, no quería. Pero me amenazó con trasladarme a Van Nuys si no colaboraba. No podía afrontar el habérmelas con todo ese tráfico todos los días. Me hubiese supuesto una hora más en la carretera cada día...

—¡Que me aspen! —dijo Steenbargen, sacudiendo la cabeza.

—Sal de aquí —le dijo Parker, hastiado. Ella se fue, sollozando, y Parker dijo maravillado—: ¡Vendido por un carril libre de autovía!

—Creo que esto podría ser una bendición disfrazada —dijo Steenbargen—. Creo que nos irá mejor a los dos fuera de aquí.

El teléfono sonó y Parker lo cogió.

—¡Doctor, es usted un genio cojonudo! —exclamó una voz.

—¿Cómo dice? —preguntó Parker, perplejo.

—Lo de aquel zapato. Era un travesti. ¡Cogimos al tipo! Se llama Rupert Evans.

—¿Con quién hablo?

—Con Burke —dijo el hombre—. De homicidios.

Entonces Parker recordó.

—Empecé a sonsacar a las putas que conozco y un par de ellas me hablaron de esa reina loca que había estado trabajando en el

vecindario. No le habían visto por allí en las dos últimas noches, pero anoche salió y una de ellas lo señaló. Todo lo que tuve que hacer fue ponerle las pulseras al maricón, él se vino abajo y empezó a llorar. Lo explicó todo, cómo le recogió la víctima y cómo, cuando se le estaba echando encima, el tipo alargó la mano y le tentó. Supongo que al tipo le dio un ataque y empezó a gritarle a Evans, que intentó salir del coche. Eso se ve en la cara de Evans. La tiene llena de golpes. En cualquier caso, el cliente no dejaba a Evans salir del coche y para defenderse, Evans se sacó el zapato de tacón y empezó a blandirlo. Lo que recuerda a continuación es que el zapato estaba enganchado en la frente del cliente. Encontramos el zapato en el apartamento de Evans. El laboratorio encontró manchas de sangre de la víctima en el tacón.

—Buen trabajo —dijo Parker, con todo el entusiasmo de que fue capaz.

—Pensé que le gustaría saberlo —dijo Burke.

—Gracias —dijo Parker de veras. Pequeñas victorias. Había que aceptarlas cuando se podían conseguir.

Parker colgó y el teléfono sonó de nuevo. Esta vez lo cogió Cindy. Retuvo la línea del que llamaba y luego dijo:

—Es el doctor Silverman. Parece estar loco.

—Dile —dijo Parker saboreando el momento— dile que llame al nuevo *coroner* si tiene un problema.

Parker cargó las cajas en su coche y se despidió de sus llorosos colegas y del personal. Al salir se detuvo un momento en la biblioteca, y estaba mirando una vez más los objetos expuestos, perdido en sus recuerdos, cuando un ruido a su espalda le hizo volverse.

—Siento molestarle, doctor —se disculpó Emmett Jackson que acababa de entrar.

—No tiene importancia, Emmett.

—Me he enterado de la noticia.

—Sí. Es cierta. En este momento me iba.

—Sólo quería decirle que he decidido no estudiar odontología. He decidido estudiar medicina legal.

—Eso es fantástico, Emmett —dijo Parker, realmente complacido—. Estoy muy contento y me alegro por ti. Es una buena decisión. —Alargó su mano y cogió la enorme mano de Emmett—.

Buena suerte.

—Gracias.

Parker sintió que su humor cambiaba al ver cómo se iba Emmett. Había pensado quedarse más tiempo entre los casos de las vitrinas, saboreando los recuerdos, pero luego decidió que igual que Emmett, su lugar estaba en el futuro, no en el pasado. Sin volver la vista atrás, se dirigió hacia la puerta. Después de todo las cosas no habían ido tan mal, pensó.

El sábado amaneció luminoso y claro. El primer día del resto de mi vida, pensó Parker, alegrándose, pero también sintiendo cierta aprensión. Aquel era el día que Boomer sería presentado a Ricky y a Eve... y podía suceder cualquier cosa.

Con Ricky era algo seguro, desde luego. Ricky se iba a volver loco con Boomer. Pero, ¿y Eve? Parker no estaba demasiado seguro. De vez en cuando ella había hablado de tener un perro. Decía que no le importaría la compañía y que se sentiría más segura. Pero nunca hizo nada por tenerlo, lo que indicaba, por la razón que fuese, que un perro no le entusiasmaba.

—Como pisar una babosa, podría salirte con cualquier cosa —le dijo Parker a Boomer al dejar la autovía por Chatsworth—. Le puedes gustar, lo que significa que tendrás una piscina, o te puede odiar, lo que significa que te tendrás que quedar conmigo y con la bañera.

Boomer sonrió meneando la cola, feliz con cualquiera de las dos posibilidades.

—El chico —dijo Parker—. ¿Te he hablado de él? Es nuestra arma secreta. Cuando te vea, se va a poner tonto y cuando ella le ve así, que es con lo que contamos, el plan es que le ablande el corazón. Así que olvídala, concéntrate en el chico, ¿de acuerdo? El chico es la clave.

Boomer movió la cola un poco más.

—Ya reconocerás al chico —dijo Parker—. Se parece un poco a mí, más joven, por supuesto, pero con los mismos ojos color azul acero, penetrantes, como si pudieran ver a través tuyo, así que será mejor que vigiles. Es guapo, tiene el pelo rubio y una sonrisa maliciosa. La nariz es de su madre, pecas y una frente muy ancha. Camina como su padre, un poco patizambo. ¿Te vas enterando?

—Brrff —ladró Boomer, lo que Parker aceptó como un sí.

—Ahora, hay algo más —dijo Parker—. ¿Te acuerdas de Mia? ¿La señorita que conociste la otra noche? Realmente me gusta. La voy a volver a ver y si hay un momento bueno se lo diré a Ricky y a Eve; tiene que ser esta mañana, cuando les vea que contigo se vuelven locos. La idea es que yo me aprovecharé de tu éxito, por así decir. Os voy a poner a los dos en el mismo paquete. Diré algo así como: «Bueno, chicos, finalmente conseguisteis un perro y, a ver si lo adivináis, yo he conseguido una novia». Y ellos levantarán la vista, porque estarán abrazándote y acariciándote y dirán: «¿Ah sí? ¿Quién?». Y yo les diré: «Probablemente la habéis visto, es una estrella de televisión».

—Brrff.

Se detuvo frente a una casa estucada estilo Tudor. Cada vez que la veía, tenía el mismo pensamiento: que necesitaba que le dieran una mano de pintura... lástima que no hubiese un hombre en la casa. Y luego recordaba que podría igualmente estar necesitando una mano de pintura aunque hubiese habido un hombre por allí.

Unas cosas salían bien, otras no, pensó Parker. Lo importante era seguir intentándolo.

Iba a tocar la bocina, pero cambió de idea y se bajó del coche, pensando que, aquella vez al menos, sería mejor que hiciese las cosas bien.

Notas

[1] En inglés, *graveyard shift*, además de «turno de noche», significa literalmente «transporte o traslado al cementerio». (N. de la T.) < <